
Caroline
Albertine Minor
La cáscara
del bogavante
Traducción de Daniel Sancosmed


Caroline
Albertine Minor
La cáscara
del bogavante
Traducción de Daniel Sancosmed


Caroline
Albertine Minor
La cáscara
del bogavante
Traducción de Daniel Sancosmed



© Lærke Posselt

Caroline Albertine Minor (Copenhague, 1988) es una de las escritoras con más proyección de la literatura nórdica actual. Se graduó en Forfatterskolen —institución que incluye el programa de escritura creativa más prestigioso de Dinamarca— en 2012 y debutó un año después con Pura Vida. Posteriormente, fue nominada al prestigioso Premio de Literatura del Consejo Nórdico por su colección de cuentos Velsignelser (2017). Su obra ha merecido premios como el PO Enquist, así como el premio de la Asociación Danesa de Escritores, el premio Michael Strunge y el Premio Especial de la Fundación de las Artes Danesas. El Consejo por las Artes de Dinamarca le otorgó una beca de trabajo de tres años y está cursando un máster en Antropología. En la actualidad vive en Copenhague, junto a su marido y su hijo.

Los tres hermanos Gabel llevan vidas muy diferentes: Ea se ha mudado a San Francisco, donde vive con Héctor y su hija, Coco; Sidsel es madre soltera de una niña, Laura, y trabaja como conservadora en un museo de Copenhague; y Niels, el menor de los tres hermanos, vive de manera precaria, pegando carteles por la ciudad y sin alojamiento fijo.

A lo largo de los años, sus diferencias se han ido acrecentado, distanciándolos hasta convertirlos en perfectos desconocidos, pero durante cinco días de abril deberán estrechar lazos otra vez para enfrentarse a una historia no resuelta del pasado que les incumbe a todos. Sidsel, en una especie de desafío a la soledad autoimpuesta de su hermano pequeño, acude a Niels en busca de ayuda, y Ea, desde San Francisco, vuelve a dar señales de vida. Con la esperanza de ponerse en contacto con su madre fallecida, Ea ha visitado a la vidente Bee Wallens. En los últimos tiempos hay una pregunta que la persigue y atormenta.

La cáscara del bogavante es una historia sobre la mítica familiar, una exploración de lo que implica ser una parte del todo. Una novela sobre los vínculos rotos y los fantasmas del pasado que nos acechan, impidiéndonos encontrar nuestro camino y lugar en la vida.

La cáscara del bogavante

Caroline Albertine Minor

Traducción del danés de Daniel Sancosmed Masiá



A Ivan y Dunia

I'm only pronouns, & I am all of them, & I didn't ask for this You did

I came into your life to change it & it did so & now nothing will ever change

That, and that's that

Alone & crowded, unhappy fate, nevertheless

I slip softly into the air

The world's furious song flows through my costume.

TED BERRIGAN, Red Shift

(Soy solo pronombres & soy todos & yo no pedí esto

Tú sí

Vine a tu vida para cambiarla & cambió & ahora nada cambiará

Eso es, ya está

Solo & abarrotado, infeliz destino, sin embargo

me deslizo suave por el aire

La furiosa canción del mundo fluye por mi disfraz).

¿Sí?

(¿Quién llamó?).

Pues aquí estoy.

Pues he venido.

Nadie responde.

Silencio, barras de sol entre la niebla.

Un calor húmedo, nada aparte de eso.

Al parecer, se ha interrumpido la conexión, si es que alguna vez se estableció.

¿Quizá fue un fallo? Una anomalía del sistema, aunque me sorprende que puedan pasar esas cosas.

No, estoy segura.

Alguien llamó.

Alguien me pidió que viniera, si no, no estaría aquí.

Y aquí estoy, recién lavada y con rígidas briznas de hierba del prado entre los dientes. El aire es aromático y cálido, como el de una sauna, y chamusca la nariz cuando respiro.

Un poco lejos, al pie de un cerro, hay un grupo de jóvenes abedules. Entre los finos troncos a rayas de cebra se agita una luz inconstante. Entra y sale saltando entre los árboles como la luz de una linterna que alguien lleva en zigzag por un atrio con el brazo en alto. En un radio de unos metros a la redonda, la perspectiva está desfigurada. Los abedules se arquean por la mitad para después, más arriba, alargarse y adelgazar. Las copas se inclinan unas hacia las otras y, de ese modo, la arboleda da la impresión de ser un templo o una pagoda con las columnas vacilantes y un techo verde titilante.

Sin dudarlo, comienzo a caminar en dirección al cerro y a los árboles.

La niebla se pone a hacer remolinos a cada paso que doy y no transcurre mucho tiempo hasta que estoy empapada de sudor. La rebeca se me pega a los brazos y el vestido se me sube por los muslos. El viento acaricia el prado y dobla la hierba en blandas y grandes porciones. Me detengo. Aparto el pelo de la frente y me ato la rebeca a la cintura. Cuando alzo la mirada, los abedules han desaparecido. Pensándolo bien, no hay huellas anteriores de paisaje.

En su lugar está extendido algo cuya mejor descripción es una enorme vela elástica.

Crece cuando la mirada se dirige a algo, se ensancha y toma posesión del vacío.

No está en ningún lugar y ahora está llenando el cielo, o como se llame. Lo es todo.

Cabecea. Se afloja y se tersa, vuelve deslizándose.

Ver la vela me llena de una nostalgia taladradora, como si aquello que me alegra haya pasado hace muchísimo. Me acerco, echo la cabeza hacia atrás y dejo que los ojos patinen sobre su infinita superficie, se apresuren sobre la gran blancura antes de caer rendida al suelo y quedarme sentada así, con la barbilla apoyada en las rodillas, abatida. Como una turista que espera el autobús en un país extranjero.

A merced de un confuso horario.

La flexible noción del tiempo de otra cultura.

El tiempo como una cúpula, un cuenco en un templo que se llena y se vacía al mismo tiempo.

O como un bucle.

No más grande que una hormiga sobre un fondo blanco.

No más grande que una hormiga respecto a una hormiga respecto a una hormiga sobre el fondo de la dimensión de la blancura.

Pero tras mi espalda, la vela exige en silencio mi atención, ser investigada más de cerca.

El material es de carácter indeterminable, brilla débilmente como el interior de un mejillón, translúcido sin ser transparente. De cerca se vislumbra una red de finas arterias rosas; ¿es una especie de

membrana?

Parecida a una tela y delicada.

Qué bonita es.

¿Se puede permitir una con mucho cuidado…?

Solo con la punta de…

¡Oh!

Está fría y húmeda por el agua condensada.

La superficie parece viva en la piel como un pez recién pescado.

Después se escurre entre los dedos, pero no hay nada que ver. Ninguna marca, ni un enrojecimiento. No percibo el sonido hasta ahora: un leve y eléctrico crujido. Me inclino y pongo el oído bueno. Viene de ahí, sin duda. Pop rizzz pop popopop, dice. Rizzz... pop... rizzz. El vello de las sienes husmea al aire como si fuera unas antenas. Doy un paso atrás, tras lo cual se vienen abajo.

Mis dedos han dejado una marca.

Allí donde la piel ha tocado la membrana, el rocío se ha borrado y abajo el material está listo como un cristal. Las arterias se dibujan claramente en finos hilos, en ramificaciones rojas.

Rizz... ¡Pop! RZZZZZZZZ, dice cuando rozo su punto translúcido con el dedo.

Luego, susurro tranquila, tranquila.

Y es cierto como que la corriente se retira. Solo vuelve a mi piel una agradable picadura. La froto hasta que pongo al descubierto una zona del tamaño de un plato de tarta y me inclino.

Oscuridad.

Calmada y compacta.

No hay nada que ver, pero entonces sucede algo extremo a la derecha: un pulso, hilos movedizos de luz que se retuercen y crean figuras.

Para empezar, simples círculos y rayas, pero rápidamente más complejos. Las imágenes borbotean y pelean largo rato para, con un

chasquido, converger en una esfera color plata que está colgada en la oscuridad, vibra un poco antes de derretirse y llenar el espacio con un fulgor rojo del que las sombras emergen una a una. Seres fugaces, incoloros que parecen estar lejos y bajo el agua hasta que todo encuentra su forma, se encasquillan y giran por turnos uno tras otro. La lente enfoca —y hay una mujer encima de un felpudo despidiéndose de alguien. Le asoman las orejas entre el corto cabello. La otra persona dice algo, pero la mujer no lo oye, ya está bajando las escaleras y saliendo a la calle. En la puerta principal de la casa de al lado cuelga una corona de flores artificiales: rosas azules, amarillas y rosas. Ella tirita, se quita del pelo las gafas de sol y comienza a caminar. Evidentemente, la mujer tiene prisa, avanza rápido, sube una calle empinada, sigue la hilera de coches calientes por el sol con pasos firmes para al fin detenerse junto a un Ford de color arena que está aparcado a la sombra de una palmera. Entra a gatas y se quita el chándal, tiene los brazos morenos y fibrosos como un artista de circo, mete la llave en el contacto y sale marcha atrás a toda velocidad. Gira el coche y tuerce para meterse en el bulevar.

Ella divaga.

La imagen de la mujer que conduce se mezcla con otras. Como láminas de cristal pintadas empujadas contra láminas de cristal, iluminadas desde abajo con una potente bombilla. Circula cada vez más rápido y pronto será imposible agarrar el único motivo durante más de unos pocos segundos a la vez. Una cascada de imágenes, un tiovivo ocupado. La luz y los colores entran y salen serpenteando los unos entre los otros.

Aplasto más la cara contra el frío y blando cristal, y lentamente el proyector baja la velocidad hasta que aterriza de nuevo sobre la mujer con un seco clic.

Detrás de las gafas oscuras, ella es como una esfinge, está atrapada en el tráfico. No está satisfecha con ello, se ve en la manera en que se gira el anillo. Una y otra vuelta alrededor del dedo corazón. La amatista lanza esquirlas de luz hacia el techo del coche. En la muñeca izquierda lleva tatuada una serpiente enrollada y, mientras se inclina hacia la guantera, reconozco, mientras el cuerpo se convulsiona, a mi hija mayor. A pesar de las gafas de sol y el color del pelo, no tengo dudas.

Ahora será verde, pero está en el carril para girar y las dos nos hemos equivocado. Echa el aire por la nariz, marca el ritmo de la música en el volante con la yema del pulgar.

Por fin se mueven los que están delante de ella, el muslo se destensa cuando pisa el acelerador.

¿Me oyes?

Mira al frente, a la carretera, al coche de delante. Las luces son débiles al sol de la tarde, el cielo sobre la ciudad, lánguido como un ojo vidrioso, y ahora lo recuerdo todo.

Eran tres en total.

Dos chicas grandes y un chico con rizos.

Y yo era su madre.

Mamá Lotte.

El borde de la imagen se abolla y se chamusca como si alguien pusiera la llama de un mechero cerca de la superficie. El horizonte tiembla como el tocino y las fachadas color pastilla de las casas se desploman una tras otra. Las palmeras que han soplado en el viento mantienen en calma a las hojas y después, sin dar señal, el cielo escora del revés y se cierra sobre el paisaje como una mano sobre una piedra.

El delicado sonido de un reloj me llama para que vuelva.

Me incorporo.

A mi alrededor todo está como antes.

La niebla.

El calor. La tranquila respiración de la membrana a un par de metros de mis pies.

¿Ha pasado tiempo?

No mucho.

No mucho tiempo.

El vestido se ha subido y revela dos muslos abollados.

Me levanto, sacudo la hierba de las piernas y de los brazos, y lo veo haciendo el mismo movimiento:

Allí donde he frotado, la membrana ha tomado un color insalubre. Las marcas de las arterias se han vuelto marrones oscuras, negras en algunas zonas.

Me yergo mecánicamente a la espera de encontrarme con un instante.

La revelación.

Que me lleven lejos.

Sin miradas severas que me digan que debería saber más, pero no viene nadie.

No sucede nada.

¿En qué extraña grieta o ángulo muerto me he intercalado?

Suceda lo que suceda, es un lío.

El calor húmedo ha convertido en vapor los sobres del pasado y ha expandido el contenido a mi alrededor.

Me siento mareada.

Engañada y empapada.

Quiero delatarme y poner las cosas en orden. Aparecer con una franca disculpa y pedir que vuelvan a liberar a este cuerpo lo más rápido posible. Había olvidado todo sobre la gravedad astronómica de la encarnación, la sensación de un sello de hierro al que presionan y que reúne lo libre y vertiginoso en un compacto pastel bajo sí, el cerebro clavado a los pies de cuerdas trémulas sobre las que la memoria comienza a tocar su melodía pegadiza.

Delatarme. Bien.

¿Pero cómo? ¿Y ante quién?

Aprieto los ojos. A través de la niebla, el prado es una llanura violeta polvorienta. No hay horizonte aparente ni sensación de desenlace. Todo es llano, todo calla.

Reconocí la ciudad al instante, por las películas, nunca he estado en Estados Unidos. Él ha adelgazado mucho y ya no es joven.

Eso quiere decir que el niño se ha hecho hombre y la de en medio hace mucho que es una mujer adulta.

Si ellos.

¿Pero por qué no iban a hacerlo?

¡Suéltalo! Da un respingo como lo hizo Trille cuando apareció en la playa. (Los granos de arena y las gotas de agua de mar estaban a su alrededor en una gloria de color del acero).

La curiosidad no exige nada para crecer, en lo que a la modestia se refiere, solo superada por el berro.

Las preguntas están en la lengua como huesos de cereza.

Trágalos. Uno por uno.

Con la membrana en la espalda, comienzo a caminar, recta y con paso firme. Un rato después me detengo y me llevo la mano a la boca.

¿Hola?

Mi voz aterriza como un zapato a un par de metros de mí y nadie responde.

El reloj se ha dado la vuelta… no, espera, ¡conozco muy bien ese sonido! No es un reloj, sino el sonido de brazaletes de metal baratos que bajan resbalando por el brazo chocándose unos contra otros.

Me doy la vuelta y allí, a ni siquiera dos metros y vestido con la habitual chaqueta de cuero, está mi exmarido con esa sonrisa de cabra, como si no hubiera pasado tanto la vida como una cantidad indefinida de muertos desde la última vez que nos vimos.

Llegaste tarde, no se parece a ti.

¡Troels!, digo y, después de todos estos años, en mi boca su nombre sigue sonando a acusación.

PRIMERA PARTE

La cáscara del bogavante

1

Vas a tomarte una taza de té helado, piensa y cierra la puerta principal, sube las escaleras, atraviesa la cocina, entra en el comedor y se dirige a la rinconera donde está el armañac. El bueno, el que solo sacan cuando están acabando banquetes especialmente felices o después de los completamente malogrados, y Pita ha de dejar de mirarla así, con la cabeza torcida y una expresión de duda en sus ojos saltones. Aún siente una delicada corriente en las palmas de las manos y esa cruda apertura en el pecho.

Tal como está Bee Wallens, sentada al borde de su sofá con una botella de Baron de Sigognac de 1967 aplastada contra la mejilla izquierda, cuesta relacionarla con la renombrada experta espiritual, coach intuitiva y médium[1] y que sonríe relajada en la página web. Debe hacer algo con eso. Las fotos tienen más de diez años y los clientes siempre se quedan sorprendidos y luego tienen que perder el tiempo para, con la mayor discreción posible, recuperarse de la confusión, igual que debe hacer ella cada mañana ante el espejo. La edad llegó repentina como un desprendimiento de tierra y Bee daría lo que fuera por volver a experimentar cómo se siente al agradar a la gente solo con la cara. Ahora su mirada revolotea a la caza de un lugar donde encontrar descanso. «¡La belleza está en los ojos del que bebe!»,[2] se le podía ocurrir decir a Pauline (si estaba de humor). Bee sigue sin saber a quién está citando.

—Ven aquí —dice. Y le da una palmadita al cojín que tiene al lado.

Pita resopla entusiasmada y mueve las patas delanteras como si fuera un pequeño caballo de doma.

—Pues quédate donde estás, perra tonta —murmura y sigue vertiendo hasta que el líquido llega al borde y rebosa.

Bee maldice en voz baja y se echa hacia delante, pone los labios en el vaso, que, según acaba de recordar, era el favorito de Hudson. Lo llamaba «el vaso de diamante» y solicitaba beber de él, aunque era tan pequeño que tenía que rellenarlo constantemente. Hudson, al que Bee lleva sin ver casi medio año. Es un buen chico, excelente, y, aunque nunca fue suyo, lo echa de menos.

Bebe a sorbos hasta que es seguro levantarlo para llevar a cabo la maniobra contraria: vaso a los labios y después echa la cabeza hacia atrás y lo vacía.

—Aaaaj —exclama y debe controlarse para no golpear la mesa con el vaso como si se tratase de una barra, como si al otro lado hubiera un camarero abotonado listo para escuchar la catarata de quejas, la infinita serie de ejemplos que muestran que ella no sirve para nada.

Pero no hay nadie.

Nadie, canta para sus adentros, nadie, nadie.

Llena de nuevo el vaso, da un sorbo y, tras un breve regateo consigo misma, se lo bebe de dos tragos.

Es lo que es. Y como suele decir cuando las cosas no van según las planeó: la videncia no es contabilidad, no hay garantías en este aspecto. Su trabajo es oír lo que no se dice, sentir lo que no es más que una vibración.

Pensamientos ligeros como una polilla… Pero esta vez no tuvo tiempo de ofrecer ninguna explicación. La mujer estaba decidida a irse de allí lo más rápido posible.

Mi padre, dijo y se levantó de un salto, de ninguna manera me interesa hablar con él. ¡Que se vaya!

Como si se tratase de un cangrejo venenoso.

—No, no fue muy popular, ¿a que no, Pita?

La perra se ha enroscado y se ha dormido en su cesta. Respira con pesadez por las estrechas fosas nasales, el ruido la tranquiliza.

—Mi pequeña —dice de repente, aplacada, casi conmovida.

Por lo demás era guapa, piensa Bee, puesto que se aferró a la rama más externa del árbol de la juventud. Pronto dejarían de soportar el peso y también ella se hundiría.

Y luego, desde ahí, se torció, más o menos.

Él parecía tan seguro de sí mismo, totalmente autorizado para estar allí. Su actitud la había engañado. Es raro que alguien pase de esa manera. En la mayoría de los casos hay ruido en la línea y ella tiene que apartarse y aguzar los oídos y ajustar la señal, pero con este, no.

Había estado justo al lado de ella. Bee podía olerlo (un olor ahumado a vainilla y algo más en lo que no podía poner el dedo… algo fresco, como polen) y luego, en contra de las instrucciones de la cliente, le hizo pasar.

Por supuesto, no tenía que haberlo hecho.

Ahora lo veía.

La mujer tenía la voz preparada: me gustaría hablar con mi madre.

Él estuvo allí como un clavo desde el mismo segundo en el que Bee abrió el camino. Fue, piensa ella mientras se sirve el tercer vaso, como si hubiera estado al acecho. Se echa en el protector abrazo del sofá.

A partir de ahí fue rápido:

Mi madre he dicho, nadie más.

No la percibo, es como si él me estuviera bloqueando, el canal es bastante estrecho, has de entenderlo, pero estoy segura de que, si lo invitamos a pasar, nos hará un hueco —etc., etc.

Aquí se rio, de hecho. Una risa brusca, eso está pensando Bee ahora.

¿Que nos hará un hueco? No conoces a mi padre.

Bee estira el brazo y enciende la lámpara, un regalo de Pauline, comprada en Christie's al comienzo de su relación por un precio que ha querido olvidar. Solo porque había expresado asombro por una lámpara parecida que estaba en la ventana de un asqueroso esnob encargado del Coup d'état (se negaron a apoyarle). Los macrópodos, indiferentes, dan vueltas alrededor del pie de porcelana y al otro lado de la ventana ha escampado.

Bee no tiene ninguna noción de qué hora es, podía ser cualquiera entre las dos y las siete.

Cierra los ojos y el salón desaparece en favor de una preciosa oscuridad naranja. La trémula sensación está aumentando. Normalmente va más rápido, pero le costaba parar como es debido con toda esa inquietud en la habitación. La cliente no le dejaría terminar el trabajo y Bee se vio obligada a despacharla a toda prisa de la misma manera que se meten las cosas en el armario cinco minutos antes de que lleguen los invitados.

No, esta sesión de ninguna manera había cumplido con sus estándares profesionales. Al fin y al cabo, está orgullosa de sus capacidades y es una seria trabajadora de un empleo generalmente despreciado y mal entendido. A pesar de lo que afirmaba cierta gente en ciertos foros de internet, no es ninguna estafadora, no se aprovecha de la vulnerabilidad de los demás. Cuando hay contacto, hay contacto. No hay más. Ha dejado de desear que la gente lo entendiera.

Aquí hay una razón para amar a Pauline: no le interesaban las «pruebas».

Y, rápidamente, una razón para no hacerlo: Pauline ya no ama a Bee.

Ojalá supiera qué ha hecho él, piensa, solo son tan insistentes con las reglas cuando hay algo de lo que se arrepienten.

Aún con los ojos cerrados. Bee apura el vaso y se deja caer a un lado y sube las rodillas hacia el pecho.

Unos minutos después, está durmiendo profundamente.

El golpe hace que Pita abra el ojo, que parece de sapo. Desde la cesta no ve el vaso, que ha caído en la profunda pelusa de la alfombra, solo la mano de Bee, que cuelga débil por un lado del sofá.

1. En inglés en el original: renowned spiritual expert, intuitive coach and psychic medium (N. del t.).

2. En inglés en el original: Beauty is in the eye of the beer holder! (N. del t.).

2

La sensación que la lleva importunando los últimos días por fin tiene sentido. Sidsel, asqueada y con una creciente fascinación, observa cómo se mueve de acá para allá en el retrete la criatura de centímetro y medio de largo que parece un hilo de coser. Son las dos y cuarto de la madrugada. Si tiene oxiuros, Laura también los tiene, y, si Laura los tiene, no será la única de la clase. Será igual que cuando con los piojos, una plaga democrática que arroja prohibiciones y advertencias e incluso en la fase de negociación separa lo bueno de lo malo (¿quién se peina cada noche?). Todos los tuvieron y los que no, los cogieron y los que los habían tenido los volvieron a coger o quizá nunca los dejaron de tener. Las esbeltas mujeres se recogían el pelo con trenzas francesas y Sidsel envidiaba a las madres que llevaban las suyas tras elegantes y ceñidos velos. Por otro lado, no puede imaginarse a la madre de Esther teniendo lombrices o al padre de Ibrahim, que es alto y huele muy bien y es tan serio en su manera de decir cosas normales como buenos días y adiós. El padre de Ibrahim, que ahora mismo está durmiendo al lado de la madre de Ibrahim mientras Sidsel está insomne y sola en el baño, con treinta y dos años y lombrices en el culo.

¿De verdad es tan proclive a olvidarse de lavarse las manos?

Las bacterias no la asustan y nunca lo han hecho.

Cuando Sidsel dio a luz a Laura, iba por ahí con una botella de gel hidroalcohólico porque las de su grupo de madres lo llevaban. Nunca lo usó y, mucho tiempo después de haber abierto la tapa, la bolsa del carrito olía a limoncello. Dejó de escaldar los chupetes ya tras el primer mes, se los metía en la boca y, si había arena, la escupía.

En sundhed.dk, la página web del Ministerio de Sanidad de Dinamarca, leyó que una lombriz adulta se asienta en la primera parte del intestino grueso, donde se adhiere a la mucosa. Las lombrices embarazadas reptan por el ano hasta llegar a la piel circundante, donde pueden poner hasta diez mil huevos. Esto suele ocurrir de noche.

Sidsel deja el teléfono en el borde del lavabo y tira de la cadena.

Ahí estaba de nuevo. La sensación de que alguien está escribiendo con un bolígrafo fino en el interior de su recto, bordando la almohada más pequeña.

Coge una silla de la cocina, se sube, se baja los pantalones hasta las rodillas y separa las nalgas en dirección al espejo. De esa manera, invertida y reluciente, el culo parece un órgano, algo que debería estar en el interior del cuerpo. Aprieta con las palmas de las manos en cada lado y lo abre más. Cuando ve algo, un destello blanco, suelta la mano derecha e introduce el índice. Está frío y seco, y duele. Por supuesto, de ese modo no se atrapa nada. Se vuelve a lavar las manos, primero con jabón de manos y después con lavavajillas antes de volverse a la cama e intentar llorar con unos ojos que dan la sensación de ser dos piedras al sol, porque ante todo es una tontería.

A la mañana siguiente, Laura está entusiasmada.

—¿Por qué está esto aquí? —dice desde el baño, esta vez más alto, porque Sidsel no respondió la primera vez.

—Lo usé ayer —grita y sube la persianilla.

Sigue lloviendo y al otro lado de la calle las luces de las casas están apagadas, salvo la que no sirve. El anciano del geranio y la vela roja siempre deja una lámpara encendida por la noche. Acaban de dar las seis, Sidsel ha dormido cuatro horas en total y el dolor de cabeza asoma por el lado izquierdo del cráneo y también le duele la mano cuando se agacha para subirse los pantalones.

—¡No puedo pasar! —dice Laura chillando alegre.

—Pues muévelo —dice Sidsel—. No, espera. Déjalo, ya voy.

—¿Tenías que coger algo? —pregunta Laura cuando Sidsel está de nuevo en el baño.

Se le ha soltado el grueso y oscuro cabello durante la noche y lo tiene colgando delante de la cara. Sidsel no recuerda cuándo se dieron cuenta de que Laura ya no necesitaba un taburete, sino que podía llegar de un salto. Coge una goma y se recoge el pelo a la altura de la coronilla.

—No, no quiero moño, quiero trenzas —dice Laura mientras niega violentamente con la cabeza.

—Las hacemos luego, después de desayunar —dice Sidsel—. Lau,

tengo que preguntarte una cosa.

La niña levanta la vista, atenta al cambio de tono de su madre. Como muchos niños, tiene esa sismográfica capacidad.

—¿Has notado algo en el culete? ¿Algún picor?

Laura se queda pensando.

—La verdad es que no.

—¿Tampoco ayer cuando te ibas a dormir?

—No.

—Vale, avisa cuando hayas acabado.

—Me prometiste hacerme trenzas.

—También dije que después de desayunar. Avísame, no tires de la cadena.

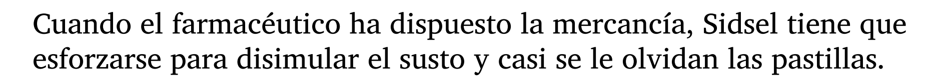
—¿Por qué?

—Porque tengo que mirar una cosa.

Aunque Sidsel llega al extremo de pinchar en la mierda con un palillo que ha encontrado en el cajón de la cocina, no hay nada que ver. Laura está saltando tras ella, alegre por todas las cosas inesperadas que le ha ofrecido ya la mañana. Primero, la silla en medio de todo, después, esto: ¡su madre agachada ante el retrete a la caza de algo secreto en su mierda!

Sidsel gruñe, tira el palillo a la ducha y se quita el guante de plástico. A veces está contenta de que solo estén en la casa Laura y ella para que no haya testigos de estas oscuras y farragosas mañanas.

Tiene ocho números por delante y, mientras espera entre los estantes, se acuerda de que aún hay muchas cosas que le podrían venir bien: desodorante, crema para los talones, Decubal para las mejillas de Laura y vitaminas; ¿por qué coño no las están tomando ya al menos? Y leche limpiadora, lleva mucho tiempo conformándose con agua y una toalla, su piel le agradecería una rutina. Limpiar, tonificar, humedecer y una ancha cinta para la cabeza para que no le caiga el pelo a la cara.


Cuando el farmacéutico ha dispuesto la mercancía, Sidsel tiene que esforzarse para disimular el susto y casi se le olvidan las pastillas.

—Por cierto, quería algo para las lombrices.

—Es Vanquin lo que estás buscando. ¿De cuántas personas se trata?

—Un niño y un adulto.

—De acuerdo.

Por suerte, teclea de una manera muy comercial.

—¿Y hay más adultos en la familia?

En eso Sidsel no había pensado.

—Es porque todos los que han accedido con regularidad a una casa donde ha habido lombrices deberían someterse a esta cura. Si no, es un círculo vicioso y se empieza desde cero.

Círculo vicioso.

—No —responde Sidsel, ya veo. No ha habido esa suerte.

—Entonces, ¿solo dos? ¿Un niño y un adulto?

—Dame tres. Dos adultos y un niño.

—Un momento —dice el farmacéutico y resopla contento—. Y pon mucha atención en la higiene y en lavar la ropa blanca a menudo en los próximos días. También sería buena idea cortarse bien las uñas porque los huevos entran y se quedan debajo y al llevárnoslas a la boca, es volver a lo mismo.

Mientras ata el triciclo de reparto a la verja de hierro forjado, se acuerda de las pastillas de paracetamol que le habrían mantenido la cabeza en su sitio durante el día con su ligero aturdimiento. No hay nada que hacer ya. Por otro lado, una ancha raya de césped separa la entrada de personal de la acera. Abrirse paso por el portón de roble con un rutinario movimiento de cabeza en dirección a la garita acristalada del portero la llena después de medio año de una alegría que hoy no alcanza a apreciar antes de que todo quede impregnado por el enfado por llegar tarde. En el vestíbulo, Sidsel se quita los pantalones impermeables y se pasa la mano por el cabello, que es

corto y rubio oscuro. Nunca fue el mismo después del embarazo y, por recomendación del peluquero, dejó de cortárselo hace unos años. Ha acabado gustándole la dureza con la que ese peinado le obsequia a su rostro pues, al contrario que sus hermanos, Sidsel no ha heredado los rasgos de su padre. Tiene la piel brillante y sensible y con tendencia a suave en la mandíbula. En ella no hay rastro de los pómulos, del labio superior ni de una simetría nasal, pero, a cambio, tiene el don de gentes de su madre. A la gente le cae bien Sidsel. Ella hace que estén a gusto, al contrario de sus hermanos. Ambos, por diferentes motivos, requieren más tiempo para acostumbrarse a ellos.

En el guardarropa, prescinde del espejo y se apresura en dirección al taller en el que debería haber empezado hace mucho.

—¡Sidsel!

Vera la está mirando desde la barandilla de la escalera. Tienen aproximadamente la misma edad y Sidsel dejó de competir con ella. Hoy, la historiadora del arte va vestida con un cuello de cisne de color mandarina y una falda de ante que habrían hecho a Sidsel parecer que la noche anterior le había dado un ataque de valentía.

—Birthe me ha pedido que viniera a buscarte. Quiere hablar contigo.

—¿Dijo de qué se trata? —pregunta Sidsel y sube con Vera al primer piso. Birthe nunca le había pedido que subiera a su oficina.

—La verdad es que no —contesta Vera y la guía por el pasillo hasta una puerta abierta.

Sidsel deja en el suelo la bolsa con productos de farmacia y sonríe a las dos mujeres que están en el sofá. Una es Birthe Käszner, la directora de la colección de antigüedades del museo; la otra se presenta como Jeanette y Sidsel reconoce de la cafetería su trenza con tinte de henna y la goma que imita a un broche.

—Bueno —dice Birthe y señala con la cabeza la silla vacía que está enfrente—, siéntate.

El despacho huele a cardamomo nuevo y viejo, pero sobre todo es agradable. Debe de haber sido el doble de grande, pero a tenor de los ahorros, la mayoría de las áreas administrativas se han dividido cada vez más. Aun así, sigue teniendo algo señorial, las paredes están pintadas con pintura al temple de color amarillo mostaza y debe de haber, aproximadamente, cinco metros hasta el techo. Sidsel prácticamente nunca está en la primera planta. El contacto con los

empleados del museo se da a través de Nana, la conservadora jefe y superior de Sidsel. Solo habla a diario con Vera cuando están en el patio fumando. Si no, Sidsel se concentra en sus estatuas, sus piedras y relieves. En la mesa que las separa hay un termo y tazas amontonadas, pero nadie hace ademán de agitarlas.

—¿Has hablado con Nana?

Sidsel niega con la cabeza.

—De acuerdo —dice Birthe—, seré breve. Ha habido un accidente en el Museo Británico con uno de nuestros bustos sirios. La verdad es que no estoy muy segura de lo que ha pasado exactamente, si ha sido un visitante que ha tenido la mala suerte de darle un empujón o si se trata de un fallo por parte de nuestros conservadores, pero el caso es que han rechazado La belleza de Palmira. Llamaron ayer indignados. Dicen que no ha sucedido nunca en la historia del museo. Por indicación del seguro, no van a hacer nada hasta que lleguemos. Al mismo tiempo, no parece muy inteligente tener algo tapado en medio de la exposición, así que están bastante desesperados por hacer algo. Y es aquí donde hemos pensado en ti.

—¿Y Nana?

—Nana no tiene posibilidad de ir.

Birthe no es descortés, pero su fachada hace que Sidsel se sienta como una aficionada balbuceante.

—Hablé ayer con ella —continúa la directora— y se siente bien mandándote a ti en su lugar. Hasta donde entiendo, ya tienes un amplio conocimiento de la colección.

Sidsel asiente.

—Escribí la tesina sobre la conservación de la piedra arenisca erosionada. Usé una del almacén para estudiarla.

En las semanas previas a la entrega, los imperturbables rostros de piedra comenzaron a castigar sus sueños y, aunque fue un alivio terminar, el pensar en estar cerca del más hermoso de todos hace que a Sidsel se le acelere el corazón.

—Pues quizá sea algo para lo que tienes valor —dice Birthe—. En tal caso, viajas mañana por la tarde y volverías a casa el domingo.

Museo Británico. Londres.

No puede.

En el último par de meses, Sidsel ya ha notado grandes cambios en la disponibilidad de sus amigas. Cuando Laura era más pequeña, no le molestaba pedirles un poco del tiempo del que tanto disponían, pero ahora que están ocupadas con sus propios hijos y trabajos y proyectos de renovación se resiste a pensarlo.

Vera, que se ha quedado en el despacho por curiosidad, se mueve inquieta detrás de ella y Sidsel entiende lo que acaba de suceder: la dirección le está dando una oportunidad. La están invitando a ir y están poniendo el foco sobre ella. Nana no la elogia, pero, por otro lado, nunca ha expresado insatisfacción con su aportación. Ahora resulta que confía en ella.

—Claro que puedo —dice Sidsel y nota cómo se le mueve la cabeza arriba y abajo mucho después de que debiera haber parado.

—Bien. En este momento estás con el hipopótamo, ¿verdad?

—Sí —contesta y las vuelve a notar. Enterobius vermicularis, su embarazoso y evidente cosquilleo.

—No se va a ir a ninguna parte —dice Birthe y habla un rato sobre la exposición que, excepto por el accidente, debería ser un completo éxito.

A través de la ventana, Sidsel mira los castaños mojados y, tras ellos, los bucles de la montaña rusa por la que de vez en cuando pasa un vagón de tren rojo oscuro. Los cabellos de los pocos pasajeros se mueven en el frío y húmedo aire primaveral, los gritos no llegan al despacho.

Por supuesto, no puede coger e irse a Londres el fin de semana.

¿En qué está pensando?

¿Por qué siempre se pone las cosas tan difíciles?

Hace nudos fuertes que luego ha de desatar.

—Las cosas prácticas —dice Birthe y junta las manos—, las autorizaciones de seguridad y todo eso lo revisas con Jeanette. Tampoco te he dicho que Jeanette es nuestra registradora. Es decir,

que se encarga de la parte puramente formal de los préstamos que hace y que recibe el museo. Seguros, contacto con las aduanas, logística y esas cosas.

—La parte aburrida —comenta la mujer con voz ronca y un acento de la parte oeste de Copenhague que se gana al instante el corazón de Sidsel—, el papeleo. Y, si es a ti a quien mandamos, las dos tenemos que juntar las cabezas durante el día de hoy. Pero ahora me tenéis que disculpar, señoritas. Hay unos franceses muy insistentes que intentan ponerse en contacto conmigo, por lo que veo —dice con el teléfono delante.

Vera, con un leve saludo, sale del despacho junto a la registradora.

Estas despedidas dejan solas a Sidsel y a Birthe, una situación insólita. En el cielo sale el sol y los travesaños de la ventana dibujan patrones en el suelo, rayas y cruces estrechas de color azul oscuro que desaparecen un instante después. Sidsel responde a preguntas y cuenta hacia atrás interiormente desde un número alto, es un viejo truco para pasar por situaciones como esta. Debería decírselo ya. Acabar de una vez.

La Torre Dorada del parque de atracciones Tívoli alcanza a ascender lentamente, precipitarse y volver a subir hasta la mitad cuatro veces antes de que Birthe la deje libre. En el pasillo se encuentra a Vera, que se aleja con una disculpa, como si tuviera que ir al baño. Sidsel siente lástima por ella, pero aun así, si es la primera vez en su vida que Vera experimenta ser lo menos importante, no es un momento que haya llegado pronto.

A media mañana Sidsel está de mejor humor. Pase lo que pase, es bueno que le hayan preguntado. El medicamento funciona, el picor ha desaparecido y, además, Vera resultó ser más generosa de lo que pensaba. Sin ocultar su sorpresa, parecía estar contenta por ella de un modo sincero. «Es una enorme declaración de confianza encargarte esa tarea», dijo cuando bajaron al patio a fumar después de almorzar. «Imagínate que haya sido un visitante quien le ha dado el empujón. ¡Joder, y encima La Belleza!». Y después se rio y mostró la muela que le faltaba y una ancha lengua, y a Sidsel le dio cargo de conciencia haberla juzgado con tanta severidad. Cuanto más pensaba en ello, más deseaba que se fueran las dos. Al fin y al cabo, son una especie de amigas, sería un viaje de amigas. No había hecho ninguno así desde que tuvo a Laura. Cuando terminasen en el museo por la tarde,

podrían tomar cervezas y mirar a los hombres y quizá surgiría un momento de sinceridad entre ellas. Una confianza lo suficientemente grande como para que Sidsel, con el pecho ardiendo por la Guinness, decidiera contarle a Vera la última visita a la ciudad hace seis años: cómo, con las piernas temblando y el estómago contrayéndose con calambres espásticos, cruzó el atrio de la universidad con Laura en un portabebés. Le podría hablar de los treinta indecisos minutos que pasó en un banco tapizado del pasillo de profesores antes de salir a toda prisa bajo la lluvia, coger el metro de vuelta al hotel y pedir en la recepción un taxi al aeropuerto. Sidsel aún no sabía qué pensaba que iba a suceder si hubiese dado el último paso hasta su oficina y hubiese llamado a la puerta. Si, sin decir nada, se hubiera abierto la chaqueta para que él viera el espeso y oscuro pelo del bebé.

Sidsel se lleva un susto cuando llaman a la puerta. Rara vez se pasa alguien por el taller. Está apartado y tiene acceso por el patio y, si la gente quiere algo de ellos, llaman por teléfono y les piden que suban.

—Adelante —dice Sidsel, se gira sobra la silla y su rostro queda de frente a la puerta.

En la mano derecha sostiene el bastoncillo casero que justo antes se deslizaba con cuidado por las rojas fosas nasales de mármol del hipopótamo. Van a ceder la escultura al Museo Getty de Los Ángeles y el trabajo de Sidsel es dejarla lista para el transporte. A medida que transcurren las semanas, ha acabado cogiéndole cariño a ese gran animal. Sus cortas y gordas patas y su sobredimensionado hocico (es improbable que el escultor haya visto un ejemplar vivo). Le inquieta pensar en que hay que embalarlo y hacerlo cruzar el Atlántico. Está creado para ser parte de una fuente, de la boca fluyen túneles huecos y bajan por el cuerpo, lo cual lo hace mucho más frágil de lo que insinúa su compacto cuerpo rojo. Cada mañana se alegra cuando llega al taller y lo ve en la semioscuridad con la pata delantera derecha levantada a modo de saludo.

Jeanette tose y Sidsel cambia su bolso y la bolsa a la otra silla libre.

—¿Tienes cinco minutos? —pregunta Jeanette y se queda de pie—. Creo que Birthe no te lo ha explicado todo bien. No se trata solo de la escultura. Si vas tú, actuarás como representante del museo. Todo el contacto con comisarios, directores, conservadores del Museo Británico. Serás tú quien se encargue. Piénsalo de esta manera: las obras no pueden hablar. No pueden decir si están bien, si las cuidan correctamente, si se han tomado las medidas adecuadas. Durante esos días tú serás su voz. Tu trabajo es escucharlas y contar lo que les

ocurre. ¿Me sigues?

Jeanette observa a Sidsel. Sus ojos, pequeños y luminosos y azules como la lavanda, remarcados minuciosamente con delineador.

—Se te ha comido la lengua el gato. ¿Tiene sentido lo que digo? Es que creía que era una pena que pensases que has de ir allí a no hacer nada. Birthe puede ser muy lista.

—Sí, tiene sentido —responde Sidsel.

—¿Te pasa algo? Perdona, es que parece que estás un poco plof.

—Tiene más que ver con cuidar de mi hija. Estoy sola con ella. Este fin de semana —añade y abomina de sí misma.

—¿Qué tiempo tiene?

—Cumplió seis años en diciembre.

—¿Quizá haya abuelos sanos que puedan colaborar?

—La verdad es que no —contesta Sidsel.

Normalmente tiene preparada una respuesta más neutral para este tipo de preguntas, pero Jeanette muestra un rostro que desarma.

—Mis padres murieron —explica—, y los otros viven en Inglaterra. No tengo contacto con ellos.

—Joder, ya veo.

Jeanette tensa la mandíbula y asiente.

—¿Sabes qué, Sidsel? Le puedo decir a Birthe que en este momento no puede ser. Así lo solucionamos de otro modo. No te preocupes. Era solo porque Nana parecía tan ansiosa por que fueras tú que pensamos que podía ser una buena opción.

—Quiero ir.

Al decirlo entiende que quiere de verdad. Con todo su ser. Lo desea con tanto ahínco que tiene que ir. Quiere coger el metro al aeropuerto y subir a bordo de ese avión. Quiere pasear por las calles que conoce de entonces. Quiere estar sola un poco. Dormir hasta tarde.

—Bien, entonces te vas a Londres. ¿Quedamos en eso? Cuando hayas

encontrado una solución, ven a verme y nos ponemos en marcha.

Jeanette le sonríe para animarla.

—Vale —dice Sidsel y nota las lágrimas bajo la piel de los ojos—, gracias.

—No hay de qué. Vuelve con tu hipopótamo.

Sobre el patio del museo, las nubes se han juntado y el espacio parece más oscuro debido al enorme acristalamiento. Sidsel saca el paquete de tabaco y encima de su suéter se pone una rebeca larga que alguien ha olvidado en un gancho. El patio apesta a la comida de la cafetería. Un cocinero baja corriendo una escalera con una pila de cajas de plástico vacías que deja sin hacerle caso. A Sidsel le caen un par de gotas en la muñeca, se pone bajo el portón y poco después llueve con fuerza.

Enciende otro cigarrillo, tiene mucho frío. Su aliento se queda flotando en el aire delante de su cara. Este año el invierno se niega a irse.

3

—De camino a casa —dice Niels y se quita también con la boca la otra manopla.

Se ha parado, tal como le ha pedido ella. Se baja de la bicicleta y la apoya en la valla del parque Kongens Have. Tiene los ojos apretados mientras escucha impaciente la voz de su hermana. A pesar de que no está haciendo nada y la está dejando hablar, irradia esa energía cruda que permite a una persona echarse a dormir en un banco de cualquier ciudad de cualquier país y despertarse intacto a la mañana siguiente y conservando todas sus pertenencias. Es como si el mundo hubiera formado a su alrededor un arco de curiosidad. Niels, que no conoce nada más y tampoco duda de sus cualidades de roca, al comparar siempre lo ha encontrado todo indeciso y vacilante. Ha crecido sin apoyarse en tutores o espalderas para árboles. El resultado es una persona más segura y tenaz que la mayoría de la gente de su edad y más sola.

En el parque hay algunos turistas sueltos, la hierba tiene charcos de lluvia en muchas zonas. En verano estuvo aquí con Linn, entre arbustos de rododendro y mierdas de gaviota secas. Linn, con sus grandes manos bronceadas y sus patines. Linn, a la que lleva sin ver desde diciembre, cuando perdió… o cuando dejó de… En un momento dado no tuvo ganas de darle nada y menos de fingir. Le aburrían sus preocupaciones y poco después las cosas no mejoraron con sus sueños y fantasías o detalles de cosas, por los que le resultaba sencillo alegrarse, mucho más que de la imagen completa, que en último extremo siempre la decepciona. Si se concentra, puede recordar su piel, que era suave y húmeda en los hombros, seca en los brazos. En verano, en la hierba amarilla y con el sol encima de ellos, ella sabía al helado que habían compartido y lloró por algo que había dicho él pero se volvió a poner bien, fanfarrona y alegre como era. En el sitio en el que ella había extendido la toalla había ahora un alargado charco de color salsa que reflejaba las copas de los árboles en su aterciopelada superficie. Él mira la trémula interpretación de las ramas negras y, tras ellas, el cielo mientras escucha a Sidsel. Tiene la voz agitada y divaga, y eso le irrita.

—¿Qué querías preguntar?

Sidsel toma aire.

—Niels, hay un ruido horrible. ¿Qué estás haciendo?

Se da la vuelta. Vienen andando por la calle Gothersgade bajo la capa de nubes grises como la pimienta.

—Es la guardia real.

—¿No puedes retirarte un poco?

—No vale la pena, van a pasar en nada.

Los chicos tienen bocas finas, duras, y las narices señalan al frente. Intenta diferenciarlos, pero al ser exactamente igual de imbéciles, cuesta. La correa cubre el mentón, tienen las mejillas rojas sobre blanco, plagadas de eccemas y acné. El viento hace que la piel del gorro suba y baje y forme rayas. Las rodillas se mueven arriba, arriba, arriba, arriba. El ruido de sus pasos coincide con la flauta travesera que emite sus breves y alegres tonos. La melodía sube a unas alturas histéricas, cae a un valle para enseguida ascender hasta las sienes.

—No cuelgues, ¿vale? Voy a esperar hasta que pasen.

Baja el teléfono. Ver la estúpida procesión le arranca la última gota de alegría. Debería deprimir a todo el mundo que algo tan inútil tenga permiso para renovarse. Los numerosos pantalones azules que hay que coser, chaquetas nuevas, el esfuerzo unido a la compra de botas y gorros, el reclutamiento de los chicos. Es la falta de fantasía lo que le molesta. La estupidez de los estirados. Alrededor de ellos hay un tufo a decoro mezclado con la rancia peste a autocomplacencia. Tiene las manos frías, necesita hacer pis. Lleva sin comer desde anoche y varias semanas sin dormir. Y ahora estos gilipollas.

—¿Sí?

—Eras tú quien iba a decir algo.

—Te he preguntado qué querías preguntarme.

Ha oído que ha sonado duro. No era la intención. Ella duda y habla:

—Ha habido un accidente con una de las obras que tenemos cedidas y quieren que vaya a echar un vistazo. El problema es que el busto está en Londres y, si voy, tengo que irme mañana y pasar allí el fin de semana. He pensado en llevarme a Laura, pero creo que no tendría

ningún sentido. No sería divertido para ninguna de las dos.

Ha hablado muy rápido y ahora se ha callado. Aún no ha dicho lo que quiere decir, lo que de verdad quiere decir, pero es demasiado mayor para que la ayuden. Niels solo acepta sin reservas y de inmediato cuando Sidsel reúne valor y le pregunta directamente:

—¿Estás seguro? Son dos días enteros.

Él percibe su alivio, la tensión ha abandonado la voz igual que un perro se escapa por una trampilla.

—Por supuesto. Será un honor.

—Ay, Niels, muchas, muchísimas gracias. Es maravilloso que quieras. Voy a decírselo a Jeanette ahora mismo.

No pregunta quién es Jeanette. El agradecimiento de Sidsel lo deja desanimado. ¿Se esperaba que dijera que no? ¿Cuando es evidente que para ella es importante ir? Cuando termina de dar las gracias, sigue con la misma táctica y lo invita a ir a su casa esa misma noche para «trazar un plan». La expresión le enfurece, pero se aguanta.

—¿Puedes venir a las siete? Así podéis estar un rato antes de que se vaya a dormir. Sigue diciendo que quiere jugar al Monopoly con el tío Niels.

—Jugaré con mucho gusto a todos los juegos de mesa capitalistas que la niña desee.

Sidsel se ríe contenta y vuelve a darle las gracias.

Después, cuelgan.

A lo lejos, se oye la música de marcha sobre la sopa de ruido del día. Niels deja que la distancia lo absorba todo antes de ponerse las manoplas y levanta la bici, mira a su alrededor buscando una puerta o un patio donde poder vaciar la vejiga sin arruinar el buen humor de alguna persona.

En la primera parte del camino, emplea más fuerzas de las necesarias. Niels sale pitando por Gothersgade, cruza el puente y gira por el camino de gravilla junto a los lagos mientras la rueda trasera va salpicando. A menudo, lo bueno es lo simple: aumentar la velocidad y

sentir en cada rotación que podría seguir. Que hoy es uno de esos días en los que no tiene fondo y que nadie traspasa el límite.

Hace algunas semanas, cuando se despertó con la misma sensación, dio un paseo de casi veinte kilómetros. Salió de la ciudad por el sur y volvió porque las piernas así lo quisieron y porque era necesario. Niels no se imagina que es inmune. De vez en cuando pierde el sentido de la proporción y se convierte en víctima de las mismas indignas trampas que los demás: pedantes preocupaciones sobre de qué va a vivir y, formulado de manera suave, qué va a ser de él. Esta nostalgia de que alguien lo ate al asiento y le den un cuaderno para colorear y un bote de jugosa tinta china. Es simplemente el aburguesamiento lo que, como un pararrayos existencial, desvía la atención de lo real y en su lugar ofrece calor de edredón y problemas de aritmética. Por suerte, suele reconocer sus debilidades con la suficiente antelación para reaccionar. Mientras caminaba para salir de la ciudad, se lo quitó de encima y se quedó, una vez más, desnudo ante la existencia. Sensible y limpio. Listo para rascarse y dedicarse a la realidad y las cuerdas que lo mantenían unido a las ideas convencionales parecían más ilusorias que nunca. Reforzado por la nueva ligereza, extendió los brazos y salió así, en forma de cruz, bañado, por el borde de la carretera. Un par de minutos después, un coche se echó a un lado y la mujer bajó la ventanilla a medias para preguntar si todo iba bien. Estaba sorprendida por su propia caridad y a Niels le dieron ganas de asustarla, pero no lo hizo. Su rostro tenía un gesto severo aprendido mecánicamente que a él le gustaba. Seguro que era una especie de pedagoga. «Sí, joder», respondió él. «¿Y contigo va todo bien?». La mujer asintió rápido muchas veces detrás del cristal, que comenzó a ascender y terminó de cerrarse. Se quedó de pie saludando con ambas manos hasta que el coche giró en la esquina. De vuelta a casa fue por la calle que rodea la zona de baño del mar. Pidió frikadeller con confitura y una cerveza en la cafetería del club náutico y se sentó a una mesa cerca de la ventana. Cuatro hombres mayores con los rostros con bultos y pelo de punta de alcohólico notaron su presencia, pero lo dejaron estar. Le dieron permiso para comer y beber en paz. Nadie sintió la necesidad de decir nada. Lo no habitual era mejor o más elegante que lo usual. ¿Por qué señalarlo? Eran pescadores, entre ellos había algo invisible que los unía. Como algunos grupos de animales, se comunicaban mediante un silencio cargado, la dirección de la mirada y se reían en voz baja. No pudo apartar la vista de los hombres y de repente se dio cuenta de que los quería, que era eso lo que sentía. Niels se rio tras su botella. Por supuesto, tuvo que contenerse y durante toda la comida estuvo radiante por dentro. Ahí estaba él, Niels Gabel, ardiendo, satisfecho como una calabaza. Después de

comer, se marchó sin decirles una palabra, sin mirar hacia donde estaban, bajó al agua y fumó sentado en el muelle con las piernas colgando. Hacía un día despejado, con un frío que calaba los huesos, pero iba vestido para él. Por causas que no tienen principios ni son prácticas, sino una mezcla de ambas cosas, Niels tiene muy poca ropa. En cambio, se fija en los materiales. Lana o lino, un par de camisas de seda para uso festivo. La gorra roja como un tomate y el pañuelo que brilla verde como un cuello de ánade si la luz le da de la manera adecuada. Aquel día se había supuesto que era primavera, notaba el calor venidero como una pluma en el pecho, pero se equivocó: a mediados de abril volvieron las noches heladas después de una pausa de unas semanas y tuvo que volver a sacar la ropa de esquí y el forro polar.

Sigue haciendo frío. Las plantas están duras y metidas hacia dentro en el parque, pero también hay otra cosa… La notó anoche, cuando salió a poner carteles. Del suelo salía un olor a cebolla y en los capullos lanceolados de las hayas, que se funden con las suaves ramas, las hojas se encogen como los invitados de una fiesta sorpresa. Seguramente no hacen falta más de dos o tres días de sol para que todo se agriete con un aterciopelado pitido. Pero ahora mismo está lloviendo o vuelve a llover, primero chispeando, pero después metódicamente. Una fría y diagonal lluvia que le golpea las mejillas y la frente. Niels aumenta la velocidad y se aprieta el cuello de la chaqueta con una mano, cruza Trianglen y sigue al norte por la inánime calle Østerbrogade.

No dijo nada de lo del sábado y, si Sidsel no se acuerda, él no ve ninguna razón para mencionarlo. Niels va considerando a su tía su problema personal. Sidsel se rindió hace mucho y Ea está fuera de la foto. Lleva semanas pensando lo del regalo. Para Efie, una lámpara de sal y una botella de oporto. No ha pensado en dejar de beber y puede llegar a ser algo bueno.

No. No va a pedir permiso.

Cuando atraviesa Hellerup en coche, huele el podrido aliento de dragón del mar. Ha entrado en calor, la camiseta interior de lana se le pega a las lumbares y se puede oír a sí mismo: el pulso es regular y sin alegría como el reloj de una iglesia.

Hemos acordado mantener la distancia.

Ninguno de los dos aguanta una actuación de las sombras de nuestro pasado.

Una parte de mí, medio oculta por el vapor que la membrana separa, da vueltas alrededor de Niels con las manos metidas hasta el fondo del bolsillo de la chaqueta y el cuello subido, como alguien que piensa o investiga algo importante.

Hace mucho sabemos que ninguno sabemos cómo hemos acabado aquí ni cómo salir.

¿Está canturreando?

Está canturreando.

Algunos tonos sueltos aterrizan en mí, pero nunca con claridad para construir un modelo de melodía.

Me pongo a mirar mal la espalda de su chaqueta de cuero y el culo plano, es una vieja costumbre. Hago fuerza hasta que siento que mis ojos son como un témpano de hielo y mi boca, como un arbusto ardiendo.

Eh, grito, guárdate esa flauta en el bolsillo, ¿quieres?

4

Mientras sube las escaleras, reza por que Héctor no esté en casa. No tiene nada que ver con él, es que Ea necesita estar sola. Después de visitar a Beatrice Wallens, fue, emocionada, a la casa de Patti y Afshin en Inverness. Les había contado lo que había pasado y después comieron los, como siempre, deliciosos platos de Afshin y compartieron dos botellas de vino. Patti llamó a la videncia «una estupidez tardocapitalista» y bebieron por ello. Los dos parecían felices y enamorados, aunque solo hacía unas semanas Patti le había hablado de dejarlo. Con una oscura mirada, le confió a Ea que se esforzaba por desearlo. Se centró en las partes de su cuerpo que más le atraían. Lo dividió en trocitos para poder disfrutar del acto. Pensar en ello no hacía la noche menos agradable y Ea acabó pasando la noche allí. Cuanto más mayor era, más le asombraban las relaciones de las demás personas. Le hizo una foto a Afshin, que le preparó el cuarto de invitados y se la mandó a Héctor, que respondió de inmediato y le pidió que les saludase de su parte. Patti entró y le dio un beso en la frente con su fría boca, dijo: «Prométeme que lo olvidarás, todo en lo que estamos de acuerdo es una mierda. Falsa, hecha para sacarle el dinero a la gente».

Y recuerda que fue Sand quien la recomendó.

«Ya conoces a Sand, Ea».

Lo acepta sin rechistar.

«Solo deseo que no cargase a otra gente con sus perversas inclinaciones. Me sorprende que cayeses».

Ea asintió, como diciendo: «A mí también».

Pero cuando se despertó por la mañana seguía allí.

¿Seguía?

Una inquietud en el cuerpo. Un desagradable punto zumbante tras la frente. Se rio y escuchó sus ruidos de «prepárense para el día» y sonrió cortésmente cuando Patti asomó la cabeza por la puerta, se despidió y le volvió a pedir que lo olvidase todo.

Hay silencio en el piso. Ea se quita las sandalias delante del felpudo y espera con la palma de la mano apoyada en la pared del pasillo que decidió pintar hace unas semanas. Está satisfecha con el resultado y se alegra cada vez que llega a casa. Tal como se había imaginado, el naranja polvoriento combina perfectamente con el blanco marfil del marco de la puerta y de los rodapiés.

—¿Héctor?

Silencio. Vaya, parece que hoy ha salido bien.

Ea coge un vaso de zumo de guayaba antes de entrar en el dormitorio y tirarse en la cama. La funda de la almohada huele a su pelo, un olor a tierra y a melón. A través de la doble puerta ve el salón, ve cómo el sol cuelga de los bejines bajo la mesa y les da luz. Ea quiere limpiar por la noche, cuando estén allí para verlo. No tiene nada en contra de ser ella quien se encargue de la limpieza, pero intenta recordarles que el trabajo no lo hacen unos discretos elfos mientras ellos están por ahí. Intenta caminar alegre y ligera mientras hace los quehaceres domésticos y de ese modo ser un ejemplo para Coco. La chica es un desastre y ha heredado de su padre la debilidad por las figuritas, los trozos pequeños de las cosas y los cachivaches. La primera vez que Ea fue a su casa tuvo la impresión de haber entrado en una versión desordenada y polvorienta de una de esas tiendas que se han especializado en lo kitsch y en baratijas. No había un lugar donde descansar los ojos, ni una superficie en calma. El parqué asomaba entre pisadas alfombras de retazos y esteras de plástico, las paredes estaban llenas de dibujos de Coco y fotos Polaroid y a las frutas les crecía moho en el cuenco. En la estantería los libros peleaban por su espacio con calaveras de cristal, plantas colgantes marchitas y trofeos de tenis. Todo lo que no tenía sitio estaba puesto en el suelo en montones que se tambaleaban y a veces se desplomaban con un simple susurro.

Desde que Ea se mudó, ha barrido con esmero una habitación cada vez. No deseaba ofender a nadie, pero le resultaba imposible adaptarse a ese desorden del que se habían rodeado los dos. Con el vacilante consentimiento de Héctor, fue llenando un saco de basura tras otro y lo que no tiraba lo regalaba o lo vendía a buen precio. Limpió el suelo por turnos, mandó las alfombras a la tintorería, vació cajones y cambió las estropeadas pantallas de las lámparas, le quitó el polvo al terrario de Peanut y le compró un trozo de madera hueco en una tienda de animales. El lagarto no dio ninguna muestra de

agradecimiento, pero tal como ella esperaba, bajo la grasa y el polvo y todas las cosas se escondía un piso de dos habitaciones con techos altos, ventanas saledizas y detalles que se remontaban a su construcción en el siglo XIX. Una casa que no estarían ni cerca de poder permitirse de no ser porque Héctor llevaba incluido en el contrato de alquiler desde 1998. Tenían la incomprensible fortuna de poder vivir donde vivían con sus trabajos y no-trabajos y lo que había entremedias. En los últimos dos años el alquiler había subido unos cientos de dólares, pero no es nada comparado con el resto de la ciudad. Cuando oye lo que la gente paga por habitaciones en sótanos, se queda asustada. Los precios de las propiedades de esta parte de la costa este son absurdos. El boom tecnológico ha hecho que los precios de la vivienda suban a un nivel al que muy poca gente puede llegar y durante los últimos años han aparecido tiendas de campaña en muchas partes de Mission y en el barrio de alrededor de Market Street. Ciudades miserables e improvisadas dentro de la ciudad. La gente ama y duerme y caga y pelea y muere allí porque no tienen otro lugar donde hacerlo. Ea leyó en alguna parte que más del ochenta por ciento de los sin techo estadounidenses viven en California debido a que los veranos son largos y los inviernos, suaves.

«San Francisco no es un sitio en el que crecer».

Eso había dicho Bianca antes de vender la tienda y mudarse a Portland. Ea encontró el comentario de mal gusto, pero ahora empezaba a temer que tuviera razón. En la ciudad había un ambiente de parque de atracciones encantado. Y mucha gente con la que Ea se juntaba cuando llegó hacía diez años se había marchado. A Albany, Piedmont, Mountain View. En verano, Ea cumplirá treinta y cinco y, aunque le aseguró a Patti y a Afshin que ir a ver a una vidente no era cosa de la edad, era justo eso.

Cosa de la edad.

Cosa de la muerte.

Últimamente a Ea le ha preocupado aún más tomar decisiones equivocadas. Va por ahí con la sofocante sensación de que los años están organizados en forma de embudo y que la parte más ancha y abierta de la vida está detrás de ella. Ojalá alguien pudiera contarle qué es lo bueno, lo correcto y cómo se llega hasta ello.

Así piensa ella de vez en cuando.

Y luego está lo de haber conocido a Sand, que estaba equilibrada de

una manera no característica y le habló de su visita a Beatrice Wallens de un modo que hizo que sonase menos desesperado de lo que fue cuando Ea, unas semanas después, se vio con una taza de té de menta entre las manos en el extraño y vacío salón de la vidente con una panorámica al parque de Buena Vista.

«¿Hay alguien en especial con quien quieras contactar?».

Le sorprendió lo clara que surgió la necesidad. Como la sed, dura e imposible de ignorar.

«Con mi madre», dijo. «Me gustaría hablar con mi madre».

Cara a cara con la mujer que afirmaba poder proporcionar el contacto, Ea quedó paralizada por una sofocante nostalgia que consideraba un capítulo superado. Sentía como si alguien le hubiera clavado una cuchara de palo en las tripas y removiese una y otra y otra y otra vez.

«Tu madre…».

Beatrice se había quedado sentada, ligeramente inclinada hacia delante y con la boca abierta. Tenía la mirada fija en un punto a medio metro a la derecha de Ea.

El recuerdo de lo siguiente que sucedió la llena de malestar, de una fina capa de miedo untada por el cuerpo.

Héctor ha dejado abierta la ventana del salón, la corriente hace que la silla colgante gire lentamente sobre sí misma. Hay un papel puesto en la máquina de escribir. Desde aquí parece que está en blanco. Cada mañana escribe un poema y se lo guarda a Coco en la bolsa de la comida.

Ea se da la vuelta y se lleva la sábana.

El olor.

Si no hubiera sido por él, podría haber rechazado todo aquello, deshacerse de Beatrice por lo estafadora que muy probablemente es. Pero cómo podía haberse imaginado un olor. De un momento al siguiente llenaba la sala.

Eau Sauvage.

El perfume era inequívoco y, bajo él, el cuero frío y el paquete de Bali Shag amarillo.

El olor de su padre cuando llegaba a casa tras un largo día.

Beatrice tenía lista la voz: un hombre, no una mujer, de cincuenta y pocos, quizá algo mayor, bastante alto, de pelo moreno. ¿Podría ser que tuviera barba? ¿Llevaba joyas?

¿Quizá su madre sencillamente ya no era capaz?

Quizá le daba igual.

Le dolía pensar en el rechazo póstumo de Charlotte y, en un intento de sacudirse el dolor, repite las palabras de Patti de ayer, imita ese tono indignado y confiado.

—Basura espiritual. Estupidez tardocapitalista. Máquina de dinero.

La verdad es que ayuda.

Ea mira su cuerpo, las piernas que salen de los shorts vaqueros recortados, las rodillas, las venas de los muslos emergen a la luz del mediodía. En la mesilla de noche están las flores que recogió ayer, ya con sus hocicos lilas suaves como la seda: cuatro rumiantes cansados que están asomando la cabeza por el borde del bote de mermelada.

Cuesta vivir cuando todo se pudre, se cubre de polvo, se parte y se destiñe. De vez en cuando, Ea anhela estar en un lugar brillante y limpio y nuevo donde la gente no huele, donde las cosas no se descomponen, se asimilan, donde no crecen el pelo, las uñas, las enfermedades ni las plantas. Algo del estilo de la nave espacial en la película de Kubrick; ambientes que se puedan limpiar.

Una vez intentó aclarárselo a Héctor, que la miró con una sincera preocupación y dijo que lo que estaba describiendo era lo contrario a la vida.

Era la muerte lo que anhelaba.

Ni siquiera son las once y Ea intenta acordarse de a qué hora sale Coco los jueves. Lleva casi seis años siendo la madrastra de la niña. Los domingos van juntas a la piscina y, en los fines de semana que Coco pasa con su madre, la echa tanto de menos que el olor a cloro le provoca lágrimas.

A veces el mayor misterio es sencillamente que las cosas sean como son.

El arroz está lavado y Héctor no responde a sus mensajes. Hace media hora Ea mandó a Coco a la ducha, pero aún no ha oído el agua corriendo. No entiende cómo la niña consigue ensuciarse tanto en un solo día. ¿Qué era lo que tenía en el pelo? Olía a especias y como a caramelo o salsa barbacoa, pero la niña lo niega todo.

—¿Coco?

—¿Qué?

—No estás en la ducha.

—Estoy mentalizándome.

—¿Puedo entrar?

Coco está sentada en el borde de la bañera leyendo un manga. Levanta la vista hacia Ea cuando oye la puerta y muestra una cara despierta y, a la vez, inexpresiva. Tiene un agujero en el calcetín derecho, se le salen dos dedos.

—Ve terminando, cenamos en veinte minutos.

—¡En veinte minutos! —Coco tira el libro, se quita los leotardos y los calcetines, y abre el grifo. El agua sale a chorros en forma de rayo grumoso.

—Hoy no te da tiempo a darte un baño —dice Ea y gira el grifo. El rayo desaparece y sale desde arriba como un martillo. Coco suspira y se pone debajo. El pelo fino y rizado se empapa y se le pega a las mejillas y a la frente. Ha engordado. La tripa es prominente como la de un bebé, pero tiene los pezones oscuros e hinchados—. Puedes coger mi champú bueno si quieres.

—¿Cuál es el bueno, que no veo nada?

Coco bracea y Ea le da el bote y nota la conocida sensación de poner orden. Cortarle las uñas y las puntas del pelo. Quizá incluso quitarle un par de pelos del entrecejo. Cuando se es pequeño, no pasa nada por parecer un trol del bosque; en los primeros cursos, Coco era la favorita de los profesores, estaba motivada y prestaba atención y era mejor que los demás niños en todo, pero ¿con nueve o diez años? No le resultará sencillo. La infancia es una isla que se hunde en el mar. Antes o después hay que abandonarla y solo se está preparado cuando se está.

Pronto comenzarán las bromas, está segura. Está claro que Coco es distinta a los niños de su edad, pero Ea no puede señalar precisamente aquello que la distingue.

—¿Lo tienes?

Coco asiente con los ojos cerrados y Ea deja la puerta entreabierta. En la mesa de la cocina, se ilumina su móvil. Héctor está de camino, tráfico. Tenía listo un plato de curri, pero es menos de lo que pensaba, así que espera que haya un bote de leche de coco en alguna parte. Desliza la puerta de la despensa. Aunque las ventanas siempre están abiertas, siempre hay un dulce olor al cáñamo que usa para hacer su vaselina, que no es más que una infusión de vástago de la copa y manteca de karité mezclada con aceites esenciales y echados en un vidrio con una etiqueta casera, pero la gente paga los cincuenta y cinco dólares que ella ha decidido que cuesta. Al principio solo se lo vendía a amigos y conocidos, pero poco a poco fue recibiendo encargos de gente a la que no conocía. En las últimas semanas, pasó dos veces por la oficina de correos, mandó en total seis botellas. Está claro que no se puede vivir de ello, pero sumado a los tatuajes le da para vivir. Ea aparta la bicicleta de Héctor y se pone de puntillas. Lentejas. Garbanzos. Maíz, más maíz y nada de leche de coco.

El suelo del baño resbala y el espejo está empañado por el vapor. Ea abre la ventana y quita el pelo del desagüe.

—Coco —grita—, voy a por unas cosas para la cena. Vuelvo en quince minutos.

—Vale.

Coco está sentada e inclinada sobre algo en su mesa y está desnuda excepto por una sudadera con capucha que ha debido de coger de la cesta de la ropa. Ea se muerde la mejilla. ¿Por qué no se viste como es debido? ¿Por qué es así?

—Hasta ahora. Llevo el teléfono por si quieres algo.

—Le estoy haciendo un dibujo a Seven. Creo que va a quedar muy para él.

—Seguro que le encanta.

—Por supuesto que sí.

Baja los escalones de dos en dos. A veces siente que su preocupación

por Coco no tiene principio ni final, como una de esas pelotas con gomas elásticas, una condensada maraña de pensamientos angustiosos. De vez en cuando los comparte con Héctor, que siempre le pide que pare.

¡De preocuparse!

Como si fuera tan sencillo elegir estarlo o no.

Empuja la puerta enrejada con el hombro y escucha el clic detrás de ella.

Preocupación. Amor.

«Coco es Coco», dice Héctor, «es inteligente y divertida, cuando quiere puede ser graciosa de verdad y es muy creativa. Mira todo lo que crea». Y es verdad. La chica está constantemente haciendo cosas, nunca se la ve sentada con una tablet o pidiendo que la entretengan. Su imaginación es una tierra fértil, una incubadora de los pensamientos e ideas más singulares. No es casualidad que den ganas de colgar en la pared esos cuadros que pinta en clase. Héctor seguramente tiene razón, todo está bien con Coco. Pero quiere hablar con él de lo del desodorante. Quizá esta noche. En el último par de meses, Ea ha notado que Coco huele a sudor cuando regresa del colegio. No es olor dulce de niña con calor, sino a sudor amargo de adulto. Un padre no sabe que algunas cosas son determinantes o pueden serlo antes de que se sepan.

Al menos el suyo no.

En la plaza de la iglesia, una pareja ha montado una tienda de campaña, la mujer está sentada en la amplia escalera comiendo un sándwich. Es más joven que Ea y es guapa de una manera astuta. No pueden llevar mucho tiempo en la calle. El perro que está entre sus piernas levanta la cabeza y gruñe mientras Ea pasa por delante. Lleva un pañuelo rojo atado al cuello, como un perro de una película. Oye detrás de ella a la mujer regañándolo con violencia. «Cállate, Alfie. Perro tonto». Ea hace corriendo el último tramo hasta el Bi-Rite. Es un sitio muy caro, pero también el más cercano, y solo va a comprar la leche de coco.

—¡Hola!

Sand ha debido de salir de la tienda hace un instante. Ahora están una enfrente de la otra y Ea no consigue decir nada para evitarla con cariño hasta que Sand la atrae para abrazarla. Su cazadora de ante

huele a aguja de abeto.

—¡Vaya! Dos veces en una semana. ¿Qué tal fue?

—Ah —dice Ea y se estrecha el jersey de punto—, la verdad es que no lo sé. Se acabó de repente, no terminamos.

A Sand se le salían los ojos de las órbitas.

—¿Cómo que no terminasteis? ¿Pasó algo? Ay, no, no me digas que pasó algo.

Ea tarda en comprender cuál es el malentendido. La última vez que se encontraron iba de camino al parto en casa de una amiga común.

—No, no, fue bien, te he entendido mal. ¡Fue una experiencia preciosa!

Ea da todos los detalles que recuerda y después escucha las quejas de Sand sobre un compañero de la librería que lleva mucho tiempo de baja.

Después, cuando se han despedido y Ea está volviendo al apartamento con la leche de coco en una mano y el monedero en la otra, se siente culpable. Nunca habría dicho tanto de su amiga si no fuera porque estaba aterrada de que Sand le preguntase por la visita a la vidente.

Qué ordinario y qué típico de ella usar debilidades de otra persona como escudo ante las suyas.

La plaza de la iglesia está vacía, no hay rastro de la tienda de campaña ni de sus inquilinos.

Pero los oye, ¿no?

Sus voces.

Ea se detiene a escuchar.

Sí, hay alguien hablando.

Demasiado lejos para oír lo que se dice.

Una radio que funciona en la habitación más lejana de la casa.

Gira. La calle está desierta, la pesada puerta de la iglesia está cerrada con una cadena. Más allá de la escalera se balancea con el viento de la

noche el papel de aluminio del sándwich de la chica.

Detrás de la pared blanca está el cementerio. Cuando Coco era más pequeña, entraban de vez en cuando y pagaba cinco dólares para hacer sonar la campana. Les encantaba poner en movimiento el pesado trozo de metal por encima de ellas, ver el badajo golpear en los laterales y dejar que los golpes cayesen sobre el barrio como una bronca.

¿Pueden haber entrado para estar en paz?

Es tarde y la puerta está cerrada.

Quizá hayan saltado.

¿Pero y el perro?

Sin poder explicar por qué, Ea siente con fuerza que es algo que le concierne.

Su decisión, su desaparición.

Por la calzada pasa un coche a gran velocidad y el ruido del motor tapa las voces durante unos segundos. Ha llegado hasta la puerta cuando se da cuenta de que la conversación tiene lugar en su cabeza y es en danés.

Que es el ruido de alguien que discute.

No de una manera fogosa ni en voz alta, sino con la extraña y amarga tenacidad que tan tan bien recuerda.

¿Me odias?

La pregunta me sobresalta, pero solo porque creía que él estaba durmiendo. Ha habido tanto silencio. Como en un entierro, así que a lo mejor yo también he dado una pequeña cabezada. El aire parece más pesado que nunca y detrás de mí cuelga flácida la membrana, como si estuviera descansando.

Siempre estoy esperando ver salir una vaca de la niebla, completa con un cencerro en el cuello y el lomo de la cadera dentado. O un rebaño de cabras.

El ambiente invita a cosas de ese tipo, pero aquí sigue sin haber animales.

¿Charles?

Solo él me llama así. Siempre me ha gustado.

¿Estás durmiendo?

No.

¿Entonces has oído mi primera pregunta?

(Sí, pero he decidido evitarla, tonto).

Desapareciste, digo, es difícil odiar a alguien que no está ahí.

El cuero chirría cuando él se incorpora.

¿Eso quiere decir que lo intentaste?

(Pero si sigue insistiendo…).

No puedo negar que te habría odiado si hubiera tenido más tiempo. Sobre todo me compadecí de ti. Pensaba que te habías perdido durante mucho tiempo. Toda la vida pululante.

Se queda callado largo rato y, cuando vuelve a hablar, lo hace con una voz que suena como si la manta lo hubiera dejado destapado y tuviera frío:

La vida de la que hablas… la vi como se ven las colonias de bacterias en la piel. En nuestros últimos años de matrimonio sentí que estaba

cometiendo allanamiento. Cuando me despertaba por las mañanas, por lo general no sabía dónde estaba. Estaba tumbado en la oscuridad esperando el olor a huevas de pescado ahumadas y patata cocida, a líquido encendedor, el ruido de los perros al otro lado de la ventana. Me quedaba mirando tu cara dormida, pero no me salía ningún nombre. La casa estaba cerrada para mí. Un duro pomo que cada mañana se abría para el resto de vosotros.

Ya lo notamos, digo que dabas vueltas con un mundo dentro de ti. Un lugar hecho de nieve y frío que no conocíamos y del que tú no podías hablar de un modo que te satisficiera. Los niños se comportaban de una manera distinta cuando estabas en casa. Se quedaban callados y eran autosuficientes. Después de que te fueras pasaban unos días hasta que la casa volvía a ser lo que era. La ventilábamos y poníamos la música alta, echábamos sapos y culebras, y tirábamos los zapatos al montón de la entrada.

Dios mío, dice y parece triste de verdad, ¡lo dices como si fuera puro exorcismo!

¿Y qué si lo fuera? En aquellos años parecías un fantasma. Cada vez que venías a casa estabas más flaco.

La comida era poco variada. Además, tener dudas afecta al apetito.

Hasta que escogiste tu río y tus evenki, digo y me permito una risa breve y resentida, debió de ser un alivio.

Lo fue, pero…

Carraspea.

¿Qué pasa?

¿Mi río? ¿Mis evenki? Entiendo lo que dices, claro, pero la expresión me da urticaria. Estaba allí para ayudarlos, Charlotte, nunca han sido míos.

Los brazaletes tintinean enfadados. Me había olvidado por completo de esos dedos del pie delicados como académicos, erizados y listos para que los pisen.

Ninguno dice nada más. Troels retoma su canturreo y esta vez deja que los zapatos marquen el ritmo: clong, clong, cantan las suelas de cuero. Los recuerdo claramente: las puntas cuadradas y el exclusivo color marrón almendrado de la piel es el mismo, aunque están

desgastados. El hombre que se los vendió en realidad no era más que un chaval, flexible como un junco y con el pelo moreno peinado hacia atrás. Un rato después, cuando Troels ya se había probado algunos pares, que por diversos motivos no le iban bien, el chico se echó sobre la alfombra y, sentado sobre sus jóvenes rodillas, le cogió el pie a Troels con ambas manos como si su extremidad no fuera un miembro sudoroso sino una preciosa alhaja. La mano izquierda se deslizaba por el agrietado talón y por debajo del arco mientras con la derecha doblaba y estiraba los dedos para que las articulaciones crujieran. Esto lo hacía, explicó en un inglés cantarín, para hacerse una idea de la forma del pie. De sus puntos fuertes y débiles. Yo no soportaba verlo, me disculpé y salí de la tienda para esperar fuera con los niños, que estaban a la sombra con sendos helados que se derretían y él, como si me hubiera leído la mente, dijo:

¿Ese no te lo llevaste a Sicilia?

Bajé la vista hacia mí. La tela azul celeste estampada con cálices blancos y rosas de tulipanes y algo que podría ser peonías unidos por puntos y rayas finas.

Sí, digo, o la verdad es que no. Mi maleta nunca apareció, lo compré allí en los primeros días.

Pues es verdad. Les dimos tu nombre y seguimos creyendo que la encontrarían dentro de poco. Tardaron un mundo. Los niños lo llevaron bien, aunque no fue el mejor inicio de unas vacaciones. Estábamos orgullosos de ellos, ¿te acuerdas? Fue un buen viaje.

Asiento.

Pero espera.

Espera.

¿De verdad fue un buen viaje?

Recuerdo el día que Ea te lo pidió prestado. Le quedaba mejor a su elástico cuerpo de catorce años, tanto que me avergonzó volver a ponérmelo por la noche y, cuando por fin encontramos un restaurante que nos gustase a todos, pedí un entrante, aunque me moría de hambre y me apetecía pasta con salsa de nata. Recuerdo que Niels bebió cacao soluble que venía en sobres amarillos hasta que vomitó y que Sidsel se puso a hablar con un grupo de pescadores locales que la dejaron sujetar un calamar recién pescado que se le pegó al brazo y se lo succionó con tanta fuerza que se le quedaron unos cuantos

moratones redondos durante varias semanas. No lloró, pero estaba pálida cuando volvió del puerto y me lo contó. Los pescadores se rieron de ella, dijo, y yo me sentí una madre irresponsable (enajenada) por dejarla ir por una ciudad extraña entre gente de cuya mentalidad aún no tenía ni una mínima impresión. Recuerdo los perros brillantes y las enormes mierdas que dejaban en la corraliza del hotel, los paquetitos de mermelada compacta del bufé del desayuno, la sombra del follaje en un rocío de algodón de color melocotón.

¿Éramos felices?

Una pregunta inútil.

La palabra ha perdido su significado hace mucho.

Piel de serpiente en el brezo.

No lo sé.

Aquel día en la zapatería, digo belicosa, te tenías que haber visto. Parecías un tirano, sentado ahí en el trono. Recuerdo que te miré por el cristal y pensé, Troels, pensé…

Me quedo callada, pues ahora la ira se alivia, simplemente se disuelve y da paso a una tibia indiferencia.

¿Qué pensaste, Charles?

Nada.

Me mira asombrado.

¿Nada?

Sí.

5

El sonido del interfono la despierta como si fuera un gancho en el cuello. Cuando toca el suelo, nota la sangre cayendo y se agarra a la esquina de la mesa. Durante unos angustiosos segundos no ve nada. El parqué parece abrirse bajo sus pies.

—¡Voy! —grita.

Para provecho de nadie, la persona que la despierta está a un piso de allí. A juzgar por la luz del salón, está entrada la tarde. Bee lleva, como mínimo, un día durmiendo, la mejilla le da zumbidos.

—¿Hola?

Presiona contra la oreja el telefonillo de plástico blanco en un intento por estabilizarse.

—Soy yo.

La atraviesa un pavor concentrado, no era hoy, ¿no? Acordaron el viernes y el fin de semana. ¿Cómo puede mezclar las cosas de ese modo?

—¿Puedes esperar un momento? Dos segundos y te abro, ¿vale? ¿Puedes?

—Sí, claro.

Alcanza a escuchar la polvorienta voz de su vecino, Mr. Pistilli, preguntar si necesita ayuda y a Fifi responder con dulzura que no, no, está todo bien, y Bee cuelga de un golpe el telefonillo y se apresura a entrar en el salón. Nota la frente como si fuera un cuenco lleno de bolas de cristal que resbalan mientras con movimientos rápidos quita de en medio la botella y da forma a los cojines. Coge una manzana arrugada de la cesta de la fruta y da dos grandes mordiscos, reparte por la boca el jugo y la carne, y tira el resto al cubo de la basura.

Poco después, por segunda vez en los casi ocho años que lleva viviendo en la casa, hace pasar a su hija.

—¡Fifi! —dice Bee y atrae hacia ella el delgado cuerpo cogiéndolo por

los hombros—, mi niña.

El olor a perfume es excesivo. Intenta tranquilizar a Pita con el pie, que está retozona y dando saltos desequilibrados. Se sueltan y durante un rato Seraphina se concentra en el carlino. Se pone de rodillas y deja que entierre su brillante cabeza negra en su tripa, le acaricia la espalda y el pecho, le dice cumplidos y la anima.

—Sigue viva —dice Fifi al fin y se levanta.

—¿Pita? Sí, está perfecta. Por cierto, necesita que le dé el aire, déjala que corra por el jardín. Ah, hola, Mr. Pistilli, esta es mi hija, Seraphina.

Mr. Pistilli, cuyas buenas maneras rápidamente resultaron ocultar una personalidad dudosa e inestable (insulta a gritos a los que le entregan la comida a Bee y ella sospecha que es él quien tira bicis al suelo a propósito), saluda desde su terraza. Bee se gira hacia Seraphina.

—Creía que venías mañana.

—Te escribí ayer diciéndote que me habían cambiado a un vuelo que salía antes. ¿No te llegó el mensaje?

Bee no sabe dónde se encuentra su teléfono.

—Debe de haberse perdido —contesta—, si lo hubiera sabido, me habría preparado y habría arreglado la casa para ti. ¿Has tardado mucho? Debes de estar exhausta.

Seraphina se quita los finos guantes de piel y los coge con una mano.

—No ha sido para tanto —dice—, he dormido en el avión.

Hasta ahora Bee no se había fijado en la maleta que está detrás de ella en el pasillo. Una Samsonite de color azul paloma que hace juego con la gabardina y los zapatos de su hija. Parece un hada, no, le recuerda a Pulgarcita, la del cuento. Lleva el pelo rubio rizado que le llega hasta la mitad de la espalda y en cada lóbulo destella un cristal de Swarovski.

—Pasa, pasa —dice Bee y sube la maleta por las escaleras, pesa más de lo que esperaba—. ¿Quieres una taza de té? Acabo de poner el agua. Tengo blanco y verde y más infusiones. Una con frutas del bosque y menta. ¿Tienes hambre?

—Blanco está bien —responde Fifi y mira el salón—. ¿Has cambiado las cosas de sitio? Madre mía, es más grande de lo que recordaba.

Pita se les cuela entre las piernas y Bee siente unas ganas incontrolables de echarla a patadas.

—Pauline se ha ido —dice Bee y pone la maleta junto a la pared del comedor, que lleva sin usarse desde que se separaron—. Tenía muchas cosas. Eran grandes y estaban todas en las paredes, claro. Quizá es esa la sensación que te da. Parece más grande cuando hay aire alrededor de los muebles. El buda de encima de la chimenea es mío y el puf ese. ¿Lo recuerdas de los viejos tiempos?

Seraphina asiente y a Bee le dan ganas de estirar la mano y acariciarle la mejilla, que es lisa y tiene un brillo apagado, como un trozo de crespón de China.

—La yaya me contó lo de Pauline.

Eso no, ahora no.

—Escucha, estoy bien —dice Bee y le coge la mano a Fifi—, mejor háblame de tu vida. Es mucho más interesante. Ven y seguimos hablando mientras ordeno un poco.

Seraphina la acompaña y se sienta de un salto en la mesa de la cocina con una naturalidad difícil de relacionar con los muchísimos meses que han pasado desde la última vez.

—La yaya al menos sigue en plena forma —dice aunque Bee no le ha preguntado por Marianne o quizá por eso mismo—, ¿sabes que ha puesto en marcha un club de literatura?

Bee niega con la cabeza. Las conversaciones con su madre son de un carácter práctico y tratan sobre Fifi o sobre dinero y, si son sobre Fifi, al final también son de dinero.

—Ella decide lo que hay que leer —explica Fifi—, y para cuándo y, a cambio, pone la casa. Hay tarta y vino para los asistentes. La última vez se tiraron hablando cuatro horas y media, ¡pero ni una palabra del libro! Dos se durmieron y una, Joan, quizá la recuerdes, se puso tan borracha que tuve que llamar a su marido, y eso que vive a la vuelta.

Seraphina se ríe y los rizos saltan. Bee no se da cuenta hasta ahora de que ese pelo no es el suyo. Al menos no todo. La capa inferior parece más gruesa y menos elástica que el resto.

—Creía que te habías mudado —dice Bee, enfadada al pensar en lo enormemente autosatisfecha que estaría su madre por poder dar la bienvenida a gente a su club de literatura—, Marianne comentó que habías encontrado un sitio en Des Moines. Un piso que compartías con más personas.

—Sí, pero sigo teniendo mi habitación en casa de la yaya. La ha dejado como estaba y me ha dicho que puedo ir cuando quiera, lo cual últimamente significa bastante a menudo —Fifi suspira—, por desgracia mis nuevos compañeros de piso no siempre son considerados. Necesito mucho silencio para hacer mis vídeos, pero no lo entienden. O lo entienden y les da igual. No me preguntes cómo tienen tiempo de estar todo el día en casa sentados sin hacer nada. ¿No tendrían que ir a clase o a la sala de lectura?

—¿Tus vídeos?

Los talones de Seraphina golpean la puerta del armario mientras habla. Empezó hace unos años con tutoriales de maquillaje y desempaquetados. Rápidamente consiguió unos cuantos seguidores, pero poco a poco se fue dando cuenta de que a lo que más reaccionaba la gente era a su voz. Decían que los tranquilizaba, que les daba una sensación agradable. Tras repetidas peticiones para que hiciera un vídeo ASMR, buscó en internet de qué se trataba y a partir de ahí fue rápido. En un año, Fessonia's Whispers se convirtió en unos de los canales ASMR más populares.

—ASMR —explica Fifi antes de que Bee se lo pregunte— es la sigla en inglés de «respuesta sensorial meridiana autónoma». Hago sonidos que tranquilizan a la gente.

—A ver, que me entere. ¿Que tú haces sonidos?

Fifi asiente y le explica con mucha paciencia a su madre, que se ha olvidado por completo de la bola de té que mantiene abierta con el pulgar y el índice de la mano derecha, cómo cada día hay miles de personas de todo el mundo que la escuchan susurrar, cepillar, hacer clic, soplar y raspar un micrófono. La demanda de más vídeos es alta y siempre muy específica.

—Distinta gente tiene distintas maneras de activarse —dice—, hay uno con el sonido de la lluvia, de bolsas de plástico, uno con velas y el color azul, uñas, masajes de oreja, un vídeo de susurros, uno haciendo el desayuno…

—Desayuno —interrumpe Bee más escéptica de lo que le habría

gustado—, ¿por qué del desayuno?

Fifi hace un gesto de rechazo con las manos.

—Sobre gustos… Es un poco como ser la madre de alguien. Los acompaño en sus sueños —dice—, mi voz es lo último que oyen antes de dormirse. Además, por eso estoy aquí. Hay gente que está desarrollando una app para aquellos que sufren de insomnio y quieren usar mi voz.

Bee no está segura de qué le está contando su hija. ¿Vídeos? ¿Bolsas de plástico? Suena bastante extraño.

Y no solo eso. Suena mal y aterrador.

Como una cuesta abajo.

Bee nota que tiene la cara rígida debido al entusiasmo fingido, pero Seraphina no parece percibirlo.

—Ya veremos. Esas cosas no siempre van a más, aunque podría ser divertido si sucediese. Esta gente afirma que ahí hay dinero.

—¡Podría serlo! —exclama Bee y deja que la bola de té dé un chasquido—. Todo esto suena de maravilla, Fifi.

Bee llamará a Marianne en cuanto tenga ocasión. No se andará con chiquitas, por una vez no quiere ser la aguafiestas, sino simplemente saber qué coño pasa.

—Solo intento tomármelo como una experiencia —dice Seraphina y se encoge de hombros, los cuales brillan como nácar bajo la luz oblicua.

Su vestido amarillo plátano con escote halter parece sacado directamente de un verano de los años cincuenta. A Bee le entra frío solo con verla. Esta tarde, San Francisco está sumergida en una fría niebla.

—Sí —dice Bee—, hazlo. ¿Cuándo has quedado con ellos?

—El sábado.

—¿Este sábado?

Bee echa el agua hirviendo en la tetera, que es un regalo de una cliente y tiene forma de fresa con un elfo en la parte de arriba. La tapa se levanta por el sombrero del elfo, ella la odia. Siempre la ha odiado.

¿Por qué no la ha tirado hace mucho a la basura? Si la cliente fuera a volver, tendría un pase, pero la última vez que estuvo allí fue hace dos años. Una persona diferente a Pauline se habría negado a que su Earl Grey saliera de ahí, pero ella se conformó con bautizarlo como «la fresa meona».

—¿Te importa si duermo aquí? Donde sea —dice Seraphina señalando al salón con la cabeza—, el sofá está bien.

—¿Te crees que no tengo una habitación para ti?

Bee ha oído cómo ha sonado: insultada y enfadada.

Una apestosa manchita negra en la habitación.

No era su intención.

A fin de cuentas, nada de esto ha sido su intención:

Pauline y el pequeño Hudson Farley.

San Francisco.

El renovado ayuntamiento victoriano que hizo posible atraer a un tipo de clientes y con el que Bee nunca antes había soñado. Y aun así ocurrió. Justo como lo había planteado minuciosamente desde el principio.

—No voy a quedarme mucho tiempo —dice Fifi—, hay un montón de sitios que quiero ver mientras estoy aquí. Solo necesito un lugar donde dormir.

—La habitación de Hudson —dice Bee y coge dos tazas del armario—, estaba claro que tenía que haber dicho la habitación de invitados, te enseño dónde está.

Mientras Seraphina deshace la maleta, Bee prepara la bandeja. Tiene las manos débiles como hojas marchitas mientras pone almendras en un cuenco y arándanos arrugados en otro. Echa agua mineral en una garrafa y mete dos rodajas de pepino, corta una manzana en trozos y la rocía con zumo de limón. Lo último es un truco que ha aprendido de Pauline, que era especialista en hacer que las cosas normales estuvieran frescas.

En el salón, que de verdad es enorme ahora que solo queda una

fracción de los muebles, pone la bandeja en la mesa pequeña y se queda de pie indecisa a su lado.

—¿Tienes hambre? —pregunta—. Si tienes hambre, podemos pedir algo de comida. Si hubiera sabido que venías, te habría hecho algo.

—¿Has dicho algo? —Fifi está en la puerta. Se ha quitado el vestido y se ha puesto ropa de terciopelo negro para correr. Se ha hecho una trenza que lleva sobre un hombro como si fuera una cuerda dorada.

—¿Has comido?

—Me compré algo por el camino. Con el té está bien, mamá.

La puerta se cierra de nuevo, no con fuerza.

Se parece a sí misma.

Por uno u otro motivo, a Bee le alegra que Fifi parezca haber dejado de desarrollarse a los catorce años de edad. No es muy delgada, solo antinaturalmente bajita. Menos que eso, pero muy bien proporcionada como para confundirla con un enano. Bee ha intentado a menudo recordar la altura de su padre, pero su cuerpo, al igual que su nombre, ha palidecido con los años. Brazos, piernas, nariz, boca, manos. Todo ha desaparecido. Solo queda su risa, que era tímida y raramente cordial.

De los catorce días que él vivió en Esalen, únicamente estuvieron juntos una vez. Bee, que en aquel momento estaba trabajando de profesora de yoga y meditación, se había fijado en él porque estaba solo y no parecía estar disfrutando de ninguna manera su estancia en el instituto. Prescindió de llevar ropa agradable e iba por la zona con chinos de color caqui y camisa. Llegaba tarde al desayuno común y llevaba un periódico que se ponía a leer según aparecía por allí. De aquel modo, no se podía iniciar una conversación con él sin molestarlo de forma evidente. Las pocas veces que se dejaba ver por la clase de Bee, se iba siempre sin decir una palabra antes de que llegasen a savasana. Cuando una mañana él le dio un grito por la escalera que lleva a la playa, Bee no pudo adivinar por nada en el mundo lo que a continuación, y solo un poco aturdido, le preguntó.

La cabaña estaba apartada del edificio principal, detrás de una serie de pinos castigados por el clima, y desde la terraza había vistas al océano Pacífico, que rompía contra las dentadas rocas negras de la costa. Había comprado para preparar gin-tonics y Bee se sentía bien en su compañía. Porque era tan distinto a los hombres con los que

normalmente se liaba, iba menos bronceado y, como buena persona procedente del Medio Oeste, no tenía claro de antemano cómo se desarrollarían las cosas. Se tomaron las copas y comieron Cheez Ballz que él había llevado de casa, y le habló de su trabajo de programador en una empresa emergente. Como unos meses antes había estado gravemente enfermo, su jefe le recomendó que se lo tomase con calma. La empresa le estaba pagando la cura allí y, como no quería perder su trabajo, accedió a ir. La verdad era que echaba de menos más que nadie la oficina de Menlo Park, sus códigos y a sus compañeros. Estaban cerca de hacer algo. Una revelación de alguna clase. Bee lo escuchó entonces sin entender muy bien lo que le decía. Era el año 1995 y era la primera vez que oía algo de internet, al igual que nunca había conocido a nadie que estuviera «de baja por estrés».

Cuando a la mañana siguiente Bee le dio la bienvenida a la clase, sintió un pinchazo al imaginarse al hombre que dentro de no mucho tiempo se pondría delante de su pantalla a un par de horas en coche. Tres semanas después le dio diarrea y le sudaban las palmas de las manos de una manera que, evidentemente, significaba que iba a ser madre.

En ningún momento dudó de cuál era la opción correcta.

Bee buscó una vida en consonancia con el cuerpo y los ritmos de la naturaleza. El amable joven hablaba el exótico idioma de la tecnología. Una lengua nueva llena de palabras que no entendía y que no podía relacionar con nada.

Además, seguro que tenía novia, incluso estaría prometido en Palo Alto. La mayoría lo estaba.

No. El bebé era de ella.

Nacido de una flor.

Bee recibió a Seraphina en una bañera hinchable de una habitación del ala de empleados de Esalen. Iris, una alemana que parecía un pájaro y que enseñaba yoga allí, hizo de doula y durante los primeros seis años de la vida de Fifi todo su mundo lo formó aquel sanatorio que estaba en las rocas al sur de Monterrey. Como se suele decir, eran una gran familia. Cuando Bee tenía que dar clase, siempre había alguien que se encargaba de la niña y, si habían pasado una mala noche, algún compañero se ofrecía a cuidar de Fifi mientras Bee dormía. Seraphina se convirtió en una especie de mascota. Iba con el personal de limpieza y de jardinería. En los días de frío visitaba la

cocina y ayudaba a pelar almendras o a lavar la lechuga hasta que perdía interés y salía titubeando al parque a darle a las ardillas las sobras del desayuno. Fifi fue una niña sencilla, tranquila y guapísima. La llamaban «la niña de los ojos de estrella».

Cuando fue lo bastante mayor para comprender que existían los padres y preguntó interesada por el suyo, Bee prefirió decirle que nació por fecundación artificial. La identidad de su padre estaba protegida por la ley. Lo único que se sabía de él era que había nacido en Misuri.

Así fue.

Al sentarse en el sofá, Bee se da en el pie con algo duro y ligero. Se agacha y ya sabe qué se van a encontrar las yemas de los dedos. Perdura el reconocible olor a pasas caramelizadas y aftershave. Bee se pone recta y, con un rápido movimiento, presiona el cristal biselado entre el respaldo y el cojín.

—Qué bien se está aquí —afirma Fifi, que entra en el salón en ese momento—, no pasa nada por que esté algo vacío.

—¿Verdad?

—¿Recuerdas la casa de la yaya, con cosas por todas partes? —dice Fifi y se pone al otro extremo del sofá—, dicho con sinceridad, yo prefiero esta. ¿Cómo de grande es?

—Unos doscientos metros —murmura Bee—, quizá un poco más.

La casa tiene doscientos ochenta y cinco metros cuadrados, siete habitaciones con posibilidad de ampliar el loft y la cantidad que se paga en impuestos es lo que gana Bee en un año muy bueno. Bee lo sabe porque en las últimas semanas vino un hispanoamericano fornido con muchos anillos e hizo fotos del lugar, y dos días después colgó en internet esa información. En un ataque de masoquismo, buscó el anuncio.

Aunque Pauline es una mujer justa, no es una ONG. A Bee le han dado medio año, después se pondrá la casa en venta. El préstamo puente ya ha expirado. El préstamo puente. La cuenta provisional. Eran palabras que Pauline podía usar como si fueran lo más natural del mundo a pesar de que no había tenido dinero hasta una edad tardía.

Hay gente que aprende con facilidad.

Hay gente que se deja ir y se echa en brazos de un nuevo amor con seguridad en la victoria y el desprecio a la muerte propios de un acróbata.

Esa fotografía deja a Bee como el trapecio que se balancea, lo cual es bastante preciso. Echa té y le ofrece una taza a su hija. Fifi se ha subido a Pita al regazo, la perra parece satisfecha e inconsolable a la vez.

Por lo demás, el fotógrafo fue agradable. Se tomó su tiempo para beber la copa de vino blanco que ella le ofreció (pensó en abrirla cuando él se fuera, pero hubo algo de su esencia que hizo que el sentido de la hospitalidad despertase de su letargo) y, antes de marcharse, le deseó suerte de una manera que parecía sincera.

«Espero que encuentre una buena solución, Miss».

«Gracias. Hacía mucho que tenía que haber empezado a pensar en soluciones».

«Ya lo sabe».

El problema es que todas llevan al mismo sitio, que provoca náuseas: la primera planta del chalé de su madre en la parte bonita de Bondurant, donde viven parejas de ancianos y las viudas.

Ya está oyendo lo que dirán de ella.

«¿La hija de Marianne Wallens ha vuelto otra vez?».

«¿Alguien la ha visto? ¿Habéis hablado con ella?».

«He oído que se hizo lesbiana y se divorció».

—¡Uf, pierde mucho pelo! —Fifi le enseña las palmas de las manos, están llenas del pelo brillante de Pita—. ¿No se puede hacer nada? ¿Darle algún tipo de suplemento?

—Es una perra —dice Bee—, pierden pelo.

Fifi sonríe y aparece el hoyuelo de su mejilla derecha y se parece a ella misma en la foto de la mesilla de noche de Bee. Siete años, marrón como una nuez.

—Bien dicho.

Hudson solía decir que Pita tenía cara lastimera. Sigue siendo la

descripción más acertada que se le puede ocurrir a Bee.

—Vamos a comer fuera —dice y hace un movimiento rápido y enorme, se le escapa la manta, que cae al suelo—, conozco un restaurante hindú que siempre tiene mesas libres y es mejor y más barato que los que siempre están llenos. Está un poco lejos de aquí, pero el paseo merece la pena. ¿Qué dices?

—Pues digo que suena bien —contesta Fifi y le da un beso en el hocico a Pita—, ya sabes que me encanta la comida hindú.

Bee no lo sabía, ahora, sí.

6

Niels aparca la bicicleta en el soporte que está a la entrada de las zonas comunes de Strandlund. Biggo ha ampliado su zona hacia Vesterbro y Kongens Enghave y los kilómetros y las numerosas pasadas extra con el cepillo se notan en cada músculo. Se siente apaleado y tiene calor, pero está bien. Quizá por una vez quiera poder dormirse cuando se tumbe por la noche en la cama. Más allá del mar, las nubes rompen el cielo vespertino, amarillo como un tulipán. La luz del sol hace que el metal del pomo de la puerta y del manillar de la bici brillen como si les hubieran echado una capa de azúcar. Niels mete el gorro en el bolsillo y se abre la chaqueta. Lleva el pelo corto, rapado por detrás y por los lados y unos milímetros más largo en la parte de arriba. No se puede ver, pero, si se lo dejase crecer, le caerían por las orejas y la frente unos rizos color miel con los que nunca se ha entendido. Los encuentra vulgares y en cuanto fue lo suficientemente mayor para tener algo que decir le pidió a su madre que se los cortase.

Las persianas del despacho de Barbara están bajadas, pero la ventana está entreabierta y Niels ve las formas del alargado cuerpo de su amigo bajo el edredón.

—¿Cosmo?

No se mueve.

Niels silba. Una melodía insistente que repite hasta que la mano huesuda de Cosmo se mueve por la funda nórdica como si quisiera encontrar la fuente del ruido y sofocarlo. Niels se aparta de la ventana, pero no entra de inmediato. Se sienta en la escalera del número once y tira una piedra al tiesto invertido en el que suelen apagar los cigarrillos.

Así, con el sol en el rostro.

Está bien.

Simple.

Abajo, en el foso, los patos maldicen en alto la desaprensión de las gaviotas.

Plic, suena cuando llega a la terracota.

Plic. Plic. Ploc. Eso es la mesa.

Ninguno cae por el agujero.

El plan no era quedarse en Strandlund más de un par de semanas. Cosmo le había ofrecido a Niels dormir en el sofá del piso de su abuela mientras este esperaba a que Evald y el Paracetamol vaciasen el ático de Frederikssundsvej. Aquí podía vivir gratis, le dijeron, ningún problema. Encontraron muerto en el ático un gato que se había perdido y, tras una inspección del ayuntamiento, resultó que las cifras de amianto eran tan altas que desaconsejaron cualquier visita innecesaria. Los vecinos se unieron para denunciar al propietario y Niels se volvió a quedar sin casa. Desde que volvió a Dinamarca a finales de verano, nunca había estado del todo tranquilo y ahora estaba sopesando la idea de irse de nuevo. A San Petersburgo, quizá, o al sur de España, pero era el peor momento. Si se marchaba de Copenhague solo unos meses después de estar pegando carteles para Biggo, le pondrían la etiqueta de inconstante y, de ese modo, le impedirían trabajar en un oficio que le venía mejor que cualquier otro que se le ocurriese. No le molestaba el trabajo físico siempre que él pudiera decidir el horario y que le pagaran el sueldo en efectivo. Desde luego, Sidsel le ofrecería mudarse a su casa, pero ya estaban apretados en ese piso. Ella lo negaría, pero él no quería ser una carga. Además, Niels iba dándose cuenta de que Cosmo sufría algo más grave que un habitual ataque de desánimo. No parecía poder superarlo él solo y Niels tenía miedo de dejar a su amigo en esa oscuridad.

Así pues, a principios de marzo, Niels se mudó con Cosmo a la residencia a la que Barbara y Hugo iban a visitar a la fallecida esposa de este y que, como resultado de la combinación de los contactos que él tenía en el ayuntamiento y la fama de ella, han podido conservar como residencia de verano. Pasan la mayor parte del año en el sur de Portugal, en la finca destartalada que Barbara compró con su primer marido. Entre esa extraña simetría de cónyuges muertos y propiedades, según Cosmo, se encuentran de maravilla. Y Barbara parecía feliz y relajada al teléfono cuando Niels la llamó para proponerse como inquilino no reglamentario.

Siempre que paséis desapercibidos, le dijo. La parte del dinero siempre podían resolverla.

Después entró en la casa y cogió de la estantería la primera novela de Barbara. Costaba relacionar la voz del teléfono con la mujer joven

cuyos ojos negros brillaban al encuentro de una mirada que era decididamente provocadora. Cosmo no mentía cuando afirmaba que su abuela había sido guapísima.

Al oír los pasos en la gravilla, levanta la mirada. Es Arvid, el vecino de al lado, que va andando por el camino. La lluvia ha oscurecido las hombreras de la chaqueta y ha dejado en la espalda una mancha en forma de flecha.

—Buenas tardes —saluda y se detiene—, ya que es lo que la gente hace aquí.

—Buenas tardes —repite Niels y se pone de pie.

Ese es el efecto que los residentes tienen en él. No le gusta sentir que les hace perder el tiempo. Arvid deja en el suelo la bolsa de la compra y estira la espalda con dificultad. Al respirar le pitan los pulmones.

—Tú también has salido, por lo que veo. A mí me ha pillado un chaparrón volviendo de la tienda. Primero me puse debajo de una marquesina, pero era imposible calcular cuándo pararía. Me podía quedar allí toda la tarde, así que pensé, me voy a casa con Tove, que se va a enfadar. Menuda tontería, ¿no?

Niels está delante del viudo y no tiene nada que decir. Está imperdonablemente sano y vivo. Esas cosas no se pueden ocultar.

—Oye —dice Arvid, que aparentemente no esperaba respuesta—, ¿qué tal tu compañero de piso? Hace muchísimo que no lo veo. ¿Se ha ido de viaje?

—No —responde Niels—, la verdad es que está en casa.

—Bien, bien.

—Pero le puedo preguntar por qué va por ahí a hurtadillas sin saludar a la gente como es debido.

Arvid aparta la mirada.

—No era eso lo que quería decir. Puede hacer lo que quiera.

—Ya lo sé, estaba de broma.

—¿Pero está bien?

—Creo que sí —contesta Niels y comprende que Arvid sabe

perfectamente que Cosmo no está de viaje. La gente infravalora con gran facilidad a los ancianos, como si fueran niños.

—¿Está haciendo algo? Barbara me ha hablado un poco sobre lo difícil que es hacer planes en su campo de trabajo. Lo malo es vivir con lo justo.

Tras pensarlo brevemente, Niels responde de manera sencilla:

—Sí.

—Me alegra oírlo.

Arvid vuelve a coger las asas de la bolsa.

—Dile que se pase cuando pueda. Buenas tardes.

—Se lo diré.

Niels se queda de pie observando cómo Arvid se marcha con pasos inseguros en dirección a su casa. Los hombros se inclinan ahora que su anchura es inservible y difícil de manejar. Se ve que el cuerpo flaquea, que cruje en partes que antes se acomodaban con agilidad para formar un todo. Por fin llega a la puerta y coge la llave, que es pequeña y brillante como un pez entre los dedos. Niels se sienta en la escalera de piedra y deja que el seto succione la dificultad de Arvid para hacer que las cosas y él mismo cubran el último tramo. Con la mano derecha se protege del sol, con la otra recoge otro montón de piedrecillas, echa el brazo hacia atrás, lo estira hacia delante y abre la mano. El conjunto atraviesa el aire irregularmente en dirección al tiesto invertido, le da y no le da, le da y le da y no le da y no y no y no.

Cuando entra en el salón, el humo que en el recibidor se dio a conocer en forma de olor se vuelve más oscuro y más espeso. Niels se tapa la boca con el gorro y respira a través de la lana húmeda mientras va corriendo de un lado para otro y abre las ventanas de ambos extremos del piso. Quita la sartén del fuego y la echa al fregadero. El metal bulle y se retuerce un par de veces y después hay calma. El humo sale por la ventana en forma de cola larga y poco después el salón recupera su estado normal. Él se estira y escucha con la esperanza de que se active alguna alarma, de que alguien llame a la puerta o dé un grito. A pesar de todo, están rodeados de personal contratado para mantener a la gente viva y de buen humor, pero no sucede nada. Nadie ha advertido el humo que en unos minutos de aquella tarde de

jueves salió de un apartamento de los edificios de ladrillo rojo de Strandlund.

En la habitación de Cosmo se oyen alegres voces de mujeres estadounidenses, música de fondo que sube y baja de intensidad, pero solo se escucha de lejos y por muy poco tiempo. Niels se imagina rompiendo la puerta y avanzando hacia la figura que está en la cama medio disuelta en la luz azul, agarrarla por los huesudos hombros y zarandearla lo más fuerte que pueda, zarandearla, zarandearla. En lugar de ello, deja la leche en la nevera, gira la tapa de un bote de remolacha y limpia la mesa de la cocina. El anillo que ha dejado el líquido es como una sombra en la madera. Tira el huevo frito negro a la basura y llena de agua la tetera eléctrica. Cuando ha hervido, la echa en la sartén. Láminas de hollín se deslizan con el agua por el borde de la sartén y forman un volcán oscuro junto al filtro del desagüe. Apaga los radiadores, que están funcionando al máximo entre la corriente de las ventanas abiertas. Mientras la corriente tira del aire marino y lo lleva al salón como un limpiapipas, Niels coge su mochila y la vacía sobre la mesa. No ha sido para tanto, ya se habían llevado las mejores cosas. Uno de los cuatro calabacines está viscoso bajo el plástico, pero los demás están impecables. Al igual que el brik de zumo de manzana y las chalotas, sus fallos son estéticos. Coloca la compra en la nevera, que está vacía salvo por un cartón de huevos y la remolacha. Hay para unos días, quizá tres. Biggo le debe el sueldo del mes de marzo, pero Niels no ha pensado en reclamárselo, al menos de momento. No tiene ningún interés en darle una impresión equivocada a la gente. Puede esperar, por supuesto, y el dinero llegará, lo sabe por Evald, que lleva trabajando para Biggo desde que dejó el instituto. Ahora mismo te está valorando, le explicó Evald cuando se encontraron en la calle Nørrebrogade, que es la zona de Evald y en la que lleva varios años. Si eres de confianza, si puede trabajar contigo, se echó aliento en sus curtidas manos, para él es lo más importante. Se puede confiar en Niels, Biggo lo sabrá pronto. Aprende con facilidad y es minucioso y no se le ocurrió quejarse, ni siquiera cuando el mes pasado estuvo viviendo a base de copos de avena y sopa de lentejas. Excepto las noches que cenaba en casa de Sidsel.

Niels pone en marcha la máquina de café y deja la ropa sudada en una silla del comedor. Llevaba esperando este momento desde que llegó a la ciudad. Los largos y abrasadores baños bajo el grifo de la ducha, que es del tamaño de un plato, son unos de los pocos lujos que se ha permitido durante su estancia en Strandlund.

El aire de la habitación, en la cual intenta no pensar como suya aunque ya la considere sagrada, es puro y fresco, y Niels está agradecido por haber cerrado la puerta ayer al irse. La habitación es la más pequeña del piso, pero está orientada al este y desde la ventana, enorme y sin travesaños, hay vistas al estrecho del Sund. Barbara tiene buen gusto y, aunque Strandlund está diseñado para cuerpos en decadencia, consiguió tapar todo eso con una mezcla de muebles caros, arte y productos textiles traídos de sus viajes. Solo en el baño, donde se pusieron agarraderos en la pared de la ducha, se recuerda que se trata de una residencia de ancianos.

Bebe café de pie y desnudo con una mano apoyada en el marco de la ventana. Entre sorbo y sorbo presiona la taza contra el pecho, que, excepto por una isla de vello rubio con forma de corazón, es suave como el de un niño. Desde la ventana observa a los gorriones bañarse en un charco del camino de gravilla. El sol le dora el cuello y los hombros y, cuando se gira y da unos pasos, también la espalda, cuyos músculos han comenzado a aparecer con más claridad. Niels aparta la taza y deja que la cabeza dé vueltas sobre el cuello. No admira su cuerpo, pero disfruta de su fiabilidad, le gusta usarlo y sentir que entra al compás de los movimientos a medida que se acostumbra al incómodo trabajo con el cepillo y el cubo de engrudo.

Para hacer sitio para el escritorio de Barbara, que Cosmo usaba solo como basurero, Niels ha empujado la cama hasta la pared. Es aquí, mirando al mar, donde se sienta a leer y de ese modo (laborioso e infatigable) erige una ciudad de conocimiento en su cerebro. Le falta mucho, muchísimo, y no hay ninguna disculpa lo bastante buena. Ahora mismo hay en la mesa una pila de libros, de abajo hacia arriba: el libro de Georg Lukács sobre Goethe, dos ediciones del colectivo Tiqqun, los tomos 3 y 4 de El Capital, algo del primer Heidegger y Armed Joy, de Alfredo Bonanno, que su amigo Luken Gárate le ha mandado en un paquete junto con un folio A4 con las palabras «NE TRAVAILLEZ JAMAIS» escritas con lo que Niels cree que es un trozo de carbón.

Esas palabras no son de Luken, sino una cita de Guy Debord. Las escribió por primera vez en una pared de la rue de Seine cuatro años antes de que en 1957 contribuyera a fundar la Internacional Situacionista, un grupo de intelectuales y vanguardistas marxistas. Si se busca a Debord en internet, se encuentra, además de artículos sobre su espectacular suicidio en 1994, una fotografía tomada en un día soleado en Coscio di Arroscia en la que aparece flanqueado por su primera esposa, la escritora Michèle Bernstein, y un sonriente Asger Jorn con un jersey de lana de manga larga. A pesar de su sonrisa,

Debord parece un jurista taciturno de culo gordo.

Niels ha colgado el folio en la pared de enfrente del escritorio pues, aunque es sencillo obedecer el precepto de Debord cuando papá Gárate transfiere cada mes una sustancial dosis de euros a tu cuenta bancaria, aprecia el gesto. Por lo demás, no se imagina que su amigo, que es demasiado inteligente como para ser hipócrita, no sea consciente de la evidente contradicción que hay en que a un anarquista declarado lo mantengan sus padres, que además parecen vivir con un miedo eterno a que un día cumpla sus amenazas y deje la universidad de Tubinga y se vaya a un colectivo autosuficiente del noreste de España.

Niels conoció a Luken por casualidad el verano pasado en una verdulería de una aletargada ciudad italiana a unos kilómetros al sur de la frontera con Suiza. Había comprado una bolsa de naranjas que se comió sentado a la sombra, por supuesto no sin ofrecerles a los dos hombres que, al igual que él, llevaban botas para caminar y mochilas humildes. En ese momento llevaba tres semanas y media caminando solo, interrumpidas por una estancia de cuatro días en un monasterio, y necesitaba hablar con alguien, pero los dos hombres rechazaron su ofrecimiento y respondieron con parquedad a sus preguntas antes de retomar la conversación que Niels había dejado en el aire. Debido a su actitud inabordable, Niels decidió unirse a ellos. Los caminantes que hasta ahora se había encontrado en su ruta por Italia eran, por lo general, tan parlanchines que tras un par de kilómetros en su excesiva compañía deseaba no haber respondido cuando le hablaron. Algunas mujeres parecían estar interesadas en algo más que compañía para el viaje, pero, después de las semanas de soledad, el deseo de Niels se había revertido de una manera que le aguzaba los sentidos al encuentro con el mundo. Un estado que disfrutaba demasiado para dejarse arrastrar por una sensación de deseo transitoria. En comparación, la frialdad de los hombres le parecía refrescante y atractiva y el resto del día Niels los siguió por el campo, bebió cuando ellos bebieron y comió cuando ellos comieron sin cometer de nuevo el fallo de ofrecerles su comida. No le pidieron que se fuera, pero tampoco hicieron amago de invitarlo a unirse a la conversación. Hasta que no se hizo de noche y Niels resultó útil para abrir el cerrojo de un viejo granero, no se acercaron a él a explicarle que por su tamaño y sus anchos ojos habían creído que era norteamericano. Huelga decir que esto, el hecho de que no lo fuera, era una sorpresa agradable. Al día siguiente siguieron caminando y se separaron una semana después, cuando la ruta de Niels se dirigía al este, hacia Rumanía, mientras que la de Luken y Simon continuaba hacia el norte, en dirección a Chequia.

De Simon nunca volvió a saber nada, pero el vasco respondió en pocos días al correo de Niels con uno el doble de largo y una lista de obras indispensables, incluido el boceto de un artículo sobre el fetiche posmoderno con los productos hechos a mano que le pidió a Niels que leyese y comentase. Desde entonces han mantenido el contacto y es de Luken de quien espera noticias cuando abre el ordenador y ve un correo de su hermana mayor. Lo mandó hace hora y media, cuando era por la mañana allí donde vive ella. En el asunto pone: «HOW DO LOBSTERS GROW?». Niels mira con el ceño fruncido las mayúsculas de la pregunta. La última vez que supo de Ea fue en su cumpleaños. Le escribió diciéndole que le había mandado un regalo y él no tuvo el coraje de contestarle que llevaba casi dos años sin tener dirección fija. Fuera lo que fuera, no iba a llegar.

Abre el correo y hace clic en el enlace. El rabino doctor Azriel Tobin grabado de pecho para arriba con un fondo de tela marrón oscura que se enrolla un poco por un lado. Las mejillas huecas y la barba blanca como la harina y fina como el cabello que asoma bajo el gorro en forma de mechones aéreos. Su expresión facial es amable y preocupada mientras habla del bogavante, cuya cáscara no da de sí. Con otras palabras, no crece al ritmo de su dueño, con lo cual el bogavante en un momento dado se sentirá tan desanimado y tan comprimido que comenzará a buscar un lugar donde tirar la cáscara. Cuando haya encontrado una piedra o un arrecife adecuados, entrará en la oscuridad, se quitará la cáscara y esperará, desnudo y vulnerable, a que crezca una nueva más adecuada. «Now imagine», dice el rabino Tobin y se inclina hacia delante, que el bogavante no buscase un lugar donde esconderse sino que fuera a su médico y le recetase Xanax o Prozac o Zoloft. «Imagine», dice el rabino y levanta la mano derecha, que el bogavante siguiese con vida en el fondo del mar, indispuesto pero sin saber por qué está anestesiado. Por supuesto, Niels ha entendido la alegoría y aun así se queda sentado y deja que el rabino le cuente que el periodo de indisposición es una señal de que se crece espiritualmente y de que, por tanto, es una cuestión de no temer al dolor, sino, al contrario, de darle la bienvenida. «Pain is growth», dice el rabino y se reclina en la silla con una sonrisa transfigurada en los finos labios.

El correo se lo ha mandado a él y a otras noventa y siete personas y es una especie de carta en cadena. La idea es que cada receptor se lo reenvíe a sus contactos y así sucesivamente. De ese modo, aquellos a lo que el redactor original del correo se refería como Big Pharma, poco a poco quedarán expuestos como los desalmados envenenadores de la sociedad que son. El breve texto está lleno de signos de exclamación. ¡Difundid el mensaje! ¡Que no te narcoticen! ¡Tenemos

que sacar la verdad a la luz! Pain is growth! Atractivo, pero formulado de una manera banal. A Niels nunca se le ocurrió reenviarlo. No conoce a nadie, además de su hermana mayor, a quien le pudiera interesar.

Ea no sabe quién es él.

¿Cómo iba a saberlo?

Tenía once años cuando ella se marchó.

Un chico callado que cambió sin quejarse su casa de la infancia por el piso de su tía en el barrio de Østerbro.

No, no ve motivos para reprocharle nada a Ea.

Él habría hecho lo mismo en su lugar y lo hizo en cuanto tuvo la ocasión.

Hola. Soy yo, Fessonia.3

Niels nota un escalofrío que le baja desde la nuca por la espalda, donde se extiende y se convierte en un calor punzante en la cadera.

La voz es muy compacta, un susurro ronco, íntimo.

No le ha dado a la pausa y el siguiente vídeo se ha reproducido solo.

La chica no debe de tener más de diecisiete o dieciocho años, está sentada en la cama de algo que bien podría ser su habitación. En la pared que tiene detrás hay una tira de luces de corazones morados.

Y hoy solo importas tú.4

Está sonriendo, se inclina hacia la cámara. Guapa, pero al estilo de las princesas de Disney, delicadas e irreales, con ojos azules brillantes y dientes monos.

Bueno, amigos, empecemos.

Sujeta una botella de plástico vacía y la golpea con las uñas, no rítmicamente pero tampoco al tuntún. Cierra los ojos como si este movimiento requiriera toda su concentración.

Niels no puede moverse.

No nota excitación, sino algo que se le parece. Se siente como si unas

manos invisibles lo empujasen hacia atrás y hacia abajo en la silla.

Deja de tocar el tambor y rasca la tapa estriada con cuidado.

La sensación de antes vuelve con más fuerza: un punzante e intenso gusto que empieza en la nuca y resbala y ondea por el resto del cuerpo hasta que cada músculo se siente totalmente blando y relajado.

Fessonia aparta la botella y levanta una brocha de maquillaje hacia el micrófono, que está situado delante de la cámara.

Con pequeños movimientos, la pasa por la dura y agujereada superficie del micrófono y el sonido que recibe Niels es embriagador, denso y seco.

Sus labios se han separado, la oye respirar.

Niels se pone una mano tentativa en la entrepierna, pero está en reposo.

El placer no es local.

Se mueve desde sus pies hasta su frente, baja a las mejillas y al cuello, al pecho y las caderas, controlado por los sonidos que produce la chica de la pantalla.

¿A lo mejor sientes sueño? Te mereces descansar. Tú suéltalo todo. Suéltalo, ordena.

Niels se levanta y se tumba en la cama. Siente que la parte trasera de su cuerpo arde al tocar la sábana y a su alrededor la habitación se contrae y se expande al ritmo de su respiración. Nota una brisa en la mejilla derecha, que el sol vespertino está dando calor tras la ventana a la parte de arriba de la cabeza. La voz de la chica susurra y raspa, cruje contra sus tímpanos, ella lo atraviesa con marejadas de bienestar y él se va sintiendo cada vez más pesado y abierto. Niels se pone de lado y deja que los párpados cedan ante esa extraña pesadez.

3. En inglés en el original: Hey. It’s me. Fessonia (N. del t.).

4. En inglés en el original: And today it’s all about you (N. del t.).

7

Sidsel mira el montón de ropa y cambia de opinión una vez más. Saca una camisa azul petróleo, la cambia por un jersey fino y mete un libro extra en el bolsillo exterior, cierra la cremallera de la maleta y la coloca en el suelo al lado de la cama. Jeanette le ha mandado un correo con la tarjeta de embarque y una carita sonriente. El avión sale mañana a las 14:30 y tendrá que reservar ella el billete de vuelta. El plan es reunirse con Loretta Barry, la conservadora jefe, la mañana siguiente e iniciar el trabajo con el busto. Todo va a suceder. No ahora, sino pronto. Sidsel va al baño y se mira al espejo, se quita los pendientes y se peina ambos lados. Desearía aparentar ser tan nueva como se siente, pero nunca se consigue. Abre el grifo de agua fría y limpia el lavabo con la palma de la mano antes de ir a la cocina a vaciar el escurreplatos. Son las ocho y media, Niels acaba de escribir diciendo que está en camino. Había llegado a ponerse nerviosa. No era propio de él llegar tarde y, cuando por fin dio con su hermano, parecía aturdido. «Me estoy subiendo a la bici», dijo con una voz que venía del fondo de un pozo, «dale un beso de buenas noches a la Larva y dile que podemos jugar al Monopoly el fin de semana». No tenía intención de hacerlo. No había motivos para recordarle a Laura que su tío no ha respetado su acuerdo. Como la mayoría de los niños de esa edad, tiene un sentido de la justicia fácilmente inflamable y una capacidad para recordar durante semanas lo que ella interpreta como traición.

Laura se tomó la noticia de lo de Londres con una calma suprema. «¿Yo también voy?». Por supuesto se lo preguntó, pero, cuando Sidsel le explicó que iba por trabajo y no de vacaciones y que Niels cuidaría de ella, también lo aceptó sin protestar. La niña quería a su tío con la pasión con la que los niños quieren a las personas que ven con menos frecuencia de lo que les gustaría. En la cena, repitió y no tardó en dormirse más tiempo del habitual. Quizá las lágrimas vendrían por la mañana, cuando se marchara, pero la verdad es que Sidsel lo duda. Laura tiene un carácter fuerte y directo y cada vez es más frecuente que sea Sidsel quien debe armarse de valor para ponerse al nivel de su hija. Cuando hace unos meses Laura le interrumpió mientras se cepillaba los dientes para preguntarle por qué no tenía abuela como los demás niños de la escuela infantil, Sidsel se sintió tentada de responder con una inocente contrapregunta: quién de la escuela tiene

abuelos. «¿Recuerdas que la semana pasada leímos un cuento sobre una abuela? ¿Qué le pasaba?». Pero hubo algo en la mirada de Laura que le hizo pensárselo mejor y Sidsel le explicó que tenía abuelos, pero que dos murieron y los otros dos vivían en otro país. Laura contestó sin dudar que era un fastidio porque los abuelos recogen a los nietos antes que los padres normales y abrió la boca para cepillarse y dejó que Sidsel acabase el trabajo. Ni una lágrima ni más preguntas.

Desde luego, no será la última vez que hablen de ello, pero era un inicio del que Sidsel no tiene que avergonzarse.

Ha dicho las cosas como son.

Un cuarto de hora después, Niels sigue sin aparecer y ella no tiene mucho más que hacer en el piso. Todo está ordenado, seco, colgado. Sidsel saca los cigarrillos del fondo del cajón de la cocina y entreabre la ventana. La calle está mojada y sin gente, ella se imagina a su hermano pequeño a toda velocidad a lo largo de la costa. Las largas piernas, arriba, abajo, arriba, abajo. En el piso de enfrente, una joven se seca el pelo con movimientos de guerrera y, cuando termina, tira la toalla al suelo. Su amiga entra en la habitación y se sienta en la cama. Hablan mientras la primera se viste y, cuando se van de la habitación, es la segunda la que se agacha, recoge la toalla y cierra la puerta. Aunque pronto hará un año que llevan viviendo juntas, Sidsel no puede decir nada en profundidad sobre su relación o sus costumbres. Van y vienen a horas cambiantes, duermen hasta bien entrado el día o están en la calle antes de que salga el sol. Suele haber gente de visita, pero nunca a horas en las que los demás se lo esperarían. En tales ocasiones, las habitaciones suelen estar llenas de jóvenes que beben té y cerveza, y hablan delante del gran espejo del guardarropa. Sidsel apaga el cigarrillo en la repisa y lo tira a la calle, donde se quedará hasta el siguiente turno de limpieza comunitario. Ella suele apuntarse para barrer la calle, nerviosa por que alguien note las numerosas colillas caídas bajo su ventana.

El ordenador está en el fondo y hace falta maña para sacarlo de debajo de la ropa doblada. Le quita la funda, se sienta en el borde de la cama y levanta la pantalla.

La luz tiene un efecto inquietante sobre la oscura habitación.

No es un buen momento.

Quizá Niels esté en este instante aparcando la bicicleta abajo y dentro de pocos segundos suene el telefonillo.

No es en absoluto un momento, solo una fina e indiferente franja de tiempo entre una cosa y otra, y quizá por eso lo hace justo ahora.

El cursor aparece y desaparece, parpadea, se queda quieto.

¿Cuánto tiempo lleva sabiendo que acabaría aquí?

Siempre, por supuesto, siempre lo ha sabido.

Tiene el nombre en los dedos, una coreografía ya conocida, y enseguida viene la sangre disparada desde el pecho hasta el rostro, pincha y le pellizca el cuero cabelludo.

Algo en ella cede cuando hace clic en el primer enlace.

Una estructura de su pecho se desploma en silencio.

Lleva mucho tiempo endureciéndose, ahora está indefensa. Él sigue trabajando en la universidad como lector y la foto es la misma, tomada para su empleo. Tiene el pelo más corto, no sonríe, pero la sonrisa que falta no le hace parecer antipático.

Es otro despacho, otro piso. Las mismas orejas pequeñas y bajas.

Vuelve a los resultados de la búsqueda. En una imagen de un seminario del pasado octubre está el lector Vicky Singh entre dos investigadoras ante un panel discutiendo sobre The Mutations of Socialist Modernity. Se inclina sobre sus piernas cruzadas con la mano en un ángulo raro respecto a la muñeca, como si el peso del micrófono la hubiera dado media vuelta. El cartel que ha de contarles a los participantes en la conferencia quién es él está torcido en la solapa.

Sidsel traga algo compacto.

Le borbotean las tripas y se le salen las náuseas hasta la piel, pero es imposible detenerlas. Los recuerdos brotan y se abren paso entre un caos de detalles: el vello del pecho, erizado como su barba (crepitante bajo su mano) y que trepa por la abertura de la camisa para encontrarla a mitad de camino. La estrecha cadera, los potentes codos y rodillas. La manera en que, como la mayoría, no se envuelve el cuello con la bufanda, sino que la levanta por encima de la cabeza y la deja caer con la precisión de un repostero. Su paso ondulante y cómo dejó la cartera en una esquina de la sala de conferencias, bien lejos, como si fuera una bolsa de basura. El extraño olor que le quedaba en el traje después de limpiarlo mezclado con el vino y el pedazo de sándalo que ardía sobre un platillo mellado en la ventana de la cocina

de su piso.

Los cigarrillos y el vino en la ventana de la cocina.

El jardín cubierto de hierba, con agua de lluvia.

Una sábana de color magenta. Una sábana turquesa, una azul cobalto. Nunca una blanca.

Nunca una comida normal, pero pruébalo, prueba este relish, coge un biscote con queso y gelatina de membrillo. Esta salchicha es una especialidad de Polonia/Grecia/Chequia.

La cartera de las conferencias, el traje y las camisas en el armario.

El armario: su olor intensificado hasta lo insufrible.

Los oscuros y entretenidos métodos para hacer té que él practicaba como hobby.

Sus manos, el sabor de su saliva, la polla dura y arqueada.

Sidsel tenía veinticinco años la primera vez que vio a Vicky Singh y enseguida lo deseó con violencia y sin reservas.

En aquel momento, ella había salido de una relación cuyo último año de los dos que duró había sido innecesario. Aun así, Sidsel no se dio cuenta de que no podía seguir con él hasta que no lo tuvo enfrente en el Café Dyrehaven hablando del tamaño de los huevos del brunch. Lo dejó un par de semanas antes de irse a Londres, donde iba a vivir y estudiar el siguiente medio año. Sidsel se había sentido decepcionada con sus estudios (quería tocar las obras, no estudiarlas, pero tendrían que pasar varios años hasta que se dio cuenta de cuál era la madre del cordero) y un amable orientador le aconsejó investigar un poco, probar otras cosas, otras asignaturas en otra ciudad. Y allí estaba ella, en la imponente aula de la universidad. Llegó a Londres una semana antes, totalmente despistada, ambiciosa y libre.

Cuando entró por primera vez en el aula, se desorientó tanto al ver a su profesor que se dio la vuelta y fue a información, donde un trabajador le explicó que la clase de la que se había ido era la correcta. Debido al nombre se había imaginado que sería una mujer y se sintió descolgada, dos pasos por detrás. En el transcurso de los seis meses en los que Vicky fue su profesor y en los tres y medio en que fue su amante, esto no cambió.

El profesor Singh era uno de esos prometedores académicos cuyo talento, de alguna manera, se le había ido de las manos y con Sidsel se distanció de lo que llamaba «the pallid illusion of academia». A cambio, le encantaba enseñar. Podía uno ponerse quisquilloso y anotar que llevaba dentro un actor, pero ante todo era un inspirado y comprometido profesor cuyo natural poder de atracción, con los años, había tomado una forma concentrada. Era imposible no dejarse influir. Tenía colgados de él alumnos de ambos sexos que se reían de sus bromas y se esforzaban de una manera poco común en formular sus preguntas y respuestas. Por aquel entonces, Sidsel le preguntó qué tal le sentaba aquello. Asombrado por tener que aclarar algo que había sido una constante desde sus años de adolescente, Vicky respondió que algunos días sentía que estaba bañándose en leche caliente y otros como si le pasase una apisonadora por encima. Últimamente, por desgracia, esto era lo más frecuente.

Quizá habría sido más sencillo si fuera guapo. Vicky era bajo y bastante delgado, con un cuello corto y hombros inclinados y, aunque su boca tenía una bonita forma, los labios secos ocultaban una dentadura descuidada. El pelo era lo único de su apariencia que parecía ser un alargamiento natural de la personalidad: era negro y fuerte, excepto por las amplias rayas blancas, que comenzaban en las sienes y de ahí se extendían a lo largo de la cabellera. Lo llevaba recogido en un moño bajo y Sidsel solo lo había visto dos veces sin la goma elástica. Una vez cuando él le dejó usar su ducha (en absoluto sucedió anteriormente y no volvió a pasar) y la segunda, cuando lo vio por casualidad con su mujer. Abigail llevaba pantalones de campana y una boina calada y Vicky iba vestido con un traje ceñido de color plomo. Su pelo moreno ondeaba al viento, ¡parecían un grupo de música! Sidsel se escondió tras una mujer que iba con un carrito de bebé y que, como ella, estaba esperando el autobús. Sucedió unos días antes de enterarse de que estaba embarazada y un par de semanas antes de, según el plan de viaje, tener que volver a Copenhague. Cuando posteriormente estuvo sopesando qué hacer (siempre en su diminuta y sobreexpuesta cocina, siempre con una gran copa de vino tinto y patatas sabor a vinagre que echaba en la cesta del pan), se le vino a la mente la imagen de ellos dos juntos. Con su clara viveza, anulaba su vaga idea de una vida con Vicky y su hija ilegítima. Cuanto más lo pensaba, más segura estaba de que lo correcto sería mantenerlo al margen.

Querido V: creo que no deberíamos vernos más. Así comenzaba el correo que escribió para hacerse a un lado. Espero que sepas que estoy agradecida por la experiencia que ha sido conocerte y, como me iré pronto (menos de dos semanas), creo que esta es la mejor manera de hacerlo. Echaré de

menos nuestras tardes.5 Que iba a echar de menos sus tardes era otra manera de decir que echaría de menos acostarse con él. El sexo con Vicky era distinto a todo lo que había probado anteriormente. Por estúpido que parezca, sentía su polla más viva que otras. Cuando la penetraba, la atención completa de su ser le atravesaba el cuerpo y la impetuosa presencia le hacía aferrarse a él. Él le besaba los párpados, le pasaba los dedos por el pelo, la acariciaba y le apretaba el rostro y ajustaba el ángulo de su pelvis. A menudo tenía la sensación de que él era capaz de leerle los pensamientos antes de que estos no se expresasen más que en forma de enigmáticas necesidades prelingüísticas. Cuando ella se corría tenía unos orgasmos duros y largos y después sentía como si hubiera más aire y más luz en cada célula de su agradecido y relajado cuerpo.

Vicky intentó llamar, pero solo una vez y no dejó mensaje. Es posible que él tuviera sus propias tiernas fantasías de otra vida con otra mujer, pero en tal caso eran tan frágiles como las de Sidsel y se diluían fácilmente al toparse con la realidad, que, a pesar de todo, incluía a una esposa real y viva. La última vez que se vieron, Sidsel estaba de siete semanas y tenía tantas náuseas que el miembro del tribunal del examen le preguntó discretamente si se encontraba bien. Vicky, irónicamente, iba vestido con una camisa con florecitas y parecía un hombre que prefería darse un tiro en los muslos a vivir con plena consciencia los siguientes treinta y cinco minutos. Permitieron a Sidsel salir a tomar aire y volver a hacer su presentación, apagada y sin inspiración, pero sin fallos y con una inexplicable capacidad de contestar satisfactoriamente a sus preguntas. Tras una deliberación que a Sidsel le pareció que duraba muchísimo, Vicky salió al pasillo. Cerró la puerta con una exagerada minuciosidad, le dio una nota de ochenta y un abrazo fuerte. Sidsel se lo podía haber susurrado allí, le podía haber abierto la casa vacía de su secreto, pero no lo hizo. Se quedó callada y fue él quien habló primero. «Ahora no podemos confundirnos»,6 dijo. Sidsel nunca consiguió saber qué quiso decir con esas palabras, pero supuso que era algo del tipo «Esto no es amor, pero reconozco que se le parece».

De vuelta en Dinamarca pidió cita con el médico, que la derivó al ginecólogo. La examinó y después le entregó la información necesaria, unos cuadernos largos y gruesos y dos medicamentos. El primero era una pastilla que tenía que tomar en la clínica y acabaría con el embrión. Los supositorios se encargarían del resto. Era posible tomar tanto analgésicos como antieméticos, pero no todas los necesitaban. El ginecólogo le habló del procedimiento de un modo cordial y descuidado que hizo que su plan pareciera banal. A Sidsel le cayó bien el doctor, pero como diez minutos después seguía sin tragarse la tableta, este le pidió que se marchara a su casa y que volviera pasada

una semana.

Son las diez menos veinte cuando llaman al timbre. Sidsel está en la puerta oyendo cómo sube Niels las escaleras con una sensación de haber tomado demasiados chupitos en una fiesta en la que no conoce a nadie. Oye que está subiendo los escalones de dos en dos y, cuando aparece en el descansillo, tiene que contenerse para no salir corriendo a recibirlo. La cara está mojada. Gotas de lluvia en la tela del sombrero y en las cejas.

—¡Buenas! —dice—, y perdón por el retraso.

Cada vez que lo ve, se parece más a su padre. Como si el rostro del anciano trabajase en algún lugar bajo la superficie. Su nueva ocupación le ha dejado más delgado, más fibroso. Se pasa varias horas al día dando vueltas en la bicicleta y seguro que tampoco come lo suficiente. Sidsel siempre ha envidiado la capacidad de su hermano y su hermana de desoír las necesidades corporales. Ella es todo lo contrario, incluso una esclava de sus antojos y deseos.

—No pasa nada. En serio.

Lo abraza. El tejido de la chaqueta es agradable contra su atontada cabeza. Se quedan callados y la luz se apaga, y Sidsel lo empuja y lo hace entrar por el estrecho recibidor, que huele a Laura y a ella.

5. En inglés en el original: Dear V, I don't think we should see each other anymore, I hope you know that I am grateful for the experience of meeting you and since I am leaving soon (in less than two weeks as it is), I feel like this is the best way to go about it. I will miss our afternoons (N. del t.).

6. En inglés en el original: We can't get confused now (N. del t.).

8

Bee ha hecho una lista, no le llevó mucho tiempo.

Hasta el momento hay ocho nombres.

Mientras da un pequeño suspiro, recoge de nuevo el bolígrafo y se inclina tanto sobre el tablero de la mesa que las puntas del pelo rascan el cuaderno. El bolígrafo vacila ante David R. (Dave). La última vez que Bee supo algo de él fue cuando no tenía dónde dormir en una ocasión que vino a la ciudad a un seminario. No le respondió. Se olvidó o prescindió de acordarse hasta que fue demasiado tarde. De eso hará unos tres años. Pauline no simpatizaba con el pasado de Bee y no le interesaban sus amigos de aquella época. A los conocidos de Bee de los años de Monterrey y Carmel los llamaba «hatifnates» en tono de burla: jorobados y fanáticos y exactamente tan tristes como los metodistas de los que huía cuando se fue a California. Bee olvidó el correo de David y con la misma calma lo olvidó también a él.

Hasta ahora.

Bueno, siete nombres.

Tras un total de veinte años en la costa este, es para morirse de risa. Bee reprime la necesidad de golpear la mesa con la frente, dobla la lista y camina hacia la ventana. Las cortinas, que llegan hasta el suelo y tienen un estampado de hojas de ginkgo, han costado una fortuna, pero Pauline las dejó cuando se marchó. Bee cometió el fallo de creer que fue para contentarla.

El salón está menos desnudo así, explicó Pauline cuando Bee mencionó las cortinas, los potenciales compradores se podrán imaginar que hubo un hogar allí y que puede volver a haberlo.

Un truco de venta que, a cambio, parecía compasión.

Bee lleva los últimos siete meses viviendo en este lo-que-fue-un-hogar. Ha ido bien y en ciertos periodos menos bien, y pronto habrá pasado todo. La semana anterior subieron el número 18 de Park Hill Ave. a woolhouserealestate.com. En sus anuncios, Gabriel Woolhouse sonríe como un lobo en un cuento infantil y, según Pauline, es conocido por

sus negocios rápidos y sin contratiempos. Nada menos podría hacer ahora que van a cambiar su casa por los millones que al parecer siempre ha contenido. Pauline cree que Bee ha encontrado una solución (porque Bee le ha dicho que la ha encontrado). No está preocupada por ella, «sabía que se las arreglaría».

De cerca se puede ver a través de la tela de lino verde claro. Fuera todavía es de noche, pero es una oscuridad más plateada que hace solo media hora. La calle está desierta, los árboles del parque son una enorme masa azulosa debajo de ella. Incluso la ventana de la habitación que Mr. Pistilli alquila a través de Airbnb está oscura. No hay ni siquiera un turista con desfase horario que le haga compañía.

Bee se despertó a las cuatro y cuarto y fue incapaz de volver a dormirse. Hasta donde ella sabía, no hubo nada especial que alterase el sueño. Estaba tumbada en la oscuridad y se sintió aturdida y descansada. Transcurrieron unos minutos hasta que se acordó de que no estaba sola. A unas puertas de allí estaba durmiendo Seraphina en la vieja cama de Hudson. Pensarlo tuvo un efecto estimulante y, tras unos ejercicios de respiración que no supusieron ninguna diferencia, se levantó y se vistió haciendo el menor ruido posible.

Había parecido el momento más adecuado para abordar esa lista: después de la cena con Fifi, que, sorprendentemente, había ido bien. Sola en ese tierno día, que casi seguía siendo noche. Había preparado una tetera y había encendido dos velas que puso en la mesa delante de ella. Iba con una sensación buena, la mente abierta. Pero ya después de los tres primeros nombres (dos de los cuales pertenecían a exnovios) estaba claro que quedaban pocas personas entre las que elegir.

La cuerda que tenía que haberla sacado del agujero era demasiado corta y ahora estaba en la boca del lobo con el pedazo podrido entre las manos.

«Espero que encuentre una buena solución, Miss».

¿Qué fue lo que le contestó al amable fotógrafo apoyada en el marco de la puerta con una botella de vino en alto?

Siempre se encuentra, ¿no?

Sí, de alguna manera, ¿verdad?

Algo nimio y despreocupado. Valiente, como quien confía en que lo cojan mientras se tira hacia atrás.

Un bosque de brazos.

Una indulgente red de manos.

El problema es que las buenas soluciones necesitan de buenos amigos y en los últimos años Bee ha confiado esa parte de su vida en Pauline. No va a mentir: fue un inexpresable alivio dejar que el pasado se escurriera por los hombros como un abrigo desgastado y entrar en el mundo que la relación con Pauline Farley le había abierto. Los amigos de su esposa eran sofisticados y divertidos y, aunque estaban bien entrados en los cuarenta, a Bee le daba la impresión de que sus vidas estaban en el centro de todo. De que formaban ese centro. La mitad del grupo era lo que Pauline solía llamar «artistas creadores». De sus manos y cerebros crecían cosas cuyo significado Bee no siempre entendía, pero aprendió a no dudar de su valía. Sucedía a menudo que algunos se asociaban y abrían «un lugar» (Bee y Pauline juntaban las invitaciones en una pinza con forma de corazón en la mesa de la cocina) y no perdían el ánimo cuando unos años después tenían que cerrar debido a los bajos o nulos volúmenes de ventas. El resto del grupo operaba entre bastidores convirtiendo el arte en dinero y las dos alas se alimentaban y se dejaban alimentar alternativamente. Los amigos formaban un ecosistema cibernético de artistas y mecenas, ideas salvajes y capital, y, aunque podía temerse otro destino, el espécimen importado de Pauline prosperó mucho desde el inicio. Bee se sentía contenta en la compañía de esta gente, nadie le preguntaba por su pasado y, si lo hacían, siempre paraban antes de llegar a la hija adolescente que dejó a su madre en Bondurant (por aquel entonces no se dio cuenta de que su moderación podía ser obra de Pauline). Entre los amigos de mente abierta encontraban exótico su oficio y, aunque Bee tenía la sensación de que consideraban la videncia una especie de performance artística más que un trabajo de verdad, se sentía apreciada y respetada.

Pero por muy cercanos que fueran, ninguno fue nunca amigo de Bee. Alguno quizá lo habría podido ser si hubiera hecho un esfuerzo. Eso quiere decir que Bee sabe los nombres de sus hijos y de sus perros. Recuerda el olor a su recibidor, la sensación de sus cabellos y barbas contra su cuello cuando la abrazaban y el sonido de sus anillos mientras cogían una copa y la levantaban para brindar. Sabe dónde van a bailar y dónde tienen sus familias una casa de verano que se puede pedir prestada. Sabe más o menos qué vinos prefieren y qué no come cada uno, pero nunca nunca se le ocurrió llamarlos por teléfono para pedirles ayuda.

Perdió ese derecho cuando perdió a Pauline.

Así son las cosas.

Una sola bombilla se apaga y toda la cadena se echa a perder.

Pita se ha despertado y camina a pasitos sobre sus patas, que están rígidas de sueño. Da un par de vueltas alrededor de su dueña resoplando y moviendo la cola, pero, cuando Bee no le devuelve el saludo, se rinde y regresa a su cesta.

Abajo, junto a la cancela del parque, aparecen dos basureros con el mono puesto y chalecos reflectantes.

Oficialmente ya es por la mañana.

Una vez más, mi alma, el día naciente…[7]

La luz que llena el salón a través de las ventanas encoge la silueta de Beatrice. Un escalofrío la hace temblar y, con un rapidísimo movimiento reflejo, se echa las manos al estómago y a las caderas, y las sube hacia los brazos y los hombros como una persona que quiere cerciorarse de que sigue viva y está ilesa.

Bee se pone recta y mira a su alrededor, pero no hay nadie que pueda haber dicho algo. Fifi está en el salón de espaldas poniendo la mesa. Ahora se da la vuelta y sonríe con amabilidad. Lleva las gafas puestas, lo cual, extrañamente, la hace parecer más joven, no más mayor. Como una niña detrás de un paquete de golosinas matutinas.

—Vaya, buenos días.

Bee se quita la manta que su hija debe de haberle echado encima mientras estaba dormida.

—¿Qué hora es?

Fifi se encoge de hombros.

—Las diez y media, más o menos. ¿Quieres que lo mire?

—No, no. No es importante. Pero si ya has hecho la compra. No tenías que haberla hecho, podíamos haber ido juntas.

—Me he despertado pronto —dice Fifi y va a la cocina—, tenía un hambre que me moría y te veía con tanta paz que no quise despertarte. He bajado a la tienda de la esquina. Me llevé a Pita, espero que no te importe.

—¿Por qué me iba a importar?

—Tenía la tripa suelta. —Bee se chupa el dedo índice y se lo pasa por el rabillo del ojo. Escucha los conmovedores sonidos de otra persona que se mueve. Armarios que se abren y se cierran, cajones, el grifo del agua.

—He de reconocer que he renunciado a recogerlo. Tranquila, no me ha visto nadie. Tu reputación en el barrio queda impoluta, por si te interesan esas cosas.

—Ja —dice Bee y se recoge el pelo con un pasador, dobla la manta formando un cuadrado perfecto.

Fifi ha puesto bien la mesa. Hay una bandeja con fruta sin cortar y una cesta con pan tostado, dos huevos pasados por agua envueltos en un paño de cocina, un brik de zumo de manzana y una jarra de leche. Bee no suele comer nada hasta después del mediodía. Desde que Pauline se fue no tiene apetito por las mañanas.

—¿Tienes café?

—En el armarito de encima del fregadero —contesta Bee y recuerda inmediatamente el ruido de ayer.

El cuaderno y las luces y el bolígrafo, todo ha desaparecido. Se le contrae con fuerza el diafragma. Fifi debe de haber movido las cosas al poner la mesa. Están las luces en la repisa de la chimenea al lado del monje con ojos de gato, pero Bee no ve por ningún lado el papel.

Fifi está inclinada sobre la cafetera. Lleva el vestido de ayer, pero se ha puesto una rebeca de pelo de camello blanco. Tiene el pelo mojado y recogido en un moño en la coronilla.

—Estas no las conozco —dice y le da un toque con la larga uña—, la yaya tiene una de las viejas. ¿Dónde pongo esto?

Bee levanta la tapa metálica, mete la cápsula y pulsa el botón. La máquina gruñe y Fifi da un gritito de emoción cuando el rayo de color caramelo alcanza el fondo de la taza.

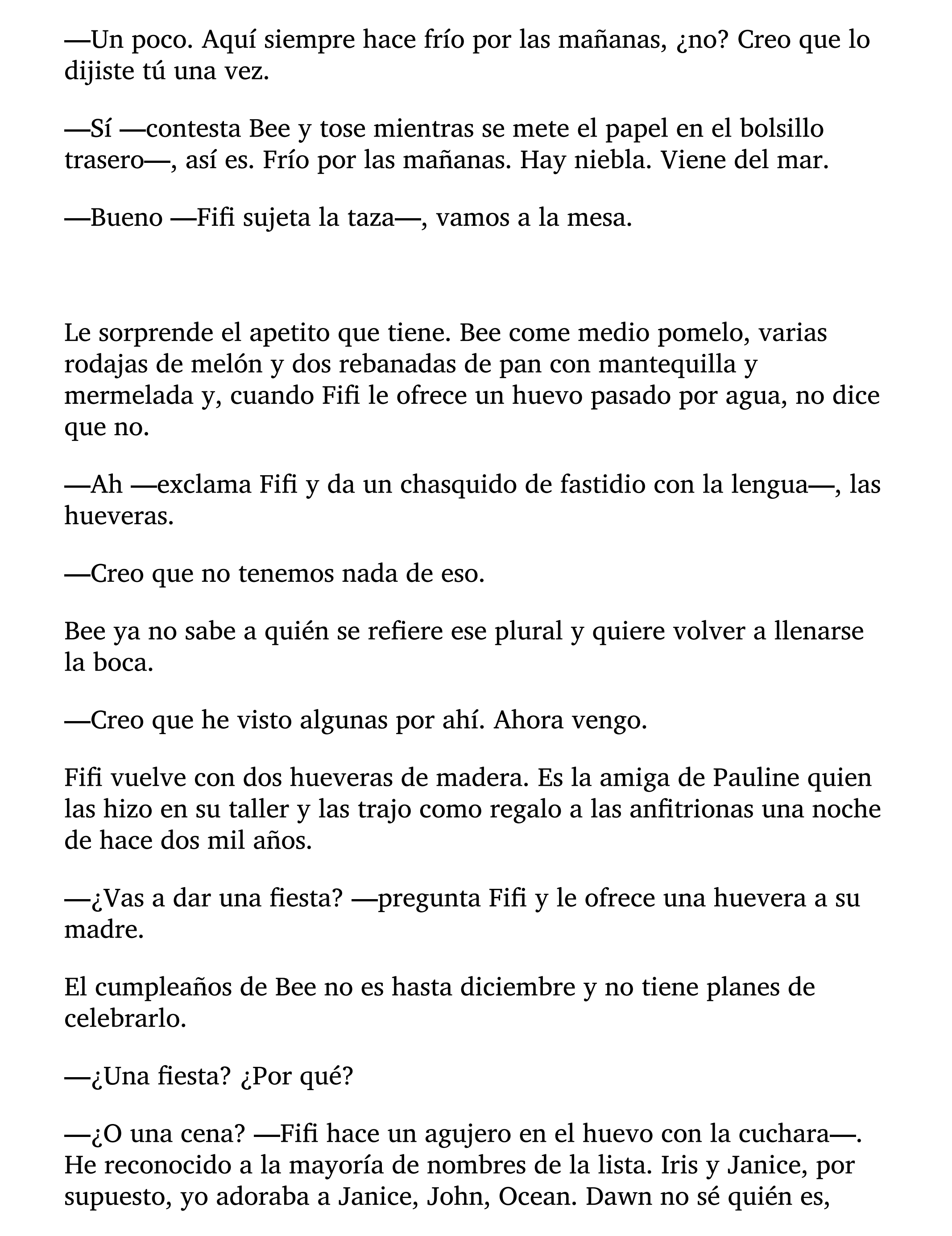
—¡Es igual que en los anuncios!

Bee no responde. Está fijándose en el cuaderno. Lo localiza en el alféizar de la ventana y encima de él se encuentra la lista doblada. El cuadrado negro donde estaba el nombre de David ha atravesado el

papel.

—¿Quieres una taza?

—Del mismo que tú. ¿Hacía frío fuera? —pregunta Bee y va hacia la ventana.



—Un poco. Aquí siempre hace frío por las mañanas, ¿no? Creo que lo dijiste tú una vez.

—Sí —contesta Bee y tose mientras se mete el papel en el bolsillo trasero—, así es. Frío por las mañanas. Hay niebla. Viene del mar.

—Bueno —Fifi sujeta la taza—, vamos a la mesa.

Le sorprende el apetito que tiene. Bee come medio pomelo, varias rodajas de melón y dos rebanadas de pan con mantequilla y mermelada y, cuando Fifi le ofrece un huevo pasado por agua, no dice que no.

—Ah —exclama Fifi y da un chasquido de fastidio con la lengua—, las hueveras.

—Creo que no tenemos nada de eso.

Bee ya no sabe a quién se refiere ese plural y quiere volver a llenarse la boca.

—Creo que he visto algunas por ahí. Ahora vengo.

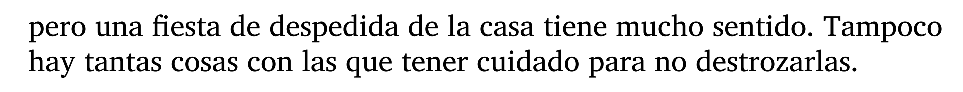
Fifi vuelve con dos hueveras de madera. Es la amiga de Pauline quien las hizo en su taller y las trajo como regalo a las anfitrionas una noche de hace dos mil años.

—¿Vas a dar una fiesta? —pregunta Fifi y le ofrece una huevera a su madre.

El cumpleaños de Bee no es hasta diciembre y no tiene planes de celebrarlo.

—¿Una fiesta? ¿Por qué?

—¿O una cena? —Fifi hace un agujero en el huevo con la cuchara—. He reconocido a la mayoría de nombres de la lista. Iris y Janice, por supuesto, yo adoraba a Janice, John, Ocean. Dawn no sé quién es,


pero una fiesta de despedida de la casa tiene mucho sentido. Tampoco hay tantas cosas con las que tener cuidado para no destrozarlas.

—Ay —dice Bee—, ahí llevas razón.

—Si nos llevamos la mesa y el sofá a otra habitación, se podía quedar una pista de baile muy buena aquí. Es una lata que el jardín no sea más grande, si no, se podría comer fuera.

Fifi da un gran trago de zumo y mira a su alrededor con la energía de alguien a quien han contratado para encargarse de todo.

—No tengo dónde vivir —dice Bee—, es una lista de gente a la que he pensado llamar.

Fifi deja el vaso y la mira.

Bee no se había fijado hasta ahora en las pestañas postizas. Su grosor hace que los parpadeos sean más lentos de lo normal y las gafas agrandan unos ojos de por sí grandes y les dan carácter de insecto.

—¿Te tienes que mudar?

—La casa se puso a la venta la semana pasada y le he prometido a Pauline que me iré antes de que acabe el mes. Los nombres de la lista son personas a las que he pensado que podría pedir ayuda. Pero con muchos llevo años sin hablar. Por ejemplo, no sé si Iris está en el país. Siempre estaba repitiendo que iba a irse a México.

Fifi da un bocado al huevo pasado por agua.

—Me encantaría poder celebrar una fiesta —afirma Bee e intenta reírse.

—¿Pero por qué no has dicho nada? No tienes tiempo de tener invitados si dentro de poco no dispondrás de un sitio en el que poder vivir.

Bee no recuerda haber visto nunca esa expresión en el rostro de su hija.

¿Fifi siente pena por ella?

—¡No digas eso! Es maravilloso que hayas venido. Estoy feliz de que estés aquí. Ya se me ocurrirá algo.

Bee sabe muy bien lo que está pensando Fifi. Debería de decirlo. Bee

merece el golpe en el pecho que le dará. Pita gruñe debajo de la mesa, Fifi coge al carlino y se pone a rascarle las orejas.

—¿Has pensado en ir a casa?

Bee toma aire, se esfuerza por mantener la calma.

—Claro que lo he pensado.

—Pero no lo vas a hacer.

—No si puedo evitarlo. Tampoco creo que a Marianne le entusiasme tener de nuevo a su hija adulta durmiendo en el sofá.

—¡Te dejaría vivir allí! —exclama Fifi enfurecida.

—Claro que sí. Ya lo sé —replica Bee—, pero no es lo mismo que con vosotras dos, Seraphina. Ha habido muchas desilusiones y malentendidos. No sería agradable para ninguna.

Fifi mira por la ventana. Las cortinas están corridas. El cielo sobre las copas de los árboles del parque está nublado y azul. El sol pronto atravesará ardiendo la fina capa de nubes. Las manos de Fifi acarician ausente la espalda de Pita y Bee se siente incómodamente llena.

—¿Y William? —pregunta Fifi—. La última vez que supe de él seguía en el país. Quizá pueda ayudar.

—¿William? ¿Qué William?

—¿En serio?

—¿En serio qué?

—¿No te acuerdas de él?

—Como no sé de quién hablas, es difícil decir si me acuerdo de él o no.

—Hablo de mi padre —responde Fifi—, William Catchpoole.

Bee no entiende cómo ha podido ser tan ingenua.

Evidentemente, Marianne le ha contado a Fifi lo que sabía.

Llevan viviendo juntas desde que Bee apareció en la puerta de la casa de su madre aquella mañana de enero de 2007. Seraphina tenía once años. Pasaron toda la noche conduciendo un coche alquilado que solo contenía cosas de primera necesidad. Bee había escrito una carta de dos páginas que en el último momento se metió en el bolsillo y la sustituyó por un trozo de papel en el que ponía:

Nos hemos ido. No intentes ponerte en contacto. B.

La nota se quedó en la mesa de la cocina al lado del tabaco. Puso una grapadora y una taza de café en dos esquinas para evitar la corriente cuando él abriera la puerta desanimado e irritable después de su guardia nocturna.

Han pasado doce años y no sabe nada de él.

Por una vez hizo lo que ella le pidió.

Había estado nevando toda la noche y si se apartaba la mirada de los grandes sacos de basura que había en las aceras, el barrio de chalés parecía sacado de un cuento de hadas. Fifi iba engañada.

«Qué bonito es esto», suspiró mientras Bee giraba en Cedar Street.

Como buena joven hippy, a su hija, desde que era pequeña, le atraía todo lo que oliera a orden pequeñoburgués. Marianne, con su camisón de dormir y su camiseta térmica, las hizo pasar y dijo que había preparado la planta de arriba.

Después le formuló las preguntas necesarias («¿Le debes dinero?», «¿Lo ha pagado con la niña?», «¿Estás embarazada?») y, además, se centró en Seraphina. Le compró un montón de ropa nueva calentita, le buscó una plaza en el colegio y la puso en tratamiento por la epilepsia que Bee había esperado que se curara con la dieta. Cuando lo esencial estuvo solucionado, Marianne la apuntó al club de hockey de Bondurant y le pidió hora en la peluquería y le cortaron el enmarañado pelo blanqueado por el sol por debajo de la oreja. Durante mucho tiempo, la chica no pudo pasar por una superficie reflectante sin girarse estupefacta a ver su imagen reflejada.

Desde el principio estaba claro que Fifi prosperaba a toda velocidad como niña de barrio residencial.

Le encantaban la paz y el ritmo, los vecinos que llegaban a sus casas todos los días a la misma hora, la comida de Marianne basada en la carne y la leche y el ruido de los cortacéspedes y los soplahojas. Todo

lo que asfixiaba a Bee hacía a su hija erguirse y florecer. Fifi hizo muchas amigas rápidamente y en el colegio se puso sin quejas a llenar los agujeros que la educación casera de su madre y su padrastro había dejado (y en algunos casos, causado). Bondurant tenía todo lo que había soñado que una vida podía tener. A lo único a lo que no se adaptó fue al hockey sobre hielo y unos meses después lo cambió por la danza jazz.

Bee se esforzó y la primera época fue más o menos bien.

Estaba contenta por ver a su hija feliz y el alivio por haber escapado del campo y de Rodney fue durante mucho tiempo suficiente para seguir adelante.

Iba tres tardes por semana a dar clases de yoga a una sala de la escuela de baile de Fifi y la hermana de una amiga de Marianne le había conseguido un trabajo a tiempo parcial de secretaria para el mismo dentista al que había ido de niña. De vez en cuando celebraba sesiones privadas (siempre en casa del cliente, Marianne no quería eso en la suya), pero no era algo que anunciase. La gente oía rumores y, tras haber reunido valor después de mucho tiempo, llamarían para preguntarle si habían «entendido bien». En un año, Bee ahorró tanto dinero que pudo dar la entrada de una casita en la parte noreste de Bondurant.

Unos días antes de reunirse con el casero para que le enseñase la casa, apareció Pauline en la sala de espera del dentista. Bee estaba reponiendo los vasos de plástico, que estaban en el dispensador de la pared al lado de un cartel con un diente sobre una tabla de skateboard con la gorra al revés.

Aquella alta mujer era la primera paciente del día y su presencia y su característico perfume llenaron la vacía sala de espera. Bee la saludó y la mujer, que no parecía ser de Bondurant, le sonrió con tanta familiaridad que se quedó desorientada.

—¿Te conozco? —preguntó Bee y se arrepintió cuando la mujer levantó de nuevo la vista ya que claramente no sabía quién era—. ¿De los viejos tiempos, a lo mejor? ¿Eres de aquí?

Pauline ladeó la cabeza.

—¿Los viejos tiempos? No creo. Solo estoy de visita y me ha dado dolor de muelas. Esa es mi triste historia.

Se rozó la mejilla con el largo dedo. Bee se disculpó y volvió su

atención hacia los vasos. Hacía falta una cierta maña para ponerlos todos en el dispensador y que se quedasen ahí. Mientras trabajaba, notó en la nuca la mirada de la mujer y mucho después de que llamasen a «Pauline Farley» para que pasara, sintió su olor corporal. En el aire quedó flotando algo caliente, rojizo. Bee se encargó de estar haciendo algo en la trastienda en el momento en que Pauline cruzase de nuevo la sala de espera, pero, cuando salió a cambiar el bidón del agua, ella seguía allí sentada con toda la ropa puesta enfrascada en un artículo de una de las viejas revistas de atrezo que la mujer del dentista había donado a la clínica. Su brillante cabello estaba hecho una bola entre la piel y la bufanda. Tenía la boca torcida por la anestesia. Bee se dirigió hacia el dispensador de agua y se puso a quitar el bidón vacío sin decir palabra.

—¿Crees que puedo llevármela?

Pauline tenía la revista levantada.

Bee se esforzó por mirar por encima del hombro antes de asentir.

—Sí, cógela.

—Fantástico. —Pauline se levantó y metió la revista en el bolso—. He visto un artículo de uno de mis potenciales clientes —explicó—. Siempre es bueno tener información cuando hay que convencer a la gente para que te den dinero.

—Está claro —dijo Bee y estuvo a punto de caérsele el bidón de plástico lleno de agua fresca cuando se le resbaló del cuello y se oyó un fuerte sonido.

Pauline no se ofreció a ayudar, pero tampoco se marchó.

—El doctor Lodenstein me ha dicho que das clases de yoga.

Bee no le había hablado de su otro trabajo a Kent Lodenstein, pero lo sabía. Igual que la mayoría de gente del barrio sabía por qué se había mudado con su hija a Cedar Street después de no haber visitado a Marianne ni una sola vez en los últimos cinco años.

«Problemas con su marido».

«Un matrimonio horrible».

«He oído que era drogadicto. Marihuana».

«¿No lo son todos?».

¿Un pueblo autosuficiente? (¿Qué clase de persona querría volver a la Edad Media?).

—Sí —respondió Bee—, también hago eso.

—¿Qué tipo?

Bee se puso a explicarle los principios del hatha yoga, pero Pauline la interrumpió. Solo quería saber a qué hora sería la próxima clase.

—Mañana a las ocho de la tarde —contestó Bee—, en la sala grande de la escuela de baile del centro. Hay un cartel, no hace falta que te apuntes en ningún sitio.

Pauline le dio las gracias, acompañó su bolso de cuero con dos palmaditas y se marchó. Hasta que no oyó que se cerraba la segunda puerta, Bee no depositó el imposible bidón en el suelo y se dejó caer en la silla, que seguía caliente después de haber tenido las nalgas de Pauline encima. Hacía mucho que no se sentía aliviada de esa manera.

Meses.

No. Años.

—¿Todo bien? —preguntó el doctor Lodenstein desde el otro extremo del pasillo. No estaba acostumbrado a oír a su nueva secretaria riéndose.

Durante toda la clase Bee estuvo oliendo el perfume y, bajo él, como promesa de algo más, su piel y su pelo. Tuvo cuidado de repartir su tiempo y su atención de forma equitativa entre los alumnos, pero estuvo pendiente toda la clase de Pauline, que estaba relajada y llevaba unos pantalones piratas y una ancha camiseta blanca. Bee tomó nota de sus fluidos movimientos, admiró su pecosa pantorrilla y los bien cuidados y grandes pies, cuyas uñas arqueadas estaban pintadas de un color rojo oscuro. La mujer de la sala de espera llenaba a Bee de una sensación a la que no pudo poner nombre inmediatamente, así que, cuando Pauline le ofreció tomar una cerveza después de la clase, dijo que sí sin entender del todo por qué. No era la primera vez desde que llegó a Bondurant que alguien la invitaba a salir, pero sí la primera que aceptaba la propuesta.

Se sentaron a una mesa en un rincón del pub irlandés y se turnaron a la hora de ir a la barra a abastecerse. Pauline solo llevaba unos días en la ciudad para visitar a una tía que estaba muriéndose. A Bee le sorprendió que una mujer como ella pudiera tener parientes en Bondurant y lo fácil que era hablar de los años de Twin Oaks, la casa que nunca se terminó y nunca se terminará y de la horrible y gradual transformación de su exnovio. Todo lo que había sentido como una maleza oscura en su interior, como alambre de espino y cascos de vidrio. Estuvieron hablando hasta que apareció el dueño en su mesa y les pidió que consumieran sus bebidas para poder cerrar e irse a casa a dormir. Afuera, a unas calles de allí, se despidieron.

—Me recuerdas a alguien —dijo Pauline y ladeó la cabeza de esa manera que a Bee ya le había empezado a gustar—, pero no recuerdo a quién.

El beso fue sencillo. Pauline tenía una lengua atrevida y caliente como el fuego.

Bee se echó a reír, la misma risa cómoda que en la sala de espera.

Se volvieron a besar, más profundamente, durante más tiempo. Luego, se dijeron buenas noches y adiós.

Tras unos diez metros, Pauline se dio la vuelta y gritó: «¡Kristin Scott Thomas! En Under the Cherry Moon, mi primer flechazo lésbico. Clavada».

La primera vez Bee se quedó solo un par de días bajo el pretexto de un seminario de yoga.

La segunda se quedó una semana sin ninguna excusa.

Pauline vivía en un dúplex con dos hombres, uno de los cuales era el padre de su hijo. Según pudo percibir Bee, no había nada de odioso en ello. Hudson era un chico sencillo y alegre que amaba a su niñera, una joven llamada Delia que iba casa por la mañana antes de que Pauline se fuera a trabajar y no se marchaba de allí hasta que el niño estaba en la cama.

Tras una tercera visita a California, Bee le contó a Marianne que no pensaba firmar el contrato de alquiler.

Fifi se había ido al colegio.

Las dos mujeres estaban sentadas una frente a la otra en la mesa de la

cocina.

Era el mismo mantel de ganchillo, la misma lámpara verde pantano que aquella vez en la que una adolescente Beatrice reunió valor y anunció que tenía la intención de mudarse a la caravana de su novio diez años mayor. La única diferencia era que la silla de su padre estaba vacía.

Bee presentó su caso: Fifi y ella volverían a California, allí habían pasado sus mejores años, en Esalen, cerca de la costa, con gente abierta y curiosa. Twin Oaks había sido un error, eso lo reconocía (aquí Marianne apartó la vista con decoro), pero eso no quería decir que Bondurant fuera la única solución, ¿no? Se podía vivir bien en muchos sitios, de muchas maneras distintas. Tenía suficiente dinero para poder empezar de cero.

Marianne había escuchado sin interrumpir y, cuando por fin dijo algo, lo hizo susurrando:

—Tú puedes hacer lo que quieras, Beatrice. Seraphina se queda aquí.

Bee podía haber respondido muchas cosas: «Es mi hija, mi vida». «Qué derecho tienes tú a entrometerte». «Qué sabes tú de infancias felices».

En lugar de ello, asintió y dijo: «Vale».

—Puedes venir cuando quieras —continuó Marianne—, y Fifi puede ir a verte, pero Bondurant es su casa. Se la ha ganado después de todo lo que ha tenido que pasar.

No había más que decir, así funciona la verdad.

Unos meses después, Bee se mudó a California con dos maletas ligeras. Se mudó a casa de Pauline y los dos hombres se fueron. Delia ya no iba todos los días, Bee podía cuidar de Hudson, llevarlo al colegio y recogerlo y, con el tiempo, ya solo la necesitaron por las noches, cuando salían a cenar, o los fines de semana si querían alejarse del día a día. Tal como acordaron, Fifi se quedó en casa de Marianne. Los primeros años, Bee fue a verla una vez al mes, pero cuando llegaba a Bondurant se sentía más innecesaria. La abuela y la nieta tenían sus bromas y sus rutinas. Bee les recordaba a algo que no querían recordar y, a medida que transcurrieron los años, cada vez pasó más tiempo entre visitas. Se acostumbró al cargo de conciencia, aprendió a vivir con ello igual que se aprende a vivir con un dolor de cadera.

Desde que Seraphina era adolescente, Marianne ha sido su adulto

modelo, su cómplice, y en todo este tiempo Bee se ha imaginado que su madre le sería leal a ella. Al contrario que Bee, Marianne no ha olvidado su nombre y, según Fifi, no ha hecho falta más que un poco de trabajo detectivesco superficial para encontrar al hombre adecuado:

En el transcurso del verano del 95, acorde a la lista que comprobó, había tres William en el Esalen Institute. Uno tenía setenta y dos años, el otro, dieciocho. William Catchpoole nació en San Luis en 1967, dos años antes que Bee.

Hoy vive en Kentfield, a una hora en coche al norte de San Francisco. Hasta donde ha llegado Fifi, es el único que reside en esa dirección y, a juzgar por el muro que rodea la casa, es muy pudiente.

—¿Quieres verlo? —pregunta Fifi, que ya ha sacado el teléfono.

—Pero ¿cómo? ¿Tienes una foto?

—Puedo encontrar una —contesta y desliza el índice por la pantalla, que responde iluminándose.

—Espera —dice Bee—, espera. ¿Cómo puedes estar segura de que es él? Puede ser otro. Un hombre cualquiera del que creemos saber todo. Es muy extraño, ¿no?

Fifi baja el teléfono y mira a Bee. Alarga el brazo, pasa junto al zumo y el plato vacío y le coge la mano.

—Te prometo que tiene una apariencia normal, no tiene cuernos.

7. En inglés en el original: Once more, my soul, the rising day – (N. del t.).

SEGUNDA PARTE

For Fire for Warmth

9

Hace sol, pero seguramente tienen razón. Hará frío para sentarse fuera. Además, la mesa de la habitación ya está puesta. El escritorio, que en circunstancias normales está en la esquina frente a la cama, se encuentra en medio de la habitación y hace que esta parezca estrecha e incoherente.

Efie abre la puerta y asoma la cabeza. Al final del pasillo reconoce los andares vacilantes de Ida Marie. No le va a volver a preguntar, puede ser mordaz y de mecha corta. Especialmente en fin de semana, cuando preferiría estar de compras o tomando café con las amigas. La suplente dobla la esquina y desaparece. Alguien pone en marcha una máquina en la lavandería. Efie se queda sentada unos minutos en el hueco de la puerta sin que pase nadie. Probablemente estarán en sus habitaciones preparando a la gente para el desayuno. Cierra la puerta y se vuelve a su sitio junto a la ventana. Desde ahí puede ver tanto los soportes para las bicicletas como la entrada.

Parece una tontería haber encargado bollos a la panadería estando tan cerca de la hora de comer. En la cocina han comenzado a servir la comida, las bandejas de acero chocan entre sí y poco después se cuela por debajo de la puerta el olor a carne fría y pan con mantequilla que hace que le rujan las tripas. Se echa hacia delante, presiona la frente contra el cristal. En la tabla, los capullos de las rosas se han elevado y junto a una raíz cortada un narciso de los poetas ha desplegado sus volantes amarillos. Una urraca salta sobre el césped, echa a volar y aterriza en la rama inferior del arce. Cuando abre la ventana, le golpea el crudo olor a tierra y frío y el viento levanta la cortina. ¡Ojalá su cumpleaños fuera en verano! Envidia a la gente que puede recibir a sus invitados en la terraza. Le ha pedido al personal que guarden la sábana y los bloques de apoyo cuando vaya la gente a verla y no quiere que le pregunten si desea ir al baño o que le cambien el pañal.

Efie lo estaba deseando. Al contrario que a gran parte del resto de la población, siempre le ha gustado celebrar su cumpleaños. Le encanta festejar, ser agasajada y recibir regalos. Se ha puesto su mejor camisa y unos botines negros lustrados. Los zapatos buenos. Lleva el pelo recién cortado y ese peinado de señora mayor al que se ha ido acostumbrando, y pronto hará una semana que se ha mantenido alejada del bar Solstuen. Hace unos días, Ole se pasó a verla.

«Teníamos mucho miedo de que te hubieras quedado tiesa», dijo visiblemente aliviado de encontrarla en su habitación y en buen estado. Se sintió conmovida y tentada de volver con el anciano, sentarse en su lugar habitual y darle un abrazo, pero en lugar de ello respondió que se lo tomó con calma debido al eccema. El frío y el aire seco lo empeoraban. Le pidió que diese saludos y él prometió hacerlo. Ojalá alguien hubiera escuchado su conversación. Se quedaban decepcionadísimos cada vez que se encerraba. Lo de la piel no era algo que se hubieran inventado ellos. Efie creyó durante mucho tiempo que era parte de su estrategia para hacerla beber menos. «¡Si te pica es por tu culpa! Tú mira lo mal que se ha puesto». Pero ahora, una semana después, las manchas llameantes del pecho y la espalda parecen más pequeñas. «Qué bien estás», dijo Fatou cuando la embadurnó de aceite después del baño. «¡Sigue así, Efie! Así que a lo mejor podemos dejar la prednisona». Efie se puso contenta. No le gusta cuando tienen que cambiarle las sábanas y cortarle las uñas porque se ha vuelto a rascar hasta hacerse sangre mientras dormía. Odia importunar. No es capaz de dejar que los enfermeros la cuiden. No se acostumbra. Después de dos años y medio, sigue resistiéndose bajo sus experimentadas manos. La mayoría hacen como si no les molestase bañarla y cambiarla y girarla, pero Efie no los cree. Es una carga y no es mejor que se disculpe. Aun así, tiene la maldita palabra en la boca desde que amanece hasta que anochece, lista para aterrizar como un ratón muerto a los pies de cada persona vestida de blanco que entra en su habitación.

Perdón.

Perdón.

Perdón.

Efie cierra la ventana.

Él ha respondido a la invitación, ¿no? Ahora Efie está dudando. La cabeza se burla de ella, ha empeorado. Los gases del pasado se infiltran en ella a través de grietas invisibles del presente y crean caos y confusión. Cada mañana escribe su plan del día en el calendario y tacha los puntos según los va pasando. Está siempre en el mismo sitio con la fecha del día correspondiente, en la mesilla de noche al lado de la escultura de bronce de Ganesh que Leif se trajo de uno de sus viajes. Consulta la lista con frecuencia, unos días más veces a la hora, y sin ella se siente como el astronauta que ha visto en una película: flotando libre y sola en el espacio; un punto de color plata con un fondo de infinita oscuridad. El pegamento del cerebro se está

volviendo crujiente, las imágenes se están disolviendo y desapareciendo.

Efie revisa los mensajes. No tarda en encontrar la respuesta. La fecha y la hora son correctas. Estará encantado de celebrarlo con ella, escribe. Pórtate bien hasta entonces. Se le calma el corazón, entonces ya debe de estar en camino. Deja el teléfono sobre la servilleta que Ida Marie ha doblado descuidadamente en un triángulo. Coloca bien la bandera,[8] que tiene la base torcida, y pone el bollo con sésamo de manera que quede apoyado en la esquina del brik de suero de mantequilla. ¿Qué pensarían si su único invitado no apareciera? Lo abordarían en la reunión de personal e intentarían endulzarlo. Ellos lo harían con buena intención y ella fingiría que eso la ayudaba. Efie nunca ha pensado que es una persona solitaria. Se le da bien hacer a la gente reír y de joven estaba rodeada de personas la mayor parte del tiempo. Si no era anfitriona, era huésped de alguien, pero desde que atropellaron a Leif las cosas son más tranquilas. Era el eje del círculo de amigos y el que mejor la conocía. De René y Ulla no sabe nada, están ocupados con los nietos y el huerto. Sus viene de vez en cuando, pero la enfermedad de la hija la ha cambiado. La gente de Femmeren o están muertos o muy enfermos para ir y también hay silencio por parte de sus viejos compañeros de trabajo. Al principio mandaban un saludo colectivo por su cumpleaños y en Navidad, pero han pasado unos años desde que recibió una carta de ese estilo.

¿Cuándo decidieron dejar de hacerlo?

Niels es el único por el que Efie no tiene que pelear para conservarlo. Se pasa un par de veces al mes, o más a menudo, dependiendo de la época. Hablan poco y él se sienta al lado de la mesa a leer mientras ella ve la televisión o se echa una siestecilla. Si el tiempo lo permite, alquilan un rickshaw y dan una vuelta por el barrio o se la lleva a una taberna de verdad donde se toman una sola cerveza antes de volver. Cuando estuvo de viaje la primavera pasada, no esperaba tener noticias de él (a pesar de todo, estaba de aventura), pero una semana después recibió el primer correo electrónico largo. Contenía descripciones detalladas de personas a las que había conocido y de lugares que había visto. Había nombres de ciudades y ríos, distancias y altitudes precisas e ideas sobre la próxima etapa. Efie buscaba en Google Maps la información y observaba embelesada la masa verde grisácea como si en algún lugar entre las copas de los árboles viera a su sobrino caminando por el bosque con una solitaria majestuosidad. Le contestó con anécdotas de su día a día (por aquí y por allá añadió una pelea o una muerte ficticia) y pronto recibía un correo desde un nuevo lugar del mundo, algo más al sur o al este que el anterior.

Efie entiende a Niels, se figura que lo entiende. Hay algo de él que le recuerda a ella y a su juventud: recelo por lo establecido, su idealismo y la recurrente necesidad de irse, de alejarse. De joven se marchó en cuanto sus padres le dieron permiso. Primero a Francia y Grecia, como muchos otros jóvenes con fuego en el cuerpo, pero después, cuando tuvo trabajo y ganó bastante dinero, también a Asia, Sudamérica y los Balcanes con distintos amigos y amigas, en grupo o sola. Efie aún nota la inquietud llena de presentimiento que se mete en ella ante el nombre de una ciudad extranjera. Se había imaginado que su jubilación consistiría en ir a ver los lugares que le faltaban. No fue así. Llega un momento en el que la vida hace con uno lo que quiere y, por esa razón, se alegra de que Niels se marche una vez tras otra, aunque ella lo echa de menos y le duele que esté lejos.

Y ahí está…

Subiendo por el acceso de los azulejos con una niña de la mano.

La niña dice algo y él se detiene y se pone de rodillas y su cara queda a la altura de la de la niña.

Instintivamente, Efie se siente golpeada.

¿Quién es la niña?

¿Y por qué viene a su cumpleaños?

Es típico de él ser impulsivo de ese modo.

Sordo ante los sentimientos de otras personas.

Se pone de pie y le quita a la niña el gorro de elefante. El movimiento es exagerado, como el de un prestidigitador. Le cae el pelo moreno por el rostro y ella se lo aparta con ambas manos riéndose.

Efie los observa a través del hueco de la cortina y es entonces cuando cae.

La hija de Sidsel.

La niña de pelo rizado. Efie fue la primera en visitarla en la maternidad.

La niña para la que había imaginado ser una especie de abuela.

Aprieta los ojos, hace un esfuerzo, pero el nombre esquiva las briosas protecciones de la memoria.

La nieta de Charlotte.

¿Sidsel ha cambiado de idea? ¿La ha perdonado?

Efie estira el cuello, pero no hay nadie junto a los soportes de las bicicletas, nadie a la entrada del parque. Solo están ellos dos y las puertas automáticas se cierran tras ellos.

Poco después oye las voces en el pasillo: la de Niels, suave y profunda; la de la niña, clara como el cristal.

Efie aún recuerda lo paralizada que se quedó cuando llamó su sobrina. «Son solo unas horas», dijo Sidsel, «y estará dormida casi todo el tiempo». Efie confirmó sin consultar antes la agenda, ni siquiera fingió. Fueran cuales fueran los planes, podrían cancelarse.

Después, cuando se despidieron y colgó, se quedó sentada en el coche. Era pleno verano. En el asiento trasero los productos sudaban en sus bolsas, pero Efie no quiso abrir la puerta y bajarse. Quería quedarse sintiendo.

Archivó el momento en la mente como un paso en la buena dirección.

Una señal de que estaba volviendo a la vida que conocía y que tanto había amado.

Cuando la semana siguiente aparcó la bicicleta en la puerta de la casa de Sidsel y llamó al telefonillo, estaba nerviosa como un estudiante los días previos a la fiesta de fin de curso. De la frutería salía un embriagador olor a fruta y a especias y ella sudaba a chorros con su ligera blusa. Los antidepresivos hicieron rápidamente que se le hinchase el cuerpo hasta doblar el tamaño y tenía la cara redonda como una pelota. Estaba irreconocible, pero eso no quería decir demasiado. El medicamento estaba funcionando, Efie podía volver a levantarse por las mañanas sin tener que esperar horas. Podía hacer planes y cumplirlos y podía pasar el día sin hacer pausas para llorar y extenuarse de repente.

La depresión llegó tras la desintoxicación, como una sátira.

Un inesperado y fuerte empujón por la espalda.

«Para la gran mayoría era al revés», dijo el médico.

En su caso, el hueco que dejó el alcohol en su vida lo llenó sin aviso hasta el borde una difusa y paralizante tristeza.

Tras la última consulta de seguimiento, estaba sobria, pero era incapaz de volver a trabajar, tal como había planeado. Sentía como si le hubieran echado arena en los ojos, las orejas y la boca para luego ponerle un saco en la cabeza.

Acordaron prolongar su baja y «darle tiempo al tiempo».

«Todos te animamos, Elizabeth», le había dicho Aksel y le había dado un apretón en el hombro, como si fuera la participante de un oscuro concurso en el que había que mantenerse con vida.

Pero ahora iba mejor. Volvió al mundo de los vivos a pasitos cortos y razonables.

La llamada de Sidsel fue la prueba.

Su sobrina abrió la puerta con el bebé en brazos y le dio a Efie un abrazo efímero.

Tras haber revisado la rutina de comidas y soluciones a problemas una última vez, le dio un beso a su hija, le apretó la mano y se separó antes de desaparecer por la puerta, bajar las escaleras a toda velocidad, como si tuviera miedo de arrepentirse.

El bebé lloraba de una manera desgarradora, pero Efie se sentía tranquila.

Llevaba a la niña en brazos mientras caminaban por el piso y miraban cosas. Efie señaló una fotografía, un cojín, una planta y le decía a la niña de qué color eran, cómo se llamaban y para qué se usaban. Dejó que la pequeña estirase el brazo y los tocase.

«Sí», decía, «es blando».

«Está mojado».

«Mira eso, brilla y da luz».

Después, cuando la niña se calmó y aparentemente se había olvidado del dolor de la separación, Efie la dejó sobre la alfombra de juegos y calentó la comida que Sidsel había dejado en táperes. La levantó y la sentó en la silla y le puso el babero, la ayudó pacientemente a llevarse a la boca los trozos de patata y frikadeller de pescado, le dio agua del

vaso y después le limpió la cara con la punta de un trapo de cocina limpio.

A las siete le puso el pijama, mezcló una botella de leche de fórmula y se la dio al bebé en el oscurecido dormitorio. Le hizo eructar y la tumbó en la cuna.

«Buenas noches», le dijo y le puso una mano en la redonda tripita.

La niña gimoteó y giró la cabeza a un lado y a otro, escupió el chupete y lo volvió a tomar varias veces y se durmió.

Cuando Sidsel llegó a casa una hora después, Efie estaba sentada en el sofá leyendo un libro que había visto en la estantería.

Había fregado los platos y había recogido la colada.

Tras las ventanas el cielo estival era rosa.

«¿Ha ido bien?», preguntó Sidsel y Efie no tuvo que mentir.

Tiempo después, Sidsel volvió a llamar. La habían invitado a la fiesta de despedida de una buena amiga.

Efie se presentó a la hora acordada y se repitió la rutina. Esta vez la niña lloró con más insistencia, como si ahora entendiese lo que estaba sucediendo, y Efie tuvo que ir muchas veces a la habitación a cogerla en brazos, cantar y tranquilizarla, pero cuando el reloj dio las ocho y media, estaba durmiendo. Efie se puso un poco de pan con queso y se sentó con el periódico que se había traído de casa y que no había leído por la mañana. Alrededor de medianoche oyó la llave en la cerradura. Sidsel olía a humo y a noche y a Efie le impactó ver que se parecía a su madre mientras esperaba con paciencia a que el agua hirviera y se tocó el rojo pelo. Se tomaron una taza de té en la estrecha cocina y, cuando Efie se iba a ir, Sidsel se acordó de algo.

«Espera», dijo y se metió en el dormitorio, «como agradecimiento por la ayuda, ha sido maravilloso».

El cactus no era más grande que un dedo pulgar y solo tenía una flor de color rojo ardiente.

Efie le dio las gracias y, cuando bajó a coger la bicicleta, envolvió la cesta con la chaqueta para que el tiesto no se volcase en el camino de vuelta a casa.

Lo puso en el escritorio y lo regó según la pauta.

En otoño reservó un viaje en grupo a Estambul y pedía agua con gas mientras el resto bebía vino barato y raki. La palabra «alcohólica» ya no la asustaba y, si la gente preguntaba, respondía sin rodeos. Efie vio Santa Sofía y se esforzó por subir los miles de escalones hasta que le ardieron los pulmones y las plantas de los pies. Fotografió a los flacos gatos, cogió el ferri para cruzar el Bósforo.

En Nochebuena pidieron una gigantesca bandeja de sushi, intercambiaron regalos y jugaron a Settlers. Sidsel dejó a la niña durmiendo en la cama de Efie y Niels se quedó hasta el día siguiente.

Fue en el inicio del nuevo año cuando todo se torció. Poco después de la fiesta del primer cumpleaños de la niña.

Sidsel tenía una reunión informativa en la escuela de conservadores y Efie había ofrecido su ayuda. Ya no había nada extraño en ello.

Estaba saliendo por la puerta cuando llamó Aksel.

Efie fue al salón, se aflojó la bufanda y se desabrochó el abrigo.

«Hemos hablado mucho», manifestó Aksel, «y tienes que creerme cuando te digo que hemos hecho todo lo que hemos podido por encontrar una solución. He mediado por ti».

Efie se lo imaginó dando vueltas en el piso con techos altos y vistas al parque Østre Anlæg. Había ido a ver al director una sola vez. La fiesta del personal pasó a la historia. Todos bebieron demasiado, ella era nueva y no se había hecho notar demasiado. La mujer del director vomitó en el balcón y el profesor de física se había quitado la camisa y la giraba por encima de la cabeza como si fuera un lazo.

Aksel no le pudo ofrecer nada tal como estaban las cosas. Había mucha gente desconocida. Los alumnos estaban inquietos por un cambio de profesor a tan poco tiempo del examen final de bachillerato. Estaban contentos con la suplente y habían elegido que se quedase. Le dijo que lo sentía mucho.

Según el plan, tenía que volver después de las vacaciones de Semana Santa.

Empezar con aire nuevo.

Efie dijo que lo comprendía. Estaba contenta de que Aksel lo hubiera

intentado.

De camino a casa de Sidsel entró en una tienda a la que normalmente no iba y compró una botella de vino blanco y una pequeña de vodka. Las enrolló en la bufanda y las puso en el fondo del bolso, todo ello sin dejar que el acto se volviera pensamiento.

Aún hoy sigue oyendo el bramido que la despertó. Deshilachado y lleno de miedo. Sidsel tiró las llaves y pasó de largo hacia el dormitorio, donde el llanto mecánico y entrecortado de su hija tardó muchísimo en parar.

Efie no esperó a que su sobrina la echase. Se levantó del sofá y recogió sus bártulos con los dedos dormidos.

En la calle estaba nevando, su bicicleta había desaparecido y ella decidió entrar en una taberna que no conocía para pedirles que le llamasen a un taxi. Pero no antes de haberse tomado una copa de vino, dos. No antes de haber llegado a esa borrachera moteada de estrellas, ese ensanche de su apretadísima cabeza que tanto había echado de menos. ¡Dios, cómo lo había añorado! La sensación de terciopelo. Como una cuerda atada con fuerza que se le soltó en algún profundo lugar del cerebro.

«He estado cuidando a mi nieta», le dijo a todo aquel que quisiera escucharla.

«La cuido de vez en cuando. Ayudo en lo que puedo, su madre está sola con ella».

Dos días después, Niels se pasó a llevarle las gafas de leer y el pañuelo que se había dejado. No dijo nada de lo que había sucedido, aunque Sidsel le debió de haber contado todo. Ordenó la casa y puso una lavadora, cogió las botellas y la bolsa de la basura cuando se marchó.

¡Laura, eso es! Un nombre bonito y un poco normal.

Le coge la manita y sonríe.

—Me llamo Elisabeth —dice—, pero me llaman Efie.

La niña mira a Niels como queriendo confirmar la información y él se encoge de hombros y asiente.

—¿Estás enferma? —pregunta y mira la silla de ruedas.

—Sobre todo las piernas —contesta Efie—, del resto no me falla nada.

—Felicidades —dice Niels y le da un beso en la mejilla.

—Gracias, pero parece que necesitamos un plato más.

—Voy a por uno —responde Niels y sale por la puerta antes de que Efie llegue a protestar.

Mira a la niña. Es guapa, pero ¿no lo son la mayoría de los niños de esa edad? Claros como monedas recién acuñadas.

—¿No quieres quitarte el buzo?

Laura asiente, pero no se mueve.

—¿Te ayudo? Ven.

Baja la cremallera y se lo quita. De la forma de oso de peluche surge un cuerpo delgado con una falda brillante y una blusa a rayas.

—Ay, pero qué bonita eres —exclama Efie y junta las manos—, mira cómo brilla.

—Me la ha comprado mi madre. Es de lentejuelas, tengo dos. Pero la otra es verde.

—Es preciosa. ¿Tienes hambre?

Laura husmea, pero no responde.

—¿Te gustan los bollos?

La niña se gira insegura hacia la puerta abierta, donde Niels entra enseguida con una silla plegable, un plato y una jarra de zumo amarillo.

Cuando han comido y cantado, dejan a Laura subirse a la cama de Efie y pulsar los botones. Chilla de alegría cada vez que suena el motor y el colchón se infla y se levanta debajo de ella.

—La última vez —dice Niels—, ya no más. No es un juguete, la tía Efie ha de poder usarla cuando acabes.

Laura asiente y aprieta el botón hasta que sus piernas de palillo se quedan en vertical en el aire. El mecanismo hace un clic amenazante un par de veces y se queda parado.

—¿Puedo una vez más? —pregunta y da vueltas, se pone de rodillas con gran ligereza.

—No —contesta Niels—, un trato es un trato.

La levanta de la cama, la sienta en la silla y le da un vaso de zumo que comienza a beberse al instante. Quizá sean los colores, pero Efie no ve en ella nada de Sidsel. Con su estrecho rostro y su ancha boca, los brillantes ojos negros, la niña no se parece lo más mínimo a su madre. Sin saberlo, los genes del padre han trabajado para crear su imagen en este nuevo ser. Efie admira la determinación de su sobrina. Incluso pasó doce años esperando al hombre y al momento adecuados (todo ello mientras sus amigas, una tras otra, se contentaban con los hombres y momentos incorrectos) antes de darse cuenta de que no aparecerían —y mucho menos al mismo tiempo.

Laura aparta el vaso, tose con fuerza y se seca la boca con la manga.

—Niels, ¿puedo salir al pasillo a mirar?

—¿Qué vas a hacer ahí fuera?

—Mirar.

—¿Crees que sabrás volver?

La niña asiente, se baja de un salto de la silla y se va. Niels sale detrás de ella con sus zapatos en la mano.

Efie tenía treinta y ocho años cuando comprendió que no sería madre. Sucedió unos días antes de Nochebuena, en una cafetería de Sevilla. Era una noche tibia para esa época del año y había muchas estrellas, había comido y bebido bien. Estaba sentada fumando mientras se tomaba un café y esperaba la cuenta y fue allí, entre dos cigarrillos, cuando se le vino encima el pensamiento: «No va a suceder». No porque fuera imposible físicamente, sino porque no iba a ser así. Una corazonada. Una visión. A su modo, era un alivio. Al contrario que su hermana, que estaba encadenada a la casa y a las muy distintas necesidades de los niños en esos periodos, cada vez más largos y frecuentes, en los que Troels viajaba por trabajo, Efie podía hacer lo que quisiera. Aparte de la enseñanza, que le encantaba, era libre y no iba a hacer lo que hacían muchas otras mujeres de su edad, molidas

sobre la piedra de la familia. Cuando Charlotte enfermó y Niels se mudó con ella, Efie tuvo la esperanza de que responsabilizarse del niño le despertase el instinto maternal. No sucedió. Desde el principio, su relación fue de igual a igual y en los años posteriores a la muerte de la madre de Niels fueron más compañeros de piso que otra cosa. Se turnaban para hacer la compra y la comida, y Efie solo se metía en su vida cuando era estrictamente necesario. A cambio, él no la juzgaba cuando llevaba a cabo uno de sus viajes.

—Ha encontrado la sala de televisión —afirma Niels y cierra la puerta—, la hemos perdido.

—Sí, sí —responde Efie—, para una niña de seis años debe de ser aburridísimo estar aquí.

—No tiene por qué. Creo que piensa que está bastante bien. Si se estuviera aburriendo, lo diría.

Efie sonríe, pero no como suele hacerlo. La niña ha cambiado la manera en la que hablan, el modo en el que Niels se siente en su habitación. La lámpara de sal que le regaló está en el escritorio emitiendo una extraña luz coral.

—¿Quieres más café? —pregunta ella con el brazo ya entendido hacia la jarra.

—No, gracias. —Niels se recuesta en la silla y se estira—. Cincuenta y ocho años. Te conservas de la hostia.

—¡Ay, calla!

Aun así, se ríe.

Niels no dice nada más. El sol le da en la nuca y hace que el corto vello brille como la superficie del agua. ¿Se está aburriendo? Efie mira a su alrededor buscando algo que ofrecerle. Le gustaría darle algo y que se quedase un rato más. El pensar en despedirse la entristece por dentro. Pronto serán las dos, tendrán que irse. En algún momento la gente siempre se va. Ha aprendido a vivir con ello, no a que le guste. Pero no quiere llorar, no en su cumpleaños.

—No le he contado nada a Sidsel —suelta Niels.

Efie no ha preguntado, pero lo ha pensado.

—¿Y si Laura dice algo?

—No he pensado prohibirle que hable de ti, Efie.

La mira directamente a los ojos. Es acojonante lo mucho que se va pareciendo a Troels con la edad. Los ojos y las mejillas largas. Efie tiene que hacer un esfuerzo para no mezclar las cosas y no reavivar los viejos odios. ¡Cómo despreciaba a ese hombre y la insistencia de su hermana en defenderlo hasta el último momento! Efie recibió la noticia de la repentina enfermedad de su excuñado en el noreste de Rusia sin conmoverse mucho. A su modo de ver, los tres niños llevaban de facto mucho tiempo sin padres.

—¿Me has oído?

Niels le ha puesto una mano en el brazo.

—Sí —contesta—, me parece bien.

En la habitación de al lado, Jonna está quejándose con largas cadenas de vocales. Niels recoge con el dedo las semillas de su plato y se lo mete en la boca.

—Sidsel no va a cambiar de opinión.

—No —dice Efie y sonríe por error—, ya lo sé.

Ida Marie devuelve la cama a una posición neutral, recoge los platos y las tazas, y los pone en una bandeja haciendo el menor ruido posible. La bandera es lo último, la sitúa en diagonal sobre el plato superior. Elisabeth se ha dormido en la silla. Ida Marie le levanta la caliente cabeza con una mano y le coloca una almohada entre el hombro y la oreja, después se pone en cuclillas, le acomoda los brazos alrededor de las piernas y le echa las rodillas hacia delante y las junta para que el peso esté mejor repartido. La enorme mujer huele a champú y a crema de alcanfor, pero el pañal pesa. Ida Marie cierra la ventana y apaga la lámpara, que se ha quedado en la mesilla de noche. La fotografía de las dos niñas capta su atención y se levanta con cuidado. Normalmente ella no es así. Muchas otras suplentes ceden ante la curiosidad. Miran en cajones y armarios, leen cartas antiguas y diarios, husmean cosas que no les concierne y después cotillean entre ellas sobre sus hallazgos. Ida Marie, no. Normalmente. Respeta la vida privada de los residentes como espera que la respetarán a ella cuando sea vieja o esté demasiado enferma para defenderse. Las chicas de la fotografía parecen estar al final de la adolescencia, llevan pantalones cortos claros y camisetas chillonas con el nombre de la ciudad de las

vacaciones escrito en el pecho. Los rizos compactos de Elisabeth son una nube sobre la cabeza, la que debe de ser una hermana o una prima tiene el pelo liso y rubio peinado en una coleta. Están cogidas por los hombros riéndose para la foto, sudando y exhaustas, tostadas por el sol de una manera que Ida Marie relaciona con los años setenta. La falta total de relación entre la chica que está en la cancha de tenis y la mujer que está durmiendo en la silla de ruedas hace que el tiempo parezca un malvado número de prestidigitación. Ida Marie se sobrecoge y devuelve la foto a su sitio, tira a la papelera el papel de regalo y se lleva la bandeja. En la oficina, coge el plan de día de Elisabeth y deja una nota para el turno de noche:

Cambiar el pañal cuando se despierte, no quise molestar.

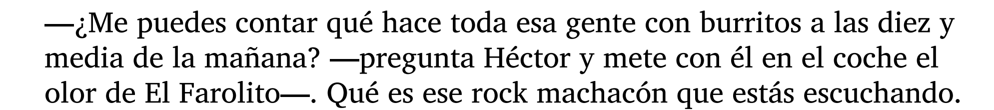
8. Es una costumbre extendidísima colocar la bandera danesa en las celebraciones de los cumpleaños. No tiene por qué ser una bandera enorme, sino que es suficiente con una diminuta a modo representativo, como en este caso (N. del t.).

10

Aunque es temprano, hay cola en El Farolito. Ea observa la corpulenta figura de Héctor, que ha llegado al mostrador y ha hecho el pedido, a través del cristal empañado. No necesita oírlo para saber lo que está diciendo ni cómo. Han aparcado al sol, ella no había contado con que tardarían tanto. Un hombre empuja por la acera en cuesta un carro de la compra que va cargado hasta arriba. Una de las ruedas gira sobre sí misma. Ea lo mira por el retrovisor, tiene que pararse todo el rato para subirse los pantalones, que se mantienen en su sitio gracias a un cordel de nailon. La barba tiene el mismo color amarillo nicotina que la lana del cuello de las ovejas, la frente brilla debido al sol. Ea lo conoce, suele estar en el parque. No está acostumbrada a verlo erguido y en movimiento, pero no hay dudas de que es el mismo hombre. Cuando pasa por delante de él con Coco, las saluda con un cortés «ladies». Mucho después de que haya doblado la esquina, Ea oye la rueda. Se pone el bolso en el regazo y busca una botella de agua que sabe que no está ahí, lo tira otra vez al suelo. En la puerta de SECOND CHURCH OF CHRIST, SCIENTIST hay una nota que dice en español y en inglés que la iglesia está cerrada permanentemente. La cruz y la corona, que planean sobre un fondo de nubes aborregadas, las letras rojas curvadas. Siempre le ha gustado ese cartel. Baja la otra ventanilla y abre la guantera. Además de los envoltorios de golosinas y los tebeos abandonados, está llena de casetes que le hizo su exnovio y que este le entregó en una caja de zapatos después de haber roto con él: «Para que pienses en mí mientras te alejas de mí». A su manera, el objetivo se cumple ya que piensa en él cada vez que pone una de las cintas, y se siente aliviada. Ea coge The Modern Lovers, la mete y pulsa el play. La voz de barítono de Jonathan Richman se le encierra en la caja torácica y la comprime. Siente ganas de llorar desde la visita a la vidente, pero cuando lo intenta no sucede nada.

Ea no le ha hablado a Héctor de Beatrice Wallens ni de las voces. Sabe perfectamente qué le contestaría: «Las videntes conocen bien a los demás (ni más ni menos). Las voces son resultado de un exceso de cansancio, de haber estado sentada frente a una mujer que afirmaba estar en contacto con tus padres muertos».

Y ahora mismo que el mundo físico parece convincente con todo su sobrecalentado y maloliente poderío, Ea se inclina por darle la razón.


—¿Me puedes contar qué hace toda esa gente con burritos a las diez y media de la mañana? —pregunta Héctor y mete con él en el coche el olor de El Farolito—. Qué es ese rock machacón que estás escuchando.

—Quítalo.

—He estado cerca de rendirme. La verdad es que no ha sido una buena experiencia.

Ea le acaricia el pelo.

—¿Te has acordado de pedir extra de guacamole?

Menea la caja con el flamenco que tiene en el regazo y se abrocha el cinturón.

—¿Y si no?

—Pues te tocaría volver a entrar.

—Se me olvida lo mala que puedes llegar a ser.

Saca la cabeza por la ventanilla como el perro al que le recuerda a Ea, grande y con pelo largo y negro y los párpados caídos.

—¿Por qué no avanzamos?

Ea hace un gesto con la mano señalando a la fila de perlas que forman los coches que tienen a la izquierda. Hay más gente que ha tenido la misma idea.

—Por cierto, ¿has visto que la iglesia cierra?

—¿Sí? Anda. Nunca he entendido esa coma y ahora ya es tarde. Nadie a quien preguntar.

Poco después, Ea pone el intermitente y por fin pueden unirse al tráfico en dirección norte hacia Mission. El viaje fue idea de Héctor. Normalmente es Ea quien tira de ellos para salir de la ciudad (excursiones en las que padre e hija pasan la mitad del tiempo gruñendo porque se quieren ir y la otra mitad no queriendo volver a casa. Coco: «Este es mi Lugar de la Felicidad», etc.), pero hoy no. Héctor lo volvió a mencionar en el desayuno, como si tuviera miedo de que a Ea se le hubiera olvidado y hubiera hecho otros planes. Están solos. Han ido temprano a buscar a Coco esa misma mañana con motivo de otro cumpleaños más de uno de los innumerables primos. Ea sospecha que Lola se inventa parientes para ver a su hija más días

de los acordados. Héctor dice que ser paranoica no es propio de ella.

Ha puesto a Roberta Flack y Ea canta de manera desenfadada. Tras todos esos años, las cuerdas de arpa de color rojo crustáceo del puente le siguen golpeando el pecho. ¡Felicidad! ¡Pum! Por encima de ellos, el cielo está despejado, el océano Pacífico brilla azul oscuro. En algunos momentos, todo es sencillo. Están en mitad del Golden Gate cuando Héctor propone pasar por el Headlands Center for the Arts. El fuerte del parque natural de Marin lleva desde mediados de los noventa funcionando como residencia y sala de exposiciones para artistas noveles.

—¿Y perdernos Sausalito? ¿Pasa algo por ahí arriba?

Ea gira la cabeza. Entre la barba y las gafas de sol solo queda una estrecha franja de cara, es imposible leer un gesto.

—A Damian le han concedido una beca de residencia allí. Le he dicho que a lo mejor nos pasábamos. Paramos un momento a saludar y así después nos bajamos al mar a comer.

—Si quieres.

Ella preferiría haber estado libre.

Damian Roo es un medio conocido fotógrafo artista con el que Ea tuvo algo al poco tiempo de haber llegado a la ciudad y necesitaba desesperadamente tener conexión con aquel lugar. Nunca han estado juntos en la misma cama, pero casi. Él viaja la mayor parte del año, así que, cuando por fin está de vuelta en San Francisco, está obsesionado por la idea de «juntar al grupo» y celebrar cosas. «¡Que es el último martes del mes, que hay luna llena, que este o aquel ha conseguido trabajo, que estamos aquí juntos!». La última vez que estuvo cenando en su casa convenció a Ea a las tantas de la noche de que sacase las agujas. Ya había elegido lo que quería de la carpeta de dibujos de Coco. La mayoría de la gente ojea los diseños de la niña de nueve años, suspira y señala y dice: «Ay, qué mono y mira esto, cuánto talento tiene», pero a fin de cuentas nadie los elige. Hasta que Damian lo hizo. Señaló Eye in the hand (Coco nombraba a sus diseños de manera muy lacónica y este representaba una mano con un ojo en medio de la palma), se levantó la blusa y sacó pecho. Los demás gritaron. Ea se sentía demasiado borracha para hacer un trabajo tan exigente, pero se concentró rápidamente y una hora después se puso recta y dijo: «Listo. Fue uno de los mejores que ha hecho».

El taller está en la planta superior del cuartel, en el antiguo dormitorio de reclutas. Huele a sol y a tinta fresca, un olor parecido al de las palomitas, y la habitación es rústica del modo en que hoy es imposible no quedar encantado. Cuatro filas de columnas de acero sujetan anchas vigas transversales y la luz entra por las ventanas e incide en el carcomido parqué. En un fogón de la pequeña cocina de la esquina más lejana de la habitación, Damian está calentando agua y mezcla dos tazas de café en polvo que no les ofrece porque está ocupado presentando las fotografías que lleva toda la mañana pegando en placas de poliestireno en la pared. A Ea no le interesa ninguna de las imágenes. La luz es dura y los retratados miran al frente con la misma mirada apática-sugestiva.

—Estos —dice Damian y se pone al lado de ella—, era la segunda vez que se veían. Yo solo quería que se besasen. Entonces me preguntaron si me parecía bien que se pusieran a ello. Les contesté que por supuesto, que adelante. Y lo hicieron. Creo que se encendieron.

Ea asiente.

—Eso parece.

La pareja está tumbada entrelazada en el extremo de un maizal. El vestido de la mujer está subido hasta el cuello, tiene la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta en pleno jadeo. Él está desnudo salvo por los zapatos. De todos modos, son las plantas de maíz las que atraen la atención. Son grandes y anormalmente verdes con erizados peinados de tafetán.

Damian la observa con una sonrisa melancólica.

—Se me ocurre pensar en el día que te conocí —dice—, eras tan joven. Recuerdo que te dejé hablar y hablar y hablar. Me gustaba tu acento. Lo has perdido, ¿lo sabes?

—Me siguen preguntando de dónde soy.

—¿Y crees que se debe a tu manera de hablar?

Ea se vuelve a girar hacia la fotografía, ahora los maíces parecen simplemente maíz.

—Es tu mirada —responde Damian—, el modo en que nos miras. Como si fueras un poquito mejor. La vieja superioridad europea. No tienes que avergonzarte, de hecho es muy dulce…

Damian va a decir algo más cuando Héctor lo llama desde el otro extremo de la habitación. Quiere saber qué objetivo ha usado en las fotos de las gemelas.

Lo peor es que tiene razón.

Ea había creído que se iría con el tiempo, pero ha ido a peor. Se sorprende echando de menos la manera en que la gente coge los cubiertos en Europa. Construcciones que tienen más de doscientos años y el olor de la lluvia sobre los adoquines. Últimamente ha intentado enseñarle a Coco a comer con cuchillo y tenedor. Pierde el apetito cuando ve cómo se mete la comida en la boca a puñados.

Diez minutos después, los dos hombres siguen zambullidos en una charla técnica. Ea va a la estantería, que es el único mueble como tal del local, y elige un libro al azar. Se sienta en el suelo con el libro en el regazo y deja que pasen ante su mirada cuerpos femeninos desnudos en diferentes poses. Muslos, hombros, pechos, orejas, labios. Hasta que no llega al último tercio del libro no se da cuenta de que en las fotos aparece la misma persona. Yoko, la esposa del fotógrafo, que al final muere. Hay una foto del cadáver en su ataúd. El cuerpo y el pelo están cubiertos de flores, el rostro asoma entre los sedosos pétalos blancos. Luego, el gato del sofá y su cama bien hecha. El patio trasero cubierto de nieve, un cenicero lleno, una camisa en una percha. El vacío que irradian las últimas fotografías. Oye a Héctor en el otro lado de la habitación despidiéndose de Damian con sus maneras abruptas, como si separarse fuera un hecho sorprendente que se le ha presentado en una caracola. Ea cierra el libro y lo devuelve a la estantería.

Caminan de la mano hacia el coche. Alrededor de sus pies, ataviados con sandalias, los insectos crepitan y saltan en el césped.

—No me cae bien —afirma Ea.

—Nah —responde Héctor—, pero tiene talento.

—Tú tienes más.

Héctor suspira.

—Lo digo en serio. Todas las fotos son interesantes del mismo modo. Lo que tú haces es bello.

—No hablemos de eso ahora.

Eso. «¿Por qué dejaste de hacer lo que amabas?».

El trabajo de corredor de fincas debía de haber sido algo secundario, pero las tareas de Gabriel fueron ocupándole todo su tiempo. Héctor pasaba los días conduciendo y tomando fotografías de apertura angular de salones, cocinas, habitaciones de mal gusto de gente terriblemente rica. Gabriel afirma que las casas que Héctor cubre reciben el doble de visitas que las demás. Quizá sea cierto, pero ya no hace fotografías por placer y los únicos poemas que escribe son los que le pone a Coco en la bolsa de la comida (Ea vacía la bolsa por la tarde y guarda con devoción los papeles manchados de grasa en una carpeta llamada literalmente Lunch Poems). Le gustaría que lo que él hace no significase nada, pero, cuando dejó su puesto en el estudio, ella se sintió engañada. Se había enamorado de un artista.

Un grupo de eucaliptos arroja su enredada sombra azul sobre el coche, pero tenían que haber dejado las ventanillas bajadas. En el interior, todo tiene un fuerte olor a carne y a cebolla cruda macerada. Es como subirse a bordo de una boca.

—Afirma que he perdido el acento —suelta Ea y se aferra al caliente asiento.

—Le pega haber dicho eso. ¿Te pone triste? ¿Por eso estás enfadada con él?

—Quizá —contesta y arranca el coche, sale marcha atrás del aparcamiento—, quizá es solo eso. No lo sé. ¿Y qué si lo he perdido?

Ea entierra los pies en la capa superior de guijarros hasta que nota un frío húmedo rodeándole la piel. El día se le ha ido de las manos entre el Headlands Center for the Arts y ahora mismo. A su lado, Héctor está comiendo con la cabeza entre las rodillas. Ya se le ha pasado el hambre. El sol de mediodía percute y hace que los alrededores parezcan llanos como un bastidor. Ea parte un trozo de tortita y se lo tira a la gaviota de la espalda plateada que se encuentra cerca de ellos. Echa la cabeza hacia atrás y engulle el regalo sin hacer ruido, despega y aterriza más abajo en la costa. Un brillante tronco de árbol negro se revuelca hipnóticamente en el oleaje.

—Pues la verdad es que no hay que darles pan a los pájaros. —Héctor señala con un nacho a la gaviota—. Se les hincha en el estómago.

—Creía que era la pasta lo que inflaba.

Las olas se elevan y rompen en sus lentes color humo.

—¿La pasta? A lo mejor. Coco me lo contó —dice con la boca llena—. Piénsalo. Todos esos años en los que uno se imagina que es amigo de los animales…

A unos metros de allí hay dos familias preparando el pícnic. La arena está llena de mantas y sombrillas, cubos de plástico y bolsas con cierre zip, y nadie nota cuando un labrador con forma de cajón y cabeza blanqueada por el sol encorva la espalda y planta una mierda peligrosamente cerca de sus esterillas. Ea vacía la botella de agua y desvía la mirada a título experimental hacia el horizonte, pero vuelve a su sitio como si estuviera atada con cuerdas elásticas a las cuencas de los ojos.

Se aburre. No como un adulto, sino de ese modo molesto y agotador que recuerda de las tardes de su infancia. Piensa qué estará haciendo Coco (probablemente esté leyendo en algún lugar a la orilla del grupo, Ea la vio meter un ejemplar de Bola de Dragón en la mochila). Como siempre que la niña no está cerca, siente que una parte de ellos está en las sombras.

—Voy a bajar a darme un chapuzón —dice Ea y se levanta, se quita las piedrecillas de la parte trasera de los muslos—. ¿Te vienes?

Héctor asiente, pero cuando está a mitad de camino se inclina hacia delante y carga el peso en la rodilla izquierda. Se trastabilla ligeramente, pero se le mueve la pierna derecha y la dobla formando un ángulo de noventa grados delante de sí. Una posición que Ea, hasta ahora, solo ha visto en las películas.

—¡Héctor! —exclama Ea aterrorizada—, ¡levántate!

Héctor se ha quitado las gafas de sol, el viento le pone el pelo en la cara. La gente mira y señala. Alguien da un silbido. Después se quedan mucho rato tumbados en la arena abrazados y avergonzados y sorprendidos y felices.

Ha llamado a la niñera para que cuide a Coco y ha reservado mesa en un restaurante caro al que ninguno de los dos había ido. Hay bebidas de bienvenida y carta de vinos, coñac para el café y, por último, champán de la casa cuando un camarero descubre el motivo de su

visita. Para sorpresa de la niñera, están en casa antes de las once, demasiado borrachos y llenos para siquiera pensar en hacerlo. Él está durmiendo a su lado, cada vez que toma aire suenan una serie de ruidos secos en una fosa nasal. Prometidos. ¿Quizá se sentiría de otra manera si no hubiese comido tanto? Más nuevo. Ea se pone bocarriba y se coloca una almohada extra bajo la cabeza, tiene el estómago dolorido y distendido hacia las costillas, le arde el esófago. Se pone la mano delante, observa el anillo que le ha hecho especialmente para ella. La hermana de Damian es joyera, lo cual explica el agotador viaje al taller. El secretismo de Héctor es casi lo más conmovedor. Ea juega con los dedos, deja que el oro brille. Aún no han puesto cortinas y de noche las paredes de la habitación son vivas y profundas debido a la luz de la calle. Se ha acostumbrado y duda que pudiera dormir a oscuras del todo.

Peanut se mete por su hueco con un ruido de indignación cuando se enciende la lámpara del techo.

—Perdón —murmura Ea y coge el Nexium del cajón de la cocina. Se sienta a la mesa y se bebe el resto del agua a sorbitos, siente cómo se va el ardor del estómago a medida que la pastilla va haciendo efecto.

Es más de medianoche, pero la luz de la cocina de los vecinos está encendida y poco después aparece el moreno y se pone a hacer ruido con sartenes y las tablas para cortar. Como siempre que cocina, lleva puesta una bandana. Durante un periodo, Héctor y Ea activaron un protocolo de las cosas diferentes que hacía la familia y ahora le están dando ganas de retomar el juego. El papel debe de estar por alguna parte. Busca la tablilla y entre los montones de dibujos que hay alrededor de la estantería. Abre los cajones de la cómoda azul y los vacía uno por uno hasta que encuentra el papel con el título DEVIANT NEIGHBOR BEHAVIOR (comportamiento anormal del vecino). La última observación tiene más de un año: hija, cerca de ocho años, levanta peso mientras ve los dibujos animados (¿es una orden?). Ea escribe lo que ve, anota fecha y hora, y clava el papel en la tablilla.

Peanut ha salido de su escondite y la mira fijamente a través del vaso con dos ojos furiosos de señora mayor.

—¿Tienes hambre?

Normalmente son Héctor o Coco quienes le dan de comer.

Ea va a la nevera a por la caja de gusanos de la harina. El aumento de las temperaturas los despierta de su letargo y ellos se retuercen en el

serrín. Ea coge dos con las pinzas y se los da al lagarto. Un atisbo de la boca rosa al estilo Barbie, dientecillos minúsculos afilados como cuchillas.

—Toma, feo.

Ea le pone la tapa al terrario y empieza a colocar los papeles en su sitio, en la cómoda. La fotografía cae de un sobre acolchado, donde la habían archivado provisionalmente junto a una tarjeta Clipper agotada y unas pulseras de hilos. Los tres llevan chalecos salvavidas naranjas sobre la ropa de baño. Debajo de ellos está el agua del mar, negra como el aceite de motor. Niels, a quien han dejado sentarse detrás y conducir, es el único que sonríe a la cámara. Tiene seis años, los rizos brillan al sol. La cara de Sidsel está escondida en la sombra de un sombrero de pescador y Ea se encuentra sentada en el medio, flaca y hecha una bola, como si fuera parte del equipaje. Recuerda aquel viaje, fue el último en el que estuvieron los cinco. Antes de Rusia y de la enfermedad de su madre, aunque en aquel momento ambas cosas debían de estar en progreso; solicitud de fondos y descripciones de proyectos, células mutantes. Cuando acostaban a los niños, los mayores se emborrachaban alrededor de la hoguera. Sus conversaciones atravesaban la tienda de campaña junto al olor a humo del fuego. Discutían de política, de roles de género, de arte, chillaban y se gritaban a la cara. Ella escuchaba la voz de su madre. Cada noche esperaba que se uniera a la charla, opinase algo inesperado, algo que la descubriera. No sucedió. Charlotte prefería escuchar las opiniones e historias de los demás, pero su risa siempre era lo último en apagarse cuando se decía algo divertido o inapropiado.

Ea da la vuelta a la foto. El reverso es brillante y blanco, no pone nada. Es muy probable que la hiciera Charlotte. Su madre solo aparecía en una fracción de fotografías de las vacaciones, en la mayor parte es ella los ojos que ven. Al ser la mayor, fue Ea quien pasó más tiempo con su madre y, al mismo tiempo, como una proporcionalidad inversa, la que se sentía más extraña hacia ella. Charlotte Gabel era como una casa con la luz encendida en cada habitación. Todo era como parecía, no había posibilidad de interpretación, ningún rincón donde esconderse, y Ea no podía librarse del egoísta deseo de que hubiera algo más de lo que había. Aparentemente, su madre vivía su vida sin preguntarse ni una sola vez si podía ser de otra manera. Le daba la bienvenida a los días con una calma mental que Ea confundió durante mucho tiempo con indiferencia (o, si estaba de peor humor, con estupidez). El resultado era que durante su infancia y gran parte de la juventud se entendía más con un padre cuya presencia se producía por momentos que con la madre que lo daba todo

voluntariamente. Ea no se dio cuenta hasta muy tarde de la fuerza que requería la actitud de Charlotte ante la vida. Su madre no era simple. Era una gigante disfrazada, una semidiosa sonriente entre los mortales y normales miembros de la familia: tres hijos ingratos y un marido de carácter cambiante que sentía una atracción casi magnética hacia su vida interior como si tuviera un ser metamórfico en el fondo del pecho.

Por lo que recordaba Ea, Troels viajaba muchísimo, pero en los últimos años de matrimonio estaba fuera la mayor parte del tiempo. Por tanto, la separación, a grandes rasgos, tuvo lugar sin que hubiera mucha diferencia con su vida familiar. Cuando su madre enfermó y su padre regresó a Dinamarca, llevaba muchos años sin ser parte estable del día a día de sus hijos. Pero como es habitual, el meticuloso sentido del orden de Charlotte se lo puso fácil y, tras su muerte, Troels no se quedó en el país más tiempo del absolutamente necesario. «A los antropólogos no se nos da bien consolar», le dijo un día a Ea, «siempre hemos visto cosas peores». ¿Era una disculpa disfrazada de explicación? ¿O una explicación que podía funcionar como disculpa si se necesitaba? Quizá simplemente era una constatación. De todos modos: en cuanto Niels, que era muy pequeño para vivir por su cuenta, se instaló en casa de su tía, se vendió la casa y se firmaron los últimos papeles, Troels comenzó a preparar su partida.

Ea decidió no perdonarlo. Jamás y, cuando la llamó una mujer durante un turno de tarde en la Trattoria Ponchielli informándola de que habían ingresado a su padre en el hospital de Yakutsk, llevaban sin hablarse más de cuatro años. La situación era seria. La infección se extendió en pocos días de los pulmones al corazón («Así que tiene», murmuró Sidsel cuando Ea la llamó, y ninguna de las dos pudo evitar reírse porque era algo horrible). Troels murió poco después rodeado de su equipo y de los dos intérpretes que habían estado con él desde el principio.

Como consecuencia de un enamoramiento que resultó no aguantar la temporada, Ea vivía en aquel momento en Trieste. Había conseguido una habitación con terraza, un gato cariñoso al que, sin imaginación, bautizó como Dante y un trabajo que le gustaba. Sus hermanos fueron la única razón por la que fue a Dinamarca al entierro. La recogieron los dos en el aeropuerto y Ea se horrorizó al comprender cómo debía de haberse sentido su padre durante sus visitas a casa. ¡La distancia entre ellos era material! Todo lo que reconoció en los rostros de Niels y de Sidsel potenciaron la sensación de sentirse extraña y, aunque Ea hizo un esfuerzo por ocultarlo, se le pasaba por la cabeza una y otra vez cuándo podía escaparse de Copenhague. El cuerpo embalsamado

de Troels llegó en un vuelo de carga cuatro días después, lo enterraron un día soleado de mayo y, antes de que acabase el verano, Ea dejó el trabajo en Ponchielli y compró un billete de ida a San Francisco.

Ya no sentía que Italia estuviera lo suficientemente lejos.

Sucede que piensa en Dante y nota una punzada en el corazón. Seguramente el gato lleva muerto mucho tiempo. La última vez que lo vio fue hace diez años.

Ea deja la fotografía en el cajón y se pone de pie con las piernas temblando. Le entran las mismas náuseas y el mismo mareo que en casa de Beatrice Wallens. Cruza la despensa a trompicones y abre la ventana, saca el tronco a la noche y vomita ostentosamente. Tres, cuatro horribles oleadas le atraviesan el pecho y se pasa. Los músculos estomacales lanzan bolas de aire hacia la garganta con un ruido repugnante, pero no queda nada, está vacía. Ea escupe hasta que se le va el sabor, se seca los ojos y se suena la nariz en el jardín. Está lloviendo. Dos pisos por debajo de ella, las hojas relucen en un árbol cuyo nombre desconoce. Los vecinos de enfrente por fin se han ido a la cama.

La idea parece menos obvia cuando ha bajado a la calle, pero está preparada. Además, será más fácil de lo que se esperaba. Es tarde y no pasan muchos transeúntes. Desde la barandilla de hierro fundido puede tomar ímpetu y subirse al bajo tejadillo del recibidor. La alambrada y el simbólico alambre de espino que rodea el muro por la parte interior están pisados en muchas zonas. No es la primera que ha realizado esta escalada, pero espera ser la única en haber escogido esa noche. Ea salta y llega al suelo con un ruido sordo. Estaba más abajo de lo que creía, el duro aterrizaje le canta en el pecho. Se queda así, en cuclillas con las manos por delante apoyadas en el suelo, escuchando. Sus oídos se esfuerzan en captar el sonido de pasos o voces, pero entre las tumbas hay silencio. Como la ciudad creció a su alrededor, el cementerio, que, cuando fue fundado a finales del siglo XVIII, se extendía desde Church hasta la calle 16, está encajado en un gran jardín. Solo unos pocos de los miles de personas que han sido enterradas en él a lo largo de los años han dejado huella en forma de monumento de piedra. La cruz de madera está desmoronada y se ha llevado al suelo con ella el nombre de sus miwok y ohlone muertos, del resto se han encargado los desarrolladores y los fondos de inversión. A Ea siempre le ha disgustado la distribución gradual del cementerio original, pero esta noche agradece que el lugar no sea tan

grande como para no poder percibir por ambos lados la existencia del muro blanqueado de tres metros de alto.

Cuando se le ha acostumbrado la vista a la oscuridad para poder sentir el camino que tiene delante, se levanta y lo sigue sorteando tumbas. Está demasiado centrada como para encontrarse realmente asustada. El ambiente a su alrededor se pega con una claridad surrealista: el suave chapoteo de las suelas de goma, la lluvia, que cae compacta y hace que aflore el olor de las plantas, el viento en las copas de los cipreses, un pájaro o quizá una rata que se adentra en una compacta hiedra alrededor de una estela. Ea se detiene ante la estatua de fray Junípero Serra. El monje tiene las manos a la espalda y contempla contrito sus sandalias, que asoman bajo las arrugas del hábito de piedra. Ea se sienta en un banco a unos metros del monje. Las flores rosas del rosal exhalan una fragancia gominolesca que se mezcla con el romo olor a cemento mojado por la lluvia.

Y ahora, ¿qué?

Aparte de la visita a la vidente, Ea no tiene experiencia alguna en invocar la atención de los muertos. Las tumbas del cementerio Mission Dolores parecen viviendas, en algunos casos, pequeños palacios completados con carteles de nombres y setos entre los jardines y allí, sentada en la oscuridad rodeada de personas que se han convertido en polvo hace mucho tiempo y que tampoco habrían tenido mucho que ver con ella cuando estaban vivos, se siente estúpida.

Por otro lado, no es más que una prueba.

Ea se yergue y coloca el dorso de la mano en las rodillas, aunque, desde luego, no tiene ninguna importancia cómo coloque su cuerpo. Después cierra los ojos.

—¿Mor?

La palabra «mamá», en danés, suena obscena en su boca, que se ha acostumbrado a un idioma nuevo y más suave.

Lo vuelve a intentar, esta vez un poco más alto.

Espera.

Naturalmente, no ocurre nada.

La noche está igual que antes.

Ea abre los ojos. En cierto modo, está aliviada.

Ni siquiera está segura de qué quiere preguntar o de si se atreve a oír la respuesta. Raramente podía utilizar los consejos de Charlotte cuando estaba viva. ¿Qué cree que ha cambiado?

Ea mira el teléfono, la imagen de Coco y Héctor cada uno en un extremo del sofá y zapatillas a juego le hace sonreír. Es la una y media.

El hecho de que esté claro que la persona está durmiendo atempera el susto. Aun así, Ea nota que se le queda la boca seca. El susodicho se encuentra a unos metros de allí, hecho una bola en el suelo en su tradicional choza de juncos ohlone levantada entre las tumbas en memoria de los muchos indios muertos que San Francisco tiene en su conciencia. En la semioscuridad distingue el contorno del cuerpo, pero está demasiado lejos como para que Ea lo pueda oler.

Se pone de pie y el teléfono, que está en su muslo, resbala y cae sobre los adoquines.

Curtis parpadea. Tiene una severa miopía desde que era niño. La mujer no es sino una vaga mancha azul celeste en la oscuridad. Se pone a gatas y asoma la cabeza por el hueco.

—¿Hola? ¿Te puedo ayudar?

La mujer, ya yéndose, se pone derecha y niega con la cabeza. Él se acuerda de algo que vale la pena intentar.

—¿Por casualidad no tendrás un cigarrillo?

—Lo siento, no fumo.

—Ah.

—Espera. —Busca en los bolsillos y encuentra lo que buscaba—. Tengo chicles. Quédatelos.

Le da el paquete antes de que responda que no los necesita para nada. Solo pensar en morder la crujiente superficie le hace retorcerse.

—El lugar más sencillo para pasar al otro lado está junto a la tumba de Matthew Kellers —dice y señala—. Desde allí puedes saltar junto a María Dolorosa y de ahí al otro lado no hay mucho. Pero ten cuidado de no pisar las flores o saltar sobre mi carro. Está aparcado al otro

lado del muro.

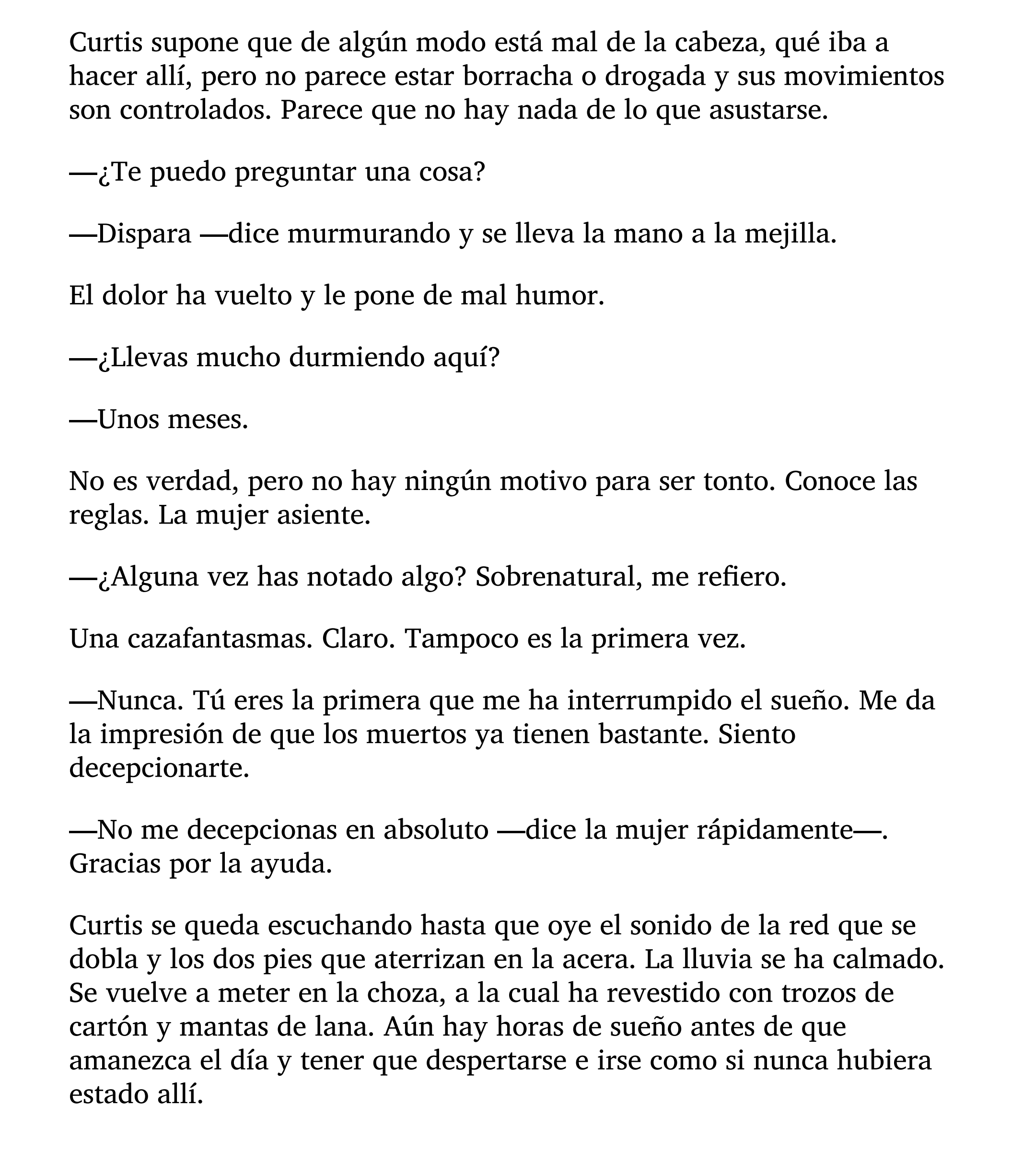
La mujer le da las gracias, pero se queda donde está.

—Siento lo del tabaco —dice.

—Está bien, no te preocupes.

—Lo dejé cuando me mudé aquí.

—Ajá.



Curtis supone que de algún modo está mal de la cabeza, qué iba a hacer allí, pero no parece estar borracha o drogada y sus movimientos son controlados. Parece que no hay nada de lo que asustarse.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

—Dispara —dice murmurando y se lleva la mano a la mejilla.

El dolor ha vuelto y le pone de mal humor.

—¿Llevas mucho durmiendo aquí?

—Unos meses.

No es verdad, pero no hay ningún motivo para ser tonto. Conoce las reglas. La mujer asiente.

—¿Alguna vez has notado algo? Sobrenatural, me refiero.

Una cazafantasmas. Claro. Tampoco es la primera vez.

—Nunca. Tú eres la primera que me ha interrumpido el sueño. Me da la impresión de que los muertos ya tienen bastante. Siento decepcionarte.

—No me decepcionas en absoluto —dice la mujer rápidamente—. Gracias por la ayuda.

Curtis se queda escuchando hasta que oye el sonido de la red que se dobla y los dos pies que aterrizan en la acera. La lluvia se ha calmado. Se vuelve a meter en la choza, a la cual ha revestido con trozos de cartón y mantas de lana. Aún hay horas de sueño antes de que amanezca el día y tener que despertarse e irse como si nunca hubiera estado allí.

Tú dilo, no me voy a enfadar.

Ya lo creo que sí.

Se me había olvidado su insistencia. Es algo de lo que está orgulloso. La voluntad de morder hasta oír el crujido.

Me infravaloras. Como tantas veces, por cierto.

Mejor cambiemos de tema, dijo, fue como fue.

Él suspira. Por fin se rinde.

¿Y de qué quieres hablar?

No lo sé. Del principio. De la primera vez que me viste. Antes de los niños y de la casa, antes de todo. Cuando nos chocamos como dos lienzos en blanco. Empieza tú.

La primera vez que te vi llevabas la cara pintada de verde.

Es verdad, iba vestida de cactus, ¿y tú?

¿No te acuerdas? Era el Zorro.

Pero no lo parecías, ¿no?

Perdí la espada en algún momento.

Y la máscara.

También, sí.

Todo lo que vi fue un hombre guapo de ojos grises vestido de negro y un pendiente en la oreja. Me resultaste exótico. Les sacabas una cabeza a los demás. Brillante como una cigüeña que aterriza por error entre una bandada de cornejas.

Asiente ansioso, se pone recto.

Hablamos, dice, y te invité a mi cumpleaños, que era la semana siguiente. Quizá no eras guapa de primeras, pero tus mejillas se ruborizaban como granadas bajo el color verde y tu pelo era grueso y olía de maravilla. Movías el aire con las manos cuando hablabas. Todo eso me encantó.

Y cuando aparecí resultó que era una trampa. Yo era la única invitada en tu piso, que era más bien una habitación. Serviste pasta con una salsa de tomate que estaba muy fuerte y me sentí tan cateta. ¿Recuerdas lo que llevé de regalo?

Él niega con la cabeza.

Dame una pista.

Era comestible.

¿Chocolate? No, espera. ¿Llevaste un queso?

Habría comprado algo más o algo totalmente distinto, pero entré en pánico y acabé apareciendo con un brie entero y un ramo de flores de la tienda de abajo. Es increíble lo vergonzoso que fue.

Ah, sí, pero acabó bien.

Querrás decir que acabamos en tu cama.

Ya aquella noche me chocó que eras distinta a las mujeres que había conocido y querido hasta aquel momento. O con las que lo había hecho. O las que hubiera querido que me dejaran hacérselo. Todas estas estudiantes con aliento a tabaco y cuellos esbeltos. Eras tímida y a la vez sencilla y no mostrabas ningún signo de vergüenza por estar desnuda. De hecho, te movías como si hasta que no estuvieras desnuda no te sintieras vestida. Te reías un montón y yo me reía contigo, aunque no siempre entendiera de qué te reías.

Mi hermana te llamaba zoquete y después algo peor.

Nunca le he gustado a tu familia.

Tonterías. Te quisieron hasta que se lo pusiste imposible.

Troels no me hace caso.

¿Recuerdas, dice él, que tus manos estaban rugosas y rojas de trabajar todo el día con los tallos mojados? Cuando me tocabas, sentía que me tocaban unas zarpas ansiosas.

Zarpas… ¿Por eso intentabas domarme?

Al contrario. Cada vez que te veía sentada con uno de mis libros, me entraban remordimientos. Estaba claro que solo intentabas hacerme feliz.

En eso te equivocas, digo y le pincho triunfal en el pecho, no era por ti, Troels. Me encantaba que me dieran recomendaciones y deseaba de verdad experimentar lo que experimentaban los demás cuando leían. Pero el hechizo nunca sucedió. En ningún momento olvidaba que era algo que alguien se había inventado; palabra a palabra, página a página. Que algún pobre había estado haciendo el mayor de los esfuerzos para hacer que se pareciera al mundo real, lo cual solo tenía el efecto de tirar de mí para levantarme y salir a verlo. Cuando por fin lo dejaba y cerraba el libro, era como estar frente a frente con una pintura al óleo después de una serie infinita de esbozos a lápiz.

11

No hay nada en la apariencia de Loretta Barry que apoye la impresión de Sidsel de estar ante una expunk/okupa/anarcosindicalista. La conservadora que, tal como habían acordado, la está esperando junto a la taquilla del Great Court del museo, lleva una falda hasta la rodilla de color berenjena y una blusa a juego. El pelo canoso rizado está sujeto en las sienes por dos horquillas y en el cuello luce una cadena con un colgante de plata con forma de búho. Aun así, parece evidentemente hardcore cuando saluda a Sidsel y le pide que la acompañe entre los grupos de turistas para ir al World Conservation and Exhibitions Centre, donde un ascensor las elevará a la segunda planta, que brilla a causa del cristal y el metal, y que está reservada para empleados. El centro no tiene más de cinco años, le explica, y está a la vanguardia en el mundo de la conservación de arte. Hasta entonces trabajaban en condiciones miserables en los sótanos de unos ruinosos e insalubres chalés adosados que demolieron para hacer sitio al nuevo edificio diseñado por arquitectos.

—Imagínate —dice Loretta—, tener laboratorios y oficinas y entre treinta y cuarenta empleados apelotonados en dependencias que en su momento estaban pensadas para el servicio. Con el material no había problema, pero no había sitio suficiente para usarlo. Así, se destruían muchos objetos por todo ese movimiento arriba y abajo en esos malditos y minúsculos ascensores. Por suerte, había gente en la dirección que veía lo estúpido que era tener una de las mejores colecciones del mundo, pero no la posibilidad real de preservarla. Bajamos por aquí.

Loretta pasa delante de dos compañeras y saluda sin reducir la velocidad.

—En cierto modo estoy contenta de llevar aquí tanto tiempo como para valorar las mejoras. Los nuevos dan por sentado que todos tienen su propia mesa y una silla y ventilación adecuada y luz diurna. Pasa.

Loretta abre la puerta de la luminosa y desordenada sala, parece que la comparte con otra persona que ahora mismo no está en su escritorio.

—Deja aquí tus cosas, luego las cogemos —dice y señala con la cabeza

hacia un perchero ya sobrecargado.

Sidsel deja el abrigo en el suelo al lado de un helecho cercano que resulta ser de plástico, seguramente en referencia a la colección botánica del museo.

—¿Y tú? ¿Todo bien, has tenido buen viaje? —pregunta Loretta y, sin esperar la respuesta, se pone a buscar algo en el bolso.

Sidsel se lo confirma, aunque había sido lo contrario a un buen viaje. En cuanto se sentó en su asiento y se abrochó el cinturón sobre los muslos, le atacó el miedo a la muerte que nació a la vez que Laura pero que creció más rápido que la niña. Cruzó los dedos y cerró los ojos, contó hasta diez en danés, en inglés, en francés y en alemán, y volvió a empezar hasta que el avión se estabilizó en el aire, y se le alivió la presión del pecho. Al llegar a Heathrow, había recorrido tantos escenarios posibles ante su muerte y el destino de Laura que se sintió totalmente llena de agujeros. En el hotel, decidió echarse una siestecilla para poder disfrutar más del viernes libre que tenía por delante. Eran las diez menos cuarto cuando la despertaron las voces infantiles del pasillo. Se dio un baño y se lavó con los jaboncitos perfumados, se comió una bolsa de almendras tostadas del minibar y se masturbó dos veces hasta correrse antes de dormirse casi a medianoche. Debajo de su ventana se extendía Londres, enorme e indiferente hacia sus buenas intenciones y oportunidades perdidas.

A la mañana siguiente se despertó con el estómago vacío e incapaz de seguir durmiendo y, cuando se encontró en la sala de desayunos del hotel, la otra única huésped era una mujer que se había traído un tarro de paté de avellanas casero y uno de mermelada y cuyo cabello aún estaba mojado por la ducha. Pero los huevos estaban bien cocidos, el sol de abril hacía que el servicio a las mesas fuera rápido y, cuando unas horas después Sidsel cruzó el parque de camino al museo, sintió que flotaba ligera. Ser madre de Laura había resultado ser inseparable de una sensación de gravedad que solo la soltaba en algunos momentos. Pero allí, en el camino de gravilla entre los tulipanes y los mirlos, por un momento no pertenecía a nadie ni a nada más que a sí misma; un circuito cerrado, fugaz y perfecto como una burbuja de jabón.

—Aquí está —dice Loretta y saca un teléfono del desaliñado bolso de Mandarina Duck—. Prometí avisar a Evan cuando estuviéramos listas. Solo será un momento.

De la conversación telefónica se desprende que Evan es el asistente in

situ. Ambos discuten sobre el transporte del busto. Loretta sugiere si no sería mejor con un simple monopatín, a lo que Evan responde algo muy largo que la hace fruncir el ceño y rebuscar en los papeles que están en el alféizar de la ventana. «Right», murmura, «right». Sidsel aprovecha la espera para revisar su teléfono. Lleva desde ayer sin saber nada de Niels, cuando le contestó a su mensaje de he-aterrizado-y-os-echo-de-menos con un lacónico «Todo bien por aquí». Lo conoce lo suficiente como para saber que es verdad y que le escribiría o la llamaría si dejase de serlo y, aun así, no puede reprimir la necesidad de saber más. En casa pronto serán las once, y muy probablemente Laura llevará despierta desde las seis. ¿Se habrán ido de excursión? Sidsel intenta imaginárselos en el autobús, sentados uno al lado del otro. Niels rechazó las llaves del candado de la bicicleta con carro delante como si prefiriera que Laura se mudase a su casa mientras Sidsel estaba fuera. Tenía la teoría de que la niña extrañaría menos a su madre si no estaba rodeada de cosas que la recordasen a ella y de esa manera también sería una especie de vacaciones para ella. Quizá tenía razón, pero a Sidsel le cuesta entender la predilección de su hermano por lo complicado, por la opción menos evidente. Como, por ejemplo, cuidar de una niña de seis años en una residencia de ancianos sin más entretenimiento que un compañero de piso deprimido.

—Vienes —dice Loretta sin usar al final un tono de pregunta, y ya está saliendo por la puerta.

Las paredes escarlatas y la baja iluminación le dan a la galería un aire de boudoir. En medio de la sala hay un banco tapizado con cuero y, desde sus pedestales, los ricos habitantes de Palmira observan a los visitantes del museo con la digna condescendencia de los muertos. Han tapiado las ventanas de la galería y han puesto luz cuidadosamente en cada estatua y relieve con explicaciones que realzan los detalles de la labor del escultor. Hace mucho que Sidsel no va a un museo por placer y, en cierto modo, le gustaría no tener otra cosa que hacer que unirse a otros visitantes y caminar por la exposición.

—Aquí tenemos al desafortunado —anuncia Loretta y se detiene ante el busto, que sigue en su pedestal, pero cubierto con plástico.

Sidsel nota un arranque de esperanza mezclado con el nerviosismo que lleva dándole vueltas desde el jueves.

Loretta se quita el reloj justo cuando por el extremo más alejado de la galería aparece quien debe de ser Evan empujando un embalaje, cuyo prosaico traqueteo anula el encanto de la cámara funeraria.

—Perdón por la espera —dice y acciona el freno de las ruedas—. Entiendo que queréis verlo antes de que lo subamos.

Loretta asiente y se gira hacia Sidsel.

—¿Haces los honores?

Con movimientos cuidadosos, Sidsel afloja la tapadura y verifica que podía haber sido mucho peor. Los grandes cortes en el borde del velo y en la nariz y los más pequeños del colgante de la frente y de los dedos de la mano derecha ya estaban a finales de los años veinte, cuando La belleza de Palmira llegó a manos del arqueólogo danés Harald Ingholt durante los trabajos de excavación de la necrópolis suroeste de la ciudad del oasis. Pero quienes lo encontraron no fueron ni Ingholt ni el arqueólogo francés con el que trabajaba. El busto lo adquirió una colección privada siria con medios de la Fundación Rask-Ørsted y es la única de las ciento treinta esculturas de piedra arenisca de las que dispone la Gliptoteca en las que se sigue viendo la pintura a simple vista como sombras en la superficie de la piedra. Especialmente la boca de la mujer brilla con un vivo color rosa y es ahí donde se encuentra el motivo del viaje de Sidsel a Londres: un agujero reciente de alrededor de un centímetro por uno desfigura el rechoncho labio inferior.

—Como puedes ver, se trata de un golpe bastante limpio —explica Loretta y se pone al lado de Sidsel con las manos en la cadera—. No debería ocasionarnos demasiados problemas. Tenemos el trozo suelto en el taller. No he podido encontrar más y, por lo que sé, el golpe que le dio el borde del teléfono fue localizado. Justo ahí. —Se inclina hacia delante y deja que el índice roce el labio destruido—. Pero seguramente tengamos que pasarlo por el escáner para comprobar que no haya más daños.

—¿El teléfono?

—¿No te han contado lo que pasó?

—Creía que lo habían tirado. Eso fue lo que oí.

La frente de Loretta se encoge.

—Dime una cosa, ¿de verdad se creen que no protegemos nuestros

objetos expuestos como es debido? No, la realidad es que no sé si es mejor o peor, pero fue una visitante que, en un intento de quitarle el teléfono de las manos a su hija, que supongo que estaba distraída, perdió el control del movimiento y golpeó con la mano y el teléfono el busto que tenía justo detrás.

Loretta ilustra el arco del brazo de la mujer. Pam.

—El guarda llegó corriendo, la madre estaba desconsolada, por supuesto, también fue doloroso para ellas.

—Puedo imaginármelo —corrobora Sidsel.

—Sí, sí. Teniendo en cuenta la cantidad de niños e imbéciles que cruzan las puertas del museo cada día, estas cosas son infrecuentes. Vamos a subirlo para mirarlo mejor. Evan, si eres tan amable.

El asistente se echa el pelo detrás de las orejas y, con movimientos cautelosos, mete el busto en la caja, a la que Sidsel y Loretta cubren con papel de seda y cartón pluma.

—Bueno —dice Loretta y le da una palmada a la tapa—, vámonos, dearie.

A lo largo del canal hay gente sentada con los ojos cerrados y los rostros girados hacia las copas de los árboles que centellean en el aire como bancos de arenques. Los abrigos están amontonados junto a botellas de vino y vasos de plástico. La primavera ha llegado a Londres a la vez que ella y, cuando gira por Broadway Market diez minutos antes de la hora acordada, él ya está allí sujetando un libro de bolsillo bajo la luz almibarada y con el cuerpo colocado de un modo que une la relajación y la pose.

Sidsel está parada en la esquina a las puertas de una pastelería. Vicky está de espaldas y aún no está preparada para perder la ventaja que le da mirarlo sin que él la vea y cruzar la calle para entrar en su campo visual. Mira el reloj. Ocho minutos.

Un ciclista pasa a toda velocidad y gira a la derecha a la altura del canal.

Detrás de ella suena el timbre como una advertencia de la azucarada exhalación de la tienda que la rodea poco después.

Él tose y gira una página, se acaricia el párpado con los dedos índice y corazón.

Seis minutos.

Aún puede hacerlo.

Puede irse, no le debe ninguna explicación.

Sidsel mete las manos en los profundos bolsillos de la chaqueta, le grita y da un paso hacia el sol.

Llaman a la puerta y una mujer dice algo grosero que Sidsel no entiende. No está lista para colgar. El sonido de la voz de Niels diluye la distancia que ha comenzado a percibir, la inquietante sensación de haber extraviado algo costoso.

—¿Qué vais a hacer mañana?

—No lo sé… A la playa, si el tiempo acompaña.

Se le está agotando la paciencia.

—Si acompaña, las botas de goma están en la bolsa con el gorro. ¿Sigue haciendo frío por allí?

La mujer vuelve a llamar a la puerta con fuerza.

—Sidsel, te prometo que tengo controlados el calzado y la ropa. La vas a ver dentro de nada. Tómate unas cervezas más, métete un poco de MDMA y duerme mucho. Yo me voy ya a la cama.

—Vale, vale —murmura y se pone de rodillas para verse la cara entre las pegatinas de bandas locales e iniciativas veganas que cubren casi todo el ya de por sí pequeño espejo del baño. Ya no hay ni rastro del lápiz de labios y le brilla la frente—. Buenas noches, gruñón.

—Buenas noches.

La mujer que estaba esperando mira a Sidsel de forma poco amistosa mientras pasa a su lado y abre la puerta para volver al bar. El local, de techo bajo, está abarrotado. A Sidsel la recibe un revuelto de espaldas y tripas calientes, frases a medias que nadie oye entre la música y las carcajadas repentinas. Se vuelve fina como un cuchillo, pone la mano en un hombro pegajoso y lo echa a un lado para bajar a la mesa en la que Vicky y ella han pasado las últimas horas bebiendo copas baratas y cargadas. Mientras ella ha estado ausente, el lector se ha puesto a

charlar con la pareja de la mesa de al lado y no se ha dado cuenta (o no ha querido dar la impresión) de que Sidsel ha regresado hasta que el ruido de las botas que arañan el suelo le hace levantar la vista.

—Hola de nuevo —dice él y le da la espalda sin pestañear a la pareja vecina y a la conversación que acaba de sacar de la nada.

Se miran desorientados, la mujer se acerca a su compañero, que como respuesta levanta el vaso y lo vacía enfadado. A Sidsel le dan ganas de contarles que sabe exactamente cómo se sienten. No es culpa de ellos, es solo que él es así. Un sol artificial, un foco. «Habéis tenido un poco y ahora queréis más». Vicky se echa hacia delante y se apoya en la mesa hasta que está tan cerca que Sidsel puede oler su perfume, que parece de incienso. Los años, dos niños y la separación, aún fresca, le han hecho mella en el rostro. El límite negro del pelo se ha alejado hacia el cráneo y unas finas arrugas le han estriado la piel bajo los ojos y junto a las orejas. El efecto es el mismo y el olor de su cuerpo hace que la entrepierna de Sidsel se abra y se cierre esperanzada contra el asiento.

—Alguien ha usado el baño como cabina de teléfono —dice Sidsel y da un sorbo a su whisky sour.

—¿Y qué has decidido?

—¿Tú qué crees? Lo honesto.

Vicky aprieta los ojos.

—Es mucho más largo que lo bonito.

—No importa.

Vicky toma aire y se yergue de la manera que Sidsel recuerda de las clases. Eso quería decir que había que poner atención porque se iban a mezclar la información importante con la que no lo era dentro de una corriente tan bien formulada que para discernirlas iba a hacer falta mucha concentración.

—Se aburría cuando estaba con nosotros —dice Vicky—, se aburría, así que se volvía loca. No había ninguna diferencia si estábamos de vacaciones o en casa o con nuestros mejores amigos y sus hijos. Piscinas, reuniones de padres, cumpleaños, excursiones al bosque y al museo; todo lo que los demás encuentran natural e interesante para hacer durante diez, quince, veinte años no le decía nada. Algunos días se quedaba en la oficina bajo el pretexto de tener mucho trabajo o

tardaba muchísimo en volver del supermercado y se figuraba que era culpa nuestra: solo estaba comprando lo mejor para sus niños. Pero en realidad únicamente quería aplazar el momento de entrar en su casa y volver a ser parte de todo. La deterioraba, volvió a trabajar cinco meses después de que naciera Julian aunque tenía derecho al doble. Teníamos dos niños de menos de tres años en casa y aceptaba todas las tareas que le ofrecían, y eso si no se ofrecía voluntaria para hacer horas extra. Era yo quien hacía la compra y la comida, los bañaba y les cortaba las uñas. Me aprendí los nombres de los amigos del parque. Abi no sabía quién era quién, lo cual le complicaba a la hora de parecer interesada cuando los niños le contaban qué tal había ido el día. Para ella eran parte de un rebaño cuyos miembros restantes no tenían rasgos distintivos. Era yo quien se cogía días libres en la universidad cuando estaban enfermos. O me los llevaba al trabajo. Si por fin se obligaba a ir al parque a dar patadas a una pelota o a sentarse en el suelo a jugar con los muñecos, yo podía sentarme y ver cómo se marchitaba ante mis ojos. Antes de que los niños nacieran, podíamos pasarnos horas conversando delante de los platos vacíos, siempre había algo que decir.

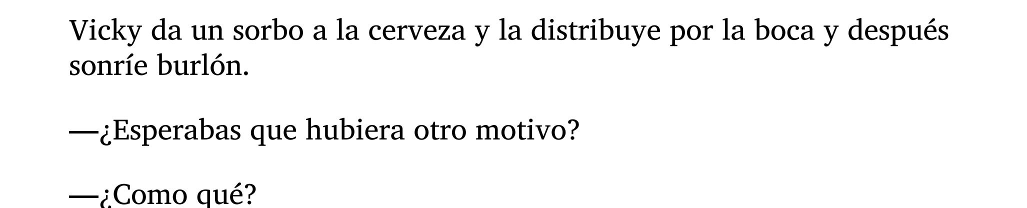
Vicky niega con la cabeza y mira su vaso, pero Sidsel nota que aún no ha terminado y se queda callada.

—Abigail tuvo dos hijos —continúa—, los trajo al mundo y luego no le gustó ser madre. Les reprochaba en silencio el haber destruido lo que había antes de que llegasen: ¡la razón de su existencia! Nunca lo manifestaba claramente, pero antes de quedarse embarazada de Xavier de vez en cuando hacía bromas diciendo que se podía haber identificado mejor con el profesor loco que se pasaba el día en la oficina y lo llamaban cuando la comida estaba servida que con la madre que se secaba sin parar las manos con el delantal y chistaba a los niños. Se sentía afín a Charles Ingalls, Mr. Pevensie y a papá Mumin por sus pacientes esposas. Aun así, fue un shock para ella. Esperaba transformarse.

Sidsel intenta que su rostro no revele que se siente indispuesta al saber esto. Es muy íntimo, demasiado. Como un regalo caro de una persona a la que conoce superficialmente. Vicky sigue siendo un excelente narrador.

—¿Y los niños? —pregunta Sidsel—, ¿los ve?

—Los tiene en fines de semana alternos. Ahora están con ella. No podías haber elegido mejor momento para tu visita.



Vicky da un sorbo a la cerveza y la distribuye por la boca y después sonríe burlón.

—¿Esperabas que hubiera otro motivo?

—¿Como qué?

—¿Como un lío?

—No he pensado en eso —miente.

Porque, desde luego, Sidsel se había imaginado que Vicky elegiría una nueva alumna cada semestre y que Abigail había aguantado los escarceos hasta que un día se hartó; demasiado hiriente y descarado, demasiado poco práctico o simplemente demasiado patético.

—He estado tentado, pero no ha habido otra desde aquella vez contigo.

Sus ojos marrones oscuros se han suavizado y Sidsel entiende que el hueco que se esperaba ha llegado ahora. Podría abordarlo en este momento, pero la idea de involucrar a Laura en su noche la repele. La niña no tiene nada que ver con ellos, una pareja que no pega en la esquina de un pub abarrotado que apesta a cerveza. Sidsel duda de que sea capaz de decir su nombre allí dentro. De hacer que pase de sus labios.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé —murmura Sidsel y agita la espuma en el vaso vacío—. Creo que ha sido una historia un poco triste. Me ha llegado.

—¿Eso crees? No lo he pensado de esa manera. ¿Triste? Sí, quizá.

Se dejan llevar un rato por el ruido de los demás clientes y Vicky carraspea.

—Déjame preguntártelo de otro modo, Sidsel: ¿por qué me has escrito?

Ella levanta la vista, lo mira a los ojos y decide responder lo único que sigue siendo verdad.

El piso está a veinte minutos de allí, no a diez, como afirmó él, y las habitaciones huelen a pintura fresca. Aún hay cajas de mudanza junto

a las paredes y, a pesar de los muebles y de la alfombra, los cuales reconoce de su casa anterior, el salón da una impresión de aridez. Vicky coge la chaqueta y el bolso de Sidsel, la acompaña a la cocina y le pide que tome asiento. Sin preguntarle si tiene hambre, abre el frigorífico y empieza a sacar distintos alimentos. Jamón cocido, dos quesos, un guiso que preparó ayer. Yogur y un manojo de hierbas aromáticas frescas que se pone a cortar mientras habla de las opciones que hay en la zona para hacer la compra y de lo bien que los chicos se lo han tomado todo. Los niños se adaptan a las nuevas situaciones mucho más rápido de lo que se piensan los adultos. Son flexibles, no tienen nada con qué comparar. Mamá y papá no van a vivir juntos. ¿Por qué? Porque ya no son novios. Vale, bien.

—Generalmente somos los adultos los que tenemos moratones en la vanidad —dice y echa las hierbas aromáticas en un cuenco, las rocía con aceite y limón—. El truco está en no proyectarlo todo en estas aún salvajes criaturitas. No son más que duendes, por Dios. Para ellos el mundo no es fijo, sino fluido. Hasta que empiecen el colegio y aprendan a construir el sistema de deber y tener que en sus moldeables cerebritos.

Vicky ha hablado con calidez y Sidsel, como muchas veces antes, ha quedado reducida a oyente. Es la vieja dinámica y funciona. Se deja llevar, vuelve a tener veinticinco años, es tonta de capirote. A la vez, hay algo en esa situación que la oprime. No existe la máquina del tiempo. Vicky saca dos platos hondos y le ofrece uno.

—Gracias —dice y da una cucharada.

El guiso está rico, pero recién sacado de la nevera, y las verduras tienen un regusto indefinible. No tiene demasiada hambre. Da unos bocados y retira el cuenco, pide usar el baño.

Allí, evalúa la situación y tiene la creciente sensación de que la está mintiendo: el contenido del frigorífico no le dio la impresión de que en el piso hubiera niños viviendo mucho tiempo y, aparte de los dos cepillos de dientes en una repisa junto al lavabo, no ve pistas de niños. No hay zapatos pequeños por el pasillo, ni juguetes, ni libros con páginas de cartón grueso. Por comparar, su piso está empapado de Laura y de sus cosas de una manera imposible de camuflar. Se huele y se ve y se tardaría días en transformarlo. Julian y Xavier, de una manera mágica, están exclusivamente en el relato hecho sobre ellos. Dos niños que se podían haber llamado de cualquier otra manera. ¿No había algo en la historia de Vicky que parecía forzado? Hablaba como si conociera hasta las más íntimas motivaciones de su mujer y como si

con ello él fuera capaz de revelar complicadas causalidades sentimentales que le hacían difícil ser madre. Había descrito con detalle los pensamientos que le pasaban por la cabeza tanto cuando estaban en familia como cuando tenía pavor por estarlo. Todo ello a pesar de que el problema (según él-hablando-en-su-nombre) era precisamente que a la pareja le faltaba comunicación tras la llegada de los niños. Cuanto más lo pensaba, más verosímil parecía que Vicky, como un ventrílocuo, había sacado a su exmujer de la maleta y le había metido la mano debajo de la falda. Con Abigail como suplente, podía presentar la disolución de la familia sin comprometerse.

Sidsel abre los armaritos del baño uno a uno. Toma nota de qué jabón usa, de que conserva sus gomas elásticas en una taza de café mellada con la inscripción «P.R.O.S.E.» y de que en algún momento ha tenido o sigue teniendo caspa. Se sienta en el borde de la bañera. Es más de medianoche y tendrá que pasarse por el museo para supervisar la colocación del busto antes de irse por la tarde. De la palpitante sensación de ganas que notó en el bar solo queda un charco de excitación estúpida. Algo que podría haber solucionado ella sola. Ante todo, está cansada. En las últimas horas han hablado y hablado sin decir nada. ¿Se imaginaba que era posible sobreponerse a seis años de silencio acumulado en una sola noche? ¿Que uno de los dos conseguiría ser sincero?

Ya no sabe qué esperaba sacar de este encuentro.

Cuando Sidsel abre la puerta, se queda sorprendida al verlo esperando al otro lado.

—¿Puedo?

Sidsel asiente. La excitación le ha dejado la saliva fluida y metálica, como si hubiese chupado una moneda. Es un beso largo. A Sidsel le da tiempo a salirse de sí misma varias veces, imaginarse cómo se les debe de ver, dos idiotas medio borrachos, no demasiado guapos, para luego volver a desaparecer en la sensación de bocas y lenguas líquidas. Sus manos en su pelo y alrededor de su cara.

—Pero después me voy —dice Sidsel.

Vicky asiente y le acaricia la frente una y otra vez hasta que de pronto le pellizca el lóbulo de la oreja y tira. Ella cierra los ojos y suelta un jadeo chirriante. Con la otra mano le desabrocha los pantalones y se los baja hasta las nalgas. Le introduce dos dedos y los deja quietos. La pertinencia del movimiento hace que Sidsel jadee. Está mojada, lo

lleva estando mucho tiempo y, cuando Vicky la empuja hacia el dormitorio y la lanza a la cama, ella no opone resistencia. Laura le ha cambiado el cuerpo al igual que la edad se lo ha cambiado a Vicky, pero son las mismas ganas drásticas, la misma ferocidad que entonces y, mientras él le presiona la cara contra el colchón y la penetra, ella nota esa conocida nostalgia por hacer todo al mismo tiempo, multiplicarse a ellos y al acto. Hacerlo mil veces con una violencia no reprimida.

12

Es una tontería, pero Niels no puede dejar de sentirse decepcionado por el comportamiento de Laura. En el transcurso del día no ha mencionado a Sidsel, pero, ayer tampoco y se transformó en una fiera lloriqueante en cuanto se puso el pijama. «Tengo una sensación mala en la tripa», se quejó y se enfadó y se giró hasta que el edredón quedó empapado de su sudor, «echo de menos a mi madre». «No puedo cerrar los ojos. Quieren estar abiertos». Peleó con amargura y no se rindió hasta las diez y con la condición de que Niels se quedase sentado en una silla al lado de la cama con una mano en el colchón a una determinada distancia de la almohada. La llegada de la noche había anulado las muchas horas divertidas que habían pasado juntos; la visita a Efie y al parque y, después, cuando le enseñó a estirar masa de pizza con una botella de vino vacía y a jugar al solitario. Todo desapareció. Por lo que había entendido, al día siguiente estarían obligados a empezar desde cero. Todo sería nuevo.

Niels reconoce el ruido de las zapatillas de Cosmo arrastrándose. Deja el libro en la mesilla y entreabre la puerta. Por una vez, su compañero de piso está totalmente vestido, pero lleva el pelo aplastado por un lado y le rodea un insulso olor a sábanas sucias.

—¿Molesto? —pregunta.

Niels señala con la cabeza hacia la niña dormida y le hace una seña para que se vayan al salón.

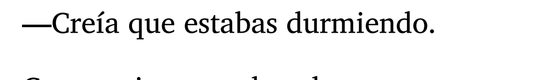
—Laura se va a quedar hasta mañana —explica—. Sidsel está en Londres por trabajo.

—Entonces tiene sentido. —Cosmo resbala por el sofá de Barbara—. Creí que me lo había imaginado.

Sonríe atontado.

—¿El qué?

—Cuando la oí ayer por la tarde y otra vez hoy pensé que estaba alucinando. Lo extraño es que no me asusté. Simplemente pensé: ¿una niña? Me lo estaré imaginando.


—Creía que estabas durmiendo.

Cosmo niega con la cabeza.

—No, no —responde—, os he oído. O creía que no, no sé si me entiendes. Os he oído y no os he oído. Pero ha crecido. ¿Cuántos años tiene? ¿Ocho? ¿Nueve?

—Casi. Tiene seis.

—Seis años. Qué fuerte.

Mientras hablan, Cosmo hace un agujero en su jersey. Con sus largos y marrones dedos coge los hilos sueltos y tira, lo dilata sistemáticamente.

—Por cierto —dice—, creo que el lunes iré al Lammet. Va a tocar el terceto de Dino, Johansen está por aquí. ¿No te vienes?

—Tengo que salir a pegar carteles.

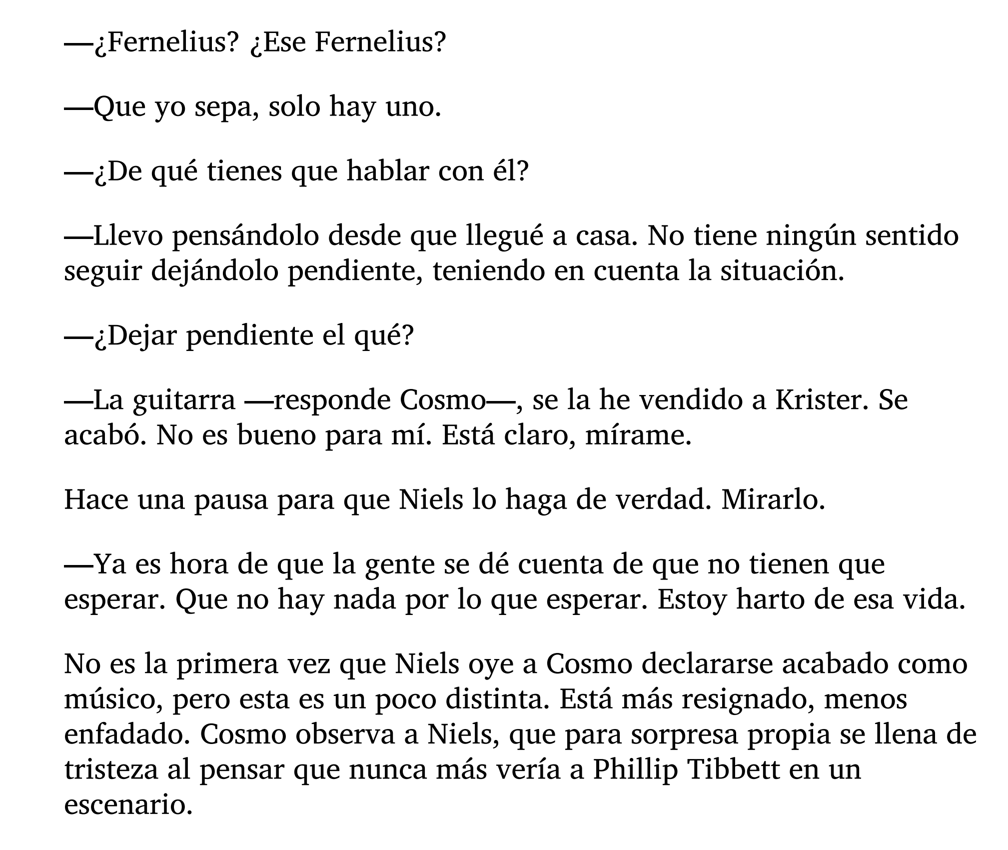
—Ah, sí —contesta Cosmo y parece preocupado de una manera que desvela que no van por el buen camino.

Niels nota bullendo la impaciencia que no ha podido permitirse mostrarle a Laura a lo largo del día por estar con un hombre que necesita lo contrario y le fastidia notar esa limitación en sí. Phillip y él se conocen desde primaria y a Niels siempre le ha resultado fácil estar con él. En compañía de otras personas, antes o después se pega a ellas e inmediatamente después comienza a sentirse indispuesto, con una limitación de movimientos como si llevase una camisa demasiado ceñida. Pero con Cosmo, no. No hay riesgo de ver su mímica reflejada en la cara de Cosmo, de oír sus expresiones repetidas o de notar gestos entrecortados en su delicado cuerpo. Al igual que Niels, Phillip parece haberse curtido pronto, haber llegado al mundo en un estado de finalización.

—Cuéntame —dice y se sienta enfrente—. ¿De qué va esto?

Su amigo dibuja una sonrisa que llega hasta la mitad de las mejillas antes de venirse abajo y el rostro se endurece con un gesto de agotamiento.

—Tengo que hablar con Fernelius. Me ha preguntado si podemos hacer algo en el Lammet y le he contestado que sí sin pensarlo.



Murmura algo más que Niels no entiende.

—¿Fernelius? ¿Ese Fernelius?

—Que yo sepa, solo hay uno.

—¿De qué tienes que hablar con él?

—Llevo pensándolo desde que llegué a casa. No tiene ningún sentido seguir dejándolo pendiente, teniendo en cuenta la situación.

—¿Dejar pendiente el qué?

—La guitarra —responde Cosmo—, se la he vendido a Krister. Se acabó. No es bueno para mí. Está claro, mírame.

Hace una pausa para que Niels lo haga de verdad. Mirarlo.

—Ya es hora de que la gente se dé cuenta de que no tienen que esperar. Que no hay nada por lo que esperar. Estoy harto de esa vida.

No es la primera vez que Niels oye a Cosmo declararse acabado como músico, pero esta es un poco distinta. Está más resignado, menos enfadado. Cosmo observa a Niels, que para sorpresa propia se llena de tristeza al pensar que nunca más vería a Phillip Tibbett en un escenario.

—¿Cuál has vendido? —pregunta, aunque sabe la respuesta.

—La Gibson. La otra no vale nada. No hemos cerrado, ya sabes, la parte práctica. Aún no hemos cerrado el negocio, pero se hará. Al menos tiene pasta. Puto rico —añade y suelta una risa tétrica.

Niels piensa en las cajas que han tenido que dejar en un rincón del despacho de Barbara, estos dos sarcófagos llenos de secretos, y entiende que Cosmo lleva razón. Niels se ha imaginado que caería por su propio peso. Que un día se despertaría al oír a Cosmo ensayando y lo encontraría hecho un ovillo con el instrumento, absorbido por el movimiento de sus dedos sobre las cuerdas. Perdido para el mundo en una de sus silvestres improvisaciones. Entonces se acuerda de algo que lo reanima.

—Fernelius es trompetista. ¿Qué coño va a hacer con tu guitarra?

—Krister sabe tocar muchas cosas —responde Cosmo—, y no es un mal guitarrista. Si hubiera ido a por ello, podía haber sido uno de los mejores.

Niels no contesta. Piensa en la noche que oyó por primera vez el nombre de Krister Fernelius. Cosmo llegó empapado y nervioso por la coca a la comuna de Linn, donde Niels estaba lavando los platos después de la cena. Incapaz de quedarse tranquilo sentado, estuvo dando vueltas por la cocina maldiciendo al trompetista sueco que, según un amigo común, había seducido a Helene, con la que Phillip había formado pareja durante cuatro años hasta la semana anterior. «El cadáver ni siquiera está frío», bramó con los ojos negros. «Ladrón de tumbas», sollozó, «puto cabrón sueco necrófilo gilipollas», y después cayó en el sofá y se durmió, aún con la chaqueta y las botas manchadas de barro, exhausto de celos y de lo que olía a varios días de borracheras intensivas. Los miembros de la comuna decidieron dejarlo dormir y a la mañana siguiente Niels les sirvió avena cocida tanto a Linn como a un confuso Cosmo. Después de darse un baño y unas cuantas tazas de café fuerte, le explicó a Niels que no le pilló por sorpresa que Helene estuviera con otros, tan tonto no era. Lo que le hacía polvo era pensar en que ese guaperas sueco fuera el próximo en meterle la polla a la única mujer a la que había querido. «Preferiría a cualquier otro», dijo bufando. Si hubiera tenido un hermano lo habría escogido a él antes que a Krister Fernelius, sí, incluso habría soportado que fuera Niels. Y aquí está Cosmo tan tranquilo contándole que le va a vender su amada guitarra a Fernelius. El guaperas sueco.

—¿Cómo lo habéis hecho?

—A través de Johansen. Me escribió y me preguntó si iba en serio lo de venderla porque quizá conociera a alguien… No dijo que se trataba de Krister. A tomar por culo. Mientras pague lo que cuesta.

—¿Cuánto te va a dar?

Los ojos de Cosmo divagan bajo las gruesas pestañas.

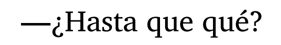
—No hemos llegado al precio, pero dará al menos para la fianza y los primeros meses del alquiler de una casa.

Niels no consigue ocultar su sorpresa y Cosmo está rápido.

—No pensaba quedarme para siempre en casa de mi abuela. Espero que no pensases eso de mí.

—No sé lo que pensaba —murmura Niels—, parecía una situación bastante ventajosa hasta que te…

Iba a decir «hasta que te curases».



—¿Hasta que qué?

Niels cambia de estrategia.

—Entonces, ¿prefieres que te tome el pelo un puto paleto que se financia las juergas alquilándote el cuarto de las escobas que le han comprado sus papás en Amager?

Cosmo no se ríe, solo hace un gesto de resignación con sus largos brazos.

—Niels, tío, lo siento si es inoportuno para ti. De verdad.

Niels ya no puede contener su enfado.

—¿De qué hablas?

—Se podría decir que estás viviendo aquí.

—Ahora mismo sí, pero seguramente no por mucho tiempo. He hablado con Luken para ir a visitarlo a Tubinga, pasar el verano y, desde allí, seguir viajando.

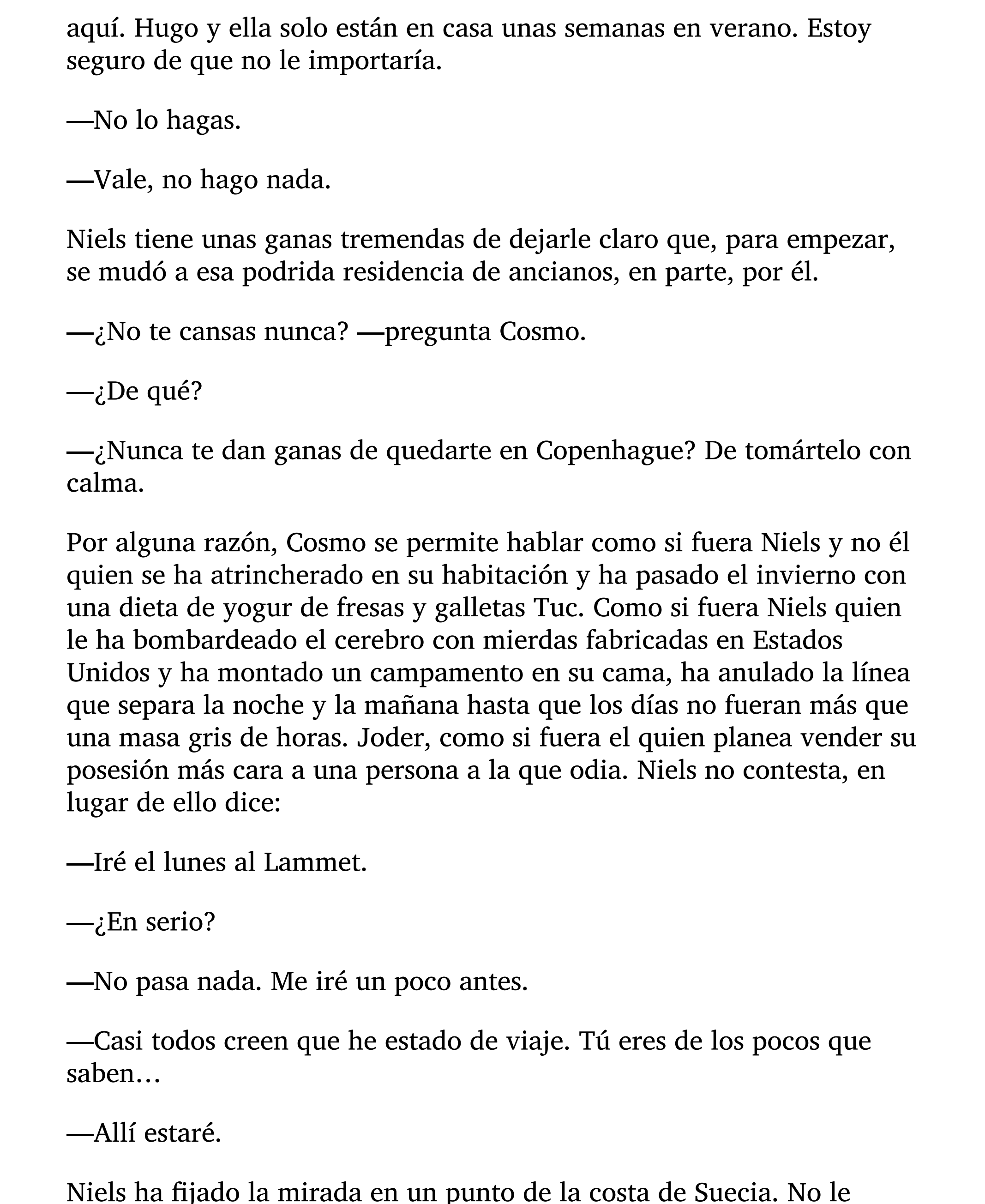
No es verdad. Niels lo ha pensado, pero Luken no ha mencionado esa opción y él no es de la clase de gente que molesta.

—¿Luken?

—Un tío al que conocí en Italia el verano pasado —contesta bruscamente—. Escucha, Phillip, si quieres mudarte, hazlo. Yo en un día estoy fuera. En serio. Tú dilo y me voy.

Niels se pone de pie y coge el tabaco de la chaqueta. Se siente tenso e inquieto, harto de estar todos los días con una niña. Es difícil acostumbrarse a la constante atención que le exige Laura. No ha tenido tiempo de pensar dos cosas coherentes desde que fue a buscarla a la escuela infantil ayer por la tarde. El libro que lleva en el bolsillo podría haberlo dejado en casa. No ha habido un rato libre, ni un instante de tranquilidad. No entiende cómo lo hace Sidsel, día tras día tras día. Sobre el mar, la oscuridad es densa, verdosa en la parte más cercana a la superficie. Abre la ventana y enciende el cigarrillo, aspira el humo hasta bien dentro de los pulmones y lo echa. Ayuda. Cosmo se ha levantado del sofá y se ha sentado en una silla de la cocina cuyas patas rechinan sobre el parqué.

—Puedo hablar con Barbara —dice—, a lo mejor puedes quedarte



aquí. Hugo y ella solo están en casa unas semanas en verano. Estoy seguro de que no le importaría.

—No lo hagas.

—Vale, no hago nada.

Niels tiene unas ganas tremendas de dejarle claro que, para empezar, se mudó a esa podrida residencia de ancianos, en parte, por él.

—¿No te cansas nunca? —pregunta Cosmo.

—¿De qué?

—¿Nunca te dan ganas de quedarte en Copenhague? De tomártelo con calma.

Por alguna razón, Cosmo se permite hablar como si fuera Niels y no él quien se ha atrincherado en su habitación y ha pasado el invierno con una dieta de yogur de fresas y galletas Tuc. Como si fuera Niels quien le ha bombardeado el cerebro con mierdas fabricadas en Estados Unidos y ha montado un campamento en su cama, ha anulado la línea que separa la noche y la mañana hasta que los días no fueran más que una masa gris de horas. Joder, como si fuera el quien planea vender su posesión más cara a una persona a la que odia. Niels no contesta, en lugar de ello dice:

—Iré el lunes al Lammet.

—¿En serio?

—No pasa nada. Me iré un poco antes.

—Casi todos creen que he estado de viaje. Tú eres de los pocos que saben…

—Allí estaré.

Niels ha fijado la mirada en un punto de la costa de Suecia. No le apetece decir nada más. Siente como si hubieran confluido en él dos líquidos que había que separar. Como si estuviera goteando por alguna parte.

—Bueno —dice al fin Cosmo—, creo que me meto.

La puerta se abre y poco después Niels oye las consabidas voces retomar su ágil intercambio de réplicas.

Mientras ha estado ausente, Laura se ha girado noventa grados y ahora está atravesada en la cama con los brazos extendidos hacia los costados. Niels se agacha, le mete las manos bajo la espalda y las rodillas, y la mueve con cuidado hacia la pared. Como siempre, se queda sorprendido de lo poco que pesa. Un copo. Una llama. Cuanto está seguro de que Laura no piensa despertarse, se tumba a su lado, aún totalmente vestido y sin rastro de sueño. La sangre le corre por las venas ardiendo y sin descanso. Si no llega a ser por Laura, no se habría ido a la cama en una noche como esta. Habría aprovechado su estado y habría canalizado la energía en sus estudios, habría leído hasta que amaneciera y habría terminado con un inspirado correo a Luken o aún mejor: habría corrido por la playa. Solo pensarlo lo remueve. Simplemente abrir la puerta y salir al fresco espacio de la noche, ponerse en movimiento. Primero lentamente y después cada vez más rápido. Correr hasta que le duelan los pulmones y se le retuerzan las piernas. Se dejaría caer en la arena medio mareado y se despertaría a la mañana siguiente con los gritos de las aves marinas. Laura se gira y suelta un suspiro. Alza las rodillas hacia el pecho y le pone los cálidos pies bajo las costillas. Niels se echa hacia el borde del colchón. No está acostumbrado a compartir cama. Ni siquiera con Linn estaba tranquilo, la mayoría de las noches acababa en un sillón de la sala común. Algo que ella solo entendía como un rechazo y al final Niels se hartó de defenderse. Que la gente piense lo que quiera. Se levanta y va al salón a por una manta de algodón, la dobla una sola vez y la coloca en el suelo al lado de la cama. A veces ayuda recrear las condiciones de las caminatas, en las que el sueño es como un deber. Debajo, la tierra con bultos a través de la colchoneta, encima, el cielo de noche. El sueño como el cortocircuito necesario que le permitía levantarse por la mañana, preparado para los múltiples kilómetros que esperaban ser recorridos. Niels se tumba bocarriba y pone las manos en el pecho, reprime la necesidad de revolotear por sus pensamientos; los deja pasar como si fuera el tráfico. Pero no baja y diez minutos después se encuentra exactamente en el mismo plano de conciencia. Abre los ojos y se queda mirando el mismo techo gris.

Rodeado de la misma oscuridad de perrito faldero.

Cada vez que Niels toma aire, Laura consigue inhalar, exhalar y volver a inhalar. Respira como el ser sin historia que es.

Un pájaro en una rama del bosque.

Puro potencial.

Niels incluso se siente pesado como un año malo. Es como si lo que lleva tras de sí pesase diez veces más que el presente y el futuro juntos, como si fuese a seguir cayendo si se permitiera relajarse solo un instante.

Cada día es un campo que hay que segar.

Un montón de carteles que crece sin parar.

Niels se ha acostumbrado hace mucho a que la vida requiere fuerza, así que ¿de dónde viene esta renovada necesidad de ceder?

Hundirse.

Ya antes de haber encendido el ordenador oye su voz en su oído interno. Su cerebro responde a la fatamorgana auditiva mandando rayos de bienestar a lo largo de su espina dorsal y a las nalgas. Niels baja el brillo de la pantalla y enchufa los cascos y escribe su nombre en el campo de búsqueda y elige un vídeo al azar (Spring Special).

La misma habitación, otro día, otra hora.

La hilera de luces, por ejemplo, no está.

Lleva puesta una blusa de tirantes de color verde lima, el pelo recogido en un moño con un pasador que de algún modo también es una gran flor naranja.

Hola. Soy yo, Fessonia.

Suelta una risita nerviosa, baja la mirada, vuelve a mirar directamente a la cámara.

Muchas gracias por acompañarme, querido. Quiero que te relajes, que tu cuerpo esté completamente relajado, tu mente completamente relajada.[9]

Niels sabe que este «tu» es una ilusión.

Sabe que es un truco retórico que no tiene nada que ver con él o con ninguna de las otras miles de almas insomnes.

Lo sabe, pero lo que sabe ya no importa.

Fessonia solo le habla a él.

9. En inglés en el original: Hey. It's me, Fessonia. Thank you so much for joining me, my beautiful. I want you to relax, to have your body be completely relaxed, your mind completely relaxed (N. del t.).

13

A través del hueco del reposacabezas ve el cuello del conductor, que forma estrías en zigzag como una sábana arrugada. Al principio, la falta de interés en ella por parte de ese hombre mayor fue un alivio. Excepto por un breve intercambio de formalidades y la dirección, la ha dejado con sus pensamientos, pero ahora suspira por que la distraigan.

Sidsel se encoge en el terso asiento. «¡Si al menos encendiera la radio!». Su agotado cerebro se comporta como una tragaperras rota, primero un violento runrún donde todas las opciones son posibles y después ding ding ding: ha vuelto al dormitorio de Vicky. Los movimientos de la noche y los infames ruidos animalescos le dan vueltas por la cabeza. Sidsel cierra los ojos con fuerza, los aprieta hasta que sangran a través de la oscuridad unos patrones tormentosos. Cuando por fin los abre, la aterrorizada mirada del conductor se cruza con la suya en el retrovisor. «No se preocupe, sir», le dan ganas de mostrar su enfado, «no he pensado en desmayarme o vomitar en el ataúd negro brillante que tiene usted por coche». En lugar de ello, vuelve el rostro hacia la ventanilla con la esperanza de ver algo interesante; pero esta mañana de domingo las calles están mudas y estrujadas hasta quedar secas de vida. Excepto por dos cornejas que saltan en círculos rituales alrededor de los restos de comida rápida, no hay nada… nada que le interese lo más mínimo…

—Pues ya estamos —dice el taxista mientras estaciona delante del hotel, al que Sidsel reconoce por las dos réplicas de vasijas asirias situadas a cada lado de la entrada.

Coge el monedero y le pone los billetes en la mano estirada, se desabrocha el cinturón y se aproxima al borde del asiento. Está impaciente por volver a su habitación. Tras darse un baño, se tumbará limpia y sola en la enorme cama, dormirá un par de horas, se despertará cuando suene la alarma y empezará de nuevo el día. Se vestirá, desayunará en el restaurante y llegará al museo a tiempo y, después, al aeropuerto. Y por la noche, cuando se eche a dormir, todo estará ya en proceso de ser pasado.

—Miss… ¡Miss, se ha dejado algo!

Se ha tomado la molestia de pasar al asiento de copiloto y bajar la ventanilla.

—Estaba ahí detrás —resopla y mueve el pequeño jersey de rayas blancas y verdes como si fuera un regalo.

El esfuerzo y el cinturón que le roza el cuello, que es desgarradoramente suave, lo revela como alguien totalmente humano. Ya no hay nada que hacer con eso, es tarde y ambos han tenido la culpa de ignorarlo. Sidsel niega con la cabeza.

—No es mío —contesta.

—¿Está segura?

El conductor vuelve a agitarlo con algo menos de entusiasmo. Sidsel traga y hace un esfuerzo.

—Se lo debe de haber olvidado otra persona —explica—. ¿No tiene un nieto al que se lo pueda dar?

El taxista la mira ofendido, se pone derecho y con ese mismo movimiento mete el brazo.

Vicky fue a darse un baño en cuando terminaron y Sidsel se quedó un rato tumbada en la maltrecha cama escuchando el chapoteo del agua. Fue un impulso lo que la hizo levantarse, recoger la ropa del suelo y colarse en la habitación de los niños. No estaba preparada para ver lo que se encontró: el cuarto parecía acogedor y habitado. En las paredes había fotos y luces y en unas bajas estanterías descansaban unas cajas de madera con pegatinas escritas a mano y decoradas: Cars, Blocks, Magnets, Musical Instruments, Animals. En el techo brillaba un mar de diminutas estrellas fosforescentes. Sidsel tardó un instante en comprender que no estaban colocadas al azar. Vicky había recreado las constelaciones, y no solo las que conoce todo el mundo, sino también las raras, las que casi nadie podía ver o nombrar. Sidsel se vistió con unas manos temblorosas. Su brújula interior giraba como una veleta despistada, de acá para allá, sin contacto con ningún principio subyacente. Hace unas pocas horas estaba segura de que Vicky estaba mintiendo, pero los niños se hicieron evidentes allí dentro. Casi parecía poder oler sus pequeños cuerpos cálidos por el sueño. El jersey, que a juzgar por el tamaño debía pertenecer al pequeño, lo cogió sin querer a toda velocidad antes de salir a aquella mañana gris.

Era más fácil así, para ambos.

Sidsel esperaba dejar algo, una marca, y la dejó en forma de ausencia.

Ha pasado un cuarto de hora desde que Loretta salió a por «refrescos» y Sidsel no se ha atrevido a levantarse de su puesto junto a la ventana por miedo a que la conservadora volviera y la viese husmeando, igual que no se atreve a ceder ante la necesidad de cerrar los ojos. La resaca ha ido a peor a lo largo de la mañana. Espera poder dormir un poco en el avión. Despega dentro de menos de cuatro horas, pero la invitación de Loretta no incluía la opción de decir no. «Tu primera tarea de conservación para el Museo Británico», dijo cuando La belleza de Palmira volvió a su sitio de la galería quince minutos antes de que abriera el museo, «¡hay que celebrarlo!». Por fin se abre la puerta del despacho y Loretta lleva dos latas de cola y un paquete de galletas.

—Aún no habían hecho café, pero he encontrado algo en nuestra cocina. He tenido que elegir entre café y cola y, si me permites que te lo diga, tienes pinta de necesitar algo de azúcar.

Sidsel, agradecida, coge la lata.

—Anoche no pude dormir —explica tras haber dado un trago del refresco helado—. Me apetecía mucho dormir una noche sin interrupción. Mi hija se levanta pronto.

Loretta se sienta en su silla y va rodando hasta la ventana y queda enfrente de Sidsel. Pone el paquete de galletas entre las dos en la alfombra.

—¿Había mucho ruido? —pregunta—. La mayoría de los hoteles prefieren construir las paredes con cartón.

—El hotel estaba bien —asegura Sidsel—. No ha sido por eso.

—Ah, vale —dice Loretta—, pero eso es algo incontrolable. El sueño es como el amor, o está o no está. No se puede forzar.

Sonríe con bronquedad y se estira a por las galletas.

—Perdona, pero me acabo de separar. Es un tema en el que pienso mucho. El amor, el no-amor.

—Lo siento —dice Sidsel, lo cual hace que Loretta haga un gesto de rechazo con la mano.

—No, por Dios, no lo sientas. Es muy poco dramático. Es que cuando dos personas se separan después de tantos años hay alrededor muchas cosas, cómo decirlo, prácticas. ¿Qué hacemos con la casa y el coche, los seguros, el testamento? La primera vez fue algo más existencial, te seguías haciendo ciertas ilusiones. Michal es mi segundo marido —añade y rompe el plástico, saca una galleta—, mi segundo exmarido, mejor dicho. Es más correcto.

Se come la galleta de una vez.

—¿Tenéis hijos?

Loretta mastica un poco antes de responder.

—¿Michal y yo? No, ya teníamos cada uno los nuestros. Al principio, un puto lío, y ahora ya son tan mayores que les da igual lo que a sus padres les dé por hacer. Llamé a mi hija mayor para contárselo y ¿sabes cuál fue su reacción? «Bien por vosotros». Dijo que le sorprendía que no hubiese pasado antes. Yo creía que habíamos conseguido parecer felices de una manera sólida y algo aburrida. Ja. Es probable que lo supieran incluso antes que nosotros.

Loretta toma otra galleta, que se parte, y su falda la recoge.

—Después de que mi primer marido y yo nos separásemos, leí un libro por recomendación de mi mejor amiga —continúa y se quita las migas de la tela estirada—, Love's Striving. ¿Sabes qué? ¡Me enfadó muchísimo! La autora dividía el matrimonio en fases y hablaba de cómo había que comportarse en cada una de ellas y cómo no. «En la fase uno, el conocer a la otra persona viene por sí solo, es algo que hay que recordar en fases posteriores», etcétera.

Menea la cabeza enfadada.

—Me dieron ganas de hacer un montón de cosas de otra manera, está claro. ¡Pero no pude! Era tarde. Además, prácticamente estaba sola con los niños, no tenía la opción de salir y volver a intentarlo. Hacerlo otra vez y mejor. Mi exmarido y yo estábamos de acuerdo en dejarlos decidir a ellos dónde querían estar y cuánto tiempo. Los dos eligieron tener el campamento base en mi casa, excepto los raros fines de semana que pasaban en el piso de su padre, que era sustancialmente más grande. Lo más grotesco de todo es que ahora que son grandes, me tengo que recordar lo mucho que echaba de menos la libertad, mi libertad, en aquellos años. Intenté hablar de eso con Michal, que tiene tres hijos propios, pero me temo que no me entendió. Como marido nunca estuvo involucrado a la hora de cuidar a los niños cuando eran

pequeños. No lo estoy criticando, simplemente fue así. Uno tenía que ganar dinero, pero eso significó que tras el divorcio mi primer marido pudo, más o menos, seguir desde donde había estado quince años antes mientras yo no sabía quién era yo cuando el pequeño se fue de casa. Los niños me habían consumido. Era como una ciudad que llevaba bajo asedio los últimos veintidós años, sin ningún tipo de contacto con mis usos y costumbres… Por cierto, ¿no quieres? Que me las voy a comer todas.

Loretta sostiene el paquete de galletas ante Sidsel, que, para no ser maleducada, coge una.

—Entiéndeme bien —prosigue Loretta—, no soy determinista biológica. Ni que decir tiene que son siempre los hombres los que se van de rositas. Que es así como tiene que ser. Lo que defiendo es que tiene que ser uno de los padres quien se ocupe de la relación con los niños y cargue con la responsabilidad. Nunca los dos. Es imposible. Dicho esto, por mi experiencia, en la mayoría de los casos es la madre quien se ancla. ¿Quizá es una cosa generacional? Se levanta para poner en silencio el teléfono, que está sonando… Se me ocurre que soplan nuevos vientos. Cuando hablo de esto con mis hijos, siempre me da la sensación de ser muy antigua. Quizá tú también pienses que lo soy.

La conservadora la mira desde detrás del escritorio.

—No lo sé —responde Sidsel y se siente pesada, como si la hubieran sacado de un bloque de piedra.

Loretta da un chasquido con la lengua.

—No, parece que todo es bastante complicado. Además, te tienes que ir ya si quieres llegar al avión. Esta ciudad es una pesadilla.

Sidsel recuerda aquel viaje mejor que los otros porque su padre nunca antes había estado ausente tanto tiempo y porque la noche antes de viajar sacó el atlas y les enseñó con un dedo dónde iba a vivir los siguientes meses. «En toda esta zona», explicó y pasó por los grises vacíos, «viven más de un millón de personas. Si se les distribuyera homogéneamente por toda la república, habría cuatro kilómetros entre cada persona». Él y el resto de la base del equipo de investigadores estaban en Yakutsk, la capital de la República de Sajá. Sidsel le había pedido muchas veces que le explicase qué iba a hacer allá arriba, pero, como siempre que se trataba de su trabajo, las

explicaciones de Troels eran tan imprecisas que acababan pareciendo misteriosas. «Primero vamos a hacernos una idea», se le ocurría decir. «Pero sobre qué». «No, sobre la situación en sí». Aquella noche, Sidsel le preguntó de nuevo y recibió, una vez más, una respuesta de ese tipo, general y fútil. Pero debió de haberse arrepentido, pues después, cuando Sidsel estaba en la cama leyendo, llamó a la puerta y se sentó en la silla del escritorio. Miró curioso a su alrededor, elogió su elección de pósteres y empezó a hablar: del intérprete del proyecto, Aleksander, que nació en un pueblo de la parte más septentrional de la república pero ahora estudiaba en Yakutsk, de cómo cada vez subían más hacia el norte por el congelado río Lena para acceder a los pescadores locales. Gente que de un día a otro había perdido la razón de su existencia. Las licencias de pesca habían pasado a manos de grandes empresas nacionales que vendían la costosa carne de salmón blanco y huevas de esturión a Asia y a Europa con exorbitantes beneficios. Dinero del que los pescadores nunca verían ni la sombra. Pero la orden venía de Moscú y estaban más asustados que enfadados. El intérprete era indispensable en ese sentido. El joven había crecido en un pueblo entre pescadores y cazadores de renos, y conocía su manera de pensar, sus costumbres y su idioma. Les aseguraba que Troels estaba allí para ayudar y que podían confiar en él y en la ONG para la que trabajaba. Sin Aleksander, explicó, no era más que otro europeo sospechoso con, en el mejor de los casos, intenciones poco claras. Troels le habló de pernoctar en las cabañas de los pescadores con sus familias y sus perros. De la oscuridad y de la violenta explosión de la estufa de gas, que era la única fuente de calor. Describió los mil dientes del frío y la sensación de encontrarse en un paisaje infinito, como un personaje atrapado en una historia que el escritor ha abandonado. Cuando terminó, se levantó y le acarició el pelo a Sidsel, salió de la habitación saludando tímidamente. Medio año después, su madre quiso el divorcio y poco después le empezó a picar una marca de nacimiento. Cuando por fin la derivaron al especialista (no había nadie que pudiera cubrirla en la tienda), el cáncer se había extendido hasta las glándulas linfáticas de la ingle y bajo el brazo izquierdo.

Los amigos de la familia juzgaron con dureza a Troels y la mayoría estaban de acuerdo en sospechar de él por haber desarrollado una adicción al alcohol o haberse enamorado de una mujer siberiana, y eso si no hablaban directamente de una combinación de ambos pecados. Sidsel no estaba segura. Su padre siempre había tenido algo de cautivo. Ese alto hombre iba por ahí con una cárcel interior, una reja ante los ojos en cualquier lugar de la Tierra donde se encontrase. Durante los preparativos de un viaje, se imaginaba que esta vez

conseguiría escaparse, estar y ver en serio, pero siempre volvía a casa abatido, más atrapado que cuando se fue. Para Charlotte era justo al contrario. Rara vez salía de la ciudad en la que vivían, pero su esencia encontraba la posibilidad de ser libre, incluso en lugares estrechos: sola en un adosado con tres hijos, tras el mostrador de una floristería en la plaza, como paciente de cáncer. En los últimos meses de su vida estuvo en la cama y, aun así, a Sidsel le dio la sensación de que si quería, podía levantarse y caminar.

A algunas personas se les da bien vivir, había dicho el párroco, y Charlotte Gabel era una de ellas.

Si su madre era una ciudad bajo asedio, había aprendido a querer a la potencia de ocupación sin reservas. Una Gulliver dispuesta, amarrada al suelo de cordones umbilicales palpitantes.

—Me bajo aquí.

Sidsel alza la mirada. El hombre señala con la cabeza hacia sus piernas, que están ocupando el pasillo y cortándole el paso. Lleva el pelo peinado hacia atrás con cera brillante, los ojos son furiosos y azules. Echa los pies hacia atrás y él se abre paso sin decir una palabra y baja al andén, donde desaparece entre la multitud. ¡Con qué infinitamente poco se puede ayudar a alguien! El tren vuelve a arrancar. Al otro lado de la ventana, las chimeneas de Londres pasan en una procesión aparentemente infinita que va consumiéndose antes de apagarse del todo y ser sustituida por fábricas, césped y edificios bajos. El pasado ha soltado su atención y ahora ella se gira hacia sus compañeros de viaje; admira la agilidad con la que se adaptan a los movimientos del tren, cómo cada uno hace el papel de recipiente de un mar completo de pensamientos sin montar un numerito por ello.

14

Muchos de los invitados se giran discretamente en sus asientos, asombrados al ver a la princesita que ha aparecido en el elegante restaurante italiano este mediodía de sábado. Corresponde a sus miradas con una amable sonrisa, pero a la madre de la princesa le resulta sencillo ver que hay algo que le corroe. El terso rostro maquillado de Fifi se contrae con un gesto de preocupación mientras se recoge la falda y se sienta en el banco enfrente de Bee mientras suena un crujido.

—No lo entiendo —murmura—. ¿Quién llega media hora tarde a una reunión que él mismo ha organizado?

—¿Has intentado llamarlos? —pregunta Bee y da un trago del carísimo vino tinto.

No se tarda nada en acostumbrarse a tener dinero. El problema es lo contrario. Fifi no ha tocado su limonada. Se conforma con golpear malhumorada con la pajita los cubitos de hielo.

—Por supuesto que no.

—¿Y ellos tampoco te han llamado?

—Nadie ha llamado a nadie, mamá. Eso ya no se hace.

Fifi mira el teléfono y luego por la enorme ventana. ¿Ya está arrepintiéndose de haber dejado que Bee la acompañara?

—He escrito un mensaje —dice al fin—. No lo han leído.

—¿Quieres irte? Podemos irnos. Si mis clientes llegan tarde, yo doy la sesión por cancelada. Por lo general se dan por enterados.

Bee suena tenaz. No le gusta que su hija venda su voz para una aplicación. Fifi niega con la cabeza y luego endereza la espalda.

—Ahí están.

Los dos son más jóvenes de lo que se esperaba y además se parecen al resto de hombres de esta ciudad. El barbudo con los nudillos tatuados

se presenta como C. P. (pronunciado igual que «Sea pea», guisante de mar), mientras que el otro, de apariencia oriental y vestido con una sudadera con capucha y un chaleco con muchos bolsillos… pronuncia un nombre que no entiende y es incapaz de pedirle que lo repita.

Fifi es pura sonrisa mientras les hace sitio a los hombres de la app y manifiesta que no quiere nada para comer. Bee dice que se tomaría una copa de vino. Del mismo.

—Este sitio es precioso —afirma Fifi mirando al hombre del chaleco —, buena elección.

Él le da las gracias y aclara que una amiga suya es la propietaria y que está pensando repetir el éxito en Cole Valley.

—He intentado advertirle —dice y se mete en uno de los numerosos bolsillos algo que parece una memoria USB—, no es tan sencillo como parece. Existe el riesgo de aguar el concepto. Hay que hacerlo con prudencia.

Se vuelve hacia Bee, sonríe.

—Beatrice, ¿verdad? No me acuerdo de quién eres. De qué relación hay.

—Oh —exclama Fifi y se ruboriza tras el maquillaje—, he traído a mi madre, espero que no os importe.

—Claro, claro, estupendo.

No parece opinar eso y Bee se alivia al ver que C. P. paga y va hacia la mesa con una bandeja en las manos.

—Hay de todo para todos —anuncia y deja dos espressos y la copa de vino—. ¿Café?

Aparentemente, Bee es la única que está dispuesta a divertirse. Pauline insistía en servir alcohol en sus reuniones, incluso en las matutinas. No demasiado, no algo inapropiado, solo lo suficiente para relajarse.

—Fantástico —dice el otro—. ¿Qué tal si empezamos contándote lo que pensamos, Seraphina? A grandes rasgos. Ideas, interfaz de usuario, grupos objetivo…

Hasta ahora ninguno se ha disculpado por llegar tres cuartos de hora tarde y a Bee no le gusta la manera en que Fifi les sonríe. Como un

niño en un centro de acogida, demasiado ansioso para que lo quieran. «Escogedme». Ya les ha dado demasiado y en los próximos quince minutos quedará claro si quieren más. Fessonia tendrá que poner cara y voz a Sleepi. Fifi se meterá en los teléfonos de la gente, la invocarán cuando estén tumbados observando la oscuridad.

—Voy a serte sincero. Tenemos una lista de potenciales candidatos —explica el hombre, que, según sabe Bee ahora, se llama Jeff—, y tú eres algo especial. No es ASMR lo que buscan, es la sensación de estar en compañía de Fessonia y lo que deseamos es hacer esa compañía lo más auténtica posible, borrar todo lo innecesario. No estarás en una plataforma con un montón de gente, tus vídeos no tendrán anuncios. Tendrás tu propio universo, un lugar que es cien por cien tú.

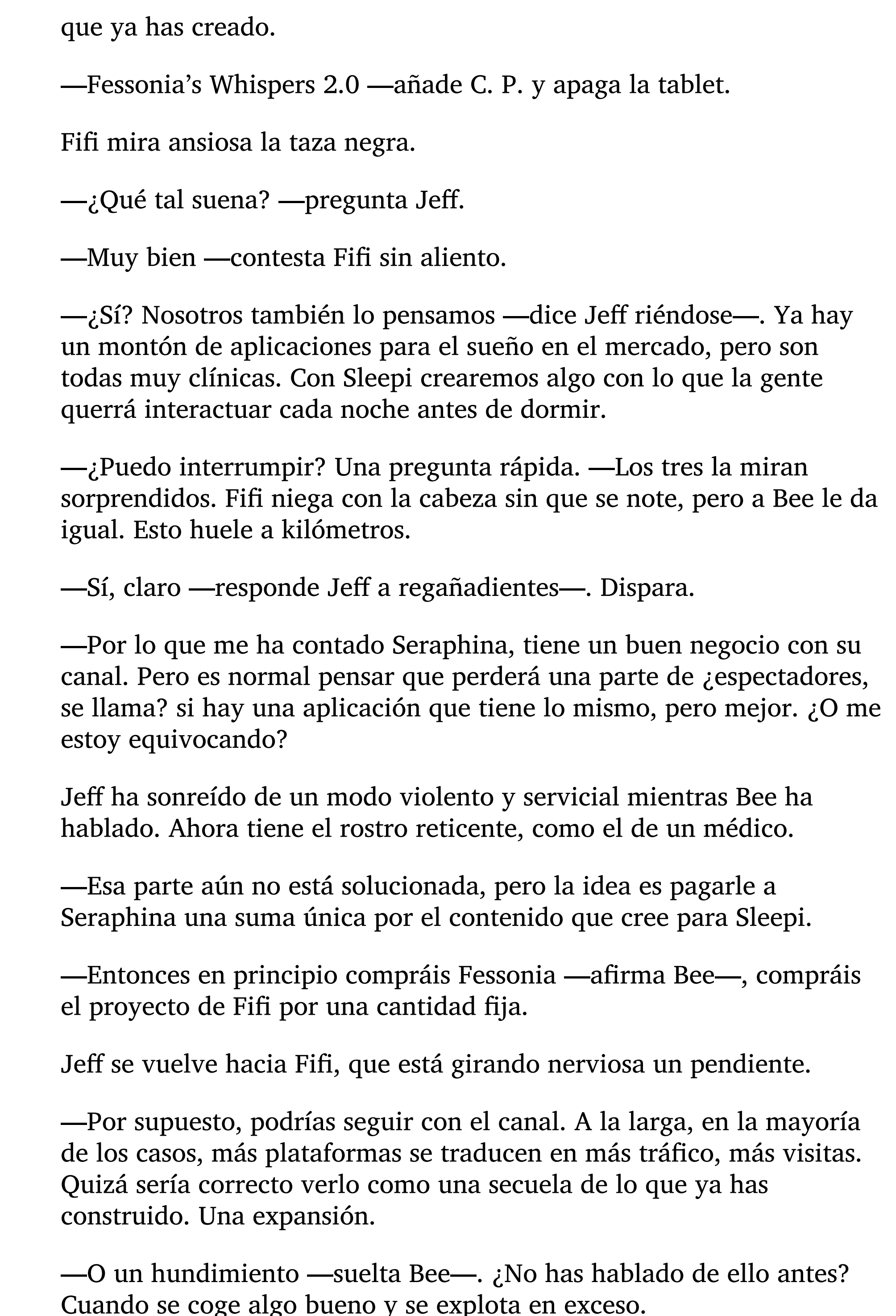
C. P. ya ha sacado el iPad y lo pone en la mesa entre ambos. Fifi se muerde el labio inferior exaltada. Bee tiene ganas de coger del brazo a su hija. Retenerla, protegerla, pero C. P. ha abierto la versión beta de Sleepi. Fifi mira la pantalla, en la que aparece una versión de dibujo animado de su cara sobre un fondo de estrellas. Jeff la observa con discreción.

—Bueno, la idea ha sido crear una especie de imperio del sueño —interviene C. P.—. La app funciona como una puerta de entrada a este lugar y tú eres la amiga del usuario y una ayuda. —Su dedo resbala por la pantalla—. Aquí la gente puede definir su objetivo y hacer un seguimiento de su evolución. Pongamos que duermo entre cinco y siete horas y me despierto tres veces, pero quiero dormir un mínimo de siete horas y levantarme una vez. Lo pongo aquí, pum. Ya no estoy solo en mi proyecto, Fessonia me coge de la mano durante todo el camino.

—Qué bonito —exclama Fifi—. ¿Todo esto lo has hecho tú?

—Yo y un par más. Y esto es solo el comienzo. Cuando estés a bordo, empezaremos a integrar tus vídeos y palabras y sonidos en la estructura básica. Habrá menús que permitirán a la gente componer justo la experiencia que desean. Lo que sirve para una persona no necesariamente funciona con otra. Seguro que ya lo sabes. Es increíble lo especifica que es la gente en lo que a ASMR se refiere. La verdad es que recuerda mucho al porno. Sin querer comparar —añade con torpeza.

—Imaginamos que crearás contenido original para la app —dice Jeff—, cosas que no están en tu canal. Tendrás acceso a equipos profesionales, luces y maquillaje. Será una versión de lujo de la marca


que ya has creado.

—Fessonia’s Whispers 2.0 —añade C. P. y apaga la tablet.

Fifi mira ansiosa la taza negra.

—¿Qué tal suena? —pregunta Jeff.

—Muy bien —contesta Fifi sin aliento.

—¿Sí? Nosotros también lo pensamos —dice Jeff riéndose—. Ya hay un montón de aplicaciones para el sueño en el mercado, pero son todas muy clínicas. Con Sleepi crearemos algo con lo que la gente querrá interactuar cada noche antes de dormir.

—¿Puedo interrumpir? Una pregunta rápida. —Los tres la miran sorprendidos. Fifi niega con la cabeza sin que se note, pero a Bee le da igual. Esto huele a kilómetros.

—Sí, claro —responde Jeff a regañadientes—. Dispara.

—Por lo que me ha contado Seraphina, tiene un buen negocio con su canal. Pero es normal pensar que perderá una parte de ¿espectadores, se llama? si hay una aplicación que tiene lo mismo, pero mejor. ¿O me estoy equivocando?

Jeff ha sonreído de un modo violento y servicial mientras Bee ha hablado. Ahora tiene el rostro reticente, como el de un médico.

—Esa parte aún no está solucionada, pero la idea es pagarle a Seraphina una suma única por el contenido que cree para Sleepi.

—Entonces en principio compráis Fessonia —afirma Bee—, compráis el proyecto de Fifi por una cantidad fija.

Jeff se vuelve hacia Fifi, que está girando nerviosa un pendiente.

—Por supuesto, podrías seguir con el canal. A la larga, en la mayoría de los casos, más plataformas se traducen en más tráfico, más visitas. Quizá sería correcto verlo como una secuela de lo que ya has construido. Una expansión.

—O un hundimiento —suelta Bee—. ¿No has hablado de ello antes? Cuando se coge algo bueno y se explota en exceso.

—Mamá.

Fifi está pálida por la vergüenza, pero Bee no ha pensado en quedarse sentada viendo cómo la engañan. ¿No es eso para lo que está una madre? Para ponerse entre sus hijos y el mundo como un tamiz para cribar la mierda. Y aquí está Fifi enfrente de dos grandes mierdas que claramente quieren lucrarse con algo que se ha pasado años construyendo. Sola en su habitación de Bondurant. Sin ayuda de hombres con chaleco.

—Piénsalo —dice Jeff y se levanta—, y si quieres volver a hablarlo, siempre puedes llamar.

—¿Así que ahora sí puede llamarte a tu secretísimo teléfono?

Mira a Bee desconcertado.

—Sí. Si tiene alguna pregunta, su llamada será bien recibida.

—Pero no lo hará. No te va a llamar.

Coge la mochila, sonríe a Fifi.

—Parece que tu representante ha hablado.

—Gracias —dice Fifi y se levanta para darle la mano que le ha tendido. Se le engancha la falda en un clavo del banco y el tul se desgarra emitiendo un crujido—. Oh, no —murmura y parece estar a punto de llorar.

C. P. saluda y acompaña a su socio, que ya está yéndose.

—¡Eh! —grita Bee—. ¡Olvidaos!

Los hombres se han marchado. La reunión ha terminado.

Fifi está petrificada, se va al baño con la falda rota ondeando tras ella. Bee se sienta. La pareja de la mesa de al lado ha estado mirando sin recato y Bee se gira hacia ellos.

—¿Os puedo ayudar en algo?

—No, gracias —contesta la mujer con brusquedad y le susurra algo a su pareja. Apartan la vista.

—Exacto. No, gracias —murmura Bee y se bebe la copa.

No está tan borracha como para no entender por qué se ha enfadado Fifi. Pero eso no quita que haya hecho lo correcto. Sleepi tiene que

buscarse otra sirenita. Su Seraphina sigue teniendo su voz, es libre de cantar lo que quiera.

Fifi deja el teléfono y se sienta en la cama.

—¿En serio?

Por primera vez en muchas horas suena a su yo burbujeante que se entusiasma con facilidad.

No, Bee no cree que sería una buena idea buscar a un hombre con el que lo hizo una sola vez hace veinticuatro años para decirle con tanto tiempo de retraso que es el padre de alguien. Al contrario, piensa que es una mala idea y, probablemente, peligrosa, quién sabe. Pero Fifi se marcha temprano a Bondurant, a la casa de Marianne, y Bee no tiene ganas de dejar a su hija con la impresión de que está destrozándole la vida. Después de la reunión con los dos desarrolladores de aplicaciones, Fifi estuvo en el baño el tiempo suficiente para que Bee pudiera pedir y comerse un tiramisú del tamaño de una herradura. El postre le dio náuseas, pero hizo, tal como esperaba, de amortiguador para la borrachera y durante todo el camino a casa estuvo intentando (con frases calmadas y equilibradas) explicarle a Fifi por qué creía que era mejor que los chicos de Sleepi encontrasen otra candidata. Pero Fifi estaba fuera de sí y nada de lo que Bee argumentó valió para algo.

¡Lo tenía controlado!

¿Bee no entendía que se trataba de una negociación? Un juego.

¿Con qué derecho se metía en los negocios de Fifi?

De vuelta a casa, Fifi se fue a la cama sin dar las buenas noches. Bee se quedó en el salón con la esperanza de que su hija se arrepintiera y bajase para hablar, y, como tras hora y media eso no sucedió, se rindió y llamó a su puerta. Bee se arrepintió de inmediato de las palabras que le salieron de la boca. Al mismo tiempo, era imposible no alegrarse del efecto que tuvieron en Fifi: una bengala que atrapa la chispa y comienza a crepitar.

Y quizá no fuera tan malo.

Tal vez verlo de nuevo sería algo bueno.

—¿Lo dices en serio? —repite y enciende la lámpara de la mesilla de

noche, la luz ciega a Bee—. ¿Mañana?

—Sí.

Todavía no ha pensado en los detalles.

Por ejemplo, sigue sin estar claro quién va a conducir. Fifi no tiene carné y a Bee se lo retiraron el año pasado alrededor del Día de Acción de Gracias. No fue una experiencia pésima. Los agentes fueron amables y ella necesitaba alguien con quien hablar. Comenzó a tener la esperanza de que la retuvieran en la comisaría toda la noche, pero la mandaron a casa. Pauline pagó la multa, con el carné, por razones comprensibles, no pudo hacer nada.

—¿Quizá por la mañana sea mejor, a las diez y media? ¿O mejor después de comer?

Le brillan los ojos y Bee no tiene el coraje de decir que no hay una hora mejor que otra cuando se trata de mover los cimientos de alguien. Dado el caso, destruirle la vida.

—Por la mañana suena bien.

—¡Pues nos vamos de viaje!

Fifi da un salto al suelo, pone los brazos alrededor de su madre y le planta un beso en la boca. La última vez que sucedió eso vivían en una caravana y Fifi tenía sus pestañas originales.

Igual que en la última ocasión, la casa del anuncio parece más grande y luminosa que en la que viven. Cada vez que hace clic viene a su encuentro una nueva y maravillosa habitación que reconoce, pero que no sabía que existía. Como en un sueño. Le extraña que valga la pena tomar tales fotografías. ¿Cómo puede uno no decepcionarse cuando se entra en la casa real? Su nombre no está en ninguna parte. No tiene copyright de sus fotos y tampoco se encuentra en la lista de sonrientes trabajadores de Gabriel. Bee está rindiéndose cuando le viene a la cabeza For Fire for Warmth. Mencionó de pasada su acabada carrera como poeta, quizá para hacerle sentir menos frustrada. Escribe el título de su debut en el campo de búsqueda y ahí está su autor, Héctor Núñez, diez años más joven y varios kilos más delgado, fotografiado durante una lectura en la librería de Bonita Avenue. Sujeta el poemario con la mano izquierda. El libro le da sombra a casi toda la cara, pero no hay duda de que es el mismo hombre que pasó con su

cámara y su trípode. Que fue él quien dijo: «Suena duro, avisa si hay algo que pueda hacer».

Bee es consciente de que es algo que la gente dice.

De que no lo dicen en serio.

Pero se les podía ocurrir otra cosa que decir.

Hay un montón de frases de ánimo que no incluyen una oferta concreta de ayuda.

Además, tiene la intención de pagarle.

La primera vez que lo llama, no le coge el teléfono y deja un parco mensaje que ha de darle a él la impresión de que la llamada está relacionada con trabajo. Entonces se da cuenta de que es sábado por la noche y que probablemente no quiera encargarse de esas cosas hasta el lunes. Vuelve a llamar y de nuevo salta el contestador. A la tercera, contesta de inmediato.

—Buenas noches —saluda—, soy Beatrice Wallens, de Park Hill.

—Un momento.

Lo oye moverse, una puerta que se abre. Únicamente pies en el suelo, plaf, plaf, plaf.

—Ya estoy. ¿Qué pasa, Beatrice?

«Sí, qué pasa, Beatrice».

—¿Te acuerdas de mí?

—Sí, me acuerdo.

—¿Molesto?

Se ríe sin ser borde.

—Me has despertado, así que se podría decir que sí.

Bee mira el reloj. Son las dos y media. ¿Qué le ocurre con las horas? Está perdida.

—Lo siento mucho —se disculpa—, no era consciente de que se había hecho tan tarde, pero no podía esperar.

Héctor carraspea.

—¿Se trata de las fotos? ¿Estás descontenta con algo?

—Las fotos están perfectas, me dan ganas de comprar mi casa y eso que ya vivo en ella. Se trata de una… —Busca la expresión correcta y no la encuentra—. Un encargo de transporte.

No hay respuesta.

—Es que la última vez que estuviste aquí vi que tenías coche.

—Tengo coche, sí.

Por primera vez, una vena de frío en su voz. Comprensiblemente, desea volver a la cama. Ahora que ha llegado tan lejos, no es el momento de endulzar el asunto.

—Mi hija ha venido a verme después de no hacerlo en muchos años —explica Bee—, y acabo de fastidiarle una reunión de negocios. Me emborraché y dije cosas que no tenía que haber dicho. Se enfadó mucho conmigo y quién sabe si ha perdido un cliente. No era algo que yo apoyase, pero da igual. Me pasé de la raya y ahora me gustaría redimirme.

—Siento oír eso —responde—, pero creo que no puedo…

—Sí, sí que puedes, porque le he prometido que iríamos en coche hasta Kentfield a ver a su padre mañana temprano y el asunto es que ninguna de las dos tiene carné y tampoco tenemos coche. Nunca ha conocido a William. Su padre se llama William —añade.

Al otro lado del teléfono hay silencio.

—¿De dónde has sacado mi número?

—De tu libro de poemas —contesta—. Me he acordado de que eras escritor. Había una página web con información de contacto.

—¿Y me preguntas si os voy a llevar a Kentfield?

—Pagándote, por supuesto. Por las molestias.

—Lo siento, pero creo que no va a ser posible.

Bee baja el teléfono y respira hondo.

—¿No hay ningún autobús que vaya hasta allí?

—Si cogemos un autobús es una birria de viaje —resopla—, y además vive en un puto monte. Allí no va ningún autobús. Esa clase de gente tiene coche.

No lo dice con la voluntad de que tenga remordimientos. Simplemente le sale.

—Perdona —concluye entre hipos cuando puede volver a respirar—, no sé lo que hago. También es que ese es el problema.

15

Héctor no puede recuperarse y volver a la cama. Está sentado a la mesa de la cocina, desnudo excepto por las gafas y una camiseta color vino tinto con la inscripción «Ojalá no hubiera apostado por la liebre».[10] Está intentando comprender qué acaba de pasar. ¿Ha sido porque lo ha llamado escritor? ¿Se podría pensar que era tan sencillo? Hace mucho tiempo que nadie lo llama así y ha notado que le palpitaba el pecho antes de oírse prometiéndole a Beatrice que las recogería a su hija y a ella a las nueve de la mañana siguiente. Lleva pensando en ella desde la visita de hace varias semanas. No de una manera enfermiza, solo lo suficiente para darse cuenta. En general, se le borraba de la memoria la gente y las casas en cuanto mandaba una selección de las fotos a Woolhouse, pero la bella y ebria Ms. Wallens y sus salones medio vacíos se le quedaron rondando. Había algo en la manera en que dejó que le iluminase su desdicha, como una herida profunda y roja, una brecha en el pecho. La mayoría de los inquilinos de las casas a las que va intentan ocultarse, pero ella se había mostrado hasta los huesos. Héctor se echa hacia delante y pone la mejilla sobre el hule. Es domingo por la mañana y ha quedado con Ea y Coco después de la piscina. El plan es transmitirle la gran noticia después, mientras comen waffles. ¡Boda! ¡Dama de honor! Pero no es capaz de llamar a Beatrice y decirle que no puede ayudarla. Además, no está seguro de que a Coco le guste enterarse de esa manera. De primeras, preguntará cuándo lo han decidido y por qué no han dicho nada. Coco no es como las niñas de nueve años que recuerda de su infancia: brujillas que olían a champú, mascaban chicle, se movían en grupos y se escribían en los antebrazos las unas a las otras cómo se iban a llamar sus hijos. A su hija le dan igual el maquillaje y las pegatinas y quién juega con quién. Prefiere estar sola o en compañía de adultos. Ya cuando era bebé, Lola proclamaba a los cuatro vientos a quien quisiera escuchar que Cordelia Lucía Núñez era algo especial, que había parido a una pequeña friki. Como muchas otras cosas que hacía Lola, aquello lo irritaba, pero hoy se inclina a darle la razón a su exmujer. No se puede comparar a Coco con nadie más que con Coco.

—William, de Kentfield —murmura Héctor y mira la iguana enana que reluce pálida desde la lámpara del techo del vecino de enfrente.

—¿No puedes dormir?

No la ha oído llegar. El viejo parqué cruje y retumba debajo de todo el mundo, excepto de ella. Antes era delgada, pero en los últimos meses lo es aún más. Hay algo que la importuna, pero Héctor no se ha atrevido a preguntar qué es. Tiene miedo de la respuesta. Miedo de que diga lo que lleva debajo de la almohada de su relación como un revólver desde el principio. No se puede descartar que la pedida de mano tenga algo que ver con este temor y ahora su prometida está en la puerta girando el anillo con una expresión de preocupación en su bella cara de cabra.

Héctor tiene el teléfono levantado.

—Era Lola.

Hace mucho que Lola ha dejado de llamarlo a deshoras, pero fue lo único que se le ocurrió.

Ea parece escéptica.

—¿Qué quería?

—Hablar de las vacaciones de verano, ya sabes cómo es. Cuando se le mete algo en la cabeza…

Ea resopla de una manera que significa que no hace falta hablar más de eso.

—¿No vienes a la cama? —Le acaricia el pelo desde la frente.

—Ahora voy, ve yendo tú.

La ve caminar por el pasillo y entrar a echarle un vistazo a Coco para poco después salir y meterse en su dormitorio. Coco tiene la costumbre de quitarse el edredón de encima a patadas y a Ea siempre le da miedo que se constipe. Ha crecido en un país donde el frío es una amenaza constante que hay que combatir con aparatos de calor, guantes y gorros que les hacen parecer atracadores de bancos. Héctor ha visto una foto de ella de niña vestida solamente con un gorro de esos. Pero ha sido hace mucho y no sabe dónde está el álbum. Por lo que tiene entendido, a Ea no le gusta hablar de su niñez. Al inicio de su relación, Héctor le preguntó con tacto y con interés por su pasado. Los padres muertos, los años en Italia y sus dos hermanos en Dinamarca. Aceptó el rechazo con paciencia, seguro de que era una cuestión de tiempo que se abriese ante él. Hasta que un día comprendió que Ea prefería ser libre.

Libre como una zanahoria que se arranca de la tierra cuando está lista.

Nadie le pregunta a la zanahoria cómo ha sido crecer dulce y naranja en la oscuridad.

En cuanto Héctor entendió que era así como Ea deseaba ser vista, hizo el esfuerzo de pensar en ella de aquel modo: como un ser que comenzó en el momento en que entró en su piso para optar al puesto de niñera de Coco.

Ahora, por primera vez, duda de que fuera la estrategia correcta.

Ea parece afectada por la misma melancolía que atacó a su abuela demente en la última etapa. Como si, tras años con amnesia voluntaria, hubiera olvidado algo que desearía poder recordar.

10. En inglés en el original: Wish I hadn't bet on the hare (N. del t.).

16

—Las palomas blancas son las reinas. ¿Sabes por qué son blancas en vez de grises o un poquito grises? Un poco de gris en el cuello o en las alas, pero también hay algo que es totalmente blanco y es porque comen flores y hojas en vez de basura. Las palomas del montón comen cualquier cosa caducada de la basura sin enfermar. Pueden comer pan que lleva tiempo en un charco embarrado sin ponerse enfermas, ¿No es extraño? Si yo fuera una, solo comería flores y hojas hasta que me volviera blanca del todo.

La voz le golpea la conciencia como una cucharilla y se da cuenta de que ella lleva mucho tiempo hablando. Haciendo un esfuerzo físico, compone un manojo de pensamientos y los archiva para un posterior uso y se concentra en Laura, que está sentada moviendo las piernas en el carro frontal de la bicicleta, que está atado con unas potentes gomas elásticas que normalmente sujetan el cubo de engrudo.

—¿Y las tórtolas turcas? —pregunta—. Viven en el bosque, pero son grises y tienen el pecho casi morado. Y no comen basura.

Laura se encoge de hombros.

—Hablo de las reglas para las palomas normales —contesta con indulgencia y se vuelve hacia él—. ¿Cuándo llegamos?

—Cuando no nos apetezca pedalear más.

—¿Pero adónde vamos?

—No lo sé —responde Niels—. A veces está bien no tener un plan.

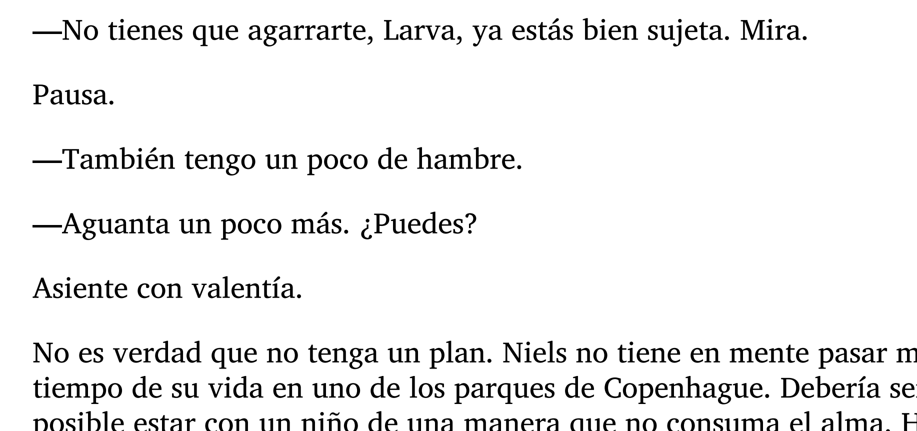
—Vale, pero mamá siempre tiene un plan.

—Ya me lo imagino.

—Se me hielan los dedos.

—Pues mételos por las mangas.

—Pero así no me puedo agarrar.



—No tienes que agarrarte, Larva, ya estás bien sujeta. Mira.

Pausa.

—También tengo un poco de hambre.

—Aguanta un poco más. ¿Puedes?

Asiente con valentía.

No es verdad que no tenga un plan. Niels no tiene en mente pasar más tiempo de su vida en uno de los parques de Copenhague. Debería ser posible estar con un niño de una manera que no consuma el alma. Ha tenido la ocasión de estudiar a los padres en lugares así y en sus caras se percibe a destellos la misma maldita fantasía de que alguien o algo venga y los secuestre, como en las películas, donde aparece un águila y se engancha al cuello de la víctima antes de elevarse con un elegante batir de alas e irse.

La responsabilidad como un sombrero que ves que no necesitas llevar… y te lo quitas.

—¿Por qué duerme tanto?

—¿Cosmo?

Niels se ha acostumbrado poco a poco a la manera que tiene Laura de imaginar que él puede leerle la mente y por eso comienza la mayoría de las frases in medias res.

—Siempre que estamos en casa está durmiendo.

—Está triste y eso puede ser extenuante.

—¿Su madre ha muerto?

Niels no recuerda haber mencionado nada que le pueda dar esa impresión y le asegura a Laura que la madre de Cosmo está viva y goza de una salud de hierro.

—Es solo que no es muy simpática, pero eso es otra historia. No está triste por eso.

La atención de Laura se ha despertado.

—¿Por qué no es simpática?

—Ser majo es más difícil de lo que parece. Tú tampoco lo eres siempre, ¿verdad?

—No —reconoce—, pero por qué está tan triste.

—Creo que tiene que ver con que ahora mismo no puede tocar su guitarra.

—¿Por qué no?

—Puede, pero no le apetece.

Laura se queda pensando.

—Es una pena —dice mientras giran por la calle Sundkrogsgade—. ¿Cuándo volverá a estar contento?

—No lo sé. Es difícil predecir algo así.

—A lo mejor cuando sea su cumple —propone Laura y Niels no la contradice.

¿Por qué no? Son extraños. Es una bella mañana y ver el paisaje industrial bajo el sol de primavera lo reanima. Aquí nada es de adorno, todo es como es porque es mejor y más práctico de esa manera. Comparadas con la conocida escala de la ciudad, las proporciones aquí parecen mareantes y Niels goza de las vistas satisfecho: los contenedores están apilados como enormes piezas de Lego, grises y azules y verdes, amarillos y rojos. Forman una laberíntica ciudad sin ventanas atravesada por calles kilométricas que el viento cruza aullando. Aquí es sencillo perderse si no se está atento. No hay personas ni barcos que vayan a atracar hoy. Las grúas reúnen fuerzas para el siguiente ascenso. Los contenedores protegen su cargamento o esperan a que los llenen de nuevo. Este es el lugar donde la economía mundial adopta una forma, y de ese modo se hace vulnerable. Si de verdad alguien quisiera iniciar una revolución, la destrucción podría comenzar aquí y hacer saltar toda la mierda por los aires. Niels reduce la velocidad y deja que la bicicleta descienda sola el último tramo hasta el muelle.

—Pues ya hemos llegado —dice y se baja.

Laura lo mira asombrada. Le cae por la nariz una clara línea de mocos y Niels se la seca con el dedo.

—Ay. Tus guantes rascan. ¿Dónde estamos?

—En el fin del mundo.

Así lo llamaba Cosmo. Y el nombre poético no pega demasiado con el brutal lugar concreto que apareció en su mapa vital aquella vez que con doce años comenzó a ir ahí en vez de al colegio. Los dos amigos se sentaban en el malecón a fumar tabaco y a beber yogur, tiraban petardos entre los contenedores. El ruido infernal cuando el estruendo rebotaba entre las onduladas paredes de metal parecía una advertencia, ambos estaban de acuerdo en eso tácitamente. Pero ¿un aviso de qué?

17

En cuanto la mujer del bañador negro ha salido de la sauna, Coco se gira hacia Ea y le pregunta si sigue sin querer tener hijos. Su voz suena sin convicción, como si el fatigado cuerpo fuera un reclamo tan tentador para el embarazo que nadie en su sano juicio pudiera quedar indiferente. Ea lleva preparándose para la pregunta desde que vio a la embarazada haciendo largos en la piscina. Sonríe y contesta que ya la tiene a ella, a Coco. La niña resopla ante la simplona respuesta. Ea debería saberlo, y lo sabe, pero su atención se ha trasladado a la anciana pareja de amigas que está en el banco debajo de ellas. Su conversación ha enmudecido y casi le ha parecido ver cómo se elevaban hacia ella los oídos desde el cabello gris mojado.

—Tu propio hijo. —Suspira Coco—. ¿Por qué no quieres tener tu propio hijo? Todos los de mi clase tienen un hermano o una hermana menor.

No es cierto. Esta ciudad es el imperio de los hijos únicos. Tener hijos aquí es caro y complicado, y muy pocos padres pueden permitirse una vivienda que pueda acoger a más de uno. De primeras, a Ea solo le vienen a la cabeza tres compañeros de clase de Coco que tengan hermanos. No lo dice y en su lugar le pregunta si le gustaría tener hermanos.

—No especialmente, no. Parece bastante estresante.

Ea se queda aliviada, pero es demasiado pronto para relajarse.

—Te he preguntado a ti —replica Coco—. ¿Por qué no quieres tener un hijo? A muchas mujeres de tu edad les gustaría. Uno tuyo, un bebé —añade pedagógicamente por si a Ea se le ocurre volver a hacerse la tonta.

—Coco —dice en voz baja—, es una pregunta muy íntima.

—Vale. Acabas de decir que yo era como tu hija.

Coco se baja del banco de un salto y se abre paso entre las dos señoras.

—Voy a darme una ducha fría. Perdona si he herido tus sentimientos.

Debajo, las amigas han retomado su conversación de mala gana. Ea debería ir tras ella y contestar como es debido. La niña es alérgica a los elásticos circunloquios de los adultos y puede guardar rencor durante horas si siente que está ante uno. Una de las mujeres dice algo que Ea no alcanza a oír, lo cual significa que se ve obligada a repetir lo que hace un momento parecía un fresco impulso. Carraspea inquieta.

—Lo único que se puede hacer es tirarse de cabeza. Un bebé es un trabajo duro, pero tras los seis primeros meses, la cosa se pone más fácil.

Su amiga da un chasquido con la boca a modo de confirmación y Ea dice que ya se lo imagina, lo cual, evidentemente, es todo lo que hace falta para devolverle la confianza a la primera mujer.

—Y si estás nerviosa por tu cuerpo —continúa y señala con la cabeza el vientre plano de Ea—, te confieso que no estará así para siempre, da igual lo que hagas. A la fuerza de gravedad le importa una mierda si has dado a luz o no. Yo tengo dos hijos, son dos chicos grandes, y hasta hace unos años tenía un cuerpazo. Cadera estrecha, pechos firmes, un culo fantástico, y una mañana me levanté y era como un cuadrado rechoncho. Plaf. De un día para otro. Es por las hormonas.

—No puedo tener hijos —manifiesta Ea—, pero gracias.

—Ay, Dios, joder, lo siento de verdad —se disculpa la mujer y le da la espalda. Poco después ambas se levantan y se van.

No es un tema sobre el cual mentir, pero se merecían que las pusieran en un aprieto.

Ea se tumba en el banco y observa el techo. Por lo que recuerda, la idea de tener un niño algún día era como una mano en la boca, una casa sin ventanas. De niña no jugaba con muñecas ni se metía almohadas bajo la ropa y sus hermanos pequeños no le interesaron hasta que aprendieron a caminar y a hablar. Los bebés la aburrían y la asustaban con sus húmedas bocas abiertas y sus urgentes y simples necesidades. Ea pasó unos años esperando sentir la necesidad de tener uno de esos seres que sus amigas le presentaban a intervalos. No llegó. Ni siquiera Laura le despertó algo que no fuera asombro y, aunque Ea se había imaginado que se quedaría unas semanas para conocer a su sobrina de ojos negros, la vieja inquietud la encontró rápidamente. Volvió a California y dejó a su hermana con ese cuerpecito estriado y una fatiga que parecía tan privada e impenetrable como un nuevo

amor. No había nada que hacer. La maternidad vibraba en una frecuencia que ella no captaba y con veintimuchos años se preparó para llegar a un acuerdo con su cuerpo.

Fue Héctor, el maravilloso Héctor quien la liberó sin saberlo.

Lo mencionó en su segunda cita propiamente dicha.

Esa misma noche lo hicieron de un modo que puso punto final a su relación de empleada y empleador. Sentado en la cama frente a ella le contó que no quería tener más hijos.

Pensó que Ea debería de saberlo antes de que su relación siguiese adelante.

Mientras habló, bajó la mirada, ahora la había subido.

Ea aún recuerda la desconcertante mezcla de alivio y vergüenza que le subió como un globo negro.

«Le tengo mucho cariño a Coco», dijo con delicadeza.

Héctor le escudriñó el rostro antes de decidir que decía la verdad.

«Lola está loca, pero es una buena madre».

Y se acabó.

O se había acabado hasta hace unos meses, cuando apareció la insoportable duda que la había llevado a los brazos de la vidente.

Todo empezó con algo tan poco dramático como una menstruación que se había retrasado.

La sangre, la leal sangre, había faltado al acuerdo que tenían desde hace más de veinte años.

Durante seis largos días Ea estuvo esperando la sensación de agarre que se desataba en el abdomen y cada vez que miraba hacia sus bragas inmaculadas se sentía más confundida.

Porque ¿no era esperanza lo que sentía?

¿No era la infantil esperanza lo que la mantenía despierta por la noche?

Debe de haberlo sido, porque cuando se despertó la séptima mañana

con un pegajoso y conocido calor entre las piernas, sintió que se le hundía el corazón.

Estaba decepcionada y la decepción tuvo un efecto inesperado:

Como un viento cambiante, comenzó a orientarse en dirección a Dinamarca. Oía las noticias en la radio danesa y leía artículos sobre las elecciones venideras, buscó a su hermano (aunque Niels no existía en internet), después a su hermana y puso al hombre naranja delante de su puerta pintada de verde en un lugar del barrio de Fuglekvarteret. La imagen fue tomada un día de primavera, las rosas habían florecido. A la izquierda de la puerta había aparcada una bicicleta roja con asiento para niños y una bolsa de plástico encima del sillín, ¿por qué no iba a ser la de Sidsel? Cuando se cansó de contar con los dedos, añadió al reloj de su teléfono la zona horaria de Dinamarca y esta nueva atención hacia el cambio de hora hizo que sus días de la Costa Oeste fueran parecidos a la luna, las noches, tenues y falsas. A medida que todo iba perdiendo el color, Ea se sintió atacada por un deseo de comunicarse hasta entonces desconocido. Ella, que llevaba desde adolescente sin escribir una carta, redactaba largos correos y mensajes que no era capaz de enviar. Los bloques de texto mutaban entre sus manos hasta que no eran sino cascotes, intentos compulsivos de contactar. Está claro que debió de preguntarse si no era una gran cortina de humo, un intento poco elegante de la conciencia por cubrir su verdadera falta, su verdadera nostalgia.

Así, cuando Sand, que estaba hecha una mierda y confundida desde la base, le atribuyó su recién encontrada salvación a una visita a Beatrice, Ea estaba lo bastante desesperada para intentarlo. Daría lo que fuera por sentir un poco de esa calma que creía haber visto en los ojos verdes de Sand.

¡Qué ingenuo le parece ahora!

Ea se pone el brazo en los ojos y ríe con acidez porque las voces están ahí de nuevo. Cerca y muy lejos, pero ahí sin duda.

¿Es así como se siente alguien al enloquecer?

La risa hace dudar a Coco. Iba a sentarse a su lado, pero ahora no sabe muy bien si quiere. Por lo que puede ver, no hay nada de qué reírse. En la sauna solo están ellas dos. La niña se queda de pie donde está, a unos metros de la persona a la que aprendió a considerar primero una extensión de sus profesores, después como una divertida y guapa

hermana mayor y ahora… ¿ahora qué? Una parte de su padre, igual que la muñeca que le dio su abuela y que también tiene una cabeza bajo el vestido. Sin piernas en ninguna extremidad. Espiar por error está bien, pero aun así no le gusta.

—¿Te acuerdas de que cuando era pequeña creía que te llamabas Oreja? —pregunta.

Ea se incorpora de un tirón, su cara es estrecha y blanca como una tostada en la penumbra.

—En cierto modo me gustaría llamarme así.

—¿Por qué?

Coco sube a gatas por el banco. La piel de Ea huele a cloro y a la crema que usa. Se da cuenta de que tiene hambre. Su tripa es un cubo vacío. Ea le ha prometido que después irán a Buttermilk, lo había olvidado. Qué suerte, qué suerte, ahora le han cosido un hilo dorado a este día.

—¿Por qué no? —pregunta Ea.

—Porque Oreja no es un nombre.

—Si me llamase así, lo sería.

Coco pone los ojos en blanco, pero deja que Ea la atraiga al húmedo hombro. Siente el beso ligero como una mariposa en su pelo. La boca vuelve a aterrizar y a despegar de inmediato.

Al fin he aceptado que era una persona que prefería ocupaciones más concretas, digo.

¿Qué?

¡Lo sabía! Nunca escuchas.

He perdido el hilo, perdona. Lo digo en serio. Lo siento.

Me pone la mano en la rodilla. El rostro es largo como una máscara, las mejillas, grises y hundidas, y tiene los ojos llenos de agua.

Tienes una pinta horrible, digo.

Eh, eh, eh.

Pero es verdad. No te recordaba así en absoluto. Tan… consumido.

¿Y tú?

Me paso la mano por la cara, pero la siento como solía estar, lisa y carnosa.

Parece que estás enfermo, solo quería decir eso. ¿Cuándo ha sucedido?

¿No podemos dejarlo?

Él mueve la mano. Daño.

Detrás de nosotros la membrana emite su particular ruido. Un susurro suave como el sonido de las olas o amenazante como el zumbido de un avispero recién fumigado.

En un intento de descargar el ambiente, pregunto:

¿Te acuerdas del primer sitio al que nos mudamos juntos?

Troels asiente, sonríe para sí.

El estudio de la calle Ryesgade, con el baño en el pasillo. Siempre olía distinto cuando volvía a casa de la universidad. A mermelada de mora o a avellanas tostadas, pintura y gasolina. Había retazos por el suelo y la mesa de comer estaba cubierta de fotografías que habías recortado para tus collages. El suero de leche goteaba a través de un paño y llegaba a un cuenco y en la encimera estaba el puchero amarillo de

hierro fundido con el fondo cocido con las patas que el carnicero insistió en regalarte. Lo tenías enamoradísimo.

¿Tú crees?, pregunto e intento recordar el pícaro e insípido rostro del joven.

Lo sé.

En cualquier caso, digo, cuando pienso en eso ahora, está claro que pasé mi juventud y buena parte de mi vida adulta estudiando el mundo a fondo, a la caza de algo que pudiera llamar mío. Sentía como si todo en lo que afirmaba estar interesada y lo que creía que me encantaba estuviera tan suelto como los trozos de tela amarillos y azules y rosas del disfraz de loro de Ea, clavado con alfileres con los que me pinchaba. Al contrario que al disfraz, al que, abro paréntesis, di el último toque con la mano hinchada la noche antes de Carnaval, embarazadísima de nuestra segunda hija, llena de edemas y ardores, nadie vino a darme a mí forma final. Mi vida fue casualidad sobre casualidad hasta que, debido a la gran cantidad, pareció que era esa la intención… o al menos podía haberlo sido. Escúchame, hemos vuelto a los disfraces.

Te envidiaba, Charles, pero seguro que no te lo crees.

¿Entiendes, digo algo impaciente, porque lo noto, que estoy cerca de algo, una especie de semilla, toda mi vida estuve atrapada en un enervante lugar entre el trabajo y el juego, como la nutria?

Troels frunce el ceño.

¿Cómo la nutria?

Sí, digo, cuando golpea a los mejillones contra una piedra para entrar hasta la rica y salada carne, pero tampoco puede dejar de lanzarlos al aire y cogerlos.

Y nos quedamos callados.

El animal brillante como un sello en el suave barniz de nuestra juventud. Se está endureciendo. Ahora ya no tenemos acceso.

18

En la última parte del viaje, los alrededores se vuelven más acaudalados a cada kilómetro que dejan atrás y Bee tiene que pedirle al fin a Seraphina que pare de suspirar de esa manera irritante y extasiada.

—No es posible que alguien pueda vivir aquí —objeta—, que se vayan a la cama y que se levanten en casas como estas todos los días. ¿La suya será tan grande?

—Creo que no hay casas pequeñas en esta parte de Kentfield —explica Héctor taciturno—. Me parece que en general no hay nada que sea pequeño.

Bee lo mira agradecida. Hasta ahora, su chófer no ha dicho nada más que lo necesario. Así que no las odia, que era por lo que estaba empezando a ponerse nerviosa. Fifi sigue hablando sobre coches y balcones cerrados, surtidores y tejas vidriadas, nada afectada por la falta de entusiasmo de sus compañeros de viaje. Nada le puede fastidiar el día. Se ha vestido filialmente para la ocasión con una falda azul oscura y una camisa de manga corta con cuello de encaje y lleva el final de la trenza recogido con una cinta de seda negra. Si Bee ha de ser honesta, se parece más que nunca a una muñeca de porcelana hechizada, pero no ha de ser honesta, no necesariamente, y, ahora que están tan cerca del objetivo, Fifi también debe percibir que no va a depender de la ropa. Bee se había imaginado que se arrepentiría todo el camino. Pero no. Es francamente edificante pasar sin compasión del pensamiento al acto.

—Aquí es. Número 660.

Héctor aparca al final de una calle cortada, a diez metros del portón que protege a la propiedad de William Catchpoole del resto de Kentfield.

Ni siquiera es mentira que viva en un monte, piensa Bee y baja la ventanilla con el manillar. Héctor apaga el motor. El aire ahí arriba es tranquilo y huele como si estuvieran en un bosque. Detrás de una fila de cipreses se percibe la vista sobre el lago Phoenix y el monte Tamalpais. Al borde de la carretera, los insectos se mueven alrededor

de los compactos racimos lilas de los altramuces. No se ve a nadie y no hay ni rastro humano si se aparta la mirada de las verjas que rodean la retirada vivienda.

Bee se echa hacia delante y mete la cara entre los asientos delanteros.

—¿Cómo lo hacemos?

—Creo que es mejor que entre sola.

Bee no está en desacuerdo, solo sorprendida porque, hasta ahora, Fifi siempre ha hablado de nosotras.

—¿Estás segura? Puedo ir detrás de ti una parte del camino.

Niega con la cabeza.

—No, mamá.

—De acuerdo —Bee se tira sobre el asiento—, pero prométeme que me llamarás si hay algo.

—¿Qué iba a pasar? Es mi padre.

Fifi se quita el cinturón y abre la puerta.

—Deséame suerte.

Va hacia el telefonillo y pulsa el botón.

«¿Qué está diciendo?».

«¿Qué se dice?».

«¡Oh, no va a ir bien!».

Durante un largo rato no sucede nada y entonces el portón se divide en dos. Al otro lado, la entrada se estrecha y se convierte en un camino de baldosas que serpentea a través de lo que se podría llamar un parque completo con bancos y lomas, una escultura con fuente entre dos palmeras perfectas. Desde fuera no se ve la casa.

—Hostias, ha abierto —murmura Héctor.

Fifi hace una mueca de entusiasmo y levanta dos dedos, y después pasa por el portón, que se cierra tras ella sin hacer ruido.

Después de quince interminables minutos en silencio en el coche, Bee rompe su propósito de dejar que Héctor hable primero.

—¿Crees que es una mala idea? ¿Y si se enfada? Quizá teníamos que haberle avisado.

—No habría estado mal.

Bee lo mira aterrada.

—Pobre Fifi, será una decepción si al menos no la saluda. Se va a quedar impactado.

Héctor abre la puerta, pero se queda sentado.

—Vamos a ver —dice—, aún no la ha echado. La gente puede dar sorpresas.

¿Es una indirecta?

¿Bee ha sorprendido a Héctor?

Le gustaría que se le ocurriera algo agradable o interesante que decirle. Algo que le haga olvidar que está malgastando una soleada mañana de domingo esperando en un coche con una mujer de mediana edad a la que no conoce porque le ha gritado por teléfono. No alcanza a dar con nada que decir antes de que él tome la palabra.

—No parecía enfadada.

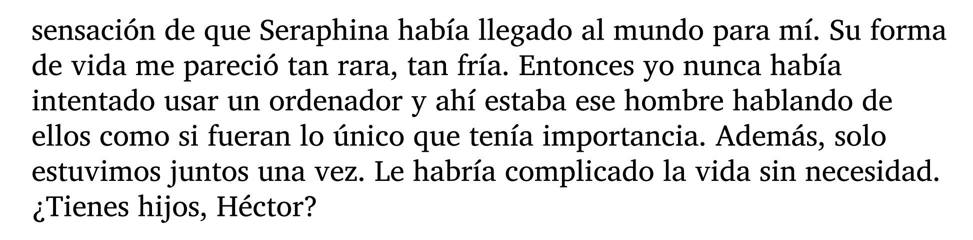
Bee parpadea confusa.

—Tu hija. Has dicho que se había enfadado contigo. ¿Por algo de una reunión?

—Ah, no —responde Bee—. No, ya no está enfadada. Ese es el problema que tiene Fifi. Perdona con mucha facilidad.

Bee espera que Héctor entienda en qué sentido puede ser un problema. Y quizá lo entiende ahora que ha cambiado de tema y le pregunta si alguna vez pensó en contarle al tal Catchpoole lo de la niña.

—Jamás —contesta Bee en conformidad con la verdad o con el pasado tal como lo recuerda y tal como se lo ha contado a sí misma— tuve la


sensación de que Seraphina había llegado al mundo para mí. Su forma de vida me pareció tan rara, tan fría. Entonces yo nunca había intentado usar un ordenador y ahí estaba ese hombre hablando de ellos como si fueran lo único que tenía importancia. Además, solo estuvimos juntos una vez. Le habría complicado la vida sin necesidad. ¿Tienes hijos, Héctor?

—Una niña.

—Entonces también sabes que los niños complican las cosas. ¿Cuántos años tiene?

—Nueve.

—Oh, nueve. Es una buena edad. ¿No se está siempre feliz con nueve años? Yo lo recuerdo así.

—Hum —murmura Héctor—, a mí no me gustaba ser niño. Pasé la mayor parte de mi infancia fantaseando con ser mayor.

—¿Y ha respondido a las expectativas?

—Casi siempre.

Se pasa la mano por la barba y añade con suavidad:

—Pero ser padre es algo extremo, ¿no? Nadie te cuenta cómo es querer a alguien de ese modo. Lo mucho que te asusta todo. Hasta que no tuve a Coco no empecé a notar lo desquiciado que está el mundo. Lo peligrosa que es la gente. Me volvía loco pensando en las cosas horribles que le podían pasar, si no en ese momento, sí después. Mi exmujer lo odiaba, y la entiendo, pero qué podía hacer. No me quitaba de la cabeza todo lo que estaba esperando a mi niña para destruirla.

—¿Por eso os separasteis?

—En parte, sí. Cerca del segundo cumpleaños de Coco me di cuenta de que el frío que se había instalado entre nosotros era algo permanente. Ella pensaba más o menos lo mismo, así que nos separamos. Justo cuando te crees que todo va a comenzar.

Bee observa su mirada por el retrovisor. Los ojos bajo la sombra de la gorra están muy juntos y oscuros, rodeados de largas pestañas.

—He sido una mala madre —interviene Bee—, al principio me esforzaba. Quizá lo haga todo el mundo, pero fue como si solo pudiera

tomar decisiones equivocadas. Transité caminos oscuros y peligrosos que no son apropiados para una niña. Mi idea de lo que era una buena vida hacía que le fuese imposible ser feliz, aunque lo intentó de veras. En un momento dado me rendí y la dejé en casa de su abuela. Por suerte, mi madre tiene en perfecto estado sus instintos. Es la única decisión buena que he tomado respecto a mi hija.

Tras un rato sin decir nada, Héctor se da la vuelta hacia Bee.

—Lo reconoces. No mucha gente podría.

Bee resopla.

—Cuando te acostumbras a ser sincero contigo mismo, no es tan grave. Lo que te desgasta son las dobleces. En mi trabajo me encuentro a mucha gente que está agarrada a la vida de manera más o menos metafórica. Y lo mejor que les puede pasar es que no consigan hablar con quien sea que creen tener que hacerlo. Dejar de mentirse y…

Bee se calla al ver que el portón se abre y que Fifi sale caminando al lado de su padre con cara de niña a la que le han prometido el globo más grande y más brillante. William Catchpoole saluda hacia el coche, pero se apresura a devolver la mano al bolsillo de los pantalones cortos. Bee sonríe asombrada, ¡ahora lo recuerda sin dudar! Los años han ablandado el pecoso rostro y el cabello, por aquel entonces rojo fuego, se ha descolorido y ahora es de color gris arena. Pero la sonrisa es exactamente tan infantil como aquella vez en la ventosa terraza. Parece lo que es, piensa Bee: un friki informático rico de sesenta y pocos años.

—Here comes the bride —dice Héctor y se quita el cinturón.

Fifi no puede parar de hablar y, cuando ya lo ha contado todo (no dio tiempo a que pasasen demasiadas cosas), comienza de nuevo poniendo énfasis en cada detalle nuevo: su reacción cuando desveló su identidad; Ally, la criada, que no parecía demasiado sorprendida de verla; las chimeneas y el parqué de madera de nogal; la piscina o el inverosímil viaje por Italia.

—¡Ya casi se había ido! Si llegamos a venir solo una hora después, habría sido tarde.

William, tal como les explicó disculpándose a Beatrice y a Héctor,

estaba a punto de dirigirse al aeropuerto cuando Seraphina llamó. Partía hacia Venecia y de allí a Roma y Florencia. Unas vacaciones que llevaban mucho tiempo planeadas. El avión salía en pocas horas, si no, los habría invitado a los tres a pasar a su casa. Bee no dudaba de que decía la verdad. Por extraño que suene, parecía feliz de verlos.

—Sus maletas eran tan pequeñas —afirma Fifi y muestra con las manos lo que quiere decir—, en serio, la mitad de grandes que las mías, no, menos aún. Le he preguntado si había pensado comprar toda la ropa allí, pero ha dicho que tiene a honra viajar ligero de equipaje.

—Suena a algo que diría una persona rica —interviene Héctor sin apartar los ojos de la carretera.

Fifi lo mira herida.

—¿Por qué dices eso?

—Porque creo que es la verdad. No hay nada de malo.

—¿Viajaba solo? —pregunta Bee.

Fifi pone un gesto triste.

—Estoy bastante segura de que sí. Se separó hace tres años. Su mujer y él llevaban juntos desde que se conocieron en la universidad. Se quedó con los dos gatos cuando se fue, así que ahora vive ahí solo. Está pensando en vender porque dice que usa diariamente el diez por ciento de la casa. El resto está vacío excepto cuando Ally se pone a limpiar.

Héctor da un bufido.

—¿Todo eso se lo has sacado en menos de media hora?

Fifi no hace caso del tono sarcástico.

—Creo que es así como funciona cuando se está en familia. Bueno, ha prometido ponerse en contacto conmigo cuando regrese del viaje. Pienso invitarlo a casa de la abuela —dice y mira por la ventanilla—, quiero enseñarle dónde he crecido.

No es del todo cierto, piensa Bee mientras Héctor se incorpora a la autopista 101, que los lleva hacia el puente de vuelta al mundo real. «Vas a enseñarle dónde querrías haber crecido, pero es tu padre. Tú decides».

Le vibra el teléfono. La cliente del jueves pasado quiere saber si tiene tiempo para hablar con ella. Le urge.

Una queja, probablemente. Que le devuelva el dinero y, dentro de unos días, otra crítica mordaz en internet.

Por supuesto. Llámame por la tarde.

Bee pulsa enviar con el corazón en un puño.

Allí sentada, viendo la ciudad y todos sus desagradables y concretos problemas acercándose, Beatrice no se arrepiente de nada, ¿y de qué serviría? Al mismo tiempo, tiene claro que tanto su vida como la de Fifi habría estado en otra parte si no hubiera esperado tanto tiempo para darle un padre a su hija.

19

Está lloviendo a cántaros y, aparte de la asustada adolescente que le confirma que el mar está en aquella dirección antes de volver a ponerse los auriculares bajo la capucha y llamar a su cotón de Tulear, no hay nadie que sepa que Sidsel se está saliendo de la acera para entrar en el fangoso camino con el teléfono ante ella a modo de linterna. Según Google Maps, el camino más rápido desde la estación es a través del bosque y, aunque como mucho puede tratarse de diez minutos, Sidsel no tiene pensado perder más tiempo. Podría haber estrangulado al joven empleado del aeropuerto que repetía con hermética amabilidad lo que ella ya sabía pero que se negaba a aceptar: que un fallo técnico se había interpuesto en su reencuentro con Laura y había ampliado el tiempo de espera a cuatro insoportables horas. «Lo sentimos», dijo el hombre, elevó la sonrisa por encima de su rostro y la dirigió hacia la siguiente persona de la fila. Se fue del mostrador con las manos ardiendo de instinto destructivo y un vale que cubría la compra de agua y una ensalada griega. Cuando hubo comido sentada en una mesa alta y arqueada al lado de la puerta de embarque, habían transcurrido dieciséis minutos. El resto del tiempo lo pasó en un estado de indecisión entrando y saliendo de las tiendas de la terminal hasta que la mayor parte del domingo por fin quedó tirada tras ella en alguna parte y el avión se puso en movimiento sobre el asfalto.

La luz de la pantalla llega al suelo y a los árboles más cercanos como un proyector y, tras varios minutos, se vuelve a meter el teléfono en el bolsillo. No hay nada que temer. La oscuridad y los brillantes troncos grises de haya la rodean de un modo no amenazador. Los capullos de los árboles tienen un fresco olor a nueces y el agua de lluvia chasquea y chorrea durante todo el recorrido. ¡Un bosque de noche! ¿Cómo de fácil es no olvidar que estas cosas existen tras haber pasado la mayor parte del día en un aeropuerto? Primavera, oscuridad, silencio. Pero no es un bosque grande y pronto asomará entre los árboles la luz de la carretera Strandvejen. Sidsel se detiene en la linde y consulta el teléfono, gira a la derecha y continúa hacia el sur a lo largo de la costa.

El punto azul intermitente, que es ella y la simboliza, se mueve por el paisaje digital. 458, 450, 410, 380, 320 metros hasta el destino y

Laura, que se ha dormido en el sofá tan firme en su decisión de quedarse despierta hasta que su madre llegase a casa que Niels desistió de convencerla de lo contrario. Ahora está levantando a la niña dormida y llevándola en brazos a la cama. Se le escapa de las manos como arena fina, hace ruidos con la boca, sigue durmiendo. En la cocina esperan los cacharros del fin de semana. Niels se recoge las mangas y mientras silba mira cómo el agua llena un cuenco de nata solidificada. El punto gira hacia la entrada del jardín, prosigue por el comedor y las zonas comunes antes de detenerse ante el número 11 y desaparecer del mapa. En el despacho de Barbara, el sonido del despertador despierta a Phillip de su medio sueño. Sale de la cama y va a la ventana, corre las cortinas. La mujer baja la escalera y mira a su alrededor. Durante unos instantes, Phillip observa paralizado la cara de luna mojada. Los párpados pesados, la redonda boca ligeramente gacha. Entonces se acuerda de lo que le había dicho Niels: «Sidsel. De Londres. ¿Siempre se ha parecido tanto a su madre o ha llegado a ello con la edad?». Sidsel se mueve impaciente hacia la puerta, que se abre en ese momento. La suave voz de los dos hermanos llena el recibidor y Phillip vuelve a echarse sobre el colchón, atontado por el susto y su espeluznante malentendido.

—Está aquí dentro —dice Niels y acompaña a Sidsel por el salón y el corto pasillo, se detiene ante una puerta cerrada—. Yo voy a la cocina.

La luz que da en la pared trasera hace que Laura refunfuñe entre sueños. Sidsel toma aire aliviada porque Laura está ahí: cálida y real. Los días intermedios no la han alterado. Se encuentra en la cama al lado de su hija, apartándole el pelo del húmedo rostro. El calor de la boca abierta le llega al cuello a soplos pequeños y rítmicos, y Sidsel constata cómo la sensación de urgencia que la ha propulsado a seguir las últimas horas se disuelve y desaparece.

Se ha ido la necesidad de comérsela, atarla con cuerdas gruesas y miles de nudos para nunca jamás soltarla.

No han perdido nada.

Todo está como antes.

Sidsel se queda tumbada hasta que los ojos se le acostumbran a la oscuridad y da una vuelta por la habitación, que está escasamente amueblada. En el armario hay unas pocas piezas de ropa y un montón de toallas limpias de distintos colores. Si se aparta la mirada de los libros y de la palabra francesa que está colgada en la pared encima del escritorio, no hay nada que denote que es Niels y no una adinerada

pareja anciana quien vive allí. Su hermano pequeño puede empaquetar su vida en diez minutos; todo lo que posee cabe en la mochila impermeable que está en la esquina esperando el siguiente ataque de inquietud. Si le explicaron por qué Niels está viviendo en una exclusiva residencia de ancianos cerca del fuerte de Charlottenlund, ya no se acuerda. Su crónica inestabilidad en cuanto a vivienda es un tema de discusión recurrente entre ambos y Niels es inquebrantable. Al contrario que sus hermanas, se niega a tener nada que ver con la herencia y la única razón por la que no ha devuelto el dinero es que cree que se lo tiene que quedar Sidsel. «Saca a la Larva de la escuela infantil y viajad un año», dice cuando sale a relucir el tema, «y ya iré yo a veros a algún lado».

Suena de maravilla, pero Sidsel no puede.

Ni siquiera está segura de ser capaz. Además, la tranquiliza que Niels tenga un sitio donde caerse muerto si un día sus ideales resultan ser insostenibles.

Es lo bastante lista como para guardarse esto último para ella.

—Como agradecimiento por la ayuda —dice y le entrega la bolsa negra con cordones y las iniciales del museo grabadas en oro.

Niels echa el contenido en la mano y abre los ojos de forma teatral. Siempre se le ha dado mal recibir regalos.

—Hola, un escarabajo.

Sidsel se ríe resignada.

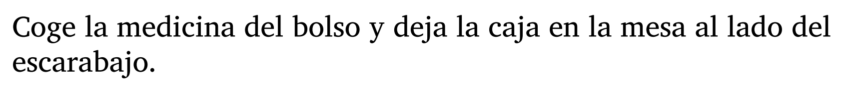
—Es un imán.

—Entonces me falta una nevera. ¿Es para Laura? —pregunta y le quita de las manos el oso vestido de uniforme, se tira en el sofá.

—Era lo más mono que…

—No me jodas, es demasiado perverso. Alguien le tiene que explicar que a la policía la ha puesto el aparato del Estado para asegurarse la sumisión individual y transformar a la población en una masa despolitizada. Si no, no se lo puede quedar.

—Está todo puesto en la tarjeta —replica Sidsel con rudeza y coge el peluche—, y ahora que me acuerdo…


Coge la medicina del bolso y deja la caja en la mesa al lado del escarabajo.

—¿Vanquin?

—Para las lombrices, pero no es seguro que tengas. Son solo tres pastillas. Una ahora y las otras una cada semana.

—Creo que prefiero quedarme con el oso madero —murmura y gira la caja.

—El farmacéutico ha dicho que deben seguir el tratamiento todos los adultos que vienen a casa regularmente. Lo siento. Muchos niños de la escuela las tienen.

—No es tu culpa, me las zamparé —dice Niels.

—Qué amable. Gracias.

Sidsel mira a su alrededor en la habitación de la abuela de Phillip. En la pared encima del sofá hay un original de Vilhelm Lundstrøm. La mujer desnuda está pintada con pinceladas amplias y firmes. Parece hercúlea, con un pie reposando sobre un taburete y la mano a un lado. Pero el rostro es vacío como un huevo. No tiene ojos, ni nariz ni boca.

—Fuimos a ver a Efie.

La mirada no es tan desafiante como la voz, sino curiosa, infantilmente tensionada por saber cómo reaccionará.

—¿Cuándo?

—Ayer. Le prometí hace mucho que iría. Antes de saber que cuidaría de Laura.

El cumpleaños de Elisabeth, claro. El teléfono de Sidsel se lo había recordado durante el desayuno en el hotel, no pudo ponerse a borrar la recurrente notificación anual.

—Hablamos ayer por la noche. ¿Por qué no me lo contaste?

Niels saca el tabaco y se pone a liar un cigarrillo.

—Parecía que tenías otras cosas en las que pensar. ¿Te lío uno?

Sidsel niega con la cabeza. No está enfadada. En cierto modo, es un alivio que fuera a verla sin tener que posicionarse ante ello.

—¿Qué le dijiste a Laura?

—La verdad. Que íbamos a visitar a mi tía porque era su cumpleaños. No pensó que hubiera nada raro en ello. Comimos bollos y bebimos zumo, y lo divertido es que le pareció bien. Y a Efie la alegró verla.

Sidsel lo mira de pasada y se fija en el rostro borrado de la mujer.

—¿Quieres saber cómo está?

—No, la verdad es que no.

Niels se estira y hace ruido antes de levantarse del sofá de un salto.

—Tampoco contaba con ello.

—¿Adónde vas?

—A fumar. Sal a hacerme compañía si te apetece. Ha dejado de llover.

Sidsel se queda sentada, nota en los tobillos cómo se cuela el frío que entra por la puerta abierta, se levanta y se pone la chaqueta.

Niels está de espaldas en medio del atrio.

Estrecho y duro.

Niels aún era un niño cuando sus padres murieron. Elisabeth era la única persona adulta que les quedaba.

Ya lo sabe, pero qué puede hacer.

No se perdona algo así.

Su hija. Lo más delicado, ¡lo único que tenía!

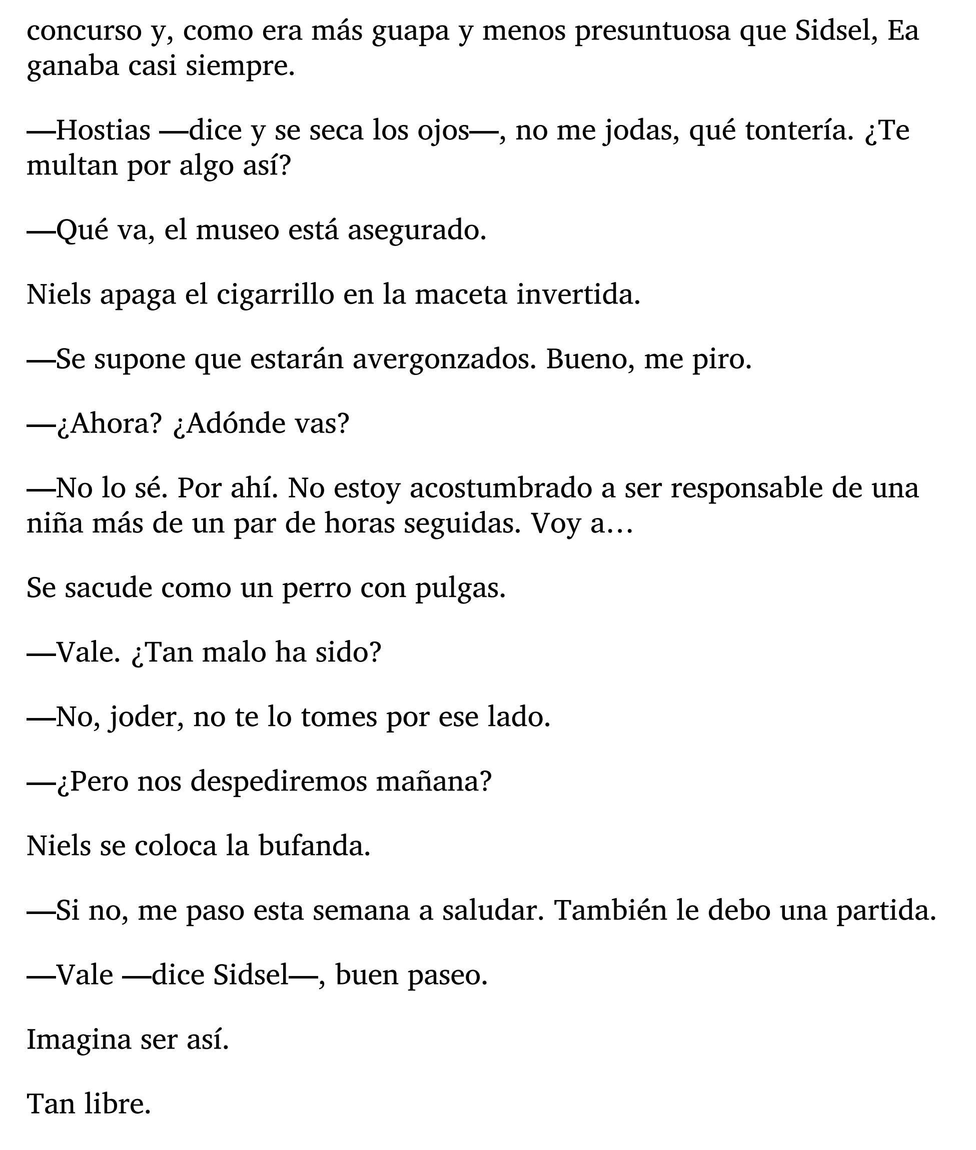
No va a hacerlo.

No puede.

Ni siquiera por él.

—Oye, ¿te conté lo que pasó con el busto? —dice y seca las gruesas gotas de lluvia de una silla—. No lo tiraron, que es lo que creía.

Exagera. Pinta los daños peor de lo que fueron y, al igual que Loretta, imita el movimiento de brazo estúpidamente y, como siempre, está orgullosa de hacer reír a Niels. De niños Ea y ella solían jugar a un



concurso y, como era más guapa y menos presuntuosa que Sidsel, Ea ganaba casi siempre.

—Hostias —dice y se seca los ojos—, no me jodas, qué tontería. ¿Te multan por algo así?

—Qué va, el museo está asegurado.

Niels apaga el cigarrillo en la maceta invertida.

—Se supone que estarán avergonzados. Bueno, me piro.

—¿Ahora? ¿Adónde vas?

—No lo sé. Por ahí. No estoy acostumbrado a ser responsable de una niña más de un par de horas seguidas. Voy a…

Se sacude como un perro con pulgas.

—Vale. ¿Tan malo ha sido?

—No, joder, no te lo tomes por ese lado.

—¿Pero nos despediremos mañana?

Niels se coloca la bufanda.

—Si no, me paso esta semana a saludar. También le debo una partida.

—Vale —dice Sidsel—, buen paseo.

Imagina ser así.

Tan libre.

Sidsel sabe que no todo el mundo puede soportarlo y desea con todo su corazón que él sea uno de los que puede. Se queda sentada en la escalera de piedra hasta que deja de oír sus pasos en la gravilla y entra y coge su neceser y va a tientas buscando el baño.

—Perdón.

No lo reconoce al instante. Phillip siempre ha sido delgado, pero ahora no dudaría en llamarlo escuálido. Los rizos morenos le llegan por los hombros y se ha dejado una barba caótica. El cuello del batín es como una estola y resalta lo anacrónico de sus rasgos.

—Creo que tu hija está despierta —comenta y señala con el índice hacia atrás—, la he oído llamándote hace poco.

Sidsel le da las gracias y va a toda prisa hacia Laura, que se ha quitado el edredón, pero está durmiendo como un tronco. Cuando se gira hacia el salón, Phillip está en el sofá comiendo un trozo de tarta con un tenedor. Sidsel se sienta a su lado.

—¿Quién ha hecho la tarta? —pregunta.

—Niels y Laura. Han celebrado mi cumpleaños con tres meses de antelación, con banderas y globos y todo ese rollo. Creo que fue idea de Laura. Está muy buena, ¿quieres probarla?

—Sí, de acuerdo.

Cosmo se va a la cocina y vuelve con la tarta y dos cervezas en una bandeja. Sidsel come con avidez, el dulce fondo, la crema grasienta y fría, lleva sin comer nada desde la ensalada del aeropuerto.

—Y qué —pregunta cuando ha terminado de masticar—, Niels me ha comentado que no estás del todo bien.

—¿Eso dice?

Phillip hace rodar la lata de cerveza entre las manos, sopesa cuánto está dispuesta a escuchar.

—No sé si sabes que me fui a Nueva York.

—Para la universidad. Me lo contó Niels.

—En la primera época me quedé en casa del amigo de un amigo, pero su novia estaba embarazada de ocho meses y estaban bastante interesados en que encontrase otra cosa. Ella conocía a alguien que conocía a otro alguien que tenía una habitación en un piso de Harlem. Ya vivían allí otras dos personas. Un chaval italiano y una chica de Irán. Perfecto, pensé. No quería vivir solo y Leila y Matteo parecían guais hasta que me di cuenta de que ni me hablaban ni se hablaban. Ambos se comportaban como si estuvieran solos. Ni siquiera daban los buenos días ni qué tal ha ido el día ni nada. Cuando volvían de trabajar se iban directos a sus habitaciones. Podía haber tres personas en esa diminuta cocina haciéndose la cena sin intercambiar ni una palabra. Creo que lo preferían así, pero me sentía raro. Se me metió en la cabeza que sabían algo que yo no sabía. Que por eso se comportaban así. Una noche que llegué tarde a casa después de un

concierto, de repente me quedé convencido de que había cámaras de vigilancia en las lámparas del pasillo y de que era a mí a quien vigilaban. Entonces cogí la bomba para hinchar las ruedas de la bici y me las cargué. Se quedó todo lleno de cristales. Por supuesto, después de eso me echaron. Se habían cagado de miedo. No tenía ningún sitio al que ir y tuve que dormir en un local de ensayo. El personal de limpieza me descubrió y alguien debió de llamar a mis padres. Barbara me ofreció quedarme a vivir aquí hasta que encontrase algo mejor.

—Madre mía —exclama Sidsel—, ¿cuándo pasó todo esto?

—Regresé a principios de año.

—¿Y ahora qué? ¿Has encontrado algo mejor?

Phillip se masajea las lanudas rodillas que asoman debajo del batín.

—No tengo ni puta idea. Intento saber lo que quiero. Sabes, antes el hijo del herrero se hacía herrero y el hijo del carpintero se hacía carpintero. Pasa lo mismo conmigo y con mis padres. Nunca me he imaginado otra cosa que no sea la música. Y ahora quizá sea demasiado tarde. Eso es lo que estoy tratando de averiguar.

A Sidsel le dan ganas de contradecirlo. El problema es que lleva razón al dudar.

—A veces pienso que tenía que haber llegado hasta el final y volverme loco de verdad. Esto —hace gestos con los brazos como para incorporar su cuerpo, su situación, el piso de la abuela—, parece poco entusiasmado.

—Creo que has hecho bien en volver a casa.

Cosmo sonríe y se le eleva la barba. Tiene los dientes torcidos, pero sanos y anchos.

—Quiero enseñarte una cosa.

Phillip entra en su habitación y vuelve con un trozo de papel.

—El regalo que me hizo Laura.

Sidsel observa el dibujo. Debió de perder el interés a medio camino, a la mariposa le falta un ala por colorear, el sol, como todos sus soles, lleva gafas de sol.

—Es bonito —murmura Sidsel y nota calor detrás de los ojos.

Una alita blanca.

¡Con todas las cosas que hay para llorar!

—Eh —Cosmo le quita el dibujo con cuidado y lo deja en la mesa—, ven. Vamos.

Sidsel conoce a Cosmo desde que este tenía siete años. Charlotte olía a distancia a un niño abandonado y, cuando pensaba que había pasado mucho tiempo desde que Niels lo había invitado a casa, lo invitaba ella. Un día que prefirió ir con Niels y Ea a la piscina en vez de a las clases de guitarra, llamó al profesor y se hizo pasar por su madre. Al contrario que a casi todos los demás adultos, le importaba un bledo su talento, el talento en general.

Sidsel gira la cabeza, levanta la cara y lo mira. Sus labios le rozan el cuello. Transcurre un instante antes de que él entienda lo que ella quiere. El beso es cortés, casi como una pregunta, y él, al igual que ella, sabe a cerveza y crema de vainilla.

El crepúsculo se dibuja como una luz más poderosa a lo largo de la cortina y al otro lado de la ventana los gorriones estallan en un alegre gorjeo para de nuevo, de pronto, quedarse callados. Sidsel extiende la toalla en el respaldo de una silla y va a la cama de Laura, le pone el brazo en su ligero cuerpo.

—Tienes el pelo mojado —murmura la niña y se da la vuelta para que sus narices se toquen—. Hola, mamá, cuándo has llegado. Tienes el pelo mojado.

Sidsel le chista, le besa la frente.

—Aún es de noche, vamos a dormir otro poco. Cierra los ojos.

—¡Ah! —Suspira Laura y le pone los pies en los muslos—. Tienes la piel helada.

—Buenas noches, Larva.

—Buenas noches. Pero…

Sidsel abre los ojos a regañadientes. Echa de menos que la dejen dormir. Laura se ha sentado en la cama, tensa como un suricato.

—¡Escucha, mamá —susurra exaltada—, ha funcionado!

20

La máscara de los sueños se ha aflojado tanto que el feo y sonoro ruido, tras un par de intentos, se escapa y lo despierta por completo. Curtis está bocabajo escuchando el grito simiesco de las gaviotas, deja los ojos cerrados. Poco después de mediodía buscó, como tantos otros, sombras bajo una de las orondas palmeras de Dolores Park. No tiene el cuerpo una sensación de haber dormido mucho, ¿una hora? Alguien está fumando maría y el característico olor le hace levantar la vista. En un banco próximo, tres chicos comparten un porro mientras hablan de las chicas que pasan. Se han quitado las camisetas, sus estrechos troncos brillan al sol, ninguno pasa de los quince y hablan de esa manera; las tetas de esta, el culo de la otra, qué harían con ello si tuvieran la ocasión. Abrir, partir, pinchar. Obscenidades por las que Curtis pierde rápidamente el interés. Uno de ellos es guapo. «Olvídalo. Pasa, pasa». Vuelve a cerrar los ojos y deja que la cabeza caiga entre los brazos, el césped está fresco contra su palpitante mandíbula. Una muela podrida hasta el hueso, se la tenían que haber sacado hace mucho. Al sabor de la col se ha acostumbrado, pero al dolor, que es insistente y tenaz, no puede hacerle un hueco razonable en la conciencia. Dentro de poco se levantará y pasará unas horas con el cartel. Ha encontrado un buen sitio y lleva tanto en él que es suyo. La mayoría lo respeta. «Es el sitio de Curtis, déjalo». Los empleados del café son de izquierdas y aún lo bastante jóvenes para poner en práctica su idealismo. Lo dejan a su aire, a lo mejor le piden que se desplace unos metros o que no fume cuando las mesas de la terraza están llenas. Les ha explicado que prefiere una taza de café con nata y azúcar si insisten en darle algo. No comprenden que no tenga hambre, pero si uno se empieza a fijar, se dará cuenta de que la ciudad está llena de comida. La gente siempre compra más de lo que puede comer.

Los chicos se van bulliciosamente, se han atado las camisetas a sus estrechas cinturas. Curtis los sigue con la vista por las cuestas de hierba del parque, sus torpes y elegantes movimientos, avanzan arrastrando los pies interrumpiendo los pasos con estallidos de risas que les obligan a pararse y poner las manos en las rodillas. Una mujer que está un poco más adelante levanta la vista y, al igual que Curtis, la aparta antes de que lleguen al final del parque y desaparezcan hacia el sur por la calle 18.

—¿Qué les pasaba? ¿Estaban borrachos? —pregunta su hija sin levantar la mirada de su libro.

—Yo creo que colocados.

Curtis sonríe, le han caído bien instantáneamente. Parecen dos estrellas de cine tumbadas bocabajo en la hierba con las gafas de sol comiendo algo que parecen tortitas de una gran caja de cartón rosa.

—Vamos a guardar el resto para tu padre —dice la mujer y cierra la tapa.

La niña la vuelve a abrir.

—Para que hubiera estado aquí.

La mujer le da un ligero empujón.

—No seas tan dura. Les está haciendo un favor.

—Cuando se le hace la mudanza a alguien, siempre hay comida. Es así como se hace que la gente vaya —protesta, pero deja la caja.

La mujer mira el teléfono, se sienta y observa hacia el camino.

—Llegará dentro de nada. Solo tiene que encontrar sitio para aparcar.

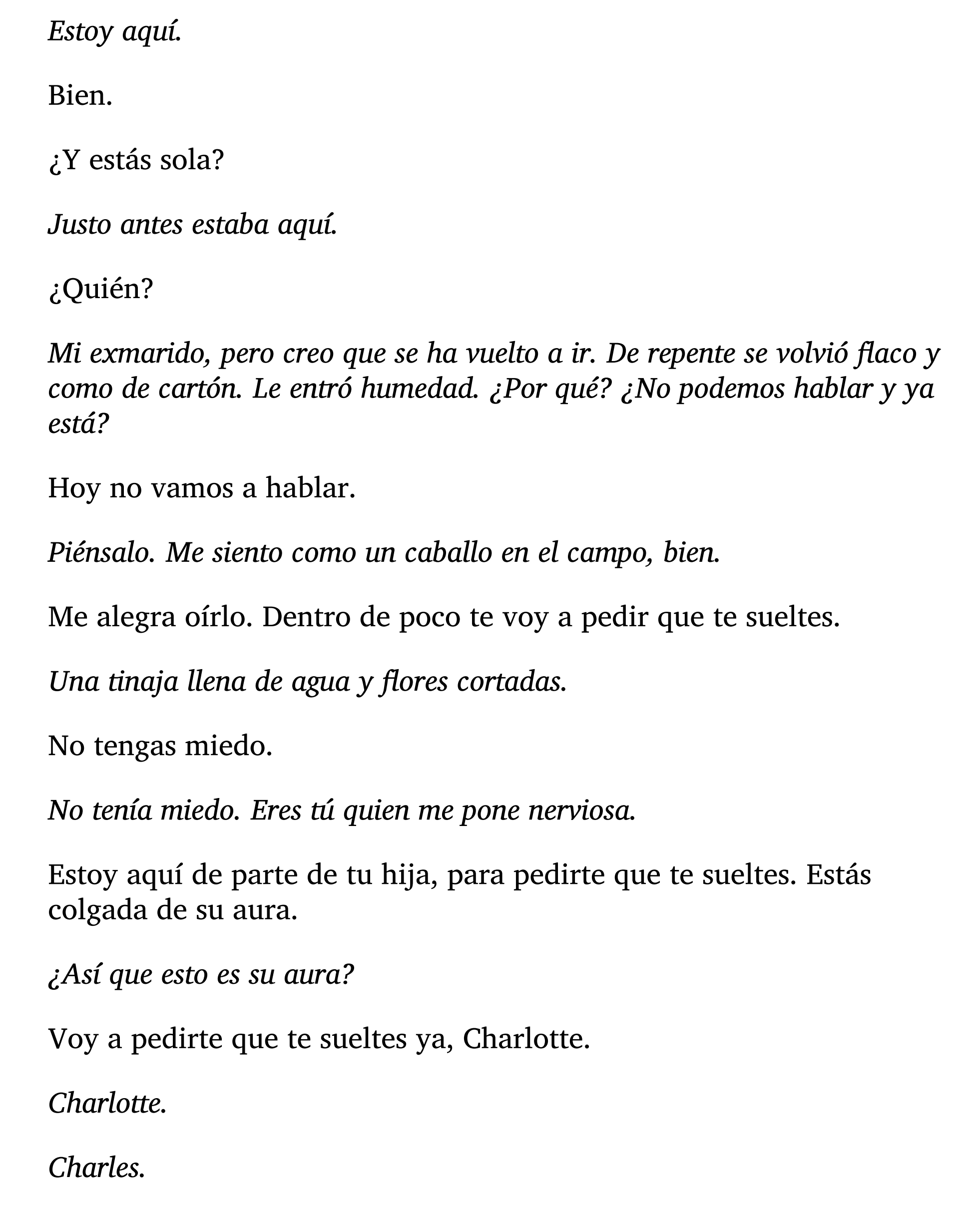
Curtis espera que sea un buen hombre.

Que no sea un destructor. A lo largo de sus años en la calle ha sido testigo de muchas familias y muy rara vez son felices. La imagen de ellas dos y sus enormes cajas es algo bueno que llevarse, un amuleto para el resto del día. ¡Ay, pero ese miserable diente! Parece que se le ha instalado el diablo en la parte inferior de la cara. Curtis reprime un quejido y presiona la mejilla contra la hierba. La mala raíz palpita, palpita, palpita como un corazón en medio del hueso.

Cuando enrollan la manta, la sombra de la palmera ha engordado y se ha alargado, y ya no hay nada que proteja del sol a la coronilla del durmiente. En anteriores ocasiones se le ha pelado la piel y, bajo el moreno seco, está roja como una lengua.

La están llamando con impaciencia. Coco cuenta hasta tres y va corriendo a poner su botella de agua al lado del codo del hombre. Si nadie viene y la quita, será como un regalo, un milagro real cuando se despierte.

21



¿Estás ahí? Dime si estás.

Estoy aquí.

Bien.

¿Y estás sola?

Justo antes estaba aquí.

¿Quién?

Mi exmarido, pero creo que se ha vuelto a ir. De repente se volvió flaco y como de cartón. Le entró humedad. ¿Por qué? ¿No podemos hablar y ya está?

Hoy no vamos a hablar.

Piénsalo. Me siento como un caballo en el campo, bien.

Me alegra oírlo. Dentro de poco te voy a pedir que te sueltes.

Una tinaja llena de agua y flores cortadas.

No tengas miedo.

No tenía miedo. Eres tú quien me pone nerviosa.

Estoy aquí de parte de tu hija, para pedirte que te sueltes. Estás colgada de su aura.

¿Así que esto es su aura?

Voy a pedirte que te sueltes ya, Charlotte.

Charlotte.

Charles.

Mamá Lotte.

Vas a notar un ligero empujón y tienes que ir tras él.

En invierno se podía verla aparecer contoneándose por los parques con los pequeños en fila tras ella, vestida con una pelliza con los botones con forma de plátano y el pelo recogido en un moño bajo la capucha. Orgullosa y calurosa como una osa y guerrera como una gansa. Era por ellos por quienes yo iba vestida como una flor pragmática. En las tiendas pasaba por alto lo negro y lo elegante, y escogía en su lugar modelos y combinaciones de colores que pensaba que los alegrarían. Me ponía calzado que me permitiera echar a correr sin peligro de tropezar y caerme.

Sí, bien.

Yo era la que se levantaba una hora antes que los demás y dibujaba caras en los huevos duros con un rotulador, recogía flores del jardín mojado por el rocío para los cumpleaños, secaba la menstruación de la perra del suelo y lloró cuando falleció una mañana de diciembre. Cortaba fruta y la dejaba en cajas herméticas, ponía las manos en forma de cuenco si tenían que vomitar y les limpiaba la nariz con la parte interior de la blusa, les daba miles de besos y de vez en cuando, dinero, no les pegué ni una sola vez, aunque probablemente haya tenido ganas.

Ve tras él.

¡Espera, que hay más! Porque entonces yo era ligera y rápida, a menudo solitaria y, a grandes rasgos, nunca estaba triste. Me encantaba peinarme el pelo mucho tiempo, sentarme en mi cama con las piernas cruzadas, erguida como un jacinto, a cantar canciones que habíamos aprendido en las girl scouts. Me encantaba la cuajada espolvoreada y el olor vulpino del grosellero del fondo del jardín, la amistad del erizo con el crepúsculo. Los dos iban juntos como si fueran partes del broche de una joya. El nombre de reina de mi hermana pequeña y los rizos castaños me hicieron temblar interiormente de envidia y aun así me alegraba de presentarla a mis amigos. Cualquiera pensaría que mis padres se querrían más por haber hecho una niña tan buena y tan bella como ella, pero fue justo al revés: lo bueno y lo bello estaba tomado de una caja que se encontraba vacía y nadie lo había notado. Mi madre empezó a oler distinto y en la nueva casa todo parecía estar torcido, como en un ferri. Fue el primero de muchos misterios. Me escribí las iniciales del chico que me gustaba en la suela de las playeras que usaba para hacer gimnasia en un ataque de alegría, me arrepentí y tuve que ir arrastrando los pies durante todo el curso. ¡Yo, que antes daba saltos como una gacela! Pero si están destrozados, dijo mi amiga sobre los singles que le dejé y que tuvo la negligencia de dejar al sol en la ventana, estaban arrugados como patatas onduladas. Ambas estábamos ansiosas por ver si podía perdonarla. Pude, pero el ejercicio me

hizo casi adulta y con esta nueva paciencia y mis anchas caderas viajé a diferentes países, lloré en cabinas de teléfonos con el puño lleno de monedas sudadas y volví a un burbujeo de banderas rojas y blancas. Era difícil saber si estaba fingiendo con mis grazie mille o thank you en vez de decir gracias en danés, tak. Soñé con algo que quizá era fama y rápidamente olvidé ese sueño. Conocí a un hombre que me enseñó lo que es la bienaventuranza, me corté el pelo muy corto y lo até con un pañuelo cuando me dejó. Conocí a otros hombres y a otros y a otros que también me dejaron o los dejé cuando me cansaba de esperar. En Nochevieja saqué una bengala en la oscuridad y escribí mi nombre con la luz, juré que era el inicio de algo nuevo. Estaba decidido: iba a reconstruir el reino feliz de mi soledad. Nunca pasó mucho tiempo hasta que la nostalgia por tener gente era tan fuerte que faltaba a mi promesa, ansiosa por encontrarme, dicho mal y pronto, con cualquiera, por tocar un brazo o una mejilla que no fuera la mía. La verdad es que fui creada para amar. Mi vida se convirtió en una vida según las dementes matemáticas del amor. Nunca más restar lo que se ha sumado. Los tontos nombres que les pusimos a los animales y que llevaban con tanta dignidad. Me llenó el corazón hasta el borde. Mamá, ¿puedo, puedo, porfa, puedo cogerte el pañuelo del bolsillo? Mi respuesta era un sí tan largo como la vida. Por cierto, ¿quieres oír una locura? El escáner en el que me metieron era del mismo fabricante que mi máquina de coser. Ese enorme aparato que se balanceaba y giraba sobre su propio eje por diversión y que afirmaban que podía verme por dentro y pronosticar la dimensión del dolor y del sufrimiento. Pero esto no es la historia de mi muerte. Cómo creció fuerte dentro de mí al ritmo que mis hijos crecían fuertes fuera de mí. El trompetista quita la boquilla y le vacía la saliva, se enrolla el cable en el codo. Mis cajones y mis bolsillos están vacíos. Lo olvidaré todo, me giraré y volveré a ser ligera y dispersa como la nevada.

Ya. Suéltate.

Como la bandada de estorninos, una y, a la vez, muchos.

Bee parpadea, levanta la vista. La cliente está sentada en el borde del sofá con las manos juntas entre las rodillas desnudas.

—¿Ya está? —pregunta.

Bee asiente.

—¿Lo notas?

Respira hondo.

—Creo que sí. Ahora hay silencio. O algo así, vacío.

—El vacío es bueno.

—Tengo miedo de volverme loca.

Bee sonríe conciliadora.

—No eres la primera que lo dice. Sucede, no muy a menudo, pero sí de vez en cuando.

Se oye un golpe en el salón. Le había pedido a Fifi que esperase hasta que terminasen. Bee se disculpa y sale al pasillo y cierra la puerta. Los ojos de su hija están grandes y agitados detrás de los cristales de las gafas.

«No más charla sobre William», le pide Bee interiormente.

—¿Qué pasa? Estamos a punto de acabar.

—Es porque creo que tu vecino ha muerto.

—¿Quién? Fifi, por qué dices eso.

—Lo he visto desde la ventana. Ha venido una ambulancia y poco después lo han sacado en una bolsa. Perdona, pero es que me he quedado muy rara. Me puse a pensar en la yaya.

—Ay, Fifi, ven aquí. Marianne está bien y, si te consuela, mi vecino no era una persona demasiado agradable. Hablando en plata, era un pedazo de…

—Mamá.

Fifi se deshace del abrazo.

—Pedazo de mierda. Lo era, tú no lo conocías.

—Pero se puede mostrar un poco de respeto.

—Ahí llevas razón. Ha sido una tontería decirlo. ¿Quieres que nos tomemos un té? Ya habíamos terminado más o menos.

Seraphina entra con ella a la sala, donde está la cliente junto a la ventana mirando hacia la calle.

—Creo que ha muerto alguien —comenta sin darse la vuelta.

—¿Lo ves? —exclama Fifi y va corriendo a su lado—. Se lo están llevando.

Bee va a la cocina y pone agua a hervir, le quita las hojas y el té frío a la fresa. Como siempre que acaba una sesión, está exhausta, abierta como una lata de tomates pelados, pero no le apetece estar sola, todavía no.

—¿Verde o blanco? —pregunta y se echa unas gotas de agua en el rostro.

—Verde —responde una.

Cuando vuelve a la sala, las dos mujeres se alejan de la ventana a regañadientes. Las hojas de ginkgo vuelven a su sitio, las protege de la oscuridad.

—Sentaos —dice Bee—, tiene que reposar. ¿Os habéis presentado?

Ambas asienten y se sitúan cada una en un extremo del sofá. Bee empuja el puf hacia la mesa, lo coloca de lado y se sienta en él a horcajadas.

—Gracias de nuevo por haberme recibido con tan poca antelación —dice Ea.

—No pasa nada. Fue bueno que escribieras. Aunque diría que antes o después lo habrían averiguado por sí solos. Ninguno insistió mucho. Por lo que percibo, tu padre ya había seguido el camino.

—Sí, suena a él.

Fifi no les hace caso. Está enfrascada en algo de su teléfono. Bee se inclina hacia delante para servir el té. La presión del puf contra su pubis, el cálido escalofrío le recuerdan a algo que había olvidado que existiera. Desde que Pauline se fue no tiene ganas más que de beber y de dormir hibernando. Algo lejano e inaccesible.

—Quizá siempre me he imaginado que morir le hacía algo a una persona —manifiesta Ea y coge la taza con la rígida timidez que se tiene cuando se trata de aspectos más técnicos del oficio de Beatrice —, que en cierto modo hacía cambiar a la gente. Pero a lo mejor lo he entendido mal.

Bee reflexiona. No quiere hacer daño a nadie, pero tampoco hay motivos para endulzar las cosas.

—No sé si es así. Suelo decirles a mis clientes que no han de tener la esperanza de reparar nada que se haya roto en este lado acudiendo al otro. Simplemente, se podría decir que sus herramientas no funcionan aquí. Imagínate que golpeas un clavo con un martillo hecho de humo. Se puede intentar, pero nunca se va a conseguir.

—Mamá —dice Fifi—, creo que voy a llamar a la yaya.

—¿Sabes que son casi las once?

—Siempre se queda hasta tarde leyendo —contesta Fifi—, pero se queda sentada.

—Pues llama.

Ea mira a la una y a la otra.

—No sabía que era tu hija.

Bee prueba el té.

—Lo es.

—Serías joven cuando la tuviste.

—¿Veintisiete es joven? Quizá hoy sí.

—Mi madre tenía veintiocho cuando me tuvo.

—Ahí lo tienes.

—He estado pensando —interrumpe Fifi y se pone a limpiar las gafas con el dobladillo de la camiseta—, y creo que no voy a tener hijos.

—Pues nunca lo habías dicho —replica Bee.

No anhelaba ser abuela. Aun así, se siente afectada por el tono despreocupado.

Fifi pone las gafas en su sitio.

—Nunca hemos hablado de ello, ¿verdad?

Ea la mira fascinada.

—¿Cuántos años tienes?

—¿Yo? Veintitrés.

—¿Te sientes así desde hace mucho?

—Unos años, creo. La mayoría de las cosas con las que sueño no tienen nada que ver con los hijos. Y no es que en el planeta falten personas. Al contrario. Es horroroso no saber en qué mundo crecería mi hijo. Qué vida tendría. ¿Saldrá agua limpia de los grifos dentro de cincuenta años? ¿Habrá aire puro? Sé que suena catastrófico, pero conozco a mucha gente que piensa así. O al menos en internet hay mucha gente —añade y sopla inocente el humo del té—. Y cada vez hay más.

—A lo mejor cambias de opinión.

—Quizá. No lo creo.

En ese instante, Pita se levanta de la cesta y empieza a ladrar. Al segundo llaman al telefonillo.

¿Pauline?

Bee pierde el equilibrio, pero consigue amortiguar la caída con el codo antes de llegar al suelo.

—¿Estás bien, mamá? —pregunta Fifi y la ayuda a levantarse.

De nuevo el portero automático, las tres se sobrecogen.

—Voy a ver quién es —dice Fifi serena.

Desaparece por el pasillo y vuelve poco después seguida de Mr. Pistilli, que se sienta en el sofá con la mano protegiéndose el corazón. Como siempre, va bien vestido y recién afeitado, pero la manera en que el pelo blanco le cae en los ojos le hace parecer un loco.

—Ms. Wallens —dice jadeando—, no le deseo la tarde que he pasado. Ha sido horrible.

—Y nosotras pensando que había muerto —comenta Fifi tan ingenua que Bee se echa a reír.

Mr. Pistilli la mira ofendido.

—¿Yo? No, ha sido mi huésped, y de un modo muy irresponsable e insensible. Háganme el favor de decirme qué persona que se respete a sí misma y a los demás se muere en casa de un desconocido.

—¿Ha sido aposta? —pregunta Ea, que es incapaz de coger fuerza y

dejar a esa extraña colección de gente e irse a casa—. Héctor cree que estoy en el cine con Patti.

—No se ha quitado la vida, si se refiere a eso. Pero resulta que la mujer tenía ochenta y seis años. Debía de haber presentido por dónde iba la cosa. Piensen en todas las molestias que va a tener la familia para llevársela a Inglaterra. Ay, Dios mío, menudo follón. ¿Qué hace aquí una persona así? ¿Qué pasa por quedarse a esa edad donde está uno? O al menos dentro de Europa. Yo al menos dejo de jugar a los hoteles. Ya me advirtió mi hermana y se oyen historias horribles. Estaba preparado para orgías y abuso de animales y robos, pero que alguien que está viajando se muera en mi casa es algo nuevo. Es algo nuevo —repite y resopla para enseguida ponerse pálido y serio.

Es evidente que el pobre está conmovido, pero Bee no puede contenerse.

—A lo mejor es una pregunta tonta, pero ¿cómo puede la policía estar segura de que no tiene nada que ver con usted?

—Yo —susurra.

—Quiero decir, ¿no van a practicarle la autopsia para confirmar la causa de la muerte? Antes de poder descartar nada.

Mr. Pistilli se queda con la mirada perdida y se tapa la cara con las manos mientras se queja en voz baja.

—Eso ha sido del todo innecesario, mamá —susurra Fifi y le da una palmada en el hombro a Mr. Pistilli—. Está claro que saben que no lo ha cometido usted.

—Se podía haber muerto en cualquier otro lugar —se queja—. Tenía todo el día para morirse. Ha hecho calor, podía haberse desmayado en la calle o en el autobús, pero se espera hasta estar a salvo en mi habitación de invitados. Tenían que haber visto hoy mi casa, llena de policías, médicos, personal de ambulancia. ¡No paraban de entrar y salir! Escaleras arriba, escaleras abajo. Algunos me ignoraban y otros me hacían miles de preguntas. Me he sentido tan… No sé…

Tiene la piel de la cara húmeda y roja.

—Desnudo —propone Ea.

—¡Sí, exacto! —Mr. Pistilli la mira aliviado—. Desnudo es la palabra.

—Espere un momento —dice Bee, a quien le han entrado remordimientos—. Está claro que es impactante encontrar a tu huésped de Airbnb muerta en la cama y aún más para un hombre como Mr. Pistilli, que aprecia la calma y el orden.

Bee va a la rinconera, coge la botella y cuatro vasos, y lo pone todo en una bandeja que tintinea de manera prometedora cuando cruza el salón.

—Parece que ya necesitamos algo más fuerte que el té.

Ea protesta con la boca chica cuando Bee le da una copa de armañac. Para el camino a casa. «Solo una, por Mr. Pistilli».

—Normalmente no bebo —dice Fifi—, pero hoy puedo hacer una excepción. Salud.

—Salud.

—Salud. Usted también, Mr. Pistilli.

—Salud, pues.

—Por ¿cómo se llamaba? Su huésped.

—Day. Enid Day —responde—. Debo de haber oído ese nombre al menos unas cien veces.

—Por Enid —dice Bee y levanta la copa—, un alma aventurera que ha encontrado la paz en un lugar muy lejos de casa.

—Uf, cómo quema. —Fifi se echa la mano a la garganta.

Ea hace muecas, pero se lo bebe entero.

—Puedo ir ahora mismo a casa y tirarlo. El colchón y el edredón y todo. Destruir todo.

—Tranquilo —dice Bee divertida—, que no es usted quien se ha muerto. Un colchón sí que se puede traer. ¿Más?

Mr. Pistilli extiende el brazo con el vaso.

—Venga, la última.

—¿Sabes qué? No va a beber solo. Venga. ¿Y vosotras dos?

—Yo me voy a casa después de esta —afirma Ea.

Bee le llena el vaso hasta arriba.

—Haz lo que quieras. De hecho, haced todos lo que queráis. ¿Estamos? Que todo el mundo haga lo que quiera. ¿Fifi, cariño?

—Medio corto.

—Te pongo medio normal. Así. Salud.

—Salud.

—¿Por qué?

—Por mi padre —contesta Fifi—, al que he conocido hoy y que está de camino a Italia. Lo mismo ha aterrizado ya.

Brindan por William Catchpoole, que lo mismo ha aterrizado ya. Ea se levanta y da las gracias y Fifi se va, como había anunciado, a llamar a Marianne. Beatrice y Mr. Pistilli se vuelven a sentar en el salón. Pita se ha acurrucado en la esquina del sofá, cansada de esa tarde inusualmente movida.

—Bueno. La ultimísima —propone Bee con la botella en alto—, que no es plan de guardar este poco.

Esta vez beben sin brindar y más despacio.

—Mi hija no quiere tener hijos —declara Bee y oye que no ha dicho la frase como continuación natural de otra.

Mr. Pistilli levanta sus peludas cejas.

—¿De verdad?

—Eso afirma. Por consideración con el planeta. Aparentemente se ha metido en un grupo de un estilo que no entendí del todo.

—Pero es muy joven —dice tranquilo—, puede cambiar de idea.

—Sí, está claro.

—Cambiará, ya lo verá. La necesidad de tener hijos es como un contacto que se enciende.

—Entonces, ¿cree que no lo hace por mí?

El alcohol les ha puesto las voces profundas y confidentes.

—¿Usted? —se extraña Mr. Pistilli y se pasa dos dedos por el labio superior—. Si dice que no se trata de eso, debería de creerla.

Suena tan bien que Bee se siente mejor al instante. Confiar en ella. ¿Por qué no? Mr. Pistilli hace equilibrios con el vaso en el reposabrazos y mira de una pared blanca a otra.

—Perdone la indiscreción, pero esto no suele estar tan vacío, ¿no?

«Estamos empatados», piensa Bee, «está bien».

—Así es.

—¿Están de mudanza? Usted y su…

—Esposa —lo ayuda Bee.

—Mire, la verdad es que no sabía si estaban casadas.

—Lo estábamos. Pero ya no. Se ha puesto la casa a la venta en Woolhouse.

—También es bueno.

—Pauline dice que es el mejor.

—El mejor. —Mr. Pistilli bosteza discretamente sobre la palma de la mano.

—Lo he visto —dice Bee—, váyase a dormir.

—No, ¿dormir? No cuento con pegar ojo esta noche. Mi sistema nervioso está conmovido. Pero quizá pueda descansar. Es solo pensar en la manera en que estaba tumbada con las manos apretando el borde del edredón…

Tiembla.

—Puede pasar la noche aquí si quiere.

Bee lo dice en serio. Le gustaría encontrárselo en el salón a la mañana siguiente, poner la mesa para tres.

—Puedo prepararle el sofá.

Mr. Pistilli examina el blando mueble y asiente con dignidad.

—Pero déjeme ir a por mi cepillo de dientes.

TERCERA PARTE

Acqua alta

22

Son las vacaciones de verano y la familia Catchpoole ha recibido la visita de la tía y de su hijo treintañero. Los dos chicos no se conocen, pero son primos y coetáneos y los adultos esperan que se lleven bien. La cosa fue a trompicones, el primo es arisco y retraído, pero William se acuerda de la escopeta de aire comprimido que le regalaron por su cumpleaños. ¡Podría recurrir a ella! Le pide al primo que espere mientras va a cogerla a su habitación y, en efecto, al ver el arma, se le ilumina el rostro. Animado por su éxito, William señala a un mirlo que está saltando en un avellano al fondo del jardín y le pregunta a su primo si lo ve. Y sí. «Vale», dice William con calma, «porque voy a disparar». No es un buen tirador y solo le da a latas vacías cuando se pone vergonzosamente cerca, pero esta vez suena un ruido extraño a la par que infinito y el mirlo cae al césped. El primo, que no entiende nada, ya está corriendo por la hierba. William deja el arma en la mesa y camina vacilante. Le tiemblan las rodillas y las manos porque le parece que es un nido. Cuanto más se aproxima al arbusto y al pájaro muerto, más seguro está de que su hermana pequeña lo mencionó en el desayuno y que también le prometió enseñárselo. Pero los invitados llegaron corriendo y ella, que aún era pequeña y no responsable del primo, se había acurrucado en el regazo de su madre y se había dejado acariciar y alabar. Se olvidó del nido. William llegó hasta el chico, que estaba ligeramente inclinado tocando con el pie al brillante pájaro de motas marrones. «Está muerto», manifestó innecesariamente, «buen disparo». «Gracias», dice William y respira aliviado. ¡Porque no hay ningún nido! Seguro que le había dado a otro pájaro, un mirlo hembra cualquiera sin hijos. Estas cosas pasan, ahora se atreve a pensar, hay suficientes mirlos. Está dándose la vuelta para acompañar a su primo cuando oye el sonido. Un inequívoco y necesitado pío. Con el corazón a mil por hora, aparta una rama y baja la vista hacia los seis embudos de color amarillo anaranjado.

La película se acaba y William nota cómo le invade en el cuerpo una duda fría como una ceniza. Junta las manos, controla las lágrimas y las devuelve a sus canales.

Siew Wuong la da un toque en el hombro.

—¿Estás bien?

—Sí, es la diferencia horaria —murmura.

Porque, ¿cómo explicarle a su compañera turista malaya que la historia del mirlo le castiga en periodos en los que, como ahora, tiene una presión sentimental? Se cierra el telón en su cine interior y aparecen las imágenes. Imposibles de rebobinar, imposibles de apagar. Su psicólogo menciona la muerte del mirlo como un Mito personal, lo cual tiene sentido, pero no supone una mejora. No hay premio al final del trauma.

—Siempre es peor al segundo día —asiente Siew compasiva, y prosiguen en silencio atravesando la plaza de San Marcos, fría y húmeda, con las botas de agua desechables que el portero les dio aquella mañana con un gesto inescrutable, «For the acqua alta».

La encorvada mujer es tan baja que les llega por la ingle y, en lugares donde el agua está muy alta, William, que es el único hombre no impedido del grupo, debe llevarla a caballito. La guía hace un gesto con su paraguas y les dice gritando que tienen que ir más rápido.

—Es peor que mi maestra del colegio —se queja Siew cuando se unen al resto del grupo.

La guía los mira severa y sigue hablando sobre la torre del reloj y la basílica, que justo ahora está afectada por la séptima mayor inundación en mil doscientos años.

—No es anormal que entre agua en la antecámara —explica y hace gestos en dirección a la iglesia protegida por barricadas—, lo tuvieron en cuenta en su momento con distintos sistemas de drenaje. Pero esta vez el agua ha llegado hasta la nave.

—Oh —exclaman—, oh.

La muerte del mirlo tuvo un efecto desgarrador. Todo lo que estaba fijo y era seguro se transformó en vapor tóxico. Lo inofensivo se volvió peligroso, lo suave, áspero y punzante. El pájaro estaba muerto y las crías morirían poco después, una tras otra, de hambre o entre las garras de una fiera. Esa fatalidad lo atravesó como un impulso eléctrico. La mayor parte de la semana, William se negó a comer y a hablar y, cuando comenzó el colegio después de las vacaciones, se sintió un extraño ante sus antiguos amigos, su antigua y despreocupada vida. Los números fueron su salvación. Siempre le habían gustado las matemáticas, pero ya no era una cuestión de interés. Los números eran eternos, puros. No contenían oscuros secretos y en su muda compañía podía por fin relajarse. A través de

los años, William ha tenido confirmación de su decisión. La última vez, cuando su mujer lo dejó bajo el pretexto de que ya no «se veía en su vida en común». Él intentó no entender qué tapaban esas aparentemente insignificantes palabras, convencido de que la respuesta le daría más dolor que incertidumbre.

—El agua en sí misma no es peligrosa —continúa la guía y dirige al grupo hacia el arco de mármol de la entrada principal—, el mayor problema es la sal que lleva consigo. Cuando el revestimiento de mármol absorbe el agua salobre, se infiltra en los muros y en las columnas, y asciende cada vez más por la estructura interna de la iglesia. El agua se seca, pero las escamas de sal se quedan en las piedras y las vuelven porosas. Pero los peores daños no son los que vemos. Bajemos por esta calle. William, si eres tan amable.

Hace un gesto con la cabeza señalando a Siew, que ya está preparada.

—Es la visita guiada más triste en la que he estado —murmura y se sube a la espalda de William, que le pone los brazos bajo las corvas y sigue el ritmo del resto sin problemas.

Siew no pesa más que un niño de doce años.

El acceso elevado provisional que ha puesto el hotel para los pocos huéspedes que quedan cede estrepitosamente mientras William pasa de la corriente de la calle al suelo de terrazo del vestíbulo. Se quita las botas de agua y el conserje le entrega las llaves con una reverencia ceremonial. De camino a las escaleras lo tienta una puerta medio abierta y asoma la cabeza a la biblioteca, que está cerrada como consecuencia de las inundaciones. Bajo los arqueados techos viene a su encuentro una visión extraña: en una elevación en el otro extremo de la habitación están las sillas tapizadas con terciopelo y las pesadas mesas de caoba apiladas unas encima de las otras, apenas cubiertas con lonas. Los deshumidificadores ronronean y dan zumbidos y a través de una ventana abierta una manguera bombea agua verde láctea al canal donde los humanos insisten en que tiene que estar y donde se niega a quedarse. En la superficie del agua aún se mecen unas hojas sueltas y solitarios libros de bolsillo, el resto de libros están reunidos en un gran saco, listos para irse y desaparecer. Una mujer con traje de baño y botas de agua de verdad lo ve y, cansada, le hace un gesto para que se vaya. «È chiuso, signore!». William se disculpa y se apresura a subir a su suite, donde se echa en la cama, exhausto por el cielo gris mármol y las aguas pestilentes. Quizá otra clase de

persona habría aplazado un viaje a una ciudad en estado de excepción, pero él no cayó. A William no le gusta cambiar de planes en el último momento y, además, le viene bien encontrarse a distancia del malentendido que tuvo hace dos días una joven al otorgarle el imposible, desde el punto de vista biológico, título de padre.

William nació con el síndrome de Klinefelter, una mutación genética que le ha equipado con un cromosoma X extra y que evita que pueda dejar embarazada a una mujer. Así que, aunque recuerda perfectamente la noche que Seraphina cree haber sido concebida, puede decir con seguridad que no lo fue. La cuestión (misterio dentro del misterio) es por qué no lo dijo tal cual era. Simple y llanamente podía haber puesto fin a esa absurda situación, pero en lugar de ello dejó que la chica hablase. Sobre los maravillosos años en distintas comunas y los menos buenos en pueblos autosuficientes, de su violento padrastro y la huida a Iowa, su crecimiento en casa de su querida abuela. Escuchó con interés cuando ella le explicó cómo gracias a los anuarios del balneario y una búsqueda de no mucho tiempo en internet llegó a la conclusión de que el programador y creador jubilado de Pictor era el hombre que estaba buscando. Que William Catchpoole era su padre. Antes de que se marchara, correspondió a su abrazo y prometió llamarla cuando regresara de Europa a principios de mayo.

En el taxi de camino al aeropuerto, redactó un breve mensaje en el que informaba a Seraphina Wallens de que se había equivocado.

Decidió mandarlo cuando estuviera sentado en el avión.

Lo aplazó a cuando hubiera comido algo.

Lo volvió a leer y cambió el texto.

Lo acortó, lo alargó.

Profundizó, se disculpó, borró la disculpa y gran parte de lo profundo.

Borró el borrador.

Apagó el teléfono.

Llaman a la puerta. Tres golpecitos rápidos.

—¿Sí?

—Soy Siew, abre.

—Un momento.

William alisa la colcha y coloca las pesadas almohadas, se pone un jersey encima del polo.

—Buenas noches —saluda y se echa a un lado para que pase la mujer, que no espera invitación para ello.

—Ruskin. Buena elección. Una de las mejores habitaciones.

William le da las gracias. Aún no se tomado su tiempo para averiguar por qué el tal Ruskin se merece que la suite lleve su nombre.

—He traído sopa —dice Siew y le ofrece una taza de poliespán envuelta en una bolsa de plástico—. Todos los restaurantes están cerrados y cuando por fin he encontrado uno abierto he pensado que tenía que comprarte algo. Era lo último que les quedaba.

—Muchas gracias, eres muy amable.

Siew, enfadada, niega con la cabeza.

—Tú come.

—No tengo cuchara.

—Hazlo así. —Hace un movimiento como si estuviera bebiendo—. No está muy espesa. Es bueno para el reloj interno.

William se bebe la aromática y salada sopa de pescado mientras Siew mira con paciencia desde su puesto en el borde de la cama.

—Entonces, ¿has estado aquí antes? —pregunta William cuando ha terminado.

—Oh, sí —contesta riéndose—. Es la tercera vez que vengo a Venecia. La primera vez sola. Mi marido murió el año pasado. Solíamos viajar juntos.

—Lo siento mucho.

—Sabes qué, a veces es como si siguiera aquí. —Hace un gesto con la mano junto a su oreja derecha—. En alguna parte.

—Ah —responde William inquieto.

Siew se quita una pelusa del pantalón gris.

—Pero no voy a mentir. Las noches se hacen un poco largas. De día están los tours en grupo y todo lo que uno quiera.

—Entiendo.

Se quedan en silencio. Las lámparas Murano hechas a mano bañan la habitación con una luz dorada.

—¿Vemos si hay algo en la televisión? —pregunta Siew y le da el mando a distancia.

William recorre los canales durante unos largos minutos hasta que llega a la Rai 1.

—Para —le ordena Siew—. L'Eredità. Es el concurso más visto de Italia. Grandes premios y muchos nervios.

—¿Hablas italiano? —pregunta William después de haber escuchado un par de preguntas incomprensibles del presentador y las respuestas incomprensibles del concursante.

—No, pero aun así es emocionante, ¿no crees?

—Sí —reconoce—, en cierto modo.

Tras media hora se determina que el participante de la noche puede irse de allí con ciento veinte mil euros. Solloza de felicidad, abraza a su esposa y a sus dos hijos adolescentes, que se han unido a él en el plató.

—Míralos. —Suspira Siew.

—Sí. Están muy felices.

—¿Alguna vez has deseado no ser rico, William?

Los estrechos ojos lo escudriñan con seriedad desde el otro lado de la cama. No está de broma.

—Porque eres rico, ¿no?

—Sí.

—Es extraño —comenta Siew y pasa la mano por la acolchada cabecera de la cama, golpea con el nudillo los grabados de madera—, pero cuanto más mayor me hago, más siento como si llevase a rastras todo mi dinero en una enorme mochila invisible. Después de que

muriera mi marido, ya no tengo a nadie con quien compartir la carga. Lo conocí a una edad tardía y solo estábamos nosotros dos, ¿me entiendes? ¿Tienes hijos?

—Una hija —contesta William.

La imposible palabra tiembla entre ellos en el aire.

Siew le da una palmada en el antebrazo.

—Bien por ti.

En el estudio, el confeti plateado cae sobre el concursante y la familia, que están bailando. La suma del premio parpadea con violencia en la esquina izquierda de la pantalla.

—Esta charla me recuerda a una historia, le daba la lata a mi abuela para que me la contase. ¿Tienes tiempo para escucharla?

—¿Una historia real —dice William dudoso— o un cuento?

Siew sonríe y apaga el televisor, se pone derecha entre los cojines.

—Depende de cómo se lo tome uno. Deja que me lo piense. Dice así: hace mucho tiempo los vivos veían a los muertos y los muertos veían a los vivos. Tanto unos como otros iban al mercado. A un lado, los muertos vendían sus productos y al otro, los vivos. En aquella época se usaban monedas de cobre, no de papel. Los muertos hicieron monedas de papel que parecían las monedas que usaban los vivos para el intercambio, pero estos no se dejaban engañar. Ponían las monedas en un cuenco con agua: las monedas reales se hundían, pero las monedas de papel de los muertos flotaban. Les devolvieron a los muertos su dinero falso y, poco a poco, ya no pudieron comerciar con los vivos, solo con otros muertos y a ambos ya no les estaba permitido hablar entre sí. Castigaban a los muertos si hablaban a los vivos, sus superiores los multaban, y los vivos les tenían miedo y comenzaron a pegarles. Descontentos con la situación, los muertos decidieron levantar una protección de bambú entrelazado entre los vivos y ellos. Los vivos ahora veían a los muertos sin nitidez, mientras los muertos, que estaban más cerca de los agujeros de la protección, podían ver con claridad a los vivos. A estos no les gustaba, ya que la protección era demasiado gruesa para poder pegar a los muertos. Pero los vivos eran tontos: un día pidieron cambiar la protección y levantar una de papel. Ahora podían pegar a los muertos, pero ya no podían verlos.

Siew se sienta un rato con las manos en el regazo observando cómo

duerme el estadounidense. Es muy amable, pero más reservado de lo que está acostumbrada. Como un niño grande y tímido. En el canal suena la sirena de un barco de la policía y cesa. Ahora solo se oye el sonido del aliento de William y del mar Adriático, que chapotea suavemente contra los muros del palacete. Lab, lab, lab…

—Sí, tienes razón, querido —responde ella en su idioma, se ha hecho tarde.

Se baja de la cama y mete los pies en sus zapatillas de terciopelo. Él está esperando junto a la puerta como una sombra mientras ella sale de la habitación sin hacer ruido y apaga las luces. Con un gesto con la cabeza, él le recuerda que coja el envase vacío y la bolsa de plástico antes de irse.

Gracias a Louise y a la gente de la editorial Gutkind. A Rosinante y a Iben y Anna, por haber estado ahí desde las primeras páginas. Gracias a Martin B., Hanne, Minna, Ida y Lea, por leer y compartir sus pensamientos. A Martin F., por hablarme de the ice road y a Casper, que intentó explicarme cómo se siente uno al codificar. Gracias a Sofie y Anne Marie, de la Gliptoteca de Copenhague. Gracias al filósofo, mi amigo y mi musa. Espero que los pantalones blancos sigan siendo igual de blancos, que el aliento del mundo no te abandone. Gracias a Malene y a Sara&Rod, por dejarme vivir con ellos en San Francisco. Gracias a mis padres y a vosotros, Ivan, Dunia y Nitesh.

(Al menos) cinco referencias del libro las he tomado prestadas de otras obras. Se trata de las mejillas como granadas, que se encuentran también en la versión en danés contemporáneo del Cantar de los Cantares, y la historia de Siew sobre el mercado de los vivos y de los muertos, que es un relato que encontré en el monográfico de Eric Mueggler The Age of Wild Ghosts. La cascada de imágenes ya se encontraba en Brev i april (Carta en abril), de Inger Christensen, y «Once more, my soul, the rising day» es el primer verso de A Morning Song, de Isaac Watts. El título de la segunda parte del libro y del hasta ahora único poemario de Héctor procede de los sonetos de Ted Berrigan: For fire for warmth for hands for growth / Is there room in the room that you room in?

ESTA NOVELA SE IMPRIMIÓ

A LO LARGO DEL MES DE MARZO DE 2023

EN LOS TALLERES DE ROMANYÀ VALLS

(CAPELLADES).

Primera edición: mayo de 2023

Primera edición digital: mayo de 2023

Título original danés: Hummerens Skjold

Diseño de la colección: Enric Jardí

Ilustración de la portada: Henar Bayón

Dirección editorial: Ester Pujol

Catedral es un sello de Grup Enciclopèdia

Josep Pla, 95. 08019 Barcelona

ISBN: 978-84-18800-52-8